

# Anne Perry

El peso del cielo



La nueva serie de Anne Perry  
Intriga y crimen durante la Primera Guerra Mundial

L A T R A M A

# EL PESO DEL CIELO

*Anne Perry*

Traducción de Borja Folch

Título original: *Shoulder the Sky*

Traducción: Borja Folch

1.ª edición: abril 2005

© 2004 Anne Perry

© Ediciones B, S.A., 2005

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain

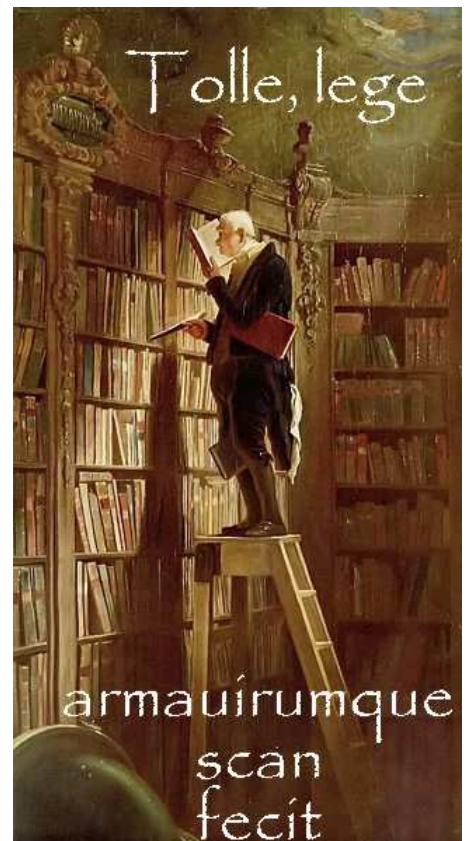
ISBN: 84-666-1973-9

Depósito legal: CO. 233-2005

Impreso por GRAFICROMO

Polígono industrial Las Quemadas (Córdoba)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos



**EL PESO DEL CIELO**

Autor: PERRY, ANNE

Pág.: 320

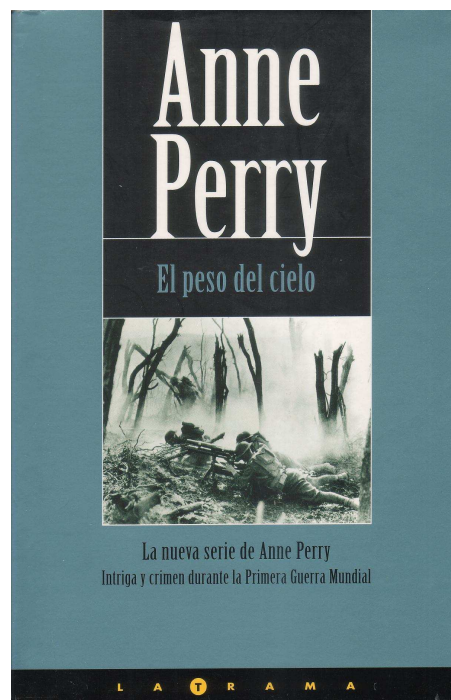
Colección: La Trama, Afluentes serie negra

Sello: EDICIONES B

Código: 81020384

ISBN: 84-666-1973-9

Fecha de publicación: 18/04/2005



**La nueva serie de Anne Perry. Intriga y crimen durante la Primera Guerra Mundial.**

Abril, 1915. La Primera Guerra Mundial sigue su implacable marcha. Entre las tropas británicas enviadas al frente, se hallan los hermanos Reavley. Joseph, el mayor de los tres, ejerce de capellán en las trincheras, mientras que Judith es conductora y traductora del general que está al mando del ejército británico. Matthew también participa en los acontecimientos históricos desde su puesto en los servicios de inteligencia en Londres. Tanto Joseph como él siguen investigando la extraña muerte de sus padres, hecho que asocian con un posible complot a nivel internacional y en el que dos de las potencias mundiales, Inglaterra y Alemania, estarían involucradas.

Además de la incógnita en torno a sus progenitores y de tener que hacer frente a la cruda experiencia de la contienda, Joseph intenta descubrir quién asesinó a Eldon Prentice, un corresponsal de guerra inglés que se había ganado la antipatía de muchos.

Con la veracidad y riqueza de detalles que caracterizan a sus novelas de corte victoriano, Anne Perry retrata con humanismo el día a día de aquellos que participaron en la Gran Guerra.

“Sus vívidas evocaciones de los campos de batalla —el dolor, el miedo y el extraordinario valor de unos jóvenes que soportaron “el peso del cielo”— la convierten en una novela inolvidable.”  
Booklist.

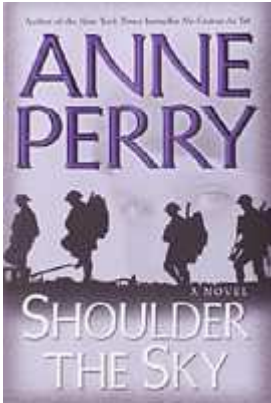
**ANNE PERRY**

Anne Perry vive en Portmahomack, Escocia, y es la autora de dos series de novelas policíacas que han tenido una gran acogida por parte de público y crítica: una protagonizada por William Monk y otra por Thomas y Charlotte Pitt.

Anne Perry es conocida como la reina del crimen victoriano por sus novelas de misterio ambientadas en la Inglaterra del siglo XIX y protagonizadas por el inspector Monk. Hasta la fecha, Ediciones B ha publicado las siguientes: *El rostro de un extraño*, *Luto riguroso*, *Defensa y traición*, *Duda razonable*, *Los pecados del lobo*, *Su hermano Caín*, *El equilibrio de la balanza*, *El grito silencioso*, *Sepulcros blanqueados*, *Las raíces del mal*, *Esclavos de una obsesión*, *Muerte de un extraño* y *Marea incierta*.

Asimismo, Anne Perry continúa con su serie de novelas que tiene como trasfondo la Primera Guerra Mundial y que constará de cinco títulos. *El peso del cielo* es el segundo volumen de la misma tras la aparición, también en esta colección, de *Las tumbas del mañana*.

**Guerra, piedad, traición**  
**Por Federico Jiménez Losantos**



*Paladeando todavía el éxito de las novelas de los detectives Pitt y Monk, ambientadas en el Londres victoriano, Anne Perry ha acometido una saga nueva, que no es, en rigor, la típica serie policíaca, cada uno de cuyos libros tiene autonomía propia, empieza con uno o varios crímenes y termina o debería terminar con el descubrimiento del criminal y su muerte o puesta a disposición de la Justicia. En este caso, se trata de un vasto proyecto narrativo, al modo de los folletones del XIX, con el crimen de por medio pero sólo como una pieza más de la intriga.*

Sin embargo, no nos encontramos ante esa situación habitual entre los autores de serie negra, que cambian de personajes y hasta de nombre para abordar otros géneros o temáticas distintas de las habituales (Ruth Rendell firmando como Bárbara Vine ciertas novelas de misterio, por ejemplo), sino de una fórmula que le permite a la novelista profundizar en sus temas preferidos sin respetar demasiado las convenciones del género. No estamos, pues, ante otra Anne Perry distinta de la que conocemos, sino al contrario: ante la más genuina y profunda, la que brilla en el planteamiento de graves dilemas morales, del sentido del deber y de la lucha entre la obligación y los afectos, la que suele enhebrar con morosidad puntillista el desarrollo de los más escabrosos enigmas, tanto personales como familiares, sociales y políticos, a la luz inclemente de la ética. Individual, claro está, porque no hay otra.

Acaba de publicarse en español *El peso del cielo* (Ediciones B), segundo libro ambientado, como su predecesor: *Las tumbas del mañana*, en la Primera Guerra Mundial y cuyos protagonistas son los hermanos Reavley, huérfanos desde la primera novela y que en esta segunda siguen tratando de averiguar la identidad del Pacificador, un agente poderosísimo, inserto en la élite de poder británica, que trata de lograr la derrota de Inglaterra y la unificación de Europa bajo dominio alemán como un modo de evitar las guerras que inevitablemente producen los intereses contrapuestos y aviva el nacionalismo, la ambición de dominio, el afán de poder o todos ellos juntos y revueltos.

Hay tres momentos esenciales en esta novela que, pese a girar en torno a una anécdota criminal, podríamos llamar “de ideas”. En el primero, Perry describe la guerra en los términos que ya conocemos a través del personaje de Chester Latterly, ahora señora de Monk, y su estancia en Crimea junto a Florence Nightingale. A través de una narración morosa y detallista, asistimos a un ejercicio de piedad sin maniqueísmos, a una prueba excelente de lo que habitualmente encontramos en la novela negra escrita por mujeres: la compasión por las víctimas, la búsqueda de sentido a la muerte de los jóvenes, el valor del dolor como revelador de la terrible naturaleza del mundo real. El ambiente mefítico de las trincheras en los campos de Flandes, el barro, las ratas, el gas, el frío y la miseria material resulta más identificable que el paisaje bélico de Crimea, y su efecto en el lector es sin duda mayor. Pero en este caso también se nos describe con la misma pasión algo que no aparece en las narraciones antibélicas o antimilitaristas: los valores humanos que se desarrollan bajo condiciones extremas, es decir, el heroísmo, el patriotismo, el sacrificio por el compatriota, que es simplemente el próximo, el prójimo.

El segundo momento de flexión narrativa es de tipo existencial y religioso, y se desarrolla a través de Joseph, un clérigo anglicano y viudo que es quizás el personaje más atractivo de los hermanos Reavley aparte de Judith, la típica heroína de Anne Perry. ¿Cómo dar un sentido trascendente a la vida, cómo explicar el silencio de Dios ante el espectáculo de las vidas destruidas por cientos de miles o millones, al azar de la guerra? Nadie como un sacerdote para hacerse esas preguntas que a diario tiene que contestar a los vivos y a los que ante sus horrorizados ojos dejan de serlo, apenas consolados por quien no tiene más consuelo para su propia duda que el cumplimiento de su deber.

El tercer momento es quizás el más moderno, pero no tan sutilmente anacrónico como suelen serlo las reconstrucciones mentales e ideológicas de la era victoriana en las novelas de Anne Perry. Se trata del pacifismo como ideología contemporánea, algo que nace con la Primera Guerra Mundial y el régimen bolchevique que de ella viene, que se alarga en la Inglaterra del Círculo de Cambridge reclutado por Orlov para Stalin y que, pasando por España y Vietnam, llega hasta el antiamericanismo de la actualidad. Pero todo empezó en esas trincheras de Flandes en las que naufragó toda una civilización, toda una Europa. Y es admirable que una escritora de éxito dedique lo mejor de su talento a contar esa variante de la novela negra que es el crimen contra la humanidad. Y pocos criminales más eficaces en el último siglo que los llamados pacifistas. Buen libro.

*A mi padrastro, el comandante W A. B. «Bill» Perry,  
uno de los últimos oficiales en abandonar  
las playas de Dunkerque en junio de 1940.*

*Si hoy el nubarrón aquí amenaza con truenos,  
mañana se afanará a instancias de terceros;  
la carne pronto sufrirá en otros huesos  
y otras almas llorarán en ajenos pechos.*

*Los apuros del orgulloso y airado polvo que somos  
del eterno proceden y no faltarán, ten la certeza.  
Aguantarlos podemos y puesto que podemos, debemos.  
Échate el cielo al hombro, muchacho, y apura tu cerveza.*

A. E. HOUSMAN

## 1

Eran poco más de las tres de la tarde. Joseph Reavley descansaba adormilado bajo el sol de abril con la espalda apoyada contra la arcilla pálida de la pared de la trinchera cuando oyó unas voces enojadas.

—¡Esas botas son mías, Tucky Nunn, y lo sabes tan bien como yo!

Se trataba de Plugger Arnold, un veterano de veinte años, de complexión huesuda, hijo del herrero del pueblo. Llevaba en Flandes desde el estallido de la guerra el agosto anterior. A pesar de su enojo levantaba poco la voz. Le constaba que los sonidos llegaban más lejos en la quietud de la tarde, cuando los hombres aprovechaban las tres o cuatro horas de calma para dormir. Las trincheras alemanas quedaban a unos setenta metros a través de aquel trecho de Ypres Salient. Cualquiera que fuera lo bastante insensato como para levantar una mano por encima del parapeto tendría muchas probabilidades de que se la atravesara un disparo. Los francotiradores rara vez necesitaban una segunda oportunidad. Y dejar que te hirieran a propósito conllevaba un consejo de guerra.

Tucky Nunn, recién llegado con diecinueve años a aquella posición de vanguardia, estaba de pie sobre las rejillas de tabloncillos que pavimentaban la trinchera. Las habían dispuesto allí para mantener los pies de los hombres por encima del agua gélida que chapoteaba bajo su peso, aunque no servían de mucho. El nivel del agua era demasiado alto. Cada vez que pensabas que el suelo por fin se estaba secando volvía a llover.

—¿Ah sí? —dijo Tucky enarcando las cejas—. Me van perfectas, mira tú por dónde. No he visto que llevaran tu nombre. Se habrá borrado. —Sonrió de oreja a oreja sin hacer ademán de agacharse para desabrocharse las botas y devolverlas.

Plugger estaba medio sentado en la grada de tiro. A pocos metros de allí había un centinela apostado de espaldas a ellos. Miraba por el periscopio hacia las alambradas y el barro de la tierra de nadie. No podía permitirse perder la concentración ni siquiera un instante, ocurriera lo que ocurriese detrás de él.

—Son mis botas —dijo Plugger entre dientes—. ¡Quítatelas de tus puñeteros pies y devuélvemelas o tendré que quitártelas yo y echarte a las ratas!

Tucky se balanceó sobre las puntas de los pies con los hombros un poco encogidos.

—¿Quieres intentarlo? —le retó.

Doughy Ward salió a gatas de su refugio subterráneo con el mismo equipo que llevaban todos los demás: cincha y rifle con la bayoneta calada. Su rostro, de piel muy blanca, mostraba una mueca de enfado porque le privaran de una parte de sus escasas horas de sueño. Lanzó una mirada desafiante a Joseph.

—«No robarás.» ¿No es así, capellán?

Fue una manera de exigir que incluso allí, en medio del barro y el frío, del aburrimiento y los esporádicos brotes de violencia, Joseph hiciera su trabajo y defendiera los valores de la justicia, que debían prevalecer para evitar que todos se sumieran en un infierno sin sentido. Sin el bien y el mal no había lugar para la cordura.

—¡No las he robado! —dijo Tucky enojado—. Estaban... —No terminó la frase porque Plugger le dio un puñetazo, un golpe tremendo que le alcanzó de refilón la mejilla al agacharse para esquivarlo.

De nada serviría gritarles y, además, el sonido llegaría hasta las líneas enemigas. Por otra parte, Joseph no quería que toda la trinchera se enterase de que había surgido un problema de

disciplina. Ambos hombres podían acabar con cargos y aquél no era el modo en que un capellán resolvía las cosas. Avanzó hacia ellos poniendo cuidado en no recibir ningún golpe, agarró a Tucky y lo arrojó contra los montantes que sostenían la pared de la trinchera.

—¡Los alemanes están ahí mismo! —dijo con aspereza, y señaló con el mentón hacia el parapeto y la tierra de nadie.

Plugger se había puesto de pie resbalando en el barro de los tablones con los calcetines mugrientos y empapados.

—¡Buena idea, envíelo ahí arriba, capitán! ¡Pero no con mis botas!

Avanzó tambaleante hacia ellos agitando los brazos como para seguir peleando. Joseph se interpuso entre ambos, aun a riesgo de recibir golpes de los dos, cosa que hubiese hecho inevitables los cargos.

—¡Basta ya! —ordenó con brío—. ¡Quítese las botas, Nunn!

—Gracias, capellán —respondió Plugger con una sonrisa satisfecha.

Tucky permaneció inmóvil, con el semblante impasible, haciendo caso omiso de la sangre.

—¡Tampoco son tuyas! —dijo hoscamente, mirando a Joseph a los ojos.

Un hombre apareció por el recodo. Ningún tramo de trinchera tenía más de diez o doce metros de longitud, para evitar que el fuego de la artillería eliminara a una sección entera de hombres o por si un grupo de asalto alemán conseguía atravesar las alambradas. Las trincheras eran profundas, estaban apuntaladas contra rampas de barro y su anchura apenas permitía que dos hombres pudieran cruzarse. El hombre que se aproximaba era alto y delgado, ancho de espaldas, y caminaba con cierta elegancia a pesar de las embarradas rejillas de tablones. Su rostro era moreno, de nariz larga y con una expresión de humor sardónico.

—Un poco temprano para el té, ¿no les parece? —preguntó mirándolos uno por uno.

Tucky y Plugger se pusieron firmes a regañadientes.

—Sí, comandante Wetherall —contestaron ambos casi al unísono.

Sam Wetherall bajó la vista a los pies sin calzar de Plugger y enarcó las cejas.

—¿Está pensando en hacer una incursión en la cocina? ¿O antes efectuará un breve reconocimiento por ahí arriba?

—En cuanto ese ladrón me devuelva las botas me las pondré —contestó Plugger señalando a Tucky con un ademán.

—Yo antes les daría un buen lavado, si estuviera en su lugar —aconsejó Sam sonriendo.

—Lo haré —convino Plugger—. ¡No quiero que se me contagie nada!

—Me refería a sus pies —puntualizó Sam.

Tucky Nunn rompió a reír a carcajadas pese a la magulladura que le estaba oscureciendo la mandíbula donde le había alcanzado Plugger.

—¿De quién son las botas? —preguntó Joseph sonriendo a su vez.

—¡Mías! —exclamaron los dos.

—¿De quién son las botas? —repitió Joseph.

Se hizo un momento de silencio.

—Yo las vi primero —contestó Plugger.

—Pero no las cogiste —señaló Tucky—. Si lo hubieses hecho, ahora las tendrías tú, ¿no te parece?

Sam miró a Joseph con ironía.

—Vamos, Salomón.

—Muy bien —dijo Joseph con decisión—. La bota izquierda para Nunn. La derecha para Arnold.

Aunque ambos soldados rezongaron, Tucky se quitó la bota derecha, la entregó y alcanzó una de las botas viejas que seguían donde Plugger había estado sentado.

—De todos modos no tendría que habérselas quitado —dijo Sam en tono desaprobador—. Lo



sabe de sobra. ¿Y si Fritz atacara de improviso?

Plugger levantó significativamente las cejas abriendo mucho sus ojos azules.

—¿A las tres y media de la tardé? Dentro de nada será la hora del té. Serán unos puñeteros alemanes, pero son civilizados. Tienen que comer y dormir, igual que nosotros.

—Asoma la cabeza por encima del parapeto y verás que no están ni mucho menos dormidos, te lo prometo —advirtió Sam.

Tucky se disponía a contestar cuando oyeron gritos a unos veinte metros de distancia y un instante después un joven soldado apareció tambaleándose por el recodo con el rostro blanco como la nieve. Miró de hito en hito a Sam.

—¡Uno de sus zapadores ha perdido media mano! —exclamó con voz aguda y entrecortada.

—¿Dónde está, Charlie? —preguntó Joseph enseguida—. Lo llevaremos al puesto de primeros auxilios.

Sam se puso tenso.

—¿Quién es? —preguntó pasando delante de ellos sin hacer ningún caso a las ratas que se dispersaban en ambas direcciones.

Charlie Gee dio media vuelta y lo siguió pisándole los talones; Joseph se detuvo para meterse un momento en la trinchera de conexión que conducía a la segunda línea, donde se hizo con un botiquín de primeros auxilios por si fuera necesario algo más que los apósitos de campaña que el herido debía llevar consigo.

Cuando los alcanzó, Sam estaba agachado y rodeaba con el brazo a un hombre sentado en los tablones del suelo. El zapador se mecía adelante y atrás mientras apretaba contra el pecho el muñón de la mano, del que manaba sangre escarlata a borbotones.

Joseph había perdido la cuenta de cuántos hombres heridos y muertos había visto, pero el horror de cada individuo era nuevo y real, y parecía que en este caso el hombre había perdido buena parte de su mano derecha.

Sam, con la tez cenicienta, apretaba tanto la mandíbula que los músculos le sobresalían como cuerdas.

—¡Vamos a curarte, Corliss! —La voz le temblaba pese a que hacía todo lo posible por mantenerla firme—. ¡Hay que detener la hemorragia!

Miró a Joseph con ojos desesperados.

Joseph desgarró el envoltorio del apósito y, mientras hablaba con delicadeza al herido, le tomó la mano; sin examinarla, apretó el vendaje sobre la herida abierta y lo ató tan bien como pudo. No llegó a ver cuántos dedos le quedaban.

—Venga, viejo amigo —dijo Charlie tratando de ayudar a Corliss a ponerse de pie—. Voy a llevarte a ver al médico y te curarán como es debido.

Sam se levantó de un salto y apartó a Joseph a un lado para abrir paso a Charlie y Corliss.

—Joe, ¿puede ir con ellos? —dijo Sam en tono apremiante. Tragó saliva con cierto esfuerzo—. Corliss lo está pasando muy mal. Lleva días al borde de un ataque de nervios. Tengo que averiguar qué ha ocurrido y presentar un informe, pero los médicos le preguntarán cómo se lo ha hecho... Conteste por él, ¿quiere?

Aunque se calló, resultaba patente que quería agregar algo más.

De repente Joseph lo entendió. A Sam le aterraba la idea de que Corliss se hubiese herido deliberadamente. A veces los hombres se dejaban llevar por el pánico, agotados por el miedo, el frío y el horror, y sacaban la mano por encima del parapeto con la intención de que la alcanzara un francotirador enemigo. Una mano mutilada era «un billete a Inglaterra» ya que los soldados lisiados regresaban a la patria. Pero si la herida había sido intencionada se consideraba cobardía ante el enemigo, cosa que conllevaba enfrentarse a un consejo de guerra y posiblemente hasta a una sentencia de muerte. Corliss quizás había explotado. A veces ocurría. Cualquier cosa podía

provocarlo: el incesante retumbar de los bombardeos, la suciedad, los piojos; para algunos era despertarse en plena noche con las ratas corriendo por el cuerpo o, peor aún, por la cara. El horror de estar conversando con un hombre a quien conocías desde la infancia y al cabo de un instante verlo hecho pedazos, quizá sin brazos ni piernas pero aún con vida, tardando minutos en morir entre gritos de agonía, era más de lo que algunos podían soportar. Para otros era la culpa de saber que tus balas o tu bayoneta estaban haciendo lo mismo a un alemán a quien no conocías de nada pero que era de tu misma edad y semejante a ti en esencia, alguien que respiraba, reía y comía. A veces gateaban con sigilo durante la noche hasta la tierra de nadie e intercambiaban comida. En ocasiones hasta se les oía cantar. Cosas distintas destruían a hombres distintos. Corliss era zapador. Podía ser que hubiese perdido el temple por la claustrofobia experimentada al arrastrarse por los túneles bajo la tierra, por el pánico a ser enterrado vivo.

—Ayúdele —suplicó Sam—. Yo no puedo ir... y de todos modos no me creerían.

—Por supuesto —respondió Joseph sin titubear. Apretó un instante el brazo de Sam, se volvió y se encaminó por las rejillas de tabloncillos hacia la boca de la trinchera de conexión. Charlie Gee y Corliss habían avanzado lo suficiente como para no estar al alcance de la vista después de doblar varios recodos. Se apresuró y patinó varias veces sobre los tabloncillos húmedos. En algunos lugares habían clavado alambres en lo alto a modo de puntos de agarre pero en aquel tramo nadie se había tomado la molestia de hacerlo. Tenía que alcanzarlos antes de que llegaran a la trinchera de aprovisionamiento y comenzaran a hacerles preguntas.

La moral era el trabajo de Joseph: mantener altos el coraje y la confianza, ayudar a los heridos y, con demasiada frecuencia, a los agonizantes. Escribía cartas a casa para quienes no podían hacerlo, fuese porque estaban heridos o porque no sabían cómo trasladar al papel las emociones que los embargaban y que desbordaban el entendimiento común. Trataba de otorgar algún significado a un dolor casi insostenible. Ya estaban en el noveno mes de la guerra más enconada y devastadora que el mundo había conocido hasta entonces.

Al principio creyeron que habría finalizado antes de Navidad, pero eso había sido en diciembre de 1914. Ahora estaban en abril de 1915. Los casi cien mil hombres que componían el Cuerpo Expedicionario Británico estaban fuera de combate, muertos o heridos, y la necesidad de nuevos reclutas era acuciante. Kitchener había llamado a filas a un millón de hombres y éstos llegarían descansados, saludables, sin haber soportado un invierno a la intemperie bajo el frío y la lluvia incesantes. No tendrían piojos ni los pies hinchados y despellejados ni padecerían ningún otro suplicio que los debilitara.

Joseph atravesó la trinchera de la reserva y vio movimiento de hombres. Un soldado cantaba para sí *It's a Long Way to Tipperary* mientras vertía agua de un bidón de petróleo, arrugando la nariz por el olor. Equilibró la perla de latón sobre un precario montaje de velas para calentarla. Saludó con la mano a Joseph y le sonrió sin distraer su atención de aquella tarea.

Los hombres de aquel sector procedían de pueblos de Cambridgeshire cercanos al hogar de Joseph en Selbourne St. Giles. Casi todos se conocían por sus apodos. Joseph tenía treinta y seis años y antes de la guerra había sido profesor universitario de idiomas bíblicos en el St. John's College de Cambridge durante varios cursos. Antes de eso había sido clérigo. Conocía a las familias de casi todos aquellos hombres. Su hermana menor, Judith, tenía veinticuatro años y era mayor que la mayoría de ellos.

Pensó en ella con una confusa mezcla de sentimientos. Estaba sumamente orgulloso de que se hubiese presentado voluntaria para ser útil con su habilidad como conductora. Una afición que había causado tanto regocijo como temor en las carreteras de su tierra, pero allí sabía hacer frente al barro, a las averías, a las interminables jornadas y al horror de los hombres heridos y agonizantes con una entereza y una valentía que Joseph desconocía en ella.

La trinchera hacía un poco de pendiente y estaba más seca. La raja de cielo que se abría en lo

alto era azul con una fina capa de nubes bajas como colas de caballo.

Joseph temía por Judith en muchos aspectos. El peligro más obvio de que resultara herida o incluso de que falleciera era sólo parte de su temor. También pesaba la vulnerabilidad de la mente y el corazón ante la destrucción que la rodeaba: el dolor abrumador, la pérdida de tantos hombres jóvenes y la incapacidad de las ambulancias para hacer algo más que trasladarlos de un sitio a otro, muy a menudo demasiado tarde. Sabía las preguntas que lo atormentaban a él. Ninguna persona en su sano juicio podía ser una entusiasta de la guerra, no si la había visto con sus propios ojos. Una cosa era estar en Inglaterra a principios de primavera, cuando los setos comienzan a echar brotes, los pájaros trinan y los narcisos florecen en los jardines y bajo los árboles a lo largo de las orillas y hablar de la nobleza de la guerra. Era sólo un pensamiento, a veces incluso noble. Casi todo el mundo desdeñaba la idea de rendirse.

Allí se convertía en una realidad. Siempre tenías frío, a veces te congelabas, y por lo general estabas mojado. Todas las horas de vigilia las ocupaba una monótona rutina: transportar, limpiar, cavar, apuntalar paredes, tratar de calentar comida y buscar agua potable. Siempre estabas cansado. Y luego venían los breves interludios de horror: el miedo que te hacía un nudo en el estómago, el ruido ensordecedor, la sangre y el dolor, hombres muertos, muchachos a quienes conocías y apreciabas. Algunos seguirían traumatizados mucho después de que la guerra pasara a la historia; las pesadillas nunca terminarían para ellos.

Y quizás Alemania había invadido «la pobre y pequeña» Bélgica y hubiese una cuestión de honor en juego. Invadir estaba mal: aquello era lo único sobre lo que nadie abrigaba ninguna duda. Pero los pocos soldados alemanes que Joseph había visto no se distinguían de los ingleses que tenía a su lado en ningún aspecto salvo en el uniforme. Eran tan jóvenes y estaban tan cansados, sucios y confundidos como todos los demás.

Cuando un grupo de asalto capturaba a un soldado enemigo y lo traía prisionero, a menudo elegían a Joseph para que lo interrogara, ya que antes de la guerra había pasado temporadas en Alemania y hablaba su idioma no sólo con soltura sino con placer.

Cuando recordaba aquellos tiempos sentía un dolor desgarrador y confuso. Los alemanes le habían tratado con suma cortesía, había reído con ellos, compartido su comida. Alemania era la tierra de Beethoven y Goethe, de la ciencia y la filosofía, de grandiosos mitos y sueños. ¿Cómo era posible que ahora se estuvieran haciendo aquellos unos a otros?

Joseph dobló el último recodo, subió un par de peldaños y alcanzó a Charlie Gee y Corliss, pero la trinchera era demasiado estrecha como para que pudiera ayudarlos. Apenas podían pasar dos hombres uno al lado del otro y mucho menos tres.

El puesto de socorro principal estaba en una tienda a pocos metros de allí. Al menos estaría seco, y no constituía un objetivo más importante que cualquier otra construcción. El interior era bastante espacioso. Después de una incursión o un ataque aéreo tenían que atender a decenas de hombres, a los que hacían entrar y salir tan aprisa como las ambulancias pudieran llevárselos hasta los hospitales de campaña. En aquel momento estaban en un periodo de calma. Dentro sólo había dos hombres con el rostro ceniciento y los uniformes manchados de sangre aguardando a que los trasladaran.

Charlie Gee dio un grito y un médico joven se asomó, vio a Corliss y fue hacia él de inmediato.

—Venga, vamos a arreglar eso —dijo el doctor con toda serenidad. Miró pestañeando a Joseph y bajó la vista a la herida. En su semblante demacrado y ojeroso se hizo patente el miedo de que se tratara de una autolesión.

Joseph se adelantó en seguida.

—Hemos hecho lo que hemos podido para detener la hemorragia, doctor, pero no sé qué ha ocurrido exactamente. Es un zapador. Me imagino que algo se ha desmoronado bajo tierra. Quizás uno de los puntales haya cedido.

El rostro del médico se relajó un poco.

—Muy bien. —Se volvió hacia Corliss y se lo llevó adentro. Joseph dio las gracias a Charlie Gee y lo observó alejarse sin ninguna prisa hacia la trinchera de conexión para regresar a primera línea.

Llegó una ambulancia, un Ford Modelo T con la carrocería cuadrada, que recordaba vagamente una camioneta de reparto. La parte delantera era descubierta y en la trasera, cerrada, podía albergar hasta cinco hombres tendidos en camillas y algunos más si iban sentados. El conductor se apeó. Era un muchacho de anchas espaldas con el pelo cortado a cepillo. Saludó a Joseph y luego miró al herido más grave de los dos que estaban aguardando, el que llevaba la pierna derecha entablillada.

—No voy a tener que llevarte en volandas —dijo alegremente—. Con que te agarres con un brazo a mis hombros habrá de sobra. Estarás en el hospital dentro de una hora, o antes si Jerry no hace demasiadas desgracias en los caminos. Los han cortado de mala manera en los alrededores de Wipers, y Hellfire Comer es una auténtica galería de tiro. Pero cogeremos unos atajos, ya verás. —Examinó la pierna entablillada con expresión jovial—. Parece que te la has roto bien. Me da que esto es un billete a Inglaterra. Al menos por una temporada, ¿eh?

—¡Regresaré! —dijo el soldado en voz baja—. He visto cosas mucho peores que piernas rotas.

—Yo también, amigo mío, yo también. —El conductor de la ambulancia frunció los labios—. Pero con esto te basta y sobra por ahora. Venga, vamos a subirte a bordo.

Joseph se aproximó.

—¿Puedo ayudar?

—¡Caray! Aún no necesita la extremaunción, *padre*\*. ¡Sólo se ha roto la pierna! Por lo demás está como una rosa —dijo el conductor de la ambulancia sonriendo—. En fin, supongo que podría sujetarlo por el otro costado para que no se caiga hacia ese lado.

Un cuarto de hora más tarde Joseph recobraba fuerzas tomando un té bastante aceptable. A diferencia de las trincheras de primera línea, allí lo había en abundancia, casi demasiado caliente para beberlo y lo bastante fuerte para disimular los demás sabores del agua.

Ya casi lo había terminado cuando llegó un coche. Era un Aston Martin de perfil largo y bajo del que salió un hombre joven, esbelto y engreído con el pelo muy rubio y de tez lozana. Vestía uniforme pero sin distintivos. Hizo caso omiso de Joseph y entró derecho a la tienda dejando la portezuela abierta. Se detuvo delante del médico, que estaba limpiando su instrumental, y prácticamente se cuadró.

—Eldon Prentice, corresponsal de guerra —anunció. Joseph lo siguió al interior.

—Esta zona es un tanto peligrosa, señor Prentice —dijo Joseph, mientras evitaba mirar hacia Corliss, que estaba tendido en uno de los jergones y volvía a tener la mano vendada manchada de sangre—. Yo de usted me quedaría un poco más atrás —agregó.

Prentice lo miró con fijeza, levantando un poco el mentón, con una expresión resuelta, perfectamente seguro de sí mismo.

—¿Quién es usted, señor?

—Capitán Reavley, capellán —contestó Joseph.

—Bien. Probablemente podrá facilitarme información detallada de primera mano —dijo Prentice—. O al menos de segunda mano. Joseph percibió el tono de desafío.

—Es un sitio frío, húmedo y sucio —respondió Joseph observando los pantalones limpios de Prentice y sus botas apenas cubiertas de polvo—. Y, por descontado, ¡tendrá que caminar! Y llevar sus raciones. Tiene raciones, ¿verdad?

Prentice lo miró con curiosidad.

—Un capellán es justo la clase de hombre con quien me gustaría conversar. Estará en posición

---

\* En español en el original. La autora emplea este recurso para subrayar la nacionalidad de los estadounidenses. (N. del T)

de ofrecerme un punto de vista excepcional sobre lo que sienten los hombres, sobre sus pensamientos y temores.

A Joseph le cayó mal por instinto. Su actitud presentaba una arrogancia que lo ofendía.

—Quizá no esté enterado, señor Prentice, pero los clérigos no repiten lo que la gente les cuenta.

Prentice sonrió.

—Sí, me figuro que ha oído muchísimos relatos de dolor, temor y horror, capitán. Algunos sin duda habrán sido conmovedores y le habrán hecho sentir absolutamente impotente. Al fin y al cabo, ¿qué puede hacer usted?

Era una pregunta retórica y sin embargo Prentice parecía aguardar una respuesta.

Prentice había descrito con toda exactitud el dilema de Joseph y los sentimientos que *más* lo preocupaban y que le producían una sensación de ineptitud, casi de fracaso. Había muy poco que pudiera hacer para ayudar pero por nada del mundo iba a admitirlo delante de aquel reportero. La sensación de ineptitud era demasiado amarga como para hablar de ella, siquiera consigo mismo.

—Nada que sea de su incumbencia, señor Prentice —dijo Joseph en voz alta—. Las inquietudes de un hombre, sean las que sean, forman parte de su intimidad. Preservarla es una de las pocas consideraciones que podemos tener para con ellos.

Prentice permaneció inmóvil un momento y luego se volvió muy despacio para mirar a Corliss.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó con curiosidad—. ¿Una explosión de munición defectuosa le ha arrancado los dedos? —Estaba en las zapas —contestó Joseph con aspereza. Prentice pareció perdido.

—Túneles —explicó Joseph—. La intención es que los alemanes no sepan dónde están los túneles. Nuestros hombres avanzan hasta llegar a uno o dos metros de sus trincheras y entonces ponen minas. Si una mina explota en el sitio adecuado puede hacer estragos.

—¿Es un zapador? Tengo entendido que los hombres que levantan la mano por encima del nivel del parapeto a veces son alcanzados por los francotiradores —comentó Prentice mirando a Joseph de hito en hito.

Joseph inspiró profundamente para responder pero entonces cambió de parecer. Prentice era un corresponsal de guerra como cualquier otro. Todos ellos ponían en común sus informaciones, lo sabía bien. Los había visto reunirse en los cafés de las poblaciones de la retaguardia cuando servía en el cuartel general de la brigada o incluso más lejos del frente, en el cuartel general de la división. Nadie podía verlo todo; las diferencias entre sus relatos dependían de cómo interpretaban la información, de qué elegían y cómo lo redactaban.

Hubo movimiento en la entrada y apareció un sargento. Saludó a Joseph, hizo caso omiso de Prentice, habló con el médico y fue junto a Corliss.

—¿Qué ha ocurrido, soldado?

Corliss levantó la vista hacia él.

—No estoy seguro, señor. Se desmoronó un trozo de pared. Me cayó algo en la mano.

—¿El qué? ¿Un pico? —interrogó el sargento.—Podría ser.

—¿Duele?

—Sí, señor, pero no demasiado. Creo que me pondré bien.

—Un zapador sin dedos no sirve para gran cosa. Me parece que esto es un billete a Inglaterra.

—El sargento torció el gesto con recelo aunque su tono había sido amable.

Joseph suspiró profundamente y notó que sus músculos se relajaban un poco. Si Corliss había estado tan trastornado como Sam se temía, quizás había tenido un descuido, quizás incluso en parte había sido responsable del accidente, pero aun así aquello no era un delito. Si alguien más hubiera resultado herido habría que presentar cargos contra él; pero en este caso la víctima era él, él sería quien pasaría el resto de la vida con media mano.

—Pinta mal esa herida —comentó Prentice dando un par de pasos hacia el sargento—. Eldon Prentice. Prensa. —Bajó la vista hacia el jergón donde yacía Corliss—. Parece que volverás a casa antes que el resto de tus compañeros.

Corliss tragó saliva y el escaso color que le quedaba en el rostro se desvaneció. Los dientes le castañeteaban y estaba comenzando a temblar. Tal vez Sam llevara razón al decir que tenía los nervios destrozados.

Se hizo un prolongado silencio. De repente Joseph fue consciente de que en la tienda hacía frío. El aire olía a sangre, al sudor del dolor, a desinfectante. Había ruido fuera, alguien gritaba, la lluvia golpeteaba débilmente contra la lona de la tienda. Estaba oscureciendo.

¿Debía decir algo o quizá sólo empeoraría las cosas? El médico estaba descontento, se notaba en su rostro fatigado. Él también era joven. Había visto demasiados cuerpos rotos, demasiadas heridas espantosas que no había podido curar. Intentaba contener ríos de sangre con poco más que sus manos. La sombra de sus ojeras pareció oscurecerse aún más.

Joseph conocía al sargento vagamente. Se llamaba Watkins. Era militar de carrera. Lo más probable es que ya hubiese visto a la mayoría de sus amigos muertos o malheridos. Creía en la disciplina; conocía el coste de la cobardía aunque fuese un solo hombre el que desobedeciera las órdenes. También sabía qué se sentía al enfrentarse al fuego enemigo, al saltar el parapeto hacia una lluvia de balas. Había oído los gritos de los hombres atrapados en las alambradas.

Joseph se volvió hacia Prentice.

—Es una lástima que no vaya a tener ocasión de penetrar en las zapas —dijo con voz más seca y crispada de lo que se había propuesto—. Podría escribir un buen artículo sobre lo que se siente al gatear por un agujero cavado en el suelo debajo de la tierra de nadie oyendo el goteo del agua y los terrones desmoronarse. Las ratas te rodean allí abajo, pero eso es inevitable. Están por todas partes, como supongo que ya habrá advertido. Miles de ratas, algunas tan grandes como gatos. Se alimentan de los muertos y lo que más les gusta son los ojos. Dormimos con la cara tapada. —Le satisfizo sobremanera que Prentice se estremeciera—. Pero el caso es que no le van a dejar ir tan adelante, ¿sabe? Los corresponsales de guerra no van a esos sitios. Estorbarían. Usted sólo tiene que observar lo que hacen otros hombres y luego ir a un lugar seguro a hablar de ello.

—¿Y qué hace usted, capellán? ¿Rezar? —le espetó Prentice—. ¡Por Dios bendito! ¡Lo suyo es de risa! —exclamó desdeñoso con voz estridente—. Aquí resulta usted tan inútil como una tía solterona en un burdel. Si a su Dios le importamos algo, ¿dónde está? —Hizo un ademán en dirección a la línea de frente y a la tierra de nadie que había más allá—. ¡Pregúntele —agregó señalando a Corliss—, pregúntele si cree en Dios cuando está dentro de una de esas zapas!

—Si alguna vez hubiese estado aquí de noche, bajo el fuego enemigo, sabría que no hay ninguna cosa en la que creer aparte de Dios —contestó Joseph con amarga certidumbre—. Si hay algún sitio real que pueda convencerlo de que el infierno existe, pruebe la tierra de nadie en invierno. Sentarse en una taberna bien caldeada con una jarra de cerveza y escribir artículos para que sean leídos a la hora del desayuno en toda Inglaterra parece el cielo en comparación.

—Mire... —comenzó Prentice.

El sargento lo interrumpió:

—Creo que lo mejor sería que regresara a su taberna y a su cerveza, señor Prentice —dijo con voz fuerte y desapasionada—. Lo que el capitán dice es verdad. Y puede que usted sea un ateo y no crea en nada pero no es quién para venir aquí y burlarse de la fe de otros hombres. Cuando las cosas se ponen feas, puede ser lo único que te queda. Aunque cómo va usted a saber eso si no es un soldado.

El sargento Watkins era un hombre corpulento, más pesado que Prentice aunque no tan alto, y siete u ocho años mayor que él, pues probablemente le faltara poco para cumplir cuarenta.

—Cualquier oficial puede hacer que lo arresten en cualquier momento —prosiguió Watkins—.

Decreto real. Así que quizá sea buena idea mostrarse cortés con el capitán, ¿no le parece?

Prentice le sostuvo la mirada, calibrando su determinación. Joseph aguardó inmóvil.

Prentice se retiró con el semblante tenso de ira.

El sargento sonrió.

—La ambulancia llegará enseguida —dijo a Corliss—. Te llevarán a un hospital de verdad y luego, en su debido momento, a Inglaterra.

Su voz era fuerte y agradable pero Joseph supo por la expresión de su rostro que en su fuero interno no estaba seguro de que la herida no hubiese sido provocada adrede. No informaría de sus dudas porque Prentice lo había enojado. Era un intruso que había entrado en su terreno y pretendía decirle cómo hacer su trabajo. Los soldados cerraban filas contra los civiles.

Fuera se oyeron salpicaduras y el chirrido de una ambulancia al frenar; un instante después entró un joven ágil y desenvuelto. Iba calado hasta los huesos y el pelo negro le caía chorreando por la cara. En cuanto habló se hizo patente que era estadounidense.

—Hola, ¿tiene a alguien para mí, doctor? —Reparó en Joseph—. Hola, padre, ¿cómo va eso?

—Bien, gracias, Wil —contestó Joseph—. Sí, allí hay uno para ti.

Wil caminó hasta Corliss.

—Eso tiene que doler —le dijo con compasión.

Corliss intentó sonreír.

—Sí, pero no demasiado —respondió con voz áspera entre los labios secos.

Prentice dio un gruñido y sonrió con sarcasmo.

—¡Es lo que dicen todos! —exclamó Joseph sin disimular su enojo—. ¡Aunque estén agonizando, lo siguen diciendo!

—Pero él no está agonizando, capellán —respondió Prentice—. ¡Ni lo estará! ¡Dentro de una o dos semanas estará de vuelta en Inglaterra sano y salvo!

—¡Igual que usted! —replicó Joseph—. Sólo que usted conservará todos los dedos.

Dicho esto se volvió y ayudó a Wil Sloan a levantar a Corliss y llevarlo hasta la ambulancia aparcada bajo la lluvia.

Matthew Reavley conducía por la carretera bajo el sol de abril. Había salido de Londres en dirección al sur, camino de las afueras de Brighton, y se sentía eufórico por encontrarse fuera de la ciudad y por fin, tras nueve meses de frustraciones y fracasos, estar a punto de dar un gran paso adelante.

Los acontecimientos del verano anterior, incluso antes de que estallara la guerra, habían alterado su vida irrevocablemente. A finales de junio, el mismo día del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, los padres de Matthew fallecieron al estrellarse su coche en lo que al principio pareció un simple accidente. La tarde anterior John Reavley había llamado a su hijo Matthew por teléfono para decirle que había hallado un documento donde se esbozaba un plan que, de llevarse a cabo, arruinaría el honor de Inglaterra y cambiaría la historia del mundo. Mientras llevaba el documento en cuestión desde su casa en St. Giles a Matthew en Londres, ocurrió el accidente.

Mas cuando Matthew y Joseph examinaron los efectos personales de su padre que la policía había sacado de los restos del automóvil siniestrado no apareció documento alguno, como tampoco en el propio coche. Registraron su casa y no encontraron nada ni remotamente parecido.

El accidente de coche resultó ser un asesinato deliberado y meticuloso, aunque la policía nunca lo llegó a saber. John Reavley había advertido a Matthew, durante aquella breve conversación que sería la última, que la conspiración salpicaba a la mismísima familia real y que por tanto no debía fiarse de nadie.

Matthew y Joseph, siete años mayor que él, habían descubierto la dolorosa y trágica verdad de lo que en realidad había ocurrido. Habían encontrado el documento donde John Reavley lo había escondido y lo que contenía era mucho peor de lo que había dado a entender. Incluso ahora, mientras avanzaba raudo entre los setos poblados de hojas nuevas de un verde traslúcido y un leve velo de lluvia difuminaba el bosquecillo que había a lo lejos, Matthew recordó el horror abrumador que los invadió cuando él y Joseph leyeron aquella hoja de papel. La propuesta iba mucho más allá de cuanto habían imaginado: un tratado entre el káiser Guillermo II y el rey Jorge V mediante el que se acordaba que Inglaterra entregaría Francia y Bélgica al ejército invasor alemán, a cambio de lo cual Inglaterra y Alemania juntas formarían un imperio para repartirse el mundo entre ambas. Casi toda Europa caería en manos de Alemania, que luego ayudaría a Gran Bretaña a conservar su imperio y añadir a éste las antiguas colonias de las Américas, con inclusión de Estados Unidos. Era una traición casi inconcebible.

Y sin embargo hubiese evitado la matanza que ahora manchaba de sangre los campos de batalla de Europa, una carnicería que amenazaba con continuar si Kitchener conseguía que un millón más de hombres fuera voluntariamente a aquel infierno de dolor y destrucción.

Los hermanos sabían quién había matado a John y Alys Reavley y por qué. El joven asesino también estaba muerto ahora, igual que su hermano, pero el instigador de todo el asunto, casi con toda seguridad el hombre que se había creído capaz de convencer al rey Jorge para que firmara el tratado, seguía sin identificar y gozaba de entera libertad para proseguir del modo que fuera con la creación de su imperio de subyugación y paz deshonrosa.

Joseph estaba sirviendo en Flandes y no tenía oportunidad de perseguir al «Pacificador», según le habían llamado. Hannah, la hermana mayor de Joseph y Matthew, se había mudado de nuevo a la casa familiar en St. Giles con sus tres hijos. Su marido, Archie, estaba en la Armada Británica y pasaba la mayor parte del tiempo en el mar. Hannah era quien más unida había estado a su madre y en muchos aspectos trataba de ocupar su lugar en el pueblo, cerca de los conocidos senderos y campos de su niñez, las familias que conocía, las rutinas del cuidado del hogar y los pequeños deberes y detalles que formaban el tejido de la vida.

Matthew, por su parte, había proseguido su carrera en el Servicio de Inteligencia Secreto que su padre tanto deplorara antaño. Le sorprendía lo mucho que le seguía doliendo que la única vez que John Reavley había recurrido a él para pedirle ayuda como profesional hubiese sido demasiado tarde y que, casi un año después, la tarea aún estuviera por terminar.

Judith, cinco años más joven que Matthew, estaba empleando la única habilidad real que poseía y encarrilaba su desorientada impetuosidad en algún lugar de la zona de Ypres sirviendo en el DAV, el Destacamento de Ayuda Voluntaria, como conductora de ambulancias, coches del estado mayor y cualquier otro vehículo que le pidieran. A juzgar por sus cartas daba la impresión de que por fin había encontrado una meta que la absorbía e incluso un compañerismo que le proporcionaba cierta felicidad, a pesar de los frecuentes peligros y de las casi perpetuas privaciones.

Eso significaba que sólo Matthew se encontraba en condiciones de investigar los escasos datos que tenían para buscar al Pacificador, no ya por un deseo de venganza personal o ni siquiera un sentido abstracto de la justicia, sino para impedir que continuara persiguiendo su objetivo por alguna vía alternativa. Y ninguno de sus hermanos pensaría ni por un instante que fuera a darse por vencido.

Matthew detuvo el coche en el cruce. Un tiro de caballos fuertes y pacientes arrastraba una trailla por el campo que tenía a su izquierda y le llegaba el olor a tierra removida, una fragancia intensa y penetrante. La lluvia había cesado y el sol relumbraba en las hojas empapadas de los setos.

Aceleró y siguió adelante. No podía confiar en nadie ajeno a la familia, ni siquiera en su propio



superior en el SIS. En realidad, quizás en él menos que en nadie. Sólo podía enumerar los hechos irrefutables y deducir de ellos la verdad.

John Reavley había completado sus estudios universitarios de ciencias exactas en Alemania y tenía muchos amigos alemanes. Uno de ellos había sido Reisenburg, el hombre cuyas dotes caligráficas habían servido para redactar las dos copias del tratado. Éste se había quedado consternado al ver su contenido y las había robado, y después las llevó a Inglaterra para entregárselas al único hombre en quien confiaba y creía capaz de poner fin a la conspiración.

Reisenburg había entregado los documentos a John Reavley, quien en cuestión de horas telefoneó a Matthew a Londres para decirle que se los llevaría al día siguiente. No obstante, sólo había recorrido unos pocos kilómetros cuando fue víctima de un sabotaje perpetrado en la carretera por Sebastian Allard, el alumno predilecto de Joseph en el St. John's College, un muchacho apasionado, idealista y aterrado por la destrucción no sólo de la vida sino del mismísimo espíritu de la civilización que la guerra traería aparejada. Había creído que el plan del Pacificador sería un mal menor. Luego, tras cometer un doble asesinato por esa causa y ver con sus propios ojos el horror de la muerte violenta, se sintió incapaz de seguir viviendo.

A aquello le siguió el asesinato de Harry Beecher, el amigo más antiguo y querido de Joseph y, finalmente, otro suicidio más. A Reisenburg también lo habían matado pero Matthew no sabía quién.

Y el cuatro de agosto Gran Bretaña se vio precipitada a la guerra.

¿Quién era el Pacificador? Un hombre con aliados, que tenía acceso a la corte real alemana, casi con toda seguridad al propio káiser, y que también gozaba de acceso privado y personal al rey Jorge V. Nadie concebiría un plan semejante, y mucho menos lo pondría en marcha, sin conocer a ambos soberanos. Obviamente, también se trataba de un político astuto, dotado de una imaginación portentosa y despiadada. Y, sin embargo, a su manera, también debía de poseer una apasionada moralidad.

Él y sus discípulos habían ansiado recuperar el documento del tratado porque ya no había tiempo ni ocasión de redactarlo de nuevo y hacer que el káiser lo firmara otra vez antes de presentárselo al rey, y porque además era imprescindible evitar que cayera en manos de alguien que pudiera hacerlo público.

Cuando descubrieron que el documento había desaparecido sin duda adivinaron que era Reisenburg quien lo había sustraído, pero no llegaron a tiempo para seguirlo. De haberlo hecho, se lo habrían arrebatado y luego lo habrían matado. Asimismo, tampoco debieron de ver cómo Reisenburg se lo entregaba a John Reavley, ya que de lo contrario habrían actuado con más prontitud.

Y no obstante habían ordenado a Sebastian Allard que matara a John al día siguiente. Por consiguiente, tuvieron que saber que el documento obraba en su poder y también que aquella aciaga mañana circularía por aquel tramo concreto de carretera.

El Pacificador sólo podía ser alguien que conociera a John Reavley personalmente y que además supiera que su segundo hijo trabajaba en Londres en el Servicio de Inteligencia y que por tanto era la persona a quien obviamente entregaría el documento.

¿Quién se había puesto en contacto con Sebastian Allard para darle información y órdenes en las pocas horas de la tarde o el anochecer después de que Reisenburg hubiese entregado el documento a John Reavley y antes de que éste saliera hacia Londres al día siguiente?

Sebastian estaba muerto, igual que su hermano Elwyn. Su padre, Gerald, se refugió más que nunca en una botella de coñac y su madre, Mary, quedó hecha pedazos por la ira y la vergüenza del escándalo. Tras cambiar de nombre abandonó Cambridgeshire para dejar atrás aquel pasado insoportable. No había adoptado ningún apellido de su familia, ni por la parte de sus padres ni por la de los de Gerald, y eligió uno sin ninguna relación. Por eso Matthew había tardado tanto en dar

con ella en un hospital militar cercano a Brighton donde trabajaba como voluntaria.

Era primera hora de la tarde cuando aparcó en la explanada de gravilla delante de la entrada y se apeó, feliz de poder estirar las piernas después de dos horas al volante. Subió la escalinata, preguntó en el vestíbulo si podría hablar con la señora Allan y le indicaron una de las salas.

Mientras se dirigía allí se cruzó con un muchacho que no aparentaba más de veinte años sentado en una silla de ruedas. La manera en que la manta le cubría el regazo hacía evidente que sólo tenía una pierna.

Matthew no quiso mirar. Sintió una punzada de compasión y también culpabilidad por estar en condiciones de caminar a grandes zancadas sin ninguna dificultad. Además tenía prisa. Fue plenamente consciente de que Joseph habría sentido lo mismo pero se hubiese detenido. Con frecuencia le sorprendía lo mucho que extrañaba a Joseph ahora. Dado que él vivía en Londres y Joseph había vivido en Cambridge, no había contado con ello.

—Buenas tardes —dijo sonriendo—. ¿Voy bien para ir a la sala tres?

—Sí, señor —le aseguró el muchacho con el semblante iluminado de súbito. Miró el uniforme de Matthew pero no vio la insignia de ningún regimiento—. Todo recto.

—Gracias —contestó Matthew y siguió el resto del camino hasta cruzar la puerta de la sala. Vio a Mary nada más entrar. Llevaba falda y blusa gris con un delantal blanco encima en lugar del austero y elegante vestido de luto de seda negra que lucía la última vez que la había visto, pero seguía presentando el rostro demacrado, el cuerpo enjuto, los hombros altos y delgados, la columna vertebral más tiesa que el palo de una escoba. Mary no reparó en su presencia, concentrada como estaba en enrollar vendajes. Probablemente estaba acostumbrada a que la gente entrara y saliera de la sala.

—Buenas tardes, señora Allan —saludó Matthew en voz baja utilizando su nuevo nombre para no ponerla en un aprieto—. ¿Podría dedicarme unos minutos de su tiempo?

Mary se paralizó, las manos inmóviles, la venda en el aire. Se fue volviendo muy despacio aunque a Matthew le constaba que había reconocido su voz. Los rasgos angulosos de la mujer estaban transidos de miedo y sus ojos negros se ensombrecieron. Lo miró sin decir palabra.

—Lamento molestarla, señora Allan.

Matthew repitió su nuevo nombre para dejarle claro que no tenía intención de arrancarle la máscara que tan cuidadosamente se había construido. Entre ambos mediaba una inmensa tragedia, heridas cuya curación no cabía siquiera imaginar. Los padres de Matthew habían muerto a manos del hijo de Mary, sus dos hijos eran culpables de asesinato y suicidio, el escándalo había destrozado todo lo que a ella le importaba y había sido el hermano de él quien lo había sacado a la luz. A Mary ya no le quedaban sueños y aquel vacío llenaba el silencio de su mirada.

—Supongo que tendrá un buen motivo, capitán Reavley —contestó Mary con voz inexpresiva.

—¿Le parece bien que salgamos fuera? —propuso Matthew lanzando una mirada a la puerta que daba a una terraza y al césped del jardín, donde vio no menos de seis muchachos en sillas de una clase u otra.

—Si es necesario... —contestó Mary sin manifestar el menor interés por saber qué quería Matthew, como tampoco por cómo se encontraba su familia, pese a que sin duda sabía que tanto Joseph como Judith estaban en Flandes, puesto que toda la región lo supo antes de que ella se marchara.

Matthew pasó delante pisando fuerte el suelo entarimado de la sala. Fue consciente de que al menos dos hombres tendidos en silencio en sus camas los observaban mientras salían.

Fuera el aire estaba templado y quieto ya que el patio quedaba resguardado por los altos muros cubiertos de rosas y madresevas aún sin todas las hojas. El cielo en lo alto era de un azul lechoso.

—¿Qué desea? —preguntó Mary mientras se detenía a buena distancia de los demás

ocupantes del jardín.

Matthew había dado muchas vueltas a lo que iba a decirle sin hallar nada que no estuviera impregnado del dolor del pasado. No había ninguna manera aséptica o amable de formularlo. Quizá lo más simple fuese lo mejor.

Había decidido contarle tanta parte de verdad como osara. Era lo menos que le debía; Mary había perdido más que ninguno de ellos y Matthew no veía en ello ningún peligro.

—Sebastian no actuó solo —comenzó—. Alguien le inculcó ideas y creencias y luego le dijo lo que tenía que hacer. Él obedeció pensando que evitaría la guerra. Esa persona, aparte de ser culpable directa de varias muertes en su familia y en la mía, sigue en libertad para cometer actos de traición y sabotaje contra Inglaterra con el fin de ayudar a Alemania. Los motivos que tenga no importan, sean los que sean hay que detenerla. No puedo solicitar ayuda oficial para resolver el caso porque no sé de quién me puedo fiar.

Un matiz levísimo del humor más amargo iluminó el semblante de Mary un instante y se desvaneció, sus cejas se arquearon tan sutilmente que pudo muy bien haber sido un efecto de la luz.

—¿Y se figura que puede confiar en mí?

—Le he dicho bien poca cosa que usted no supiera ya —contestó Matthew—. Por otra parte, me encuentro en un callejón sin salida. Y me resisto a creer que sienta usted ningún aprecio por ese hombre.

El rostro de Mary seguía desprovisto de emoción salvo en los ojos, que de repente refulgieron llenos de vida.

—Si pudiera lo mataría —contestó—. Me gustaría hacerlo con mis propias manos y verlo agonizar. Me gustaría ver la comprensión y el dolor en su cara. Me aseguraría de que muriera despacio y de que supiera quién soy.

Aquel odio implacable asustó a Matthew, que no dudó de su palabra. Notó la boca seca. ¿Alguna vez sería capaz de odiar así? Había perdido a sus padres y el pesar quizá no lo abandonaría nunca, pero su muerte había sido rápida y honorable. Los dos hijos de Mary, la pasión y la esperanza de su vida, habían sido convertidos en asesinos para luego suicidarse. Y sin embargo ninguno de ellos había sido malo, eso lo tenía tan claro como la luz del sol en la hierba. Habían sido engañados y destruidos por otros y, al final, crucificados por la vergüenza.

—Por desgracia todavía no he dado con él —dijo Matthew con una ternura que le sorprendió ser capaz de sentir por aquella señora. Mary parecía una furia mitológica más que una mujer corriente del siglo XX de pie en el césped de un hospital de Brighton. Aunque sin duda los mitos sobrevivían porque eran una destilación de la verdad humana—. Usted puede ayudarme —agregó.

—¿Cómo? —preguntó Mary mirando hacia los soldados heridos que iban en silla de ruedas, no a él.

—¿Quién se puso en contacto con Sebastian la tarde anterior al accidente en el que fallecieron mis padres? Da igual cómo: por teléfono, por carta, personalmente, como sea.

—Qué maravillosamente delicado de su parte, capitán Reavley. —Había un asomo de mofa en su voz—. ¡Se refiere al día antes de que Sebastian matara a su madre y a su padre!

—Sí. Por la mañana habría sido demasiado pronto; cualquier cosa a partir de la hora del almuerzo.

Mary meditó un momento antes de contestar.

—Recibió dos o tres cartas con el correo de primera hora de la tarde. Una llamada telefónica, que yo recuerde. Nadie fue a visitarlo pero en cambio salió y al regresar parecía preocupado. No tengo ni idea de con quién pudo reunirse.

—¿Las cartas llegaron con el correo?

—¡Claro que llegaron con el correo! ¿Qué se imagina? ¿Palomas mensajeras? ¿O un lacayo con librea lanzando un paquete desde un carruaje?

—Un mensaje entregado en mano —respondió Matthew—. Es bastante sencillo meter un sobre en un buzón; en ese caso no llevaría un sello franqueado.

Mary soltó el aire con un suspiro.

—¿De verdad piensa que esto va a ayudarlo a encontrarlo? ¿O que conseguirá que se haga alguna clase de justicia? No podrá demostrar nada. Se pondrá en ridículo y aquellos a quienes acuse se escaparán. Tendrá suerte si no lo demandan por difamación.

—Me subestima, señora Allan. No pienso hacer nada tan directo.

Mary lo miró de hito en hito. No era esperanza lo que avivaba sus ojos sino el destello de algo mejor que el puro enojo de antes.

—Recibió una llamada telefónica de Aidan Thyer y luego, al cabo de media hora, Sebastian salió.

Aidan Thyer era el director del St. John's College de Cambridge, posición que le otorgaba una influencia extraordinaria, casi única. Los sueños y ambiciones de infinidad de muchachos habían sido moldeados por los directores de sus colegios universitarios durante los primeros años de su formación como adultos, lejos de casa, mientras comenzaban a saborear las nuevas libertades de la aventura intelectual. Matthew recordaba bien a su propio director, la brillantez de su mente, los sueños que había promovido, los mundos que había abierto para sus estudiantes. ¿Quién mejor para enseñar a Sebastian a ser un idealista capaz de matar en nombre de la paz?

Si en efecto era Thyer, Joseph se llevaría un disgusto tremendo. Pero la pena no tenía nada que ver con la verdad.

—¿Nada entremedias? —preguntó a Mary Allan—. ¿Nadie llamó a la puerta, ni siquiera a la trasera? ¿Ningún repartidor, nada? —No —contestó Mary.

¿Estaba siendo precavida o trataba de eludir una respuesta demasiado dolorosa? Pero el contacto tenía que ser alguien que John Reavley conociera y en quien confiara. Tenía que ser alguien bastante próximo y con la capacidad intelectual y moral suficiente para influir en Sebastian hasta el punto de convencerlo de que matara a dos personas que conocía desde hacía años, los padres del hombre que le había dado clases particulares y ayudado incluso antes de que ingresara en la universidad y mucho más a partir de entonces.

—¿Comentó algo acerca de adónde iba?

—No. ¿Piensa que fue a ver a Aidan Thyer? —preguntó Mary con incredulidad. ¡Tras la muerte de Sebastian ella se había alojado en casa de Thyer! Había presenciado su pesar y dio muestras de hacer cuanto estaba en su mano por ayudar.

—No lo sé —respondió Matthew con sinceridad—. Hay montones de explicaciones posibles. Pero al menos es un sitio por donde empezar. Alguien dijo a Sebastian lo que tenía que hacer y dónde estaría mi padre.

—¿Por qué no pudo haber sido en cualquier otro momento? —preguntó Mary frunciendo un poco el ceño—. ¿Por qué sólo durante la tarde del día anterior? ¿Por qué lo hizo? Su hermano era el mejor amigo de Sebastian.

—Lo sé. No tuvo nada que ver con Joseph. Fue un asunto político.

Aquello era lo más cerca de la verdad que iba a llegar.

—¡Eso es absurdo! —replicó Mary—. El padre de ustedes fue miembro del Parlamento, de acuerdo, pero no defendió ninguna postura contraria a las ideas de Sebastian. Nunca defendió nada que se saliera de lo común. Había decenas de hombres como él, quizás incluso cientos.

Seguramente no pretendió ser grosera pero su tono fue desdeñoso y no hizo el menor esfuerzo por disimularlo.

Matthew recordó el semblante sereno y ascético de su padre, su inteligencia incisiva y aquella

honestidad suya tan característica que lo hacía tan transparente como un niño. Sí, había muchos hombres que creían en lo mismo que él, ¡pero él había sido excepcional! Nadie llenaría jamás el vacío que había dejado al morir. A Matthew de repente le resultó casi imposible no contestar a Mary con una observación cruel. Tuvo que hacer acopio de todo el dominio de sí mismo para hablar de modo civilizado.

—Y si alguno de esos cientos de hombres hubiese sido quien se enterase de la información que recibió mi padre y hubiese tenido el coraje de obrar en consecuencia —dijo con cuidado—, sería él quien estaría muerto.

Evitó adrede emplear la palabra «asesinado».

Mary se puso tensa y se dio la vuelta.

—¿Qué información?

—Política. No puedo decirle más.

—Pues entonces vaya a hablar con Aidan Thyer —le dijo Mary—. Yo no puedo hacer nada para ayudarle.

Y sin aguardar a que Matthew dijera algo más ni despedirse de él se encaminó de nuevo hacia la sala con el torso muy erguido, toda otra pasión consumida en el pesar, revestida de una extraña dignidad pero sin ninguna elegancia.

Matthew se quedó fuera y regresó al coche caminando por la hierba que rodeaba el sendero.

## 2

—No lo sé —dijo Sam cansinamente, echándose el pelo hacia atrás y manchándose la frente de barro sin darse cuenta—. Hay tanta confusión que es imposible decirlo con certeza. Parece que uno de los puntales se soltó y parte de la pared se derrumbó. Pero la causa de que eso sucediera es difícil de determinar. ¿Cómo le ha quedado la mano?

Estaban en el refugio subterráneo de Sam, anejo a la trinchera de apoyo. Quedaba tres escalones por debajo del nivel de la propia trinchera, era un profundo agujero en la tierra con rejillas de tablones en el suelo y una cortina de arpillera a modo de puerta. El interior era el típico de las dependencias de muchos otros oficiales: un catre estrecho, una silla de madera y dos mesas hechas con cajas. Había varios libros sobre un estante improvisado junto a la cama, un poco de poesía, alguna leyenda griega, un par de novelas. Encima de una de las cajas había un gramófono y dentro de esa misma caja unos veinte discos, casi todos de música clásica para piano, Liszt y Chopin, un poco de Beethoven y algo de ópera. Joseph se los sabía todos de memoria. También había una fotografía del hermano menor de Sam con el rostro demacrado por la enfermedad.

—Ha perdido dos dedos centrales, creo —contestó Joseph—. Si no se le infecta, quizá conserve el resto.

Sam había preparado té en su perola, la cual ahora estaba cuidadosamente apuntalada sobre una vela encendida. Tenía galletas de chocolate procedentes de un paquete recibido desde su casa. Sirvió el té, dando la mitad a Joseph, y repartió las galletas.

—Gracias —dijo Joseph. Cogió la taza y mordió una galleta. Era crujiente y dulce. Casi compensaba el sabor del té preparado con agua salobre en un cacharro que servía para todo. Al menos estaba caliente.

—Ha venido un corresponsal nuevo —prosiguió Joseph—. Muy arrogante. Limpio y planchado. No tiene ni idea de lo que es meterse en una zapa.

Joseph sólo había entrado una vez en una zapa pero jamás olvidaría aquella sensación. Tuvo que hacer acopio de todo el dominio de sí mismo para no echarse a chillar mientras las paredes parecían cerrarse sobre él y oía el ruido del goteo y los pequeños desprendimientos, además del correteo de los roedores. Cada proyectil disparado podía ser el que derrumbara la entrada y lo enterrara junto con sus compañeros bajo la tierra donde morirían asfixiados. Se había acostumbrado al golpeteo de los alemanes que hacían lo mismo. Uno los oía en los refugios subterráneos. En cierto modo el silencio era peor: podía significar que estaban cebando sus espoletas. Las minas podían explotar en cualquier momento.

Sam le observaba con una mirada de interrogación. No cabía eludir la verdad.

—El periodista piensa que quizá sea una herida provocada —admitió Joseph—. Alguien le ha estado contando historias y no se lo quita de la cabeza.

Sam no contestó. Su rostro curioso e irónico reflejaba los pensamientos que se negaba a decir en voz alta: compadecía a los hombres empujados más allá de sus límites y le constaba que aquello era exactamente lo que podía haber sucedido; temía que su hombre fuera a ser castigado sin que él pudiera hacer nada por protegerlo; y estaba cansado de tanta suciedad, tanto agotamiento y tanto dolor. Esbozó una sonrisa, una expresión sorprendentemente tierna.

—Gracias por intentarlo —dijo.

Joseph cogió una segunda galleta de chocolate y se acabó el té.

—No es suficiente —dijo poniéndose de pie—. Watkins no iba a presentar cargos contra él pero

me aseguraré de que así sea. Corliss me ha parecido un tanto inestable. Regresaré al hospital de campaña y comprobaré que esté bien.

Sam asintió con la cabeza, mirándolo con gratitud.

Joseph sonrió.

—Quizá consiga una taza de té como Dios manda —dijo quitándole importancia al asunto—. No tengo nada mejor que hacer.

Fue andando hasta el puesto de primeros auxilios y por el camino se cruzó con Bert Dazely, que llevaba el correo para los hombres de las trincheras de primera línea. Sujetaba un buen fajo de sobres con la mano y sonreía de oreja a oreja mostrando los dientes que le faltaban.

—Buenas tardes, capellán —dijo alegremente—. ¿Ha visto a Charlie Gee ahí arriba? Tengo dos para él. Calculo que esa chica suya le escribe dos veces al día.

—Eso parece —convino Joseph con una momentánea punzada de envidia. Eleanor había muerto de parto dos años atrás y en una terrible noche perdió a su esposa y a su hijo. Se obligó a apartar aquel recuerdo de la mente con toda su fuerza de voluntad. Tenía cosas que hacer ahora, cosas que lo mantendrían ocupado y lo distraerían de los sentimientos—. He estado con el comandante Wetherall. No sé dónde está Charlie.

—Ya lo encontraré —dijo Bert en tono jovial, sabiendo que llevaba consigo el bien más preciado de todo el campo de batalla.

Joseph sólo tuvo que aguardar un cuarto de hora a que llegara una ambulancia y, dado que sólo había que trasladar a dos heridos, pudo pedir que lo llevaran hasta el puesto de urgencias que, de hecho, era un pequeño hospital móvil. Hacía poco que aquellas unidades habían entrado en servicio.

Preguntó a la primera enfermera que vio. Era una mujer alta y muy atractiva. No se dio cuenta de que era estadounidense hasta que habló con ella.

—¿Qué desea, capitán?

—Sí, veré, enfermera... —Joseph vaciló porque le gustaba llamar *ala* gente por su nombre.

—Marie O'Day —dijo la joven.

—¿Irlandesa? —inquirió Joseph sorprendido. Sin duda había confundido su acento.

La enfermera O'Day sonrió y se le iluminó el semblante. —No, la familia de mi marido lo era. Conduce una ambulancia. ¿A quién busca?

—Al soldado Corliss, el zapador que ingresó ayer con la mano aplastada.

El rostro de la enfermera se ensombreció de nuevo.

—Ah. Está bastante mal. Creo que ha perdido tres dedos. No lo está llevando demasiado bien, capellán. Parece muy deprimido. Me alegra que haya venido a verle. —Titubeó un instante, como si fuera a añadir algo más pero no supiera cómo expresarlo.

El miedo hizo un nudo en el estómago de Joseph. Aquéllas eran exactamente las situaciones en las que se suponía que debía prestar ayuda: el trauma, la desesperación, las heridas internas que quedaban fuera del alcance de los médicos.

—¿Qué sucede, señora O'Day? Necesito saberlo.

—No sé cómo ocurrió ni me importa —contestó la enfermera mirándolo a los ojos con absoluta franqueza—. No entiendo cómo se las arreglan estos chicos para tener el coraje de saltar el parapeto, sabiendo lo que les puede ocurrir, o de meterse en esos túneles bajo tierra. Están muertos de miedo y sin embargo lo hacen y bromean al respecto. —Sin previo aviso los ojos se le arrasaron en lágrimas y tuvo que apartar la vista—. A veces les oigo decir...

Joseph tendió la mano para tocarle el brazo pero cambió de parecer. Sería un gesto demasiado familiar.

—¿Qué es lo que quiere decirme, señora O'Day?

Marie pestañeó varias veces.

—Hay un joven corresponsal de guerra rondando por todas partes que no para de hacer preguntas. Me consta que tienen que hacerlo, es su trabajo, y también que en la patria la gente tiene derecho a saber qué está pasando. Pero ha oído algo sobre heridas provocadas adrede, sobre todo en las manos, y está insistiendo mucho.

Su rostro seguía mostrando indecisión, la necesidad de decir algo más, o quizás el deseo de que la entendiera sin más palabras.

Joseph recordó el miedo de Sam y el suyo propio. Había visto hombres paralizados por el terror, incapaces de mover el cuerpo o de controlar sus funciones fisiológicas. Los túneles subterráneos eran más de lo que muchos podían soportar; el horror de ser enterrado vivo era peor que el de ser fusilado por cobardía. Ni siquiera sabía qué andaba preguntando Prentice, ni tampoco qué pretendía escribir, y sin embargo Joseph ya estaba a punto de odiarlo.

—Daré con él —prometió—. Los corresponsales de guerra carecen de autorización para acercarse tanto a la primera línea. Son civiles. Cualquier oficial puede ordenar que se vayan y, si está molestando, eso es lo que haré.

Marie tomó aire rápidamente para explicarse.

—Lo sé —la tranquilizó Joseph—. No sabemos cómo perdió Corliss los dedos y no estoy seguro de que queramos saberlo. Marie se serenó. Aquello era lo que necesitaba.

—Gracias, capitán. Tenga la bondad de seguirme.

Se dio la vuelta y salieron por la puerta, recorrieron un sendero de tablones y entraron en otro barracón con camas dispuestas a ambos lados. Joseph sabía que era contiguo al quirófano. Vio a Corliss tumbado de costado en una de las camas con el rostro girado. La figura de Prentice en medio de la estancia era fácil de reconocer por el uniforme limpio. Estaba conversando con un soldado que llevaba el brazo en cabestrillo. Al oírlos entrar se volvió y su semblante se iluminó a la expectativa.

—¡Hombre! El capellán otra vez —dijo con entusiasmo, dejando de lado al soldado y dirigiéndose hacia Joseph—. ¿Ha averiguado algo más sobre cómo perdió media mano ese zapador?

—¡No ha perdido media mano! —le espetó Marie O'Day—. Y haga el favor de hablar en voz baja. En realidad lo mejor sería que saliera de aquí. Esto es una sala de hospital, no una cafetería para que ande de aquí para allá charlando con la gente.

La enfermera era casi de su misma estatura y defendía su territorio y a los hombres a los que cuidaba con admiración y piedad.

Prentice reconoció que lo habían vencido, al menos por el momento, y se batió en retirada.

Joseph dedicó una sonrisa radiante a Marie O'Day y acto seguido fue hasta la cama de Corliss. Estaba tendido con los ojos abiertos, mirando al infinito con la mirada perdida y el rostro inexpresivo.

Joseph sabía que su deber era tener respuestas para situaciones como aquella, palabras que aliviaran el dolor, que disiparan parte del miedo que retorció las entrañas y soltaba las tripas, algo que diera sentido a lo insoportable. Sólo lo divino servía; no había nada humano lo bastante grande para abarcarlo.

Ahora bien, ¿qué podía decir? Al mirar a Corliss se daba cuenta de que el joven sabía que sospechaban de él y no podría demostrar su inocencia. Había perdido la mano. Aún podía ocurrir que se le infectara la herida y tuvieran que amputarle todo el brazo. Si lo hallaban culpable de haberse provocado la herida, le vendarían los ojos y lo fusilarían deshonrado. ¿Podía ocurrirle algo peor a un hombre?

Las palabras murieron en la lengua de Joseph. Se limitó a sentarse en la cama y apoyar una mano en el hombro de Corliss.

—Si quieres hablar, aquí me tienes —dijo en voz baja—. Si no, no pasa nada.



Corliss no se movió durante un buen rato. Cuando por fin habló lo hizo con la voz ronca, como si tuviera la garganta seca.

—¿Qué ha dicho el comandante Wetherall? Me duele como una cuchillada en la barriga haberlo defraudado.

Joseph vio lágrimas en el rostro de Corliss.

—Me ha enviado para que ese periodista te deje en paz —contestó.

—Va a por mí —dijo Corliss—. Piensa que me lo hice yo mismo aposta. Se lo he oído decir.

—No se entera de nada —replicó Joseph—. Veré si puedo llevármelo a una zapa. Eso le dará una idea bastante aproximada de cómo son. Si quiere una historia, ésa sería fantástica. Lo convertiría en un héroe.

Corliss esbozó una sonrisa y tragó saliva.

—Y el comandante Wetherall sabe muy bien lo mal qué se pasa ahí dentro —prosiguió Joseph. Corliss pestañeó.

Joseph dejó que se hiciera el silencio.

—Gracias, capellán —dijo Corliss finalmente.

Media hora después, tras haber hablado con todos los hombres de la sala, Joseph salió al aire libre en busca de Prentice. Necesitaba apelar a lo mejor que hubiera en aquel hombre. Si consiguiera hacerle entender la magnitud de las pérdidas, el número de heridos y muertos que había en cada batallón sin que hubiera reservas para ocupar sus puestos, quizá dejaría de minar la moral de los hombres que quedaban y que intentaban mantenerse despiertos día y noche a toda costa, a menudo obligados a vigilar a solas en todo un tramo de trinchera, de un recodo al siguiente. Habían pasado casi todo el invierno calados hasta los huesos y la mitad de ese tiempo soportando un frío glacial. Se alimentaban con comida rancia y agua sucia y, para colmo, muy racionadas. Dormían al raso. Todos y cada uno de ellos habían perdido amigos que conocían desde la infancia, hombres a los querían como a hermanos.

Muchos de ellos no deseaban matar alemanes. Algunos tenían pesadillas debido a la culpabilidad, sueños empapados en sangre de los que despertaban gritando, sudando a mares, temerosos de compartir pensamientos que podían considerarse deslealtad, cobardía e incluso traición cuando en realidad eran mera humanidad.

Prentice estaba hablando con el sargento Watkins. Parecía muy tranquilo allí de pie medio de lado junto a una mesa llena de tablillas y vendas, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Delante de él, el sargento Watkins estaba prácticamente cuadrado, con la mandíbula prieta y el rostro colorado.

—Así que la moral está bastante baja —decía Prentice con convicción—. En realidad, no podría estarlo más. Me han dicho que algunos hombres ni siquiera desean luchar contra los alemanes. ¿Eso es verdad?

—Ningún hombre en su sano juicio desea matar a otro a no ser que se vea obligado a hacerlo —contestó Watkins en voz baja y enojada—. Pero si Jerry dispara, créame, señor, nuestros muchachos responderán. Vaya a primera línea cuando tenga ocasión, en lugar de rondar por aquí, y no tardará en verlo con sus propios ojos. ¿Qué piensa que es todo ese ruido? ¿Truenos? ¿Dios todopoderoso cambiando los muebles de sitio? Son armas, chico, armas suficientes como para matar a todo bicho viviente en Flandes. ¿Aunque tampoco es que quede mucho con vida por aquí!

—Y también andan ustedes escasos de munición, según me han dicho —continuó Prentice, ni por asomo desalentado—. Tienen que racionar la que entregan a cada hombre e incluso pedirles que devuelvan la que no hayan usado.

—No desperdiciamos nada —contestó Watkins fulminándolo con la mirada—. Todo el mundo lo sabe, sólo que no lo dice. Si Jerry no está enterado, más vale que siga así.

—Con tan pocas probabilidades de ganar y la moral tan baja, ¿no resulta difícil hacer que los

hombres salgan a combatir? —preguntó Prentice enarcando las cejas y abriendo mucho los ojos azules.

—¡Deje de decir estupideces! —exclamó Watkins enojado y con el semblante lívido de rabia—. Tengo cosas mejores que hacer que estar aquí escuchando cómo le da a la sinhueso. Salga afuera y vea la realidad. Y deje en paz a los pacientes. —Watkins comenzó a volverse para alejarse.

—Pensaba que quizás había venido a averiguar si la herida del zapador era provocada —afirmó Prentice con toda claridad.

Watkins se quedó paralizado y luego se volvió de nuevo hacia Prentice muy despacio.

—¿Que usted qué?

Prentice repitió lo que había dicho con ojos retadores y expresión inocente.

A Joseph se le hizo un nudo en la garganta y se le revolieron las tripas. Aquello era exactamente lo que había ido a evitar. Tenía que decir algo enseguida, antes de que fuera demasiado tarde.

—Señor Prentice, usted no sabe nada —interrumpió Joseph—. Y la justicia castrense no es asunto de su incumbencia. El sargento Watkins conoce de sobra su trabajo. Es militar de carrera. No necesita que usted le dé instrucciones.

Prentice se volvió hacia Joseph y sonrió torciendo los labios con fría satisfacción.

—Por supuesto que no —convino—. Hará lo correcto por el bien del ejército como entidad y con el fin de ganar la guerra, tanto si le gusta hacerlo como si personalmente le resulta difícil. No debe permitir que el hecho de que le guste o deje de gustarle un hombre se interponga en su labor. Como tampoco lo que opinen los demás, cosa que me incluye a mí —sonrió aún más ampliamente— y también a usted, capellán. Él averiguará la verdad. Aunque me figure que siendo un hombre de Dios, usted también la busca.

Joseph comprendió que había perdido la discusión y vio en los ojos de Watkins que éste también se había percatado.

—¿Qué le sucede a un hombre que se haya herido deliberadamente? —prosiguió Prentice—. Es su deber para con el resto de su unidad ocuparse de ello, ¿no es cierto? Una cosa que me ha llamado la atención aquí, aunque sólo llevo unos días, es la lealtad, la extraordinaria profundidad de la amistad entre los hombres, la buena disposición para compartir, para arriesgar y hasta para sacrificarse. —Había un dejo de envidia en su voz y hablaba deprisa en un tono de ira contenida—. Se les debe el honor y la lealtad de quienes tienen el poder de protegerlos y el deber de dirigirlos.

Watkins lo miraba sumido en un amargo silencio.

Joseph buscaba desesperadamente algo que decir, pero ¿acaso lo había? Marie O'Day sabía que la herida de Corliss podía ser deliberada. Hasta Sam temía que así fuera. Había dicho que Corliss estaba a punto de perder el valor.

—Es una... —comenzó a decir Joseph buscando un pretexto médico.

Prentice no le hizo ningún caso y mantuvo la mirada fija en Watkins.

—... cuestión de disciplina militar reunir las pruebas pertinentes —dijo Prentice concluyendo la frase—. Para descubrir la verdad. Tiene que haber alguien que viera lo sucedido. La única razón para no hablar con el testigo sería el miedo a lo que vaya a decir. —Sonrió brevemente—. Estoy seguro que éste no es el caso... ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —dijo Watkins apretando los dientes—. Voy a investigarlo. Si hay pruebas se celebrará un consejo de guerra. ¡Pero esto sigue sin ser asunto suyo, señor! Haga el favor de largarse. ¡Váyase a hacer su trabajo y deje que hagamos el nuestro!

Giró sobre los talones y salió a grandes zancadas dejando atrás a Joseph, demasiado enojado para seguir hablando y quizás avergonzado por haberse dejado atrapar en aquella encerrona.

Joseph había fallado. En vez de proteger a Corliss había jugado un papel decisivo para que Prentice obligara a Watkins a investigar el incidente, y para colmo Joseph temía en su fuero

interno que Corliss fuese culpable. La gente poseía distintos grados de resistencia. Un buen comandante era capaz de ver cuándo se acercaban al límite. Sam lo había visto y había intentado protegerlo. Corliss sólo se había hecho daño a sí mismo, a nadie más. No había abandonado su puesto, ni se había dormido, ni había dejado que otro cargara con la culpa. Se trataba de uno de aquellos casos en los que Hacer la vista gorda posiblemente le hubiese salvado, dándole tiempo para recobrar al menos el amor propio, la capacidad de construir algo con lo que quedaba de él. Prentice no sabía ni por asomo a qué se enfrentaban aquellos hombres y mucho menos los zapadores. Joseph tendría que haber encontrado el modo de evitar aquel desenlace.

Regresó y habló con Marie O'Day. Estaba furiosa con Prentice pero ella no podía hacer nada. Luego pasó un par de horas conversando con los demás hombres, acercándose de vez en cuando a la cama de Corliss, a quien se limitaba a hacer compañía.

Todos oían el bombardeo. La artillería pesada parecía tener un alcance considerable aquella noche. Las paredes se estremecían y las lámparas oscilaban proyectando sombras temblorosas. Hacia las diez llegaron los primeros heridos: algunos con brazos y piernas rotos, un hombre con una profunda herida de metralla en el pecho, otro con el pie arrancado de cuajo. Los cirujanos trabajaban a toda prisa. El olor a sangre preñaba el aire. Todo el mundo presentaba salpicaduras y manchones rojos.

La noche se prolongaba interminablemente. El ruido de la artillería se detenía y recomenzaba una y otra vez. Prentice iba rondando de un lado a otro. Joseph lo vio en varias ocasiones: una vez llevando té; varias ayudando a un hombre herido o sosteniendo una camilla. Ahora su ropa estaba tan arrugada y sucia de sangre como la de todos los demás, su piel clara aún más pálida por la fatiga y quizá también por el horror, la voz ronca de emoción.

Hacia las cuatro de la madrugada, entró Wil Sloan con el rostro ceniciento sosteniendo el extremo de una camilla en la que estaba tendido Charlie Gee. Tenía la piel casi azul, los ojos hundidos en las órbitas y una enorme herida escarlata que manaba sin cesar ocupaba la parte baja de su abdomen allí donde deberían estar sus genitales. Wil había intentado detener la hemorragia con todas las vendas que había encontrado pero éstas ya estaban completamente empapadas.

—¡Ayúdenle! —gritó, su voz casi un alarido—. ¡Ayúdenle! ¡Por Dios, hagan algo!

El cirujano soltó la aguja con la que estaba cosiendo a otro paciente y un enfermero ocupó su lugar para terminar la sutura. Marie O'Day soltó un gemido de angustia y corrió a ayudar al otro camillero a colocar al herido encima de la mesa.

—Muy bien, soldado —dijo el médico con amabilidad—. Vamos a ocuparnos de ti. Calmaremos el dolor y te coseremos. —Apenas miró a la joven enfermera voluntaria que se había aproximado desde la otra mesa de operaciones—. Traiga agua, compresas abundantes, instrumentos —le dijo.

La muchacha se acercó más, vio la herida y en un espantoso instante comprendió lo que ocurría. El rostro se le puso blanco como el papel, retrocedió tambaleándose y se desplomó.

Joseph la vio pero llegó tarde para evitar que cayera al suelo.

Marie O'Day levantó a la muchacha, la llevó a rastras hasta un rincón y acto seguido fue en busca de lo que el médico había pedido.

Joseph vio que Charlie había comprendido al menos en parte el significado de su lacerante dolor, y que había advertido el desgarrador espanto que reflejaban los rostros de los demás. Charlie intentó mirar a Joseph. Movié los labios pero le faltaban fuerzas para emitir sonido alguno.

Joseph pensó en, la chica que escribía a Charlie todos los días y se sintió tan mal que tuvo miedo de desmayarse como había hecho la enfermera. Pero Wil Sloan estaba de pie junto a él, con los ojos brillantes de lágrimas, tragando saliva y boqueando para no quedarse sin aire, desesperado, suplicando sin palabras, rezando.

¿Qué Dios podía permitir que le sucediera algo semejante a un muchacho? Estaría mejor muerto. De todos modos era harto probable que muriera, fuese por el trauma y la pérdida de

sangre o por una infección, pero ¿no podría por lo menos haber fallecido sin saber lo que le había ocurrido?

Joseph tendió la mano y agarró la de Charlie, la estrechó con fuerza y notó un movimiento apenas perceptible de los dedos del soldado.

—Aguanta, Charlie —dijo con voz ronca—. Estamos contigo.

El médico ya había comenzado a trabajar. Charlie seguía consciente.

La herida presentaba muy mal aspecto y seguía manando sangre a pesar de que en el puesto de primeros auxilios habían hecho cuanto habían podido.

Apareció Prentice y puso los ojos como platos.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó—, ¡Por Dios bendito! ¡Ha perdido los genitales! ¡No le queda ni rastro!

Los ojos de Charlie se arrasaron en lágrimas y su garganta emitió un grito ahogado. Joseph notó que los dedos de Charlie le apretaban la mano y acto seguido se aflojaban ya que el médico por fin había colocado la máscara de anestesia sobre su rostro.

Wil se dio la vuelta y miró a Prentice. El joven estadounidense, con la tez cenicienta y los ojos desorbitados, boqueaba y jadeaba como si le faltara el aire. Se tambaleó un momento, procurando no perder el equilibrio, y luego arremetió contra Prentice levantando los brazos. El primer puñetazo alcanzó al periodista de refilón en la mandíbula.

Prentice retrocedió trastabillando pero Wil fue tras él emprendiéndola a golpes, ora con el puño izquierdo, ora con el derecho. Prentice chocó contra la pared del otro extremo haciendo saltar por los aires una bandeja de instrumentos que había encima de una mesilla. Levantó los brazos para protegerse el rostro pero de nada le sirvió. Wil estaba ciego de ira y siguió golpeándolo en cualquier parte del cuerpo que pudiera alcanzar: la cabeza, los hombros, el pecho, el vientre.

El médico gritó:

—¡Por el amor de Dios, deténganlo! ¡Que alguien agarre a ese maldito loco!

Prentice cayó y se deslizó por la pared hasta quedar medio encima de la muchacha que se había desmayado. Wil le agarró los brazos y lo puso de pie de un tirón al tiempo que le golpeaba otra vez. Prentice soltó un chillido agudo y el hombro se le dislocó por la tensión de su propio peso colgado del brazo de Wil, que, sin soltar aún a su presa, le arreó un puñetazo más antes de dejarlo caer de nuevo.

El camillero estaba paralizado. Marie O'Day buscó en derredor algo con lo que golpear a Wil antes de que acabara con la vida de Prentice.

Joseph, obligándose a apartar de su mente la imagen de Charlie Gee, se acercó a Wil por detrás y le agarró el cuello con los brazos, echando todo su peso hacia atrás de modo que Wil se viera forzado a soltar a Prentice. Pero Wil opuso resistencia e intentó voltearse para librarse de su asaltante.

—¡Basta! —gritó Joseph—. ¡Vas a matarlo, idiota! Y con eso no vas a arreglar nada.

Wil se abalanzó hacia Prentice, casi levantando a Joseph del suelo, pero al final la presa de éste lo obligó a retroceder.

Prentice se estaba incorporando con dificultad. Tenía la cara llena de sangre, el uniforme desgarrado y un brazo colgando sin fuerza del hombro en un ángulo extraño. Su boca era una mueca de rabia y dolor, aunque también estaba a todas luces aterrado.

Joseph no soltó a Wil pero miró a Prentice a los ojos.

—Apártese —le dijo— o lo suelto.

Prentice jadeaba y la sangre de un diente roto le corría por el labio.

—¡Haré que lo sometan a un consejo de guerra! —dijo atragantándose con las palabras—. ¡Pasará los próximos cinco años en el calabozo!

—No puede someterlo a un consejo de guerra —replicó Joseph fríamente—, Es voluntario. Puede demandarlo ante un tribunal civil siempre y cuando consiga una orden de extradición. Es un estadounidense que ha venido aquí a ayudarnos a ganar la guerra.

—¡El general Cullingford es mi tío! —Prentice se pasó la mano por la boca e hizo una mueca y soltó un chillido al frotar el diente roto. El gesto no impidió que siguiera manando sangre—. ¡Me encargaré de que no salga de aquí!

—¿Con qué motivo? —preguntó Joseph abriendo mucho los ojos—. ¡Aquí nadie ha visto nada! ¿Ustedes han visto algo? —inquirió mirando de reojo a Marie O'Day, que estaba trabajando junto al médico, manchada de sangre hasta los codos, y al enfermero que iba pasando instrumentos; compresas, agujas enhebradas con seda limpia.

—No sé de qué me está hablando —dijo el médico sin levantar la vista—. Saque a ese maldito idiota de aquí.

—¡Tendría que hacer que lo arrestaran! —dijo Prentice jadeando y escupiendo más sangre.

—¡A él no, a usted! —soltó el médico bruscamente.

—¡Estoy herido! ¡Me ha roto los puñeteros dientes! —exclamó Prentice furioso.

—Yo no hago dientes. —El médico seguía trabajando en la herida de Charlie con la cabeza gacha—. Vaya a que le vea el dentista del regimiento, si es que logra dar con él.

—Más vale que le diga que ha estado muy cerca de una explosión y que ha caído contra uno de los puntales —dijo Joseph mientras aflojaba el brazo que agarraba a Wil Sloan, quien se enderezó y se puso a toser ahora que podía respirar de nuevo.

Prentice lo fulminó con la mirada.

—¿Piensa que voy a mentir para protegerle? Existe una cosa que se llama disciplina militar para resolver estos asuntos. No puedes atacar al primero que se cruce en tu camino y seguir tan campante. ¡Ese hombre está loco de atar!

—¿De veras? —dijo Joseph exagerando el tono de voz—. Yo no he visto nada concreto. Estaba demasiado ocupado pensando en un hombre hecho pedazos para preocuparme por lo que le estaba ocurriendo a un estúpido periodista que no ha sabido mantener la boca cerrada en un quirófano.

—Yo no he visto nada —agregó el enfermero torciendo el gesto con rabia y compasión—. ¿Y usted, señora O'Day?

—Nada de nada —contestó ella—. Y Janet tampoco —añadió señalando a la chica que se estaba levantando despacio de donde había quedado tendida junto a la pared. Todo el episodio había durado sólo unos minutos. La chica miró la escena que tenía delante: Wil y Joseph, la mesa de operaciones y luego a Prentice. Parecía avergonzada pero la única opinión que de verdad le importaba era la de Marie O'Day. Lo que hubiese ocurrido entre los hombres apenas había alcanzado su conciencia.

—Llévese eso —le pidió Marie O'Day indicando las compresas empapadas en sangre que había en una palangana—. Y traiga unas cuantas más. Deprisa.

La chica se dispuso a obedecer, contenta de tener una segunda oportunidad pero manteniendo los ojos apartados de la mesa de operaciones por si el temple le volvía a fallar.

—¡Fuera! —ordenó Joseph a Prentice. También empujó a Wil para que avanzara; enseguida estuvieron en la entrada y salieron al sendero entarimado.

—Será mejor que te alejes de aquí Joseph a Wil—. Eres un voluntario, puedes ir donde quieras. Si tienes dos dedos de frente, te irás por lo menos hasta el cuartel general de la división. Seguro que allí podrás echar una mano.

—¿Qué pasa con Charlie? —inquirió Wil—. ¡No puedo dejarlo!

—No puedes hacer nada por él —dijo Joseph con amabilidad—. Que te expulsen no le será de mucha ayuda, que digamos. Ahora tienes que pasar inadvertido un tiempo. Ve a Armentières o a

algún otro sitio por el estilo y serénate.

Los ojos de Wil seguían hundidos por la impresión y ahora, debido al agotamiento, tras haberse enfriado la rabia y regresado el horror, se puso a temblar. Sin embargo, y muy a su pesar, fue tambaleándose y resbalando por los tablones del sendero que comunicaba los barracones hasta que dobló la última esquina.

—¡No crea que voy a olvidarme de esto! —gruñó Prentice soltando burbujas de sangre entre los labios magullados y tumefactos. Un ojo se le estaba amoratando y la otra mejilla estaba muy sucia. El brazo le colgaba inutilizado y obviamente dolorido.

—Puede recordar lo que le venga en gana —respondió Joseph—, pero lo más sensato será que no diga ni haga nada. Si alguien se entera de lo que ha dicho delante de Charlie Gee no obtendrá cooperación de ninguno de los hombres. Y quizá se encuentre con que sufre otros «accidentes» en las noches oscuras. Tal como ha señalado al sargento Watkins, la amistad es prácticamente lo único con lo que contamos aquí, eso y la lealtad a tu unidad junto con la creencia de que estamos luchando por algo que importa: el honor, un estilo de vida, las personas a quienes amamos.

Miró a Prentice a la cara. El periodista no estaba acostumbrado al dolor físico y saltaba a la vista que el brazo le hacía mucho daño.

—Más vale que se dirija a uno de los puestos de primeros auxilios que hay más adelante —le aconsejó Joseph—. No puede decirse que esté usted para ingresar pero le vendrá bien un poco de atención, uno o dos puntos tal vez, y alguien que vuelva a ponerle el brazo en su sitio. Es una operación bastante sencilla aunque hace un daño de mil demonios. —Esto último lo dijo con regocijo—. Una explosión de metralla cerca de usted probablemente sea la mejor historia. Parece que se haya caído. Habrá un montón de soldados con heridas peores que la suya, de modo que se pondrá en ridículo si hace muchos aspavientos. La tropa es despiadada con los cobardes. —Le dedicó una breve y apretada sonrisa—. Y hágalo ya, antes de que lo arreste.

Prentice estaba fuera de sí.

—¡Ese loco me ha atacado! ¡Ni siquiera me he defendido! ¿O es que también va a mentir a propósito de eso?

—Por entorpecer el tratamiento a los heridos y hacer perder el tiempo a los oficiales médicos —prosiguió Joseph sin titubear—. No se ha defendido porque Wil no le ha dado ocasión. Debería estarme agradecido por no haberle arrestado ya.

Prentice le miró fijamente el tiempo justo para darse cuenta de que hablaba en serio, luego dio media vuelta y se marchó arrastrando los pies, resbalando en los tablones, aturdido por el zarandeo físico y la impresión emocional.

Joseph volvió a entrar en el barracón hospital para ver si Charlie Gee iba a sobrevivir, aunque no estaba seguro de querer que así fuera. Si vivía, ¿qué iba a hacer o decir Joseph para hacerle soportable la vida? Aquello era demasiado. Recordó la soledad y la ineptitud que sintió cuando sus padres murieron convirtiéndolo de repente en el cabeza de familia, en alguien que debía saber todas las respuestas y tener la fortaleza y el convencimiento necesarios para ayudar a los demás.

Aquello no había sido nada comparado con lo que tenía que hacer ahora. Ninguna enseñanza, ningún ministerio te preparaba para dar respuestas a una situación como aquélla. ¿Qué clase de Dios te arrojaba a ese infierno sin enseñarte lo que se suponía que debías hacer, decir, incluso pensar, con vistas a conservar la fe? No había ninguna respuesta, sólo un sinfín de hombres jóvenes hechos pedazos y necesitados de ayuda urgente.

Subió el escalón y entró al barracón.

Transcurrieron varios días después de que Matthew regresara de visitar a Mary Allard en Brighton antes de que dispusiera del tiempo necesario para viajar a Cambridge y tener ocasión de

hablar con Aidan Thyer. Era una resplandeciente mañana de primavera con viento fresco y la luz del sol emitía destellos en los adoquines húmedos de las calles.

El portero le franqueó la entrada a St. John's College. Al parecer le habían prevenido de su llegada puesto que lo acompañó a través del patio principal y el pasadizo abovedado hasta el patio interior más pequeño en cuyo extremo opuesto se encontraba la casa del director.

—Ya hemos llegado, señor —dijo respetuosamente el portero. Trataba a todos los hombres uniformados con especial dignidad, tanto si los conocía como si no, y recordaba a Joseph con afecto y con particular reverencia por su relación con la tragedia del verano anterior. No quería resultar entrometido y su rostro reflejaba indecisión, pero no pudo por menos de preguntar:

—¿Cómo está el reverendo Reavley, señor? Nos acordamos mucho de él.

—Está bien, gracias —contestó Matthew.

—Se encuentra en Flandes, ¿verdad?

Fue una afirmación y la pronunció con orgullo.

—Sí, cerca de Ypres.

Matthew se sorprendió del orgullo que también él sentía. Se dio cuenta una vez más de lo poco que conocía a Joseph. Había dado casi por sentado que permanecería en la patria y que buscaría un puesto en la administración, quizás en uno de los cuarteles generales del alto mando situados a buena distancia de la línea de fuego. Sus conocimientos de idiomas posiblemente le habrían sido de utilidad. Le hubiese resultado fácil evitar lo peor de la violencia y el dolor y nadie le habría culpado por ello.

El portero asintió con la cabeza. Era un hombre tranquilo, impasible, amante de tomar una cerveza al atardecer y dar un paseo junto al río.

—Tenemos a algunos de nuestros muchachos allí. Y también muchos en Francia, por supuesto. Y en Gallípoli. Esto ya no es como antaño. Ya no se oye a los jóvenes reír, tontear y gastar bromas. —Suspiró, y su rostro franco reflejó un sentimiento de pérdida—. Alocados, la mitad del tiempo. Aunque sin ninguna maldad, sólo de buen humor. Y ahora algunos han muerto. El joven Mowbray, que estudiaba Historia, perdió los dos pies. Congelación, dijeron que fue, y luego gangrena. Uno no piensa en eso cuando piensa en la guerra, ¿verdad? Piensa en tiros, bombas, cosas así. —Suspiró profundamente—. Ésta es la casa del director, señor. Le está esperando.

Matthew le dio las gracias y fue hasta la puerta, que se abrió en cuanto hubo llamado. Una doncella de unos dieciséis años lo condujo hasta un salón cuyas cristaleras daban al jardín del director, a la sazón lleno de rosales podados con las ramas desnudas esperando a que mejorara el tiempo y algunos llamativos narcisos tardíos en flor. Aquí y allí destacaban densos macizos de violetas en la tierra húmeda y umbría.

Aidan Thyer estaba sentado en su sillón con una pila de papeles en una mesa contigua, presumiblemente ensayos, tesis sobre temas diversos. Se levantó en cuanto vio entrar a Matthew. Su estatura era superior a la media, pero lo que más llamaba la atención en su apariencia era el pelo blondito, tan claro que reflejaba la luz cada vez que movía la cabeza. Tenía el rostro alargado y sus facciones transmitían una extraña mezcla de melancolía y humor, aunque ambos impregnados de una aguda inteligencia.

—Pase, capitán Reavley —invitó señalando la butaca que había delante de la suya—. ¿Le apetece tomar algo? ¿Té o una copa de jerez?

—Un jerez me parece excelente idea, gracias —aceptó Matthew—. Ha sido muy amable al concederme esta entrevista.

—Faltaría más. Dijo que se trataba de un asunto importante. ¿Qué puedo hacer por usted? —Mientras hablaba se dirigió al aparador, lo abrió y sirvió dos copas de jerez seco. Le llevó una a Matthew y se arrellanó en su sillón con la otra—. ¿Ha tenido noticias de Joseph últimamente? —preguntó con interés—. Escribe de vez en cuando pero no dejo de preguntarme si resta

importancia a lo que le está sucediendo. Es muy propio de él poner al mal tiempo buena cara.

—Seguro que lo hace —contestó Matthew—. A veces es la única manera de sobrellevarlo.

Thyer sonrió con un aire sombrío. Estaba aguardando a que Matthew explicara el motivo de su visita.

Matthew también vacilaba. Tenía que actuar con sumo cuidado; no podía permitirse ser tan franco y directo como había sido con Mary Allard. Thyer era menos emotivo y mucho mejor juez del carácter de los demás. Sentado en aquel silencioso salón, rodeado por el polvo y las piedras viejas, por las escaleras de madera que habían desgastado los pies de un sinfín de estudiantes a lo largo de los siglos, por aquella peculiar mezcla de sabiduría y entusiasmo, era del todo consciente de que quizás estaba delante de un hombre que había conspirado activamente para traicionar y destruir en nombre del militarismo idealista y la rendición incruenta.

—He estado pensando en la muerte de mis padres —comenzó Matthew percibiendo un guiño de compasión en el rostro de Thyer—. Probablemente ya sepamos cuanto se pueda saber sobre los hechos —prosiguió—, y quizás ahora ya no tenga importancia, pero sigo sintiendo la necesidad de comprender lo ocurrido. Parece incontestable que Sebastian Allard provocó el accidente de forma deliberada y las pruebas relativas a cómo lo hizo son aplastantes. —Se dio cuenta de que estaba sentado con una rigidez muy poco natural. El silencio que reinaba en la habitación era palpable—. Sigo sin tener la menor idea de por qué lo hizo y eso me reconcome.

Aguardó la reacción de Thyer tratando de descifrar su expresión. Thyer se mostró asombrado.

—Mi querido Matthew, de haber sabido el porqué se lo habría dicho en su momento. O al menos, para ser más exactos, probablemente se lo habría dicho a Joseph.

Matthew se echó un poco hacia atrás, juntó las puntas de los dedos y miró a Thyer por encima de ellos.

—¿En serio? ¿Aunque hubiese sido por un motivo doloroso, bien para Joseph o para los Allard, por ejemplo? ¿O en caso de que hubiese adivinado algo, quizá más tarde, a la luz de otros acontecimientos?

—No lo sé—dijo Thyer frunciendo el ceño—. Esa cuestión es absolutamente hipotética. No sé nada sobre su familia que pueda explicar lo que hizo Sebastian y admito que le he dado muchas vueltas sin llegar a ninguna conclusión. Lo poco que sabemos carece de sentido.

—No fue por motivos personales y tampoco cabe pensar que fueran económicos —continuó Matthew. Había sopesado lo que iba a decir durante el viaje desde Londres. Si hablaba más de la cuenta, Thyer comprendería que sospechaba de él, aunque si en efecto era el Pacificador sabría exactamente por qué estaba Matthew allí así como todo lo que éste sabía acerca del documento y también sobre el asesinato de Reisenburg. El riesgo de no averiguar nada nuevo era demasiado grande como para permitirse un exceso de cautela.

—¿Qué está insinuando? —instó Thyer. Su voz era firme. Su dicción perfecta. Había estado sentado allí mismo, interrogado por algunas de las mentes más brillantes de más de una generación, hombres que luego ocuparían los puestos más elevados en el campo, la industria, la ciencia, las finanzas y el gobierno. Y era él quien los moldeaba a ellos, no ellos a él.

—¿Quizás un asunto político? —sugirió Matthew cautelosamente.

Thyer reflexionó un momento.

—Me consta que Sebastian tenía firmes convicciones, pero eso es bastante común entre los muchachos de su edad. El cielo nos proteja de quienes no tienen ninguna. —Inspiró profundamente—. Lo siento, he olvidado por un momento lo que hizo. Le ruego me disculpe. Pero conociendo a su familia me resulta en extremo difícil creer que su padre tuviera alguna convicción que pudiera enfurecer a alguien o hacerle sentirse amenazado hasta el punto de recurrir al asesinato.

¿Se trataba de un ardid para provocar que Matthew demostrara que su hipótesis tenía



fundamento? Era como una compleja partida de ajedrez, movimiento contra movimiento, pensando con tres jugadas de antelación. Matthew ya lo había tenido en cuenta.

—Me he estado preguntando si podría guardar relación con los amigos alemanes de mi padre.

Observó el rostro de Thyer. La expresión de éste apenas cambió, y se limitó a parpadear.

—¿Se refiere a alguna conexión con la guerra? —preguntó Thyer con cierto escepticismo—. No me imagino cuál, salvo que estuviera fundamentada en un error. Su padre no estaba a favor de la guerra, ¿verdad? Me consta que Sebastian detestaba la idea. Aunque lo mismo sentían muchos otros jóvenes. Puesto que son ellos quienes siempre han tenido que combatir en nuestras guerras y entregar su vida y la de sus amigos a la carnicería, tampoco es que quepa culparlos por ello.

Matthew sintió un leve picor por todo el cuerpo en aquella habitación tan silenciosa, tan esencialmente inglesa con su mesa Pembroke de caoba en el otro extremo, sus grabados en la pared. Reconoció uno de la abadía de Rievaulx en Yorkshire, las ruinas encumbrándose como un boceto inacabado, más sueño que piedra. Había narcisos en un jarrón chino, la labor de bordado de Connie Thyer en un canasto, la luz del sol de abril en las flores del jardín detrás de las cristaleras, paredes con siglos de historia.

Más allá del patio que quedaba en dirección opuesta habría *estudiantes* con birrete y toga, exactamente iguales a los que los habían precedido durante cientos de años, llevando consigo pilas de libros, dirigiéndose con premura a sus clases. Otros estarían cruzando el río por el Puente de los Suspiros, quizás echando un vistazo entre el calado de piedra hacia las bateas que se deslizaban perezosas por las aguas mansas o hacia el verdor de la hierba segada bajo los árboles gigantescos.

—Mi padre no era partidario de la guerra —respondió Matthew—, pero tampoco lo era de la rendición. Habría elegido luchar si lo hubiesen presionado lo suficiente.

Mantuvo un tono de voz ligero, como quitando hierro a la cuestión. —Igual que todos nosotros —dijo Thyer con una sonrisa forzada—. Lo cierto es que no puedo ayudarle, Matthew. Ojalá pudiera. La muerte de sus padres es un sinsentido para mí. Sebastian estuvo en Alemania el verano pasado, si no recuerdo mal. Quizás allí le contagiaron ideas extrañas. El socialismo internacional se ha convertido en una religión para algunos, y esa doctrina posee toda la irracionalidad y el fervor de una religión, incluso ofrece la corona de mártir para quienes necesitan una causa que seguir.

—Habla como si tuviera experiencia en ese ámbito —observó Matthew. Parecía un mundo en las antípodas de Cambridge, pero las ideas viajaban tan lejos como llegaran las palabras.

Thyer sonrió.

—Soy el director de St. John's; mi trabajo consiste en saber con qué sueñan los muchachos, de qué hablan, a quién escuchan y qué leen, tanto por recomendación como motu proprio. Los mejores de ellos siempre anhelan cambiar el mundo. ¿Usted no quiso hacerlo? —preguntó con una expresión amable que a primera vista no revelaba más que un educado interés, si bien sus ojos azul claro no podían ser más penetrantes. ¿Acaso aquel hombre deseaba cambiar el mundo, convirtiéndolo en una hegemonía anglogermana?

—Lo importante no es el cambio —contestó Matthew notando el corazón palpar en la garganta. No tenía que ponerse en evidencia. Una palabra torpe en ese momento bastaría para desmontar su estrategia—. Lo importante son los medios que uno se proponga emplear para llevarlo a cabo —sentenció.

—Sebastian era muy persistente en su oposición a la guerra —afirmó Thyer con plena certidumbre—. Admiraba la ciencia y la cultura alemanas, sobre todo la música. Pero eso no lo convierte en un sujeto especial. Dígame dónde hay un hombre civilizado que no sienta lo mismo.

Iban dando vueltas uno alrededor del otro, como en una danza medieval, sin llegar a tocarse nunca. Matthew no estaba averiguando nada salvo el extraordinario poder sobre las mentes que

podía ejercer el director de un colegio universitario, cosa que ya sabía. Thyer se limitaba a recordárselo. ¿Intencionadamente? ¿Acaso se divertía jugando con él?

—Usted habló con Sebastian el día antes de que matara a mis padres —dijo Matthew subiendo un poco el volumen de su voz.

Thyer por fin se sobresaltó aunque sólo lo hizo patente en el pestañeo de sus ojos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó en voz baja.

—Usted no hizo nada para ocultarlo —contestó Matthew—. ¿Es que era un secreto?

Thyer se relajó, con un levísimo toque de humor en las comisuras de la boca.

—No, ni mucho menos. —Su rostro carecía de expresión casi por completo—. Lo llamé para recordarle que había prometido darme unas cuantas citas para una cena con un grupo de amigos. Era un tanto olvidadizo. Mis invitados eran estudiosos del griego que sabrían apreciar sus traducciones de poesía épica.

Era otro mundo, un año atrás y sin embargo una vida diferente.

—¿Y se había olvidado? —preguntó Matthew. ¡Poesía heroica! Y al día siguiente había asesinado a John y Alys Reavley.

—No —respondió Thyer—. Lo tenía preparado y lo había hecho de buen grado. Por descontado, cancelé la cena. No me pareció correcto celebrarla. Joseph era uno de los invitados y habida cuenta de *las* circunstancias ninguno de nosotros tenía el ánimo para fiestas. —Thyer se mordió el labio y se inclinó un poquito hacia delante—. Soy muy consciente de lo que anda buscando, Matthew. A mí también me resulta casi imposible creer que Sebastian estuviera planeando un asesinato —dijo con seriedad—. En ningún momento dejó de comportarse como el muchacho que todos conocíamos: vehemente, encantador, exasperante, lúcido y a veces absolutamente divertido. Y, por supuesto, veleidoso.

Matthew se sorprendió.

—¿Veleidoso?

El rostro de Thyer se suavizó inesperadamente revelando una profunda tristeza.

—Era muy guapo. Tenía toda la vida por delante y muy buen apetito para los placeres que ésta ofrece. Quería probarlos todos. Yo no supe que tenía novia hasta que ésta se presentó aquí después de su muerte, pero conocía de sobra sus devaneos con la muchacha que sirve en la taberna que hay junto al estanque de Mill Pond, así como con otras. Procuraba ser bastante discreto en sus encuentros con ella, pero Cambridge no es una localidad muy grande y, además, él no pasaba inadvertido.

—No sabía que hubiera otras chicas en su vida. —Matthew no salía de su asombro y desconcierto—. ¿Quiénes eran?

—No tengo ni idea —confesó Thyer—. Me figuro que no quería que ninguna de sus... chicas... supiera de las demás.

—¡Pero usted lo sabía! —señaló Matthew.

Thyer esbozó una sonrisa.

—A mí se me dicen muchas cosas que no llegan a oídos de todos. En la medida en que su comportamiento no rebase ciertos límites, las aventuras amorosas de los estudiantes no son de mi incumbencia. Tal vez no las apruebe pero no interfiero.

Aquella revelación le dejó a Matthew un inquietante sabor de boca. Sebastian se había tomado considerables molestias para engañar al menos a tres mujeres. No pudo ser tarea fácil; exigía planificación, estratagemas, incluso mentiras. Y peor aún, requería cierto grado de engaño a sí mismo. A su novia le había propuesto matrimonio o, al menos, se lo había dado a entender. A Flora, la muchacha de la taberna del río le había ofrecido una amistad profunda y quizás incluso íntima, y ahora parecía que también había dedicado tiempo y cuanto menos cierto grado de afecto a otras mujeres. Había comprometido una parte de sí mismo con cada una de ellas y, sin

embargo, cada una de ellas habría supuesto que era la única.

¿Semejante engaño afectivo en un hombre indicaba una duplicidad capaz de traicionar a sus amigos e incluso a su patria? ¿En qué momento la omisión de la verdad comenzaba a convertirse en una mentira?

El teléfono sonó en la pared que había junto a Thyer. —Disculpe —dijo éste antes de levantarse para contestar. Inconscientemente se enderezó un poco mientras escuchaba asintiendo con la cabeza y sonriendo—. Sí, por supuesto —dijo en voz baja—. Conozco su opinión al respecto pero a mí me parece necesario alcanzar un compromiso.

Thyer aguardó un momento mientras la persona del otro lado de la línea hablaba. Asintió de nuevo y manifestó su conformidad con esporádicos murmullos. No había dicho el nombre de su interlocutor en voz alta y, no obstante, su actitud respetuosa hizo que Matthew supusiera que se trataba de alguien de considerable importancia y su mente percibió con renovada agudeza el poder que poseía un hombre en la posición de Thyer. ¿Qué lugar había mejor que aquél para el Pacificador? Conocería a responsables del gobierno, el ejército, la casa real y el cuerpo diplomático, estaría enterado de sus sueños y debilidades y, por encima de todo, confiarían en él.

Thyer seguía hablando, ofreciendo consejo con amabilidad y la más sutil de las presiones.

¿Qué había dicho en realidad durante aquella conversación telefónica con Sebastian la última tarde antes del asesinato? No tenía que ser forzosamente nada más comprometedor que la concertación de una cita. El descubrimiento del documento y la necesidad de tan horrenda violencia no eran cosas que se transmitieran de ese modo; tuvo que haber un encuentro cara a cara. Matthew imaginaba a su pesar las emociones en juego: el horror de Sebastian ante semejante violencia, el irreparable compromiso con un único acto que contravenía todo aquello que manifestaba creer. Y el Pacificador habría sacado a colación un bien supremo, el sacrificio de uno mismo para salvar a la humanidad, la urgencia para evitar el caos de la guerra sin tiempo para demorarse ni andarse con rodeos. Quizás hasta lo había acusado de ser un cobarde, un soñador sin pasión ni coraje.

Tuvo que haber un encuentro. Si Thyer era el Pacificador, sin duda lo había visto aquella tarde o a primera hora de la noche. Resultaba grotesco permanecer en aquel salón conversando educadamente, jugando el uno con el otro, como si lo que estuvieran sacrificando fuesen piezas de ajedrez, no vidas. Había una locura como de mal sueño en todo ello, tanto más demencia! porque era real.

Thyer colgó el teléfono. Se quedó de pie junto al aparato. Fuera el sol matutino resplandecía en las rosas. Se oyeron unas risas a lo lejos.

—Supongo que no lo vio —dijo Matthew en voz alta, en un tono que le resultó forzado—. A Sebastian, quiero decir.

—No. Sólo hablé con él por teléfono —contestó Thyer—. No había necesidad de decir nada más. —Su semblante se ensombreció muy levemente—. Fuera lo que fuese lo que lo llevara a cometer semejante crimen al día siguiente, creo que tuvo que suceder después de nuestra conversación, aunque no tengo idea de qué pudo ser. Me parece que tendrá que resignarse a aceptar que tal vez no lo descubramos nunca. Lo lamento de veras.

¿Era un actor consumado? ¿O sólo lo que parecía, un académico, un hombre tranquilo que estaba viendo que la mitad de sus alumnos eran enviados a los campos de batalla de Europa a desperdiciar sus sueños y su aprendizaje en un baño de sangre?

—¿A qué hora habló con él? —preguntó Matthew.

—Hacia las tres y cuarto, me parece —respondió Thyer—. Aunque estaba con el profesor Etheridge, del departamento de Filosofía en ese momento. Seguramente se acordará mejor que yo, si es que lo considera importante.

—Gracias —dijo Matthew con una extraña mezcla de sinceridad y confusión. Se despidió y se

marchó. Le sería hartito sencillo comprobar todo lo que Thyer le acababa de decir y, sin embargo, de ser verdad, ¿qué habría averiguado? ¿Quién había hablado con Sebastian y dónde? ¿Cómo se habían puesto en contacto con él para darle la orden de cometer el crimen que había acabado con sus víctimas y con él mismo?

Matthew salió de la casa del director y, tras buscarlo un buen rato, encontró al profesor Etheridge quien confirmó con toda exactitud lo que Thyer había dicho. Matthew también verificó sin mayor dificultad el paradero de Thyer durante el resto de la tarde y la velada hasta pasada la medianoche. Después de cenar en el refectorio había participado en una prolongada tertulia en el salón de profesores para luego retirarse a sus aposentos. No había estado a solas en ningún momento.

¿Demostraba algo aquello? Según Mary Allard, Sebastian había salido y al regresar parecía trastornado. ¿A quién había visto? Lo único que Matthew sabía era que no había sido a Aidan Thyer.

Regresó a Londres en su coche; sólo había averiguado que el director de St. John's ostentaba una posición de inmenso poder que le permitía hacer exactamente lo que el Pacificador planeaba y que Sebastian se había estado viendo con una tercera mujer, y quizás una cuarta, demostrando una capacidad de engaño que lo dejaba perplejo. El misterio que arrojaba aquel conocimiento a medias era como una niebla asfixiante, cegadora e insalvable.

## 3

El general Owen Cullingford estaba de pie en medio de la habitación que había convertido en su cuartel general en un pequeño *château* situado a un par de kilómetros de Poperinge, al oeste de Ypres. La situación militar era desesperada. Estaba perdiendo una media de veinte hombres al día entre muertos y heridos. En algunos sitios sólo había un hombre defendiendo cada tramo de la trinchera, y éstos trabajaban hasta el agotamiento para hacer guardia y dar la voz de alarma cuando se producía un ataque alemán. Durante las peores incursiones, secciones enteras de cincuenta hombres eran barridas de un plumazo en una sola noche, dejando desatendidos extensos trechos de frente.

La munición escaseaba y había que racionarla. Cada disparo debía alcanzar un objetivo; a veces no había una segunda oportunidad. Paradójicamente, si a una brigada le iba bien surgía el problema de abastecerla de alimentos, puesto que las carreteras que conducían hasta su posición estaban atestadas y llenas de cráteres de los bombardeos, mientras que en las que resultaban diezmadas había un excedente de comida que se echaba a perder. El agua potable aún era más difícil de encontrar.

El otro gran desafío era la evacuación de los heridos. Quienes estaban en condiciones de hacerlo, no tenían más remedio que caminar. Kitchener había prometido un millón de hombres de refresco pero los nuevos reclutas eran voluntarios y seguían siendo demasiado pocos y demasiado inexpertos para llenar los enormes vacíos de la línea de combate.

El reto que Cullingford más temía era el de mantener alta la moral de la tropa. Un ejército que no se creyera capaz de vencer era un ejército derrotado. Cada día veía más hombres heridos, más cadáveres, más cruces blancas sobre tumbas improvisadas. No podía permitirse mostrar ninguna emoción. Los hombres necesitaban creer que él sabía más que ellos, que su convencimiento de alcanzar la victoria le permitía estar por encima del miedo que los atenazaba a todos, así como del horror individual, el pesar y el dolor desmedidos. Su deber consistía en presentar siempre el mismo rostro sereno, la espalda erguida y la voz firme sintiera lo que sintiese, y llevar esa impostura con dignidad. A veces era lo único que podía hacer. Jamás debía apartar la vista de las heridas o de los montones de muertos, nunca permitir que un hombre aterrado viera que sentía el mismo miedo que él ni que un hombre agonizante pensara siquiera por un instante que había dado su vida en vano.

Ahora el capellán había venido desde la Segunda Brigada para quejarse del corresponsal de guerra que se había mostrado impertinente y carente de tacto en el puesto de socorro hasta el punto de provocar una pelea. Si se hubiese tratado de cualquier otro corresponsal habría dicho al capellán que hiciera arrestar a aquel hombre para que lo mandaran de regreso a Armentières o al lugar de donde hubiese venido. Pero se trataba de Eldon Prentice, el hijo de su propia hermana, y, con su acostumbrada arrogancia, Prentice había contado a diestro y siniestro su vínculo de parentesco con el general, de modo que los oficiales se resistían a tratarlo con mano dura.

Reavley era buena persona y considerablemente mayor que la mayoría de los soldados pues ya había cumplido treinta y bastantes años. Cullingford sabía más sobre él de lo que Reavley suponía porque su hermana Judith llevaba varios meses trabajando como intérprete y conductora a tiempo parcial para el general. Su chófer anterior había resultado herido de gravedad y Judith había ocupado su puesto de forma provisional ya que sus conocimientos de idiomas eran excelentes. Los días se habían convertido en un par de semanas y otras consideraciones fueron

adquiriendo peso. Era una conductora extremadamente buena y por si no bastara con eso conocía la mecánica de los automóviles mejor que muchos hombres.

Pero no eran aquéllas las únicas razones por las que el general no había hecho ningún esfuerzo para reemplazarla por un conductor del ejército regular. Incluso en aquel momento, de pie en medio de la estancia con las manos en los bolsillos mirando por la ventana hacia el jardín descuidado, el rostro de Judith acudía a su mente, un rostro enérgico y vulnerable a un tiempo, lleno de emoción, la clase de rostro que uno no olvidaba con facilidad, no tanto por su belleza como por los sueños que suscitaba.

Al principio se había mostrado sumamente enojada. Cullingford sonrió al recordarlo. Judith había estado conduciendo una ambulancia y visto a muchos hombres heridos. Culpaba al alto mando, a los oficiales que permanecían en la retaguardia y daban las órdenes ofuscados por la cobardía y la incompetencia, enviando a hombres más jóvenes y cabales a una muerte segura. Sólo de forma gradual, mientras lo llevaba de un lado a otro y adquiría una visión más amplia, fue dándose cuenta de la gravedad de la situación para terminar comprendiendo que el general no tenía otra alternativa. Uno no podía salvar a una sección o a un batallón al coste de perder una brigada. Si lograban sobrevivir, serían la disciplina y la inteligencia las que los habrían salvado, no la emoción, por más real o comprensible que ésta fuese.

Cullingford descubrió que podía hablar con ella. Con un conductor varón siempre se interponía la diferencia de graduación. El hombre sería militar profesional y, al margen de la conciencia y la lealtad, nunca perdería de vista la distancia entre sus respectivos puestos. Un suboficial nunca discutía con un oficial, mucho menos si éste era un general, y nunca dejaba entrever siquiera una diferencia de opinión. Judith no tenía tales escrúpulos. Era una voluntaria y por tanto podía marcharse cuando ella lo decidiera. En sentido estricto, Cullingford apenas tenía jurisdicción sobre ella. Podía prescindir de sus servicios pero eso era todo. Su autoridad no ejercía ningún efecto sobre su carrera puesto que ella no la tenía. Esto proporcionaba a Judith una especie de libertad, y a Cullingford le divertía ver el uso que hacía de ella.

Era una muchacha valiente, generosa, divertida y capaz de los errores de juicio más alocados, pero su innata sinceridad la obligaba a reconocer sus equivocaciones. En una de esas ocasiones, hacía ya algunas semanas, tuvo que disciplinarla, al menos verbalmente, y le resultó dolorosamente difícil hacerlo, cosa que lo llevó a darse cuenta de lo peligrosos que podían llegar a ser los sentimientos que se habían apoderado de él.

Cullingford se había casado relativamente mayor, hacía sólo siete años, cuando tenía cuarenta y uno. Nerys había estado casada con anterioridad y esa primera unión había terminado en una terrible tragedia. Él la había encontrado amable, encantadora y sumamente femenina, y antes de que se diera cuenta había pasado a formar parte de su vida. De repente tuvo un hogar, un lugar al que pertenecía, donde el orden doméstico nunca fallaba, donde se sentía amado y a gusto. Que no era un hombre comprendido era algo que no había descubierto hasta hacía muy poco.

A su esposa no le contaba nada relativo a la guerra; ya había sufrido bastante con la muerte de su esposo y aún tenía pesadillas de vez en cuando. Él se daba cuenta porque a la mañana siguiente despertaba con el rostro pálido y la mirada asustada. Nerys no hablaba de ello; siempre había vastas extensiones de temor que ninguno de los dos sacaba nunca a colación: el miedo de él a la guerra que estaba librando, los hombres destrozados y perdidos; el de ella al escándalo y el suicidio.

Judith era distinta: veía la misma proporción del terror que él, tal vez incluso más mientras había conducido la ambulancia. Podía estar enojada, enternecida, agotada o desgarrada por la compasión pero siempre plantaba cara a las cosas. Sus padres habían sido asesinados poco antes de que estallara la guerra y su propio pesar aún le dolía en lo más vivo. De vez en cuando ese sentimiento se le desbordaba y entonces tendía la mano a otras personas abatidas por una

pérdida de cualquier índole con una ternura que despertaba nuevas y profundas emociones en el general, anhelos que lo asustaban y que su sinceridad consigo mismo le impedía negar.

Así pues, hablar con Joseph Reavley acerca de Eldon Prentice le había resultado harto complicado. Sin embargo, Reavley llevaba razón y había que poner freno al excesivo celo profesional de Prentice. No, aquella expresión no era la apropiada: Eldon era ambicioso y absolutamente insensible. Era el único hijo de Abby pero aun así Cullingford no conseguía que le cayera bien. Lo había intentado pero había tal falta de delicadeza en la percepción que tenía Eldon de los demás seres humanos que Cullingford se sentía insultado cada vez que la percibía. Era como si poseyera una capa adicional de piel, tan poco consciente se mostraba de los grados de dolor sutiles del prójimo, de la vergüenza o la humillación que cualquier hombre más sensible habría percibido y evitado.

Lo que había dicho en presencia de Charlie Gee era imperdonable. Las heridas en *sí* eran tan espantosas que hasta costaba pensar en ellas, pues algunas mutilaciones eran peores que la muerte. Un hombre decente ni siquiera habría mirado. Reavley había contado muy poco de lo que el conductor de ambulancia americano había hecho en respuesta, a sabiendas de que Cullingford preferiría no estar enterado; lo único que quería era protegerlo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —contestó Cullingford de manera maquinal.

Quien entró fue su ayuda de campo, el comandante Hadrian. Era un hombre menudo y delgado, vehemente, eficiente y de una lealtad a toda prueba. A Cullingford le había costado algún tiempo sentirse a gusto con él, pero el hábito se había impuesto y aceptaba la suprema eficiencia de Hadrian como algo natural.

—¿Sí? —preguntó Cullingford.

El rostro de Hadrian denotaba tensión, reserva y descontento.

—Un tal señor Prentice está aquí, señor. Es corresponsal de guerra y dice que necesita hablar con usted. —No dijo que el visitante era el sobrino de Cullingford y tal omisión resultaba significativa ya que sin duda Prentice se había presentado como tal—. Al parecer ha sufrido un ligero accidente, señor —agregó Hadrian—. Aunque no parece que sea grave.

—¿Eso se lo ha dicho él? —preguntó Cullingford con curiosidad. Aborrecía la idea de tener que escuchar las quejas de Prentice a propósito de Reavley y más aún contra el conductor voluntario estadounidense que lo había agredido. De haber sabido cómo evitar aquella entrevista lo hubiera hecho, pero ya que eso no era posible estaba decidido a abreviarla al máximo. En aquel lugar ni siquiera la lealtad para con la familia exigía que dedicara a Eldon más tiempo de la cuenta.

—No, señor, se ha limitado a pedir audiencia —contestó Hadrian.

—¿Le ha dicho que es mi sobrino? —preguntó Cullingford. Seguro que en tal caso Hadrian habría resuelto aquel asunto por sí mismo.

—No, señor. Ya lo sabía. Prentice y yo estudiamos juntos en el Wellington College. Él iba tres cursos por detrás de mí pero aún así lo conozco.

No añadió nada más y mantuvo el rostro impertérrito. Cullingford dudaba mucho que hubiesen trabado amistad y no sólo debido a la diferencia de edad.

—Más vale que lo haga pasar —dijo.

—Sí, señor.

Hubo un destello de entendimiento en los ojos de Hadrian y acto seguido dio media vuelta y se retiró.

Un instante después entró Prentice y cerró la puerta a sus espaldas. Pese a que Reavley le había hablado de un accidente, Cullingford se sobresaltó ante el mal aspecto que presentaba Prentice. Su tez clara había reaccionado mal a las magulladuras: tenía la cara bastante hinchada y amoratada alrededor de un ojo y la mandíbula, el labio torcido y deformado, y hablaba con

dificultad por culpa de un diente roto. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo para que se recobrara después de que le hubiesen devuelto a su sitio el hombro dislocado, operación breve pero intensamente dolorosa.

—Buenos días, tío Owen —dijo en un tono casi desafiante—. Como ves, me han asaltado. No parece que tengas muy disciplinada a tu tropa.

Cullingford se había propuesto no enojarse con él y sin embargo su sobrino ya lo estaba poniendo furioso.

—Veo hombres con heridas mucho más graves a diario, Eldon. Si no estás al corriente de la cantidad de bajas será que no estás haciendo bien tu trabajo. Si necesitas atención médica, ve a que te atiendan. Si lo que buscas es compasión, la mía está volcada en los soldados a quienes las bombas han arrancado brazos y piernas o abierto el vientre en canal. Según parece tu herida más grave es ese diente roto.

—Supongo que a tus soldados los hirió el fuego enemigo —replicó Prentice con frialdad—. ¡A mí me asaltó un conductor de ambulancia! ¡Un estadounidense, por el amor de Dios!

—Sí, contamos con unos cuantos voluntarios estadounidenses —convino Cullingford—. Han venido aquí por su cuenta, viven en condiciones muy precarias, comen rancho del ejército y duermen donde y cuando pueden. Creo que es una de las más elevadas formas de nobleza que he visto en mi vida. Lo dan todo a cambio de casi nada.

Prentice vaciló un momento sin saber muy bien qué contestar. La respuesta de Cullingford había restado ímpetu a su furia.

—Me figuro que no tienes autoridad para imponerles ninguna clase de sanción —dijo finalmente.

—Hasta ahora no ha sido preciso —respondió Cullingford enseguida con un amago de sonrisa.

—¿Bien, pues ahora lo es! —espetó Prentice con repentina malicia—. Ese hombre tiene un genio ingobernable. Se volvió loco. Perdió el control.

—¿A quién más atacó? —inquirió Cullingford.

La mejilla sana de Prentice se puso roja como un tomate.

—A nadie. ¡Pero apenas había *más* gente allí! Sólo el capellán que impidió que me matara, y tampoco es que se diera mucha prisa. Y si quieres: mi opinión, no me parece que sea un buen capellán.

—No he pedido tu opinión —replicó Cullingford—. Eldon, ya no eres un niño para ir corriendo a tus padres si alguien se pelea contigo. Resuelve tus propios problemas. Nadie admira a los soplones. Pensaba que siete años en Wellington te habrían enseñado al menos eso. Y en Flandes no soy tu tío, soy el general al mando de esta unidad. Tengo ciento treinta mil hombres, muchos muertos y heridos, reemplazos que encontrar, alimentos y munición que transportar y un plan para defender las líneas de combate contra el enemigo. No dispongo de tiempo para solventar tus riñas con un conductor de ambulancia. No vuelvas a acudir a mí por algo así.

Prentice estaba furioso pero se obligó a relajar el cuerpo y cambió el peso de pie para adoptar una postura más elegante, como si se sintiera perfectamente a gusto.

—En realidad, tío Owen, he venido a pedirte que me des una carta de autorización que me permita llegar a primera línea, o a cualquier otro sitio al que necesite ir, para conseguir el mejor artículo. Sé que los corresponsales están un tanto limitados en sus movimientos y que prácticamente cualquier oficial puede arrestarlos, hasta ese maldito capellán, que probablemente no sepa distinguir un arma de un palo de golf. ¡De hecho llegó a amenazarme!

—No —dijo Cullingford sin pensarlo dos veces—. Tienes exactamente los mismos privilegios y limitaciones que los demás corresponsales.

No iba a permitir que los lazos familiares le obligaran a conceder privilegios a Prentice. Abigail no debería esperar algo así de él. El muchacho había perdido a su padre unos cuantos años atrás



pero ahora ya tenía treinta y tres y más indulgencia no iba a hacerle ningún bien. La muerte de su padre lo hacía digno de consideración, pero conservar un padre en la edad adulta era un don del que demasiados hombres no iban a gozar.

—Supongo que conoces al capitán Reavley —dijo Prentice sin hacer el menor ademán de ir a marcharse.

—Te equivocas —repuso Cullingford—. Lo habré visto un par de veces. Dos divisiones son más de ciento treinta mil hombres. Conozco a muy pocos personalmente y en su mayoría son oficiales que están en combate o a cargo del transporte y los reemplazos en el Estado Mayor.

El rostro de Prentice dibujó una sonrisa brevísima, poco más que un lustre de satisfacción.

—Estaba pensando en un ámbito más personal —contestó—. Sin duda está emparentado con tu conductora voluntaria, ¿me equivoco? Reavley es un apellido poco común y me pareció percibir un ligero parecido físico.

Cullingford notó que lo invadía una repentina oleada de calor. En realidad había muy pocas semejanzas que pudieran apreciarse entre Judith y Joseph Reavley. Él era moreno y ella rubia, con un rostro mucho más delicado que el de su hermano, muy femenino. Quizás hubiera algún parecido en la franqueza de sus miradas, en la manera de mover la cabeza y la forma de sonreír *más* que en su estructura ósea.

Prentice no le quitaba ojo. Tenía que contestar. Fue consciente de su culpa y se sintió desesperadamente vulnerable. No estaba acostumbrado a tener sentimientos que no pudiera controlar o defender.

—Son hermanos —contestó sin que se le alterara la voz, en un tono lo suficientemente formal como para que no pareciera forzado—. Si piensas que eso significa que viene por aquí con más frecuencia de la que exige el cumplimiento de su deber, será que no has captado la esencia del ejército ni la naturaleza de la guerra.

—Es muy guapa —observó Prentice—, a su manera. Toda una mujer. Si fuese mi hermana quien llevara en coche a un hombre de mediana edad de un lado a otro vendría por aquí bastante a menudo, ya que estaría preocupado por ella. —Cambió el peso de pie y sonrió un poco más abiertamente—. De hecho, dado que es voluntaria y sería muy libre de hacer o dejar de hacer lo que le viniera en gana, me aseguraría de que no ocupara un puesto como ése.

Cullingford notó que el color le subía a la cara y se enfureció consigo mismo por no ser capaz de ocultarlo. Comprendió que saltaba a la vista porque Prentice se percató de inmediato. El triunfo brillaba en sus ojos.

—Aunque quizás el bueno del capellán no sepa que estás casado —dijo en voz baja—. Y ni por un momento se me ha ocurrido que haya relacionado la tragedia de tía Nerys contigo. Al fin y al cabo, entonces se llamaba Mallory y fueron sobre todo los nombres de su marido y de la pobre Sarah Whitestable los que hicieron correr ríos de tinta en la prensa. Los diarios *—pueden ser muy crueles: «Hombre maduro se fuga con la hija de dieciséis años de un par tory»; «Suicidio doble en los acantilados de Beachy Head», o como quiera que se llamara ese sitio. «Los cuerpos aparecen despedazados contra las rocas.» ¡Pobre tía Nerys! si supiera que tu coche lo conduce una veinteañera guapa y exaltada volvería a tener pesadillas otra vez. ¡Pero estoy convencido de que el capitán Reavley no sabe nada de esto!*

Cullingford tuvo la sensación de que la habitación se bamboleaba como si la hubiese alcanzado la artillería pesada. Fue un efecto físico pese a estar causado por una impresión emocional. ¡Prentice le estaba haciendo chantaje! No había un atisbo de sonrisa en su rostro, ningún titubeo en sus descarados ojos azul claro. ¡Hablaba en serio!

Tampoco había defensa posible. Cullingford jamás había dicho o hecho nada ni remotamente indecoroso a Judith. Nunca la había tocado, ni siquiera la llamaba por su nombre de pila. Todo estaba en su imaginación, en los brevísimos cruces de miradas, cosas que no precisaban palabras:

la complacencia compartida ante el cielo inmenso que se extendía hacia el oeste dorado por el sol poniente, ristas de nubes de una belleza inenarrable que lastimaban y curaban el alma a un tiempo; comprensión de la risa y el lamento; saber cuándo guardar silencio.

Su culpa iba más allá de los actos: era una traición del corazón. Y sin embargo la soledad lo había ido matando lentamente. Había protegido a Nerys a expensas de sí mismo hasta un punto del que antes no era consciente. Quizá también era culpa suya por haber permitido que ella viviera en un mundo propio, ajeno a la realidad, pero había dejado que las cosas avanzaran demasiado en ese sentido como para intentar cambiarlas ahora. Nerys estaba en la patria, en otra vida. Judith estaba allí y había visto la dantesca ruina de la tierra de nadie, el fango, los cráteres bordeados de hielo con los miembros de los muertos asomando como en un último y desesperado intento por aferrarse a la vida. No necesitaba darle explicaciones imposibles ni hablar con palabras de insoportable crudeza.

—Sólo quiero una carta. —Prentice volvía a dirigirse a él, incapaz de aguardar—. Sólo un papel para que dejen de constreñirme. ¡Estoy haciendo mi trabajo! Y, por supuesto, compartiré cuanto averigüe con los demás corresponsales. —Se metió la mano sana en el bolsillo con un ademán que quizá fuese una imitación inconsciente del porte de Cullingford cuando éste se encontraba a gusto, gesto que quizá recordaba de antes de la guerra—. Gracias. Será de gran ayuda.

Cullingford ardía en deseos de echarlo de allí, quizás hasta con sus propias manos, pero no se lo podía permitir. Prentice estaba templado como el acero. Ansiaba triunfar. Si alguien se lo impedía se echaría encima de quien considerase el culpable de tal injusticia. Le traía sin cuidado hacer daño a otras personas y le complacía que eso incluyera a Cullingford. Cullingford nunca le había profesado mucha estima. Lo había intentado sin conseguirlo. Quizá no se había esforzado mucho, no era un hombre que destacara por su don de gentes. Sólo Judith había atravesado las defensas que lo protegían del mundo. La muchacha no había puesto ningún límite artificial a sus sentimientos, ningún reparo a lo que estaba dispuesta a aprender y a ver. Y cuando eso le hacía daño, cuando su entereza, su coraje para abrigar esperanzas y su determinación se veían amenazados, era la fuerza de él lo que necesitaba.

—Te daré una carta de autorización —concedió Cullingford detestándose por tamaña claudicación—. Pero eso no quita que puedan arrestarte si entorpeces la labor de cualquiera.

—Me parece que con esto bastará —repuso Prentice con el intenso placer de la victoria en la voz, que sonó más aguda y un tanto cortante—. Al menos por ahora. Gracias... tío Owen.

Cullingford no lo miró. Hasta que la carta no fue redactada y Prentice se la hubo metido torpemente en el bolsillo con la única mano libre y se hubo marchado, Cullingford no se dio cuenta de que tenía los músculos agarrotados por el esfuerzo que había hecho para dominarse, por la rabia que había anidado en su fuero interno y que le hacía contener el aliento.

Hadrian estaba de pie en el umbral aguardando instrucciones. Su rostro estaba vigilante, sus ojos tristes. ¿Cuán bien conocía a Prentice en realidad?

—Si el señor Prentice vuelve por aquí—dijo Cullingford—, no quiero verlo. De hecho, y que Dios me asista, me vendría muy bien no volver a verle nunca más.

Hadrian lo miró de hito en hito con cara de tener sombríos pensamientos.

—Sí, señor —respondió en voz baja—. Déjelo en mis manos. Cullingford se volvió, súbitamente avergonzado. Había dado a entender más de lo preciso.

—¿Tendrá la bondad de decir a la señorita Reavley que prepare el coche? Tengo que ir a Zillebeke dentro de media hora. —Sí, señor —dijo Hadrian.

Sam Wetherall estaba sentado al sol en la grada de tiro con un paquete de cigarrillos Woodbines en la mano. Eran casi las cinco de la tarde. Sonreía y la luz cálida y fuerte hacía resaltar

el barro que tenía pegado a la mandíbula y las profundas arrugas de cansancio que le rodeaban los ojos.

—Ahí, estaba Barshey Gee sentado limpiando su fusil —dijo irónicamente— y manteniendo una interminable discusión filosófica con el capitán alemán, en tono muy razonable y paciente, explicándole lo mucho que se equivocaba. Según parece llevaba días haciéndolo. Al alemán le asomaban la cabeza y los hombros del suelo a cosa de un palmo por debajo del límite del parapeto.

—¿Días? —Joseph lo miró horrorizado.

Sam se encogió de hombros y sonrió de oreja a oreja.

—¡Oh, estaba muerto! Nadie se había atrevido a subir para sacarlo de allí. —Enarcó las cejas—. Lo cual me recuerda que Jerry está demasiado tranquilo esta tarde. Me pregunto qué estará tramando.

Ladeó la cabeza y aguzó el oído.

—Hace un buen rato que no se oye nada—dijo Joseph al caer en la cuenta de que hacía más de una hora que no sonaban disparos de los francotiradores. Eso no tenía nada de extraño cuando tenían delante un regimiento de sajones o alemanes del sur. Éstos, igual que algunos regimientos británicos, eran partidarios del «vive y deja vivir». No obstante, había otros que eran mucho más beligerantes y últimamente se habían producido cambios en el bando alemán, de modo que aquel silencio resultaba inesperado e inquietante.

Sam se puso de pie agachando la cabeza y se aproximó a Whoopy Teversham, que estaba de guardia.

—¿Qué ves ahí fuera? —preguntó.

Whoopy estaba concentrado en el periscopio que sostenía con ambas ufanos y no apartó la vista.

—Poca cosa, señor. Corre el rumor de que éstos son duros de pelar. No he visto nada de nada. Por lo que yo puedo apreciar, podrían estar todos durmiendo.

Sam le cogió el periscopio al soldado y escrutó el horizonte con los hombros encorvados y en tensión. Poco a poco lo fue girando para mirar hacia la derecha, a sus propias líneas, y luego a través de la tierra de nadie otra vez. Se lo devolvió a Whoopy y bajó a la rejilla de tablonos.

—El viento ha cambiado —dijo encogiéndose de hombros—. Sopla hacia nosotros.

—Ya lo sé —contestó Joseph compungido—. No es preciso llevar un fusil para tener olfato. Y las letrinas están detrás de nosotros, no delante.

—¡Cuánta sutileza! —dijo Sam con fingida admiración.

—¡No veo las trincheras! —interrumpió Whoopy de pronto con un dejo de alarma en la voz—. ¡Hay una especie de nube! Sólo que está en el suelo y me parece que viene hacia aquí. Un poco al norte de nosotros, por la parte de Polecapp elle.

—¿Qué quieres decir con una nube? —inquirió Sam con los nervios de punta—. ¿Qué clase de nube?

—Verdosa y blanca —respondió Whoopy—. Avanza a la deriva por la tierra de nadie. ¿Quizá sea camuflaje ocultando a un pelotón de asalto?

Ahora también había alarma en su voz aguda y apremiante. Golpeó la carcasa vacía de un obús con la culata de su fusil para hacerla sonar a modo de campana y acto seguido sonaron los gongs a lo largo de la trinchera hacia el norte y el oeste.

Los hombres se pusieron de pie de un salto y agarraron los fusiles preparándose para repeler a las tropas enemigas en cuanto asomaran por encima del parapeto. Joseph vio a Plugger Arnold con sus botas desparejadas y a Tucky Nunn y Barshey Gee, el hermano de Charlie. Luego se hizo el silencio, una prolongada espera con la respiración cortada.

Él también se levantó y se puso en cuclillas de espaldas a la pared. Una incursión por la tarde

resultaba poco usual pero sabía lo que se avecinaba. Se oiría un grito de alarma y comenzarían los disparos, el fuego de la artillería, los heridos, algunos muertos. Y allí estaría él para ayudar a transportar a los que aún fuera posible salvar. Tratar de maniobrar con una camilla por los cortos y estrechos tramos de trinchera doblando aquellos recodos tan pronunciados era espantoso. Pero se habían construido así expresamente para evitar que un enemigo tuviera mucho alcance de tiro y diezmará a un puñado de hombres con una sola cortina de fuego. El sacrificio merecía la pena. La mayoría de los heridos sería llevada a hombros por sus camaradas.

Nadie se movía. No se inclinó un solo tablón ni chapoteó un solo pie.

Entonces lo oyó: no una descarga cerrada de fusilería sino un grito ahogado en la garganta, un jadeo entrecortado como de arcadas y boqueadas.

Sam dio media vuelta con el rostro ceniciento.

—¡Por Dios Todopoderoso! —exclamó asfixiándose—. ¡Es gas! ¡Corre!

Joseph se quedó paralizado. No entendía nada. ¿Cómo era posible que un militar, y mucho menos Sam, diera la orden de salir corriendo?

Entonces el hombro de Sam le golpeó con fuerza en el pecho y por poco le hizo caer al suelo. Se puso en cuclillas, más por instinto que por voluntad propia.

—¡Levántate! —le gritó Sam. Había otros ruidos, alaridos de rabia y terror, palabras interrumpidas, los terribles sonidos de los hombres haciendo arcadas y asfixiándose y, por encima de todo, el creciente bombardeo de la artillería.

—¡Levántate! —gritó Sam otra vez—. ¡El gas descende! ¡Va por el suelo!

—¡Tenemos que ayudar! —protestó Joseph dándose media vuelta y empujando a Sana—. ¡No podemos abandonarlos!

—No podremos ayudar a nadie si estamos muertos. —Sam le tiró con fuerza del brazo—. En las trincheras de aprovisionamiento tendremos un respiro.

Joseph no le comprendía, pero al menos Sam parecía tener idea de lo que había que hacer. ¿Gas? ¿Veneno en el aire? Fue trastabillando hasta el próximo recodo y luego hasta el siguiente chocando con los montantes, tambaleándose de derecha a izquierda. Ya notaba un sabor acre en el aire. Los ojos le lloraban. Los hombres daban traspies por doquier. El bombardeo sonaba con más fuerza. La artillería se estaría acercando. En cualquier momento aparecerían los soldados alemanes en lo alto del parapeto y les dispararían como a animales en una trampa.

Llegó a la trinchera de aprovisionamiento y echó a correr por ella resbalando en los tablones húmedos y salpicando barro, hasta que Sam le dio un golpe por detrás que le hizo salir volando y caer de bruces entre las ratas que huían despavoridas.

—¡Coge tu pañuelo o tu bufanda, lo que sea, y orina en él! —ordenó Sam—. Luego átalos tapando la boca y la nariz. Joseph no daba crédito.

—¡Hazlo! —La voz de Sam explotó, aguda, rayana en el pánico—. ¡Por el amor de Dios, Joe! ¿Quieres ser un sacerdote muerto o un hombre vivo y capaz de hacer algo útil? ¡Eso absorbe el gas, o al menos la peor parte! —Predicó con el ejemplo y se ató la tela mojada alrededor de la cara como si fuese una máscara—. No hay tiempo para ir en busca de camillas y, de todos modos, no habrá suficientes.

Joseph obedeció, mareado, asustado y con un sentimiento de ridículo; pero estaba demasiado acostumbrado a los malos olores y a la indignidad de la vida en las trincheras como para andarse con remilgos. Siguió a ciegas a Sam de regreso a la línea de frente bajando la ligera pendiente. En la primera abertura tropezaron con el cuerpo de un soldado tendido boca arriba con las manos muertas aferradas al cuello y el semblante desfigurado por la agonía. Tenía espuma y vómito en los labios. Era Robby Sutter, uno de los primos de Tucky. Tenía diecinueve años. Joseph solía comprar queso de la granja de su padre.

Delante de él Sam seguía avanzando un poco agachado, con la cabeza justo por debajo del

borde del parapeto. Los disparos habían aumentado y también la cantidad de obuses. La tierra y la arcilla explotaban como inmensos goterones esparcidos en derredor por un ventilador. El gas seguía reptando. Veía sus franjas verdosas y blanquecinas flotar a ras del suelo. Si un pelotón de asalto se estaba acercando aparecería en cualquier momento. Sam se volvió levantando los brazos y haciéndolos girar para indicar que debían seguir adelante.

Encontraron a otros dos hombres con vida, uno herido en el hombro apoyado contra la pared de la trinchera. La sangre le manaba del pecho y el brazo pero respiraba con bastante normalidad. El otro estaba inconsciente y con la tez cenicienta. Joseph se agachó junto al herido justo cuando estalló otro obús, esta vez muy cerca de ellos. A pocos metros de allí cayó una lluvia de tierra.

—Voy a acompañarte a la retaguardia —dijo Joseph con firmeza—, pero tendré que llevarte a cuestas. Perdona si te hago daño.

No tenía ni idea de si el hombre le había oído o no. Con tanto cuidado como pudo, se lo cargó al hombro y poco a poco fue irguiendo la espalda, aunque no del todo para no ofrecer un blanco al cruzar el tramo de trinchera que se había desmoronado hacia dentro, y avanzó inclinado como si acarreará carbón.

Oyó que Sam seguía adelante dejando al hombre gaseado donde estaba.

Al cabo de unos cien metros, justo cuando Joseph pensaba que se le iba a romper la columna vertebral, se encontró con las tropas de refuerzo. Tenían los rostros pálidos por el miedo y los ojos como platos. Inmediatamente detrás de ellos venían los camilleros.

Entregó a los camilleros al hombre herido, que todavía sangraba pero seguía vivo, y se dio media vuelta para marcharse por donde había venido. La situación había empeorado. Había más gas que se deslizaba sobre el barro y los cráteres abiertos entre ambos frentes. Era poco uniforme, como la niebla real, aquí y allí formaba volutas que el viento desgarraba dejando al descubierto los árboles muertos que se alzaban como lápidas sobre un mundo anegado. El gas lo cubría todo como un paño mortuorio siguiendo las partes más hundidas del suelo hasta que las trincheras que habían sido refugios se convertían en tumbas donde los cuerpos se amontonaban de forma grotesca, ahogados en su propia sangre y fluidos.

El bombardeo continuaba con un ruido ensordecedor esparciendo metralla por todas partes. Joseph encontró a más hombres vivos. Ayudó a cuantos pudo siempre con la bufanda empapada en orina encima de la boca y la nariz, bien atada para que no le cayera mientras usaba las manos. Perdió la cuenta de los hombres que había cargado a cuestas, esforzándose en mantener el equilibrio en el barro, para llevarlos o arrastrarlos hacia el puesto de socorro, donde el aire aún estaba un poco más limpio. Los músculos chillaban por el esfuerzo de soportar su peso. Cada dos por tres resbalaba y se caía. Sus propios pulmones estaban a punto de estallar pero no podía detenerse: siempre había más hombres abatidos. Pensaba que algunos vivirían; otros morían antes de que los pudiera socorrer.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando volvió a ver a Sam a través del humo y el gas. Corrió tambaleándose hacia él, llamándolo. Un obús estalló cerca de ellos y lo derribó. Parte del parapeto se desmoronó hacia el interior de la trinchera y llenó el espacio que los separaba con una cascada de tierra y cadáveres medio enterrados que llevaban allí varias semanas. Ahora ya no quedaba ningún refugio.

—¡Ayúdame a desenterrarlo! —gritó Sam entre el cañoneo, y Joseph se dio cuenta de que también había un hombre vivo debajo de la tierra removida.

Si estaba herido, la presión podía matarlo. Si estaba gaseado no tenía ninguna esperanza bajo aquel corrimiento de arcilla. Empezó a comentar su situación.

—¡Cállate y cava! —le chilló Sam—. ¡El pobre diablo estaba perfectamente antes de que le cayera esto encima!

A Joseph iba a estallarle la cabeza y su visión era borrosa. El suelo de la trinchera parecía

ondularse pero el bombardeo no era tan fuerte como para moverlo de aquella manera. El olor del gas era distinto al de las letrinas y los cadáveres en descomposición. Obedeció a Sam y cavó torpemente con las manos, pensando que aun en caso de que consiguiera encontrar una pala no la usaría por miedo a golpear carne viva con ella.

Cavaba con frenesí, apartando grandes terrones de arcilla húmeda que arrojaba donde podía, consciente de que Sam estaba haciendo lo mismo desde el otro lado del montículo, a un par de metros de él. Entonces notó una violenta sacudida en el suelo y la parte interior de la trinchera estalló formando un muro volante de tierra que le dio de lleno contra la espalda. Más peso cayó sobre sus piernas y al levantar la vista vio lo que parecía una hilera de gigantes con cuerpo humano y cabeza de cerdo. La imagen temblaba como si lo estuviera viendo todo bajo el agua. El ruido era ensordecedor y uno de los cerdos se le echó encima.

Al abrir los ojos se encontró con la cara cubierta. Tenía algo no sólo encima de la nariz y la boca sino alrededor de la cabeza y apenas veía nada. El pánico se apoderó de él. Levantó las manos para arrancarse lo que le habían puesto y recibió un golpe seco en el antebrazo que le hizo mucho daño. Uno de los cerdos gigantes estaba de pie delante de él y sus enormes ojos lo observaban con una mirada torva. ¡Pero tenía las piernas libres! Y las notaba.

El ruido seguía siendo intenso: fuego de ametralladora, explosiones de obuses y el estruendo de la artillería pesada más allá de las líneas de combate.

Alguien le tiró del brazo y no tuvo más remedio que ponerse trabajosamente de pie para evitar que se lo dislocaran.

—¡Déjate puesta, idiota! —le gritó el cerdo que tenía delante—. ¡Es una máscara antigás! ¡Y no te quedes ahí plantado! ¡Cógelo por los pies!

El cerdo señaló a un hombre manchado de sangre tendido donde antes estaba la grada de tiro.

La alegría invadió a Joseph como una marea entrante. Dentro de aquella careta de cerdo surrealista estaba Sam. Jadeando y riendo se agachó para obedecer. Le llevó un momento agarrar al hombre como era debido y luego se incorporó, sujetándolo con firmeza por los tobillos, y echó a caminar marcha atrás, con la cabeza y los hombros hundidos para mantenerlos por debajo de la línea del parapeto roto. Respirar resultaba más fácil. La cabeza seguía a punto de estallarle de dolor y no tenía visión periférica puesto que el visor de la máscara sólo permitía mirar hacia delante, pero paso a paso fueron avanzando a través de un mundo que parecía sacado de la pesadilla de un pintor medieval. Por todas partes había fango y cuerpos destrozados, algunos de ellos distorsionados en espantosas parodias macabras de la agonía de la asfixia. El vapor verduoso seguía arrastrándose a la deriva, cayendo por las paredes y llenando las hondonadas, apenas removido por el viento.

En ambos bandos retumbaban los cañones. Potentes explosiones sacudían la tierra hacia el oeste y se iban haciendo más esporádicas hacia el este a medida que la artillería de la retaguardia intentaba alcanzar las piezas más grandes del enemigo. Los cráteres rebosaban barro y gas y emitían una peste hedionda, como si el infierno que tenían bajo los pies hubiese vomitado las entrañas. Por las partes desmoronadas de trinchera Joseph alcanzaba a ver el páramo que se extendía entre tocones de árboles rotos, alambradas y miembros desgarrados, esqueletos y cuerpos de hombres hasta que la carne y el barro se dejaban de distinguir.

Llegaron a una trinchera de abastecimiento, pasaron el herido a los camilleros y fueron a por más. Ninguno de los dos decía palabra. ¿Qué iban a decir? De alguna manera el mundo, en su locura política, había bajado otro peldaño más arrastrando consigo a una humanidad inocente. Muchachos que Joseph conocía desde que habían nacido eran destruidos ante sus narices y él nada podía hacer para explicárselo siquiera a sí mismo, y mucho menos a ellos. Se sentía impotente. Todos los estudios realizados a lo largo de su vida se evaporaban allí, donde el infierno era real. El averno se lo tragaba todo.

La acción física era lo único que quedaba. Arrancó máscaras antigás a alemanes muertos, con el estómago revuelto y manos temblorosas. Incorporaba a los hombres y les daba un poco de agua, se sentaba a su lado hasta que fallecían, los llevaba hasta los camilleros, socorría a cuantos podía. No había tiempo para cubrir a los muertos y mucho menos para enterrarlos. Eso se haría en los días siguientes, siempre y cuando mantuvieran su posición y pudieran encontrarlos. Si se veían obligados a retroceder, quizá los alemanes se encargarían de hacerlo.

A veces perdía a Sam, pero por lo general trabajaban juntos, se entendían sin mediar palabra, sin intercambiar siquiera gestos, simplemente sabían lo que el otro quería decir. Dos hombres tenían más posibilidades de levantar a un herido que uno solo y con las máscaras antigás podían ir hasta donde los camilleros no llegaban. Sam no vacilaba. Llevaba su fusil colgado en bandolera con la bayoneta calada y lo utilizaba sin vacilar cada vez que tras doblar un recodo se encontraban de súbito cara a cara con un soldado alemán. Sam arremetía contra el enemigo, le atravesaba el pecho con la bayoneta y le arrancaba la máscara para que la usara el siguiente hombre con vida que encontraran. No cabía plantearse un avance. Los refuerzos sufrieron terribles bajas, los hombres caían de bruces, acibillados, y hundían el rostro en el barro o se tambaleaban mientras el gas llenaba sus pulmones y se ahogaban por dentro entre gritos sofocados.

Pero finalmente los alemanes se replegaron y el frente resistió. Al anochecer, los cañonazos y las bengalas mostraron un paisaje de alambradas retorcidas y trincheras apenas reconocibles entre el barro lleno de cráteres y las bolsas de gas.

Joseph estaba en el puesto de socorro con la cabeza a punto de estallar y el cuerpo tan agotado que apenas sentía el dolor de los músculos entumecidos, la carne magullada y la piel desgarrada. Miró con sorpresa la sangre que empapaba su guerrera y sus pantalones, sin saber siquiera si en parte era suya.

Delante de él, sentado en un cajón al igual que Joseph, Sam estaba desnudo hasta la cintura y un enfermero voluntario le cosía un tajo bastante largo que le cruzaba el pecho, y después le puso una venda encima.

El semblante moreno de Sam estaba manchado de sangre y humo y presentaba los ojos inyectados en sangre.

—Menudo desastre me has hecho —dijo Sam esbozando una sonrisa—. Menos mal que no se verá. Voy a decirte algo, jamás permitiría que remendaras mi guerrera.

—Perdone, señor —se disculpó el enfermero. Aparentaba unos veinte años, tenía el rostro ceniciento de horror y agotamiento y Joseph reconoció su acento como canadiense aunque no pudo ubicarlo con más precisión.

Sam hizo una mueca cuando el muchacho cortó el hilo tirando un poco de la piel.

—No te preocupes, para cuando termine la guerra serás lo bastante bueno como para zurcir camisas —dijo jadeando—. Si ésta es tu idea de una costura recta, podrías trabajar para Quasimodo.

El enfermero se mostró desconcertado.

—¿Quasimodo, señor?

—*Notre Dame de Paris* —contestó Sam moviendo el brazo con vacilación antes de sofocar un grito de dolor—. Un clásico francés.

—Ah. ¿Puedo ofrecerle un trago de ron, señor? Creo que lo necesita.

—Puedes. Y otro para el capellán. Frecuenta las mismas tabernas que yo.

Joseph sólo tenía un par de arañazos profundos; lo único que necesitaba era que se los limpiaran y vendaran. Bebió el ron e intentó ponerse de pie pero la tienda comenzó a bambolearse a su alrededor y cayó de rodillas.

—No más ron para el capellán —comentó Sam—. Tendrá que permanecer sobrio durante semanas para enterrar tantos muertos. —Observó al joven canadiense ayudar con sumo cuidado

a Joseph a sentarse otra vez—. Por otra parte —agregó—, ¿quizá sea conveniente que siga borracho para soportarlo! Mejor será que le des otro trago, pero esta vez acompañado con algo de comida. —Se volvió hacia Joseph con una expresión tierna—. Duerme la mona, Joe. Estos pobres diablos merecen un capellán que sepa lo que dice tanto si alguien le cree como si no.

Se puso de pie a su vez, palideció, perdió el equilibrio y se habría caído si el enfermero no lo hubiese sujetado a tiempo para ayudarlo a tenderse en el suelo.

—¡Camilla! —gritó el joven canadiense con voz aguda.

Joseph se deslizó de la silla y se tumbó sobre la tierra. Si intentara levantarse de nuevo sólo daría más trabajo. Que lo dejaran en un rincón cualquiera hasta que regresara del agujero negro del olvido. Y Dios quisiera que fuese un agujero negro, pura oscuridad sin formas ni sonidos, sin agonía, sin conciencia. Esperó que dejaran a Sam cerca de él.

Cuando Joseph volvió a abrir los ojos ya era por la mañana. Vio encima de él un cielo de un delicado azul muy luminoso que aún conservaba trazas del fresco plateado del amanecer. Se movió: todos los músculos del cuerpo le dolían. Se sentía como si le hubiesen dado una paliza. Estaba tendido en el suelo fuera del puesto de primeros auxilios. ¿Acaso lo habían herido?

Entonces recordó el gas.

Se dio la vuelta y se sentó. La cabeza le martilleaba y tenía un nudo en el estómago. Alguien se aproximó y le ofreció un tazón de agua que rehusó. ¿Dónde estaba Sam? Miró a su alrededor. La tierra estaba cubierta de cuerpos: algunos vendados, algunos entablillados, algunos inmóviles. Vio la cabeza morena de Sam. Parecía dormido. Llevaba un vendaje en el pecho, debajo de la guerrera.

Ahora lo recordaba todo: la asfixia, la cortina de muerte barriéndolo todo, la lucha por salvar vidas, el abrumador fracaso. Lo recordó con un sabor de desesperación tan intenso que volvió a desplomarse contra el suelo, respirando pesadamente, incapaz de imprimir fuerza a sus miembros. Apenas se dio cuenta cuando alguien le arrimó un tazón de agua a los labios. Bebió sólo porque hacerlo era menos trabajoso que discutir.

Siguió tendido un buen rato. Sin duda volvió a dormirse porque cuando recobró la conciencia alguien lo estaba acomodando en un improvisado asiento y le ofrecía comida y té caliente con un buen chorro de ron.

Sam estaba sentado delante de él con las piernas cruzadas haciendo una mueca de asco por el sabor de la bebida que sostenía entre las manos.

—¡Me pregunto qué más había en el cráter de donde sacaron esto! —dijo amargamente—. ¿Un caballo muerto, diría yo!

Inspiró profundamente, tosió y luego se terminó el brebaje. Sonrió a Joseph. No había nada que decir, ninguna esperanza o cordura, nada sensato o ingenioso. Lo único que lo hacía soportable era saber que no habían podido con él.

Media hora después Joseph seguía dolorido, le hacía daño todo el cuerpo y le escocía la piel ahí donde se había rascado por culpa de las pulgas y los piojos que atormentaban a oficiales y tropa por igual. No habían tenido tiempo ni ocasión para intentar librarse de ellos.

Ahora era casi mediodía. En el aire flotaba una inquietud aún más acusada de la habitual y Joseph fue consciente de ella al ver cuántos hombres seguían tendidos en el suelo. Las ambulancias se detenían, cargaban y volvían a marcharse, llevándose a los heridos de cinco en cinco. Apenas se oían risas, los hombres estaban demasiado aturcidos como para bromear.

Joseph se levantó despacio, comprobó que podía mantener el equilibrio y fue en busca del médico para ver si necesitaba ayuda. Ahora bien, ¿qué se le podía decir a un hombre agonizante o postrado por el dolor? ¿Que todo aquello tenía un propósito? ¿Cuál? ¿Un Dios que los amaba? ¿Dónde estaba? ¿Sordo? ¿Ocupado en alguna otra parte? ¿O tan impotente como el propio Joseph ante aquel dolor interminable, sin sentido e insoportable?



No había nada que decir cuando se sentaba junto a aquellos jóvenes agonizantes. Repetía el Padre Nuestro porque todos lo conocían y era un modo de hacer saber a un hombre que se estaba hundiendo en la ceguera de la muerte que él estaba allí. Para unos era el sonido de una voz, para otros el contacto físico, una mano que aún podían sentir. Otros querían un cigarrillo. Aunque Joseph no fumaba, pronto aprendió el truco de llevar siempre una o dos cajetillas de Woodbines consigo.

El bombardeo recomenzó al atardecer y prosiguió toda la noche. Fue uno de los peores que recordaba porque, debido a la cantidad de bajas sufridas, en algunos lugares los centinelas de guardia estaban solos, agotados y luchando contra el sueño. Aparte de ser un delito por el que un hombre podía enfrentarse a un consejo de guerra y al pelotón de fusilamiento, nadie quería defraudar a sus compañeros ni a sí mismo.

Los refuerzos seguían sin llegar. Los canadienses se habían llevado la peor parte en aquel trecho de frente y los argelinos franceses lo mismo más hacia el este. Ahora, en lugar de comida lo que faltaba eran hombres para comérsela y se estaba echando a perder.

Al amanecer disminuyó la violencia del ataque, posiblemente porque, debido a que el viento había amainado, las bolsas de gas seguían llenando los cráteres y las trincheras más hundidas. Mientras la luz del nuevo día se extendía por el páramo inmenso lleno de árboles chamuscados y agua gris, de fango y cadáveres, Joseph emprendió el regreso hacia su refugio subterráneo. Se lavó con agua fría, se afeitó y se sentó a su mesa improvisada con papel, pluma y tinta y una lista de bajas provisional.

Aunque lo detestara, parte de su trabajo como capellán consistía en escribir a las familias de los fallecidos para darles la noticia. Procuraba no decir lo mismo cada vez, porque la muerte de un hombre no era intercambiable con la de cualquier otro. La viuda o los padres, fueran quienes fuesen, merecían el esfuerzo de una redacción individual. Nada haría más llevadera la pérdida, pero quizás un poco de dignidad, un poco de tiempo invertido en demostrar que alguien más que ellos se preocupaba, daría fe de la importancia que revestía el trágico suceso.

Dentro de su refugio subterráneo tenía unos cuantos efectos personales, cosas que había elegido porque tenían un peso específico en su vida interior: el retrato de Dante procedente de su estudio en St. John's, ese maravilloso rostro atormentado que había conocido su propio infierno y legado su visión al mundo; un par de libros de poesía, Chesterton y Rupert Brooke; una fotografía de su familia reunida tres Navidades atrás; una moneda que su amigo Harry Beecher había encontrado mientras recorrían la antigua muralla que los romanos construyeron a través de Northumberland desde el Tyne hasta el mar de Irlanda mil ochocientos años atrás. Todos ellos eran recuerdos felices, los tesoros de una vida.

En el refugio el aire era húmedo y pesado. En la lejanía sonaba un gramófono. El sonido metálico y alegre de la música de baile resultaba a un tiempo absurdo e increíblemente sensato. ¿Quizás en algún lugar la gente todavía bailaba?

Joseph sabía que fuera había hombres cavando, apuntalando las paredes de las trincheras, acarreando madera nueva y llenando sacos terreros para reconstruir los parapetos. Percibió olor a comida, tocino frito, así como a humo de leña, mezclado con el de la putrefacción de los cadáveres, el de las letrinas y el por fin tenue pero aún penetrante olor del gas.

Tenía muchas cartas que escribir pero la más difícil sería la dirigida a la esposa de un capitán a quien había sostenido en sus brazos mientras escupía sus pulmones y se ahogaba en su propia sangre. Aquélla era una de las peores muertes que cabía imaginar. En ella había un horror y una obscenidad que no se daba en la explosión de un obús que te alcanzara de lleno.

Por supuesto muchas otras formas de muerte eran igualmente atroces. Joseph había visto hombres descuartizados que perdían sangre a borbotones o que quedaban atrapados en la alambrada y eran acibillados a balazos, convulsionándose mientras el metal los despedazaba,

para luego permanecer colgados allí porque nadie osaba aproximarse a ellos. Podían pasar horas agonizando hasta que la muerte por fin los liberaba.

Escribió:

Querida señora Hughes:

Siento mucho tener que comunicarle que su marido, el capitán Geraint Hughes, se cuenta entre las víctimas del ataque de anteanoche. Era un soldado valiente y una buena persona. Nada de lo que yo le diga aliviará su pesar, pero puede sentirse orgullosa del sacrificio que hizo, de la fortaleza de espíritu y del buen humor que siempre supo mostrar.

Yo estuve con él hasta el final, y lamento la pérdida de un hombre que vivió y murió con honor.

CAPITÁN JOSEPH REAVLEY, CAPELLÁN

Joseph releyó la carta. Seguía pareciéndole demasiado formal. ¿Acaso tenía que serlo? Quizá fuese la única manera de conservar la dignidad, si es que había alguna dignidad en el barro, la sangre y el dolor y en morir ahogado en tus propios humores.

Luego cogió la pluma otra vez y agregó:

Estuvimos sentados juntos a la luz de la lámpara y me habló con suma franqueza. Tuvo el coraje de ponerme en evidencia y preguntarme en qué creía realmente. Me parece que al intentar contestarle con sinceridad, cosa que merecía, también contesté algunas de mis propias preguntas. Le debo mi agradecimiento por eso y nunca lo olvidaré.

JOSEPH REAVLEY

Antes de que le diera por repensarlo o le entrara la timidez, dobló la carta y la metió en uno de los sobres. Quizás el uso de aquel tono personal haría que un día la viuda se sintiera más próxima al hombre que había amado.

Por la tarde Joseph fue con Sam a cumplir con el deber que más detestaba de todos, peor aún que el de escribir a los familiares de los fallecidos.. El consejo de guerra del soldado Edwin Corliss había sido inevitable. Puesto que se trataba de un delito sancionado con la pena de muerte, el tribunal lo presidía el comandante Swaby, de otra división, junto con dos oficiales novatos, los tenientes Bennett y MacNeil, ninguno de los cuales aparentaba más de veintitrés años. A los tres se les veía pálidos, tensos y profundamente desdichados.

Estaban en la retaguardia. Aquellas reuniones no se llevaban a cabo bajo el fuego. Habían requisado temporalmente una sala de un café y el confort de la estancia resultaba chocante, como si un camarero fuera a aparecer con una botella de vino en cualquier momento.

Swaby se acercó a donde Joseph y Sam aguardaban. Fue parco en palabras.

—¿Es uno de sus hombres, comandante Wetherall?

—Sí, señor —contestó Sam con fría formalidad y el semblante pálido y tenso por la inquietud—. Es un buen hombre. —Se abstuvo de agregar más pormenores sobre su servicio. Aquél no era el momento. Swaby lo comprendió.

—No se preocupe —dijo Swaby con toda serenidad—. Es un caso bien claro. Oiremos los cargos, debatiremos el caso y luego enviaremos al pobre diablo a casa. Si se han formulado cargos ha sido sólo porque el sargento se ha visto un tanto acorralado. No conviene que se diga que pasa por alto estas cosas.

—No, señor. —Sam se relajó sólo una pizca.

Swaby se dirigió a la mesa principal y tomó asiento. La vista comenzó.

El sargento Watkins hizo su declaración, sumamente contrariado, pero refirió la verdad tal como él la veía, manteniendo la posición de firmes y mirando al frente.

Todo acusado tenía derecho a pedir a un oficial, por lo común de su propia unidad, que lo defendiera, y Corliss había elegido a Sam. Ahora Sam se levantó para interrogar a Watkins. Fue cortés, incluso respetuoso. Tenía suficiente experiencia como para poner mucho cuidado en no avergonzarlo ni dar la impresión de tratarlo con condescendencia. Watkins era militar profesional. Preferiría los insultos a la indulgencia.

Sam no puso en duda los hechos, su defensa se limitó a hacer que Watkins dijera lo menos posible y que lo hiciera con sus propias palabras. Se hizo patente que de haber podido habría pasado por alto el incidente.

—¿Y por qué no lo hizo, sargento Watkins? —preguntó Sam con aspereza. Tenía el rostro pálido, los ojos chispeantes de rabia, el cuerpo en tensión. Se inclinó un poco hacia delante y torció el gesto, probablemente porque el vendaje le apretó el tajo que tenía en el pecho.

—¡Había un civil presente, señor! —dijo Watkins con amargura—. Un periodista. No podía dejar que escribiera que no tenemos disciplina. ¡Y recurrió a instancias superiores, señor!

—Entiendo. Gracias.

El médico parecía tan cansado que Joseph tuvo miedo de que se desvaneciera antes de prestar declaración. Hasta el comandante Swaby dio muestras de estar preocupado por él.

—¿Se encuentra bien, capitán Harrison? —preguntó con gravedad.

—Sí, señor—contestó el médico pestañeando—. En realidad no puedo ayudarles. Sé que Corliss perdió dos dedos en el accidente y que tuvimos que amputarle un tercero más tarde pero no tengo ni idea de cómo ocurrió. No tenemos tiempo para pensar en esas cosas si no atañen al tratamiento. Desde luego yo no le pregunté y no sé si dijo algo al respecto. Las personas se comportan de forma distinta cuando están en estado de *shock* o soportando dolores intensos. Se produjo un accidente. Es cuánto sé.

El oficial responsable de la acusación cumplió con su deber a regañadientes. Había reunido a varios hombres que estaban bajo las órdenes de Sam y que habían estado presentes justo antes del accidente así como a aquellos que estuvieron allí inmediatamente después. Quizá no abrigara deseos de interrogarlos pero saltaba a la vista que no tenía otra elección.

Joseph se sentía tremendamente infeliz, consciente del suplicio que estaba padeciendo Corliss y de su abrumador sentimiento de culpa, aunque le resultaba imposible decir si éste se debía a que se había herido sin querer o a que había defraudado a su unidad.

El veredicto estuvo preparado en cuestión de minutos. Sin duda habrían entendido que sólo se habían presentado cargos por culpa de Prentice. Hallarían a Corliss no culpable y dirían que había sido un accidente tanto si era verdad como si no.

La costumbre dictaba que el oficial de menor graduación del tribunal fuese el primero en dar su opinión sobre la sentencia para evitar que se viera influenciado por sus superiores.

Todos aguardaban.

—¿Teniente Bennett? —preguntó Swaby.

Bennett miró a todas partes menos a Corliss y a Sam. Joseph le había visto rebuscar en el manual con dedos temblorosos.

—¿Teniente Bennett? —repitió Swaby.

—No puedo decir nada más, señor —farfulló Bennett—. Es un cargo capital, señor.

—Ya sé de qué cargo se trata, teniente. ¿Qué clase de sentencia recomienda?

Bennett tragó saliva.

—Pena de muerte, señor.

Corliss estaba sentado. Habían considerado que no estaba en condiciones de permanecer de

pie durante la vista. Llevaba un enorme vendaje en la mano y el brazo en cabestrillo. Sam lo agarró y lo sostuvo erguido.

Swaby soltó el aire y tragó saliva.

—¿Teniente MacNeil? —preguntó.

MacNeil daba la impresión de estar mareado.

—Esto... yo... tengo que estar de acuerdo, señor. No... no estoy seguro de que.... Es decir, ¿existe alguna...? —Se calló con sumo abatimiento.

—¿Prefiere sugerir alguna otra cosa, teniente? —preguntó Swaby. Saltaba a la vista que MacNeil no sabía qué decir.

—No, señor —dijo con voz ronca—. La ley... la ley parece bastante clara —agregó apretando con la mano un libro rojo muy hojeado, el código militar.

Swaby estaba lívido. Aquello no era lo que había esperado y ahora se encontraba sin escapatoria. Él tampoco era muy ducho en la materia, desconocía cuánta libertad tenía para contradecir a sus subalternos y no tenía a quién pedir consejo. Los oficiales que solían encargarse de los consejos de guerra habían fallecido o estaban malheridos y por tanto rebajados de servicio.

Volvió a tragar saliva y se atragantó.

—Hay que... mantener alta la moral. Cualquier hombre que se cause una herida a propósito, para ser devuelto a la patria y eludir las responsabilidades que tiene para con su país y sus camaradas debe recibir un castigo ejemplar.

La sala se quedó sin aliento.

Sam tenía el semblante gris.

Swaby parecía un hombre atrapado en una pesadilla de la que no lograba escapar.

—Soldado Edwin Corliss —dijo con abatimiento—, el tribunal militar de este consejo de guerra juzga que ha cometido un grave acto de cobardía en el campo de batalla y por consiguiente le condena a muerte. Comandante... Wetherall... —tragó saliva otra vez—, ¿desea decir algo en defensa del acusado?

Sam se levantó. Parecía tan enfermo que Joseph tuvo miedo de que fuera a desmayarse. Hizo ademán de ir a levantarse a su vez para ayudarlo pero se dio cuenta de lo fútil que sería y se hundió de nuevo en su asiento. Sam estaba casi tan solo como Corliss.

—Sí, señor —dijo Sam tras carraspear para que le saliera la voz—. He sido el oficial al mando de Corliss durante siete meses y le he visto enfrentarse a situaciones peores de las que soportan los hombres de las trincheras bajo el fuego enemigo. Los zapadores son excepcionales. Hay que pertenecer a una clase muy especial de hombres para cavar túneles en la tierra y adentrarse en ellos, pero en esta tierra aún más. Está mojada, está fría, es asfixiante y con mucha frecuencia tropezamos con cadáveres, a veces alemanes, a veces de nuestros hombres, hombres a quienes hemos conocido, con quienes hemos hablado, compartido el té o una broma. Si un hombre como éste acaba por perder la concentración, señor, y comete un error que lo deja sin mano, ¡en mi opinión merece ser compadecido y no acusado! ¡Más aún cuando quien acusa es un periodista civil, señor, que jamás se ha enfrentado a nada más peligroso que el lápiz rojo de su editor!

—Gracias, comandante Wetherall —dijo Swaby en voz baja—. Tomaré en consideración su súplica de clemencia cuando transmita nuestro veredicto al alto mando. Irá directamente al general Haig, por supuesto. Todos los casos capitales pasan por su despacho. Mientras tanto el soldado Corliss permanecerá arrestado y aguardará la sentencia en la prisión militar. Este tribunal se retira.

—¡Por el amor de Cristo! —dijo Sam entre dientes con voz temblorosa.

—En realidad, es probable que Jesús sea el único que lo comprenda.

Joseph no había pretendido ser irónico. Estaba asqueado, tenía un nudo en el estómago tanto por Sam como por Corliss, y las palabras acudieron a sus labios espontáneamente.

Sam torció la boca con un terrible y amargo humor.

—¡Supongo que sí! ¡No puede decirse que Él saliera muy bien parado cuando lo juzgaron! —  
agregó con desesperación, con los ojos hundidos de dolor—. ¡He de ver a Prentice en el infierno!

## 4

—¡Por aquí, *padre!* —dijo Goldstone con apremio.

Joseph había dejado de tomarse la molestia de decirle que pertenecía a la Iglesia de Inglaterra, no a la católica romana. No tenía mucha importancia y aceptaba la buena intención del apelativo.

—Ya voy —respondió, mientras resbalaba en el barro espeso y pegajoso, mojado en la superficie por culpa de la llovizna que había caído todo el día. El grupo de asalto que el coronel Fyfe había enviado a última hora de la tarde no había sorprendido a los alemanes, que repelieron la incursión con firmeza. Se habían producido bajas, y Joseph y el soldado de primera Goldstone se contaban entre quienes se habían ofrecido voluntarios para ver si aún era posible encontrar a alguien con vida.

—Ahora apenas queda nada al alcance de los francotiradores —prosiguió Goldstone abriéndose paso por una estrecha garganta de tierra entre cráteres anegados. De vez en cuando una bengala mostraba aquel paisaje de pesadilla en negros y grises, lodazales de arcilla espesa y pegajosa, charcas de agua y cieno, árboles muertos, hombres muertos y, aquí y allí, caballos, cuerpos desmembrados flotando y brazos emergiendo como ramas de las lisas superficies de las zanjas y hoyos. Resultaba imposible decir dónde era seguro apoyar el peso. Cualquier paso podía engullirte, agarrarte y arrastrarte hacia el fondo, como si el cráter fuese una inmensa boca inmunda que tirase de ti hacia un estómago primigenio para que la tierra te tragara y te convirtieras en parte de ella.

El viento gemía, estridente al silbar entre las alambradas. Aún hacía frío. Costaba recordar que ya era primavera aunque de vez en cuando uno oyese alondras, incluso allí, y en la retaguardia, en los pueblos quemados y en ruinas, hubiese flores silvestres.

—Tuvieron que venir por aquí y nos estamos acercando a las líneas alemanas —dijo Goldstone con voz ronca. Su figura negra y un tanto desgarbada aparecía y desaparecía de forma sucesiva delante de Joseph—. No podemos avanzar mucho más. ¡Dios, esta mierda apesta! —Sacó la bota de la inmundicia con un sonoro ruido de succión—. Todo sabe a barro y muerte. A veces sueño que se me mete en la boca. Por allí se ve un cráter bastante grande. ¿Lo ve? Podría haber uno de nuestros muchachos dentro. Vayamos a comprobarlo.

Joseph obedeció a regañadientes. Su pie resbaló, perdió el equilibrio y faltó poco para que cayera encima de Goldstone, que levantó el brazo para ayudarlo. Justo cuando alcanzaban el borde del cráter otra bengala iluminó el cielo. El consejo para tales casos era quedarse inmóvil porque el movimiento atraía la atención, pero el instinto hacía que te tiraras al suelo. Goldstone ya se había zambullido y Joseph hizo lo mismo sin pensarlo dos veces.

Aterrizó en el lodo blando y apestoso. Su mente se llenó de imágenes de sí mismo hundiéndose sin remedio en aquel fluido tóxico que a cada movimiento suyo por salir lo engullía más hacia el fondo hasta que le llenaba la boca y la nariz y le cubría la cabeza. Era una forma de morir bien desdichada. Preferiría que lo matara un disparo.

Una oleada de alivio lo inundó al chocar contra un cuerpo acurrucado en el barro.

—*Shalom, Shlomo ben-Yakov. Baruch he-Shem* —dijo el cuerpo—. ¿Tenéis noticias del Arsenal para mí?

—*Shalom, Isaac* —respondió la inconfundible voz de Goldstone desde la oscuridad—. Una defensa impenetrable, en mi opinión. No veo que ningún ataque pueda romperla.

Joseph tuvo un escalofrío al darse cuenta de que Goldstone sin duda conocía bien a aquel alemán y le estaba revelando información militar.

—Pero ojo, si el Manchester United está en forma, les dará motivo de preocupación —prosiguió Goldstone—. Aunque los del Chelsea están para el arrastre ahora mismo, su defensa es como un colador. El sábado pasado el Arsenal les coló cuatro goles seguidos. ¿Usted sigue el fútbol, *padre*?

Joseph rompió a reír aliviado y el eco de su risa resonó por encima de los ruidos de succión del fango y del viento en las alambradas. Estaba en tierra de nadie comentando resultados de la liga de fútbol con dos soldados judíos.

—La verdad es que no —dijo entrecortadamente.

—Algunos de sus hombres han pasado por aquí hace unas horas pero se olvidaron de darme los resultados de los últimos partidos —prosiguió Isaac—. Mataron a algunos pero capturamos a tres.

—Isaac, éste es el capitán Reavley —le dijo Goldstone mientras otro obús estallaba a una veintena de metros y los cubría de barro. Joseph avanzó un poco más deslizándose por el agua gélida—. Es un *padre* —continuó Goldstone—. Capitán, éste es Feldwebel Eisenmann, es hincha del Arsenal pero, aparte de eso, es un buen hombre. Solía visitar nuestra joyería en Golders Green con bastante frecuencia antes de la guerra.

—*Guten Abend, Feldwebel Eisenmann* —dijo Joseph apartándose la mugre de la cara con el dorso de la mano—. No esperaba tropezar contigo de esta manera.

La bengala siguiente mostró un asomo de sonrisa en el semblante de Isaac al volverse éste hacia Joseph.

—Los judíos tenemos un dicho: «El año que viene en Jerusalén.» Un día, padre, tendremos nuestra propia patria. Entonces no verá a los judíos luchar entre sí como ahora. Nosotros no somos de aquí. Ustedes los cristianos han tomado prestada nuestra religión y nos han perseguido durante siglos pero pronto nos habremos apartado de su camino. Tal como dijo el profeta: «Convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en tijeras de poda. Ninguna nación levantará la espada contra otra nación.»

—¿Y en el libro de Joel —contestó Joseph, citando en hebreo clásico— no está escrito «Convierte tus arados en espadas y tus tijeras de poda en lanzas?». Antes enseñaba griego y hebreo en la Universidad de Cambridge. Soldado de primera Goldstone, me parece que sería mejor que regresáramos a nuestras líneas.

—¡Veo que habla nuestro idioma, padre Yusuf! —dijo Eisenmann—. Espero que volvamos a encontrarnos. *Shalom. Leheitra-ot.*

—Hasta la vista, Sonriente —contestó Joseph traduciendo el significado del nombre de Isaac mientras subía gateando al borde del cráter.

—Una última cosa, padre Yusuf —agregó Isaac.

Joseph titubeó, aferrándose al borde.

—¿Sí?

—¿Me dirá qué tal le va al Arsenal, por favor?

Otra bengala les hizo aplastarse contra el suelo pero al mismo tiempo les mostró con toda claridad dónde estaban, casi a doce metros de la alambrada alemana. Había varios cuerpos que se distinguían más por la forma que por el color. Algunos quizá siguieran con vida pero nada se movía, aunque eso era lo normal cuando había luz.

La bengala se desvaneció y la noche pareció oscurecerse más que antes. El cielo estaba encapotado y lloviznaba. La negrura era casi impenetrable. Resultaba en cierto modo reconfortante saber que estaban donde más o menos habían calculado. Los hombres a veces se perdían y terminaban dando tumbos hasta llegar a las trincheras enemigas en vez de las suyas.

Eisenmann levantó las manos para despedirse y acto seguido se internó en las sombras gateando y desapareció bajo la lluvia.

—Lo conocí en Navidad —dijo Goldstone en voz baja con un dejo de tragedia en la voz. Siguió

avanzando paso a paso por el barro—. Pero no volverá a suceder. El año que viene no habrá tregua. Nos estamos adentrando en la noche, *padre*. Ya no hay nada de lo que podamos reír juntos.

Goldstone se refería al singular incidente del maestro pastelero alemán que había estado horneando tartas en Nochebuena y que, furioso con las tropas francesas que seguían disparando en el frente, había agarrado una rama de árbol de Navidad y sin quitarse, el gorro blanco de cocinero se había adentrado en la tierra de nadie para anunciar a pleno pulmón su indignación ante tamaña ignorancia. E ignorancia resultó ser. Las tropas en cuestión estaban formadas por argelinos franceses y por consiguiente musulmanes que no tenían ni idea de qué estaba ocurriendo. Los teléfonos sonaron a lo largo de todo el frente y el fuego cesó.

El cocinero, Alfred Kornitzke, plantó el árbol, sacó cerillas y encendió las velas con toda solemnidad. Entonces les gritó en el silencio de la noche:

—¡Muy bien, tarugos! ¡Ahora ya sabéis qué está pasando! ¡Feliz Navidad!

Y regresó ileso para seguir amasando sus mazapanes.

Joseph recordaba la Navidad con un dolor que aún le retorció las entrañas. Nunca el cielo y el infierno le habían parecido más próximos que cuando estuvo de pie en la grada de tiro y miró a través del páramo, con sus restos de carnicería humana, y en, la quietud bajo el resplandor de las estrellas oyó la voz de Victor Garnier de la Ópera de París cantando *Minuit Chrétiens, c'est l'heure solennelle*.

Un silencio absoluto cayó sobre las trincheras que quedaban al alcance del oído. A lo largo de toda la línea de frente, fuera cual fuese su fe, ni un solo hombre rompió la gloria de aquel momento.

Pero aquello ya formaba parte del pasado.

Joseph y Goldstone avanzaron despacio hacia la alambrada en la oscuridad, arrastrándose sobre el vientre, resbalando donde la arcilla estaba mojada, tanteando el fango y el agua en busca de puntos de apoyo. Cada vez que se encendía una bengala se aplastaban contra el suelo y por un instante el terreno marcado de viruela quedaba iluminado, revelando marañas de alambrada que destacaban en negro contra los colores pardos de la tierra, con cuerpos atrapados como moscas gigantes en una tela de araña.

Hallaron a varios hombres muertos y a uno que seguía vivo. Tardaron casi media hora, trabajando en los intervalos sin bengalas, en sacarlo del barro sin arrancarle la pierna herida y causarle una hemorragia fatal. Luego lo llevaron entre ambos a través de la tierra sembrada de cráteres por senderos sinuosos que rodeaban tocones de árboles y charcos de agua gélida que aún desprendían el repugnante olor del gas, hasta que llegaron al parapeto de las primeras trincheras. Contestaron al alto del centinela y se deslizaron hasta el interior para encontrarse con que el hombre había muerto por el camino.

Joseph se sintió abrumado por la sensación de fracaso. Los dos hombres que había en la trinchera y Goldstone le miraban esperando que dijera algo que diera sentido a aquella situación. No había nada, ningún sentido, ni humano ni divino. Resultaba injusto que esperaran que él tuviera una respuesta sólo porque representaba a la Iglesia. La mente humana era incapaz de hallar cordura o esperanza en aquella sucesión de días de ciega destrucción.

—¿Capellán? —instó Peter Rattray, a quien había enseñado en Cambridge. Delgado y moreno, había demostrado una gran imaginación y sentido poético en la traducción de idiomas antiguos. Habían paseado juntos por la hierba bajo los árboles, discutiendo sobre poesía mientras contemplaban a los estudiantes que iban en batea por el río. Ahora su rostro estaba salpicado de sangre, llevaba el pelo corto bajo la gorra y pedía a Joseph que le diera un motivo para aquel caos de muerte, para entresacar algún significado, tal como antaño había hecho con los pasajes difíciles de traducir.



—Teníamos que intentarlo —dijo Joseph sabiendo que aquellas palabras no bastaban—. Pudo haberlo conseguido.

—Por supuesto. —Rattray se frotó el mentón con la palma de la mano—. Si yo estuviera ahí fuera, necesitaría pensar que usted vendría a por mí. —Sonrió, y su sonrisa fue un gesto desesperado, una fila de dientes blancos bajo el resplandor de una bengala—. ¿Queda alguien más?

Joseph asintió con la cabeza y junto con Goldstone saltó de nuevo el parapeto en cuanto volvió a reinar la oscuridad.

El siguiente herido llegó con vida a la trinchera y se lo confiaron a los camilleros.

—Gracias, capellán —dijo el *soldado* rescatado con voz apenas audible. Se lo llevaron enseguida, dándose golpes en los codos contra los sinuosos muros de la trinchera, resbalando sobre los tablones húmedos y manteniendo el equilibrio con dificultad.

Poco antes del alba Joseph vio un cuerpo boca abajo al borde de un cráter y supo antes de llegar hasta él que el hombre estaba muerto. Tenía la cabeza medio sumergida, como si le hubiese alcanzado un disparo de lleno y se hubiese desplomado hacia delante.

Aún había tiempo antes de que amaneciera para recuperar su cadáver. Si era posible, siempre era mejor enterrar a las víctimas en la retaguardia que dejarlas allí para que se pudrieran a la intemperie. Así al menos los familiares sabían a qué atenerse en lugar de soportar la angustia de la «desaparición en combate» y nunca *saber* a ciencia cierta qué había ocurrido, oscilando entre la desesperación y la esperanza. Se negó a imaginar una mujer levantándose cada mañana para enfrentarse a otro día de incertidumbre, tratando de creer y temerosa de pensar.

Se arrodilló junto al hombre y le dio la vuelta al tiempo que tiraba un poco de él. Era fornido. Transportarlo no sería tarea fácil. Pero dado que estaba muerto no sufriría si lo arrastraba.

Había una mancha gris en el cielo hacia el este pero todavía no se veía gran cosa salvo cuando lanzaban bengalas. Y así fue como lo vio con claridad: el pelo rubio y, a pesar del barro, el rostro de Eldon Prentice.

Joseph se quedó de una pieza mientras una oleada de incredulidad se adueñaba de él. ¿Qué demonios había estado haciendo Prentice allí fuera? No pintaba nada en las trincheras de primera línea y mucho menos en la tierra de nadie. ¡Y ahora lo habían matado! Joseph tenía que llevárselo de vuelta antes de que la luz del día se lo impidiera. Estaba tan cansado que le dolían todos los músculos del cuerpo y las piernas apenas le obedecían. Goldstone estaba en alguna parte a su izquierda, buscando en otro cráter, y era imposible que Joseph pudiera llevar el cuerpo de regreso solo. Para cargárselo a hombros tendría que ponerse en pie, y ya había demasiada luz como para correr ese riesgo.

¿Por qué se molestaba en recuperar el cadáver de Prentice? Ni siquiera era un soldado. Había sido el responsable del consejo de guerra de Corliss. De no haber sido por el entrometimiento de Prentice, Watkins lo habría dejado correr. Y su tremenda falta de sensibilidad ante la mutilación de Charlie Gee aún llenaba a Joseph de rabia y dolor.

Ahora bien, si la fe de Joseph, incluso su moralidad, se fundamentaba en algo, ese algo tenía que ser la humanidad. Que alguien le gustara o dejara de gustarle no tenía nada que ver. Preocuparse por aquellos a quienes apreciabas era natural. Esa preocupación sólo se elevaba al grado de moralidad cuando tu odio luchaba contra ella. Bajó la vista al cuerpo. Todo el desagrado que Joseph hubiese sentido por aquel hombre había dejado de tener importancia. Ahora, en la muerte, era como cualquier otro. La muerte hacía irrelevantes las diferencias.

La pálida mancha de luz se iba extendiendo por el cielo parduzco.

Joseph comenzó a tirar de él boca arriba para que su cara no se hundiera en el fango si tenía que soltarlo de improviso debido al lanzamiento de una bengala.

Le pareció que tardaba una eternidad en atravesar aquel espacio abierto. Tropezó con varios

tocones por el camino, así como con un caballo muerto. Dos veces resbaló, a pesar de que la luz iba en aumento, y el peso del cuerpo de Prentice lo arrojó a cráteres poco profundos llenos de agua sucia. La fetidez de las ratas muertas y de la carne en descomposición de los cadáveres demasiado destrozados como para recobrarlos parecía calar a través de su ropa y pegarse a la piel. Pero estaba resuelto a llevar a Prentice de vuelta para que fuera enterrado como era debido. El hecho de que le hubiese caído mal, de que siguiera siendo pesado y torpe incluso muerto, tal como lo había sido en vida, no hizo más que reforzar la determinación de Joseph. ¡No iba a permitir que Prentice lo derrotara!

—¡Voy a llevarte de vuelta! —masculló entre dientes cuando el cuerpo de Prentice volvió a escapársele de entre las manos al atascarse. ¿Dónde diablos estaba Goldstone?—. ¡No voy a abandonarte aquí fuera por más puñeteramente torpe que seas! —gruñó tirando de él medio de lado. El pie de Prentice, que al parecer se había trabado bajo la arcilla, se soltó de repente y Joseph cayó de espaldas. Renegó repitiendo con satisfacción varias palabrotas que había aprendido de Sam.

Recorrió otros diez metros antes de que la siguiente bengala le hiciera buscar el precario refugio de un cráter. Sólo quedaban diez metros más. El fuego de los francotiradores comenzaría de un momento a otro. Los alemanes percibirían sus movimientos con aquella luz.

Los hombros le dolían de soportar el peso muerto, los pies se le hundían en el fango como si la tierra hubiese decidido que Prentice debía ser enterrado allí, en aquella franja de tierra devastada que no pertenecía a nadie. Joseph se preguntó, por un momento, si alguna vez volvería a crecer algo allí. ¡Qué absurdo resultaba matar y morir por algo tan vilmente destruido! Había otros lugares, a menos de cien metros, donde las flores se estaban abriendo.

De repente apareció Goldstone y agarró a Prentice por los hombros. Recorrieron los últimos metros, lo arrojaron por encima del parapeto y cayó pesadamente contra la grada de tiro justo cuando una ametralladora comenzó a disparar; sus balas hicieron un mido sordo en la arcilla a pocos metros de ellos.

—Está muerto, *padre* —dijo Goldstone en voz baja con el rostro transido de preocupación bajo la luz del alba, no por el cuerpo sino por Joseph, quien, por segunda vez en una noche, se había esforzado denodadamente por salvar a alguien y había llegado demasiado tarde.

—Ya lo sé —contestó Joseph para tranquilizarlo—. Es el corresponsal de guerra. He pensado que había que enterrarlo como es debido.

Dos horas más tarde Joseph estaba sentado encima de una caja de munición vacía en el refugio subterráneo de Sam, bastante limpio y casi seco. El intendente había distribuido las raciones de rancho y éstas habían llegado hasta la línea de frente, de modo que habían tomado un buen desayuno consistente en pan, mermelada de manzana y ciruelas, un par de lonchas de tocino y una taza de té caliente y muy cargado.

Sam estaba sentado delante de Joseph, mirándolo con los ojos entrecerrados a través de una nube de humo de cigarrillo cuyo olor era mejor que la peste a muerte o a letrina y completamente distinto al del gas de tres días antes.

—Bueno —dijo Sam sin rodeos—, hemos perdido hombres mucho mejores que Prentice y perderemos muchos más antes de que esto acabe. Me figuro que tus deberes cristianos exigen que finjas lamentarlo. Los míos no. —Sonrió con tristeza. Había comprensión en su sonrisa, respeto y una irónica percepción de sus diferencias, las cuales jamás habían mermado la amistad que los unía. Sam exigía honor, humor y valentía pero nunca que los demás fueran de su opinión—. Puedes decir una oración por él —agregó—. Por lo que a mí respecta, iré a bailar sobre su tumba. Siempre fue un mal nacido de la peor calaña.

—¿Siempre? —apuntó Joseph enseguida.

Sam entrecerró los ojos por el humo.

—Fuimos juntos al colegio. Iba tres cursos por detrás de mí pero ya entonces era un mal bicho. Andaba siempre escuchando y observando a los demás, tomando notas. —Las ojeras se veían acentuadas por la luz del farol que alumbraba el refugio. El agujero era demasiado profundo para que la poca luz del sol que se colaba entre las altas paredes de la trinchera iluminara más allá del primer peldaño de la entrada—. Bastante tengo con la pena por los hombres que me importan —agregó con voz súbitamente ronca. Se frotó el mentón con la mano—. Sabe Dios a cuántos más tendremos que llorar.

Joseph no contestó. Sam sabía que estaba de acuerdo con él y una mirada suya se lo confirmó.

Se oyó un ruido fuera, la voz de un chico preguntando en francés si alguien quería un periódico: *Times*, *Daily Mail*, ejemplares de la víspera.

Joseph se puso de pie.

—Te conseguiré uno —propuso—. Luego será mejor que vaya a ocuparme de los cadáveres.

Era deber suyo preparar a los hombres para que fueran enterrados y después de una mala noche a menudo sólo había tiempo para el decoro más elemental. Se comprobaba la identidad de los difuntos, se recogían las chapas de identificación y los efectos personales y luego se enterraban los cuerpos, o lo que quedaba de ellos, detrás de la línea de frente. Eso era lo mínimo que cabía hacer por un hombre y, en ocasiones, lo máximo.

Sam sonrió a Joseph antes de que éste saliera. Una vez fuera, Joseph compró un periódico al chico, que aparentaba unos doce años, y le dijo que se lo llevara a Sam. Luego fue por la trinchera de aprovisionamiento hasta el puesto de socorro adonde habían llevado los cuerpos. Hacía una mañana templada y luminosa, la neblina se había disipado excepto en los cráteres más hondos. Se oía el disparo ocasional de un francotirador por encima de los ruidos que hacían los hombres al trabajar; alguien cantaba *Goodbye Dolly Gray* y de vez en cuando otras voces rompían a reír.

Llegó al puesto de socorro y encontró a tres hombres atareados. No se habían producido muchas bajas la víspera y sólo había cinco muertos, depositados sobre sendas mesas alargadas. Joseph fue a ayudar al equipo de enterradores porque se sentía obligado a guardar respeto a Prentice y también a terminar lo que había empezado. A fin de cuentas, él era quien lo había encontrado y lo había traído de vuelta. Le pareció que sería una evasión desentenderse de los preparativos y regresar más tarde para decir las palabras de rigor ante su tumba.

Había otros dos camilleros en la sala improvisada: Treffy Runham, menudo, anodino, siempre pulcro, y Barshey Gee, el hermano de Charlie Gee. Parecía cansado, con profundas ojeras como si le hubiesen golpeado y la tez desprovista de color. Trabajaban aprisa, contando chistes malos para disimular la emoción mientras adecentaban en la medida de lo posible el aspecto de los finados y recogían sus escasos efectos personales para enviarlos a quienes los habían amado. Levantaron la vista cuando Joseph entró.

—Buenos días, capellán —dijo Treffy con un amago de sonrisa—. Podría haber sido peor.

—Buenos días, Treffy —contestó Joseph—. Buenas, Barshey.

Fue directamente hasta ellos para echarles una mano. Lo había hecho tantas veces que no tuvo que preguntar qué debía hacer.

Barshey le miró con ojos angustiados, llenos de preguntas que no osaba formular. Joseph sabía cuáles eran: ¿tenía que desear que Charlie muriera para poner fin a su agonía tanto física como mental o la vida era sagrada, fuera como fuese? ¿Qué era lo que esperaba Dios, suponiendo que existiera?

Joseph no tenía respuestas. Estaba tan perdido como todos los demás. La diferencia estribaba en que se suponía que él no debía estarlo. No combatía, no era un zapador como Sam, ni un médico, ni un conductor de ambulancia. El objeto de su presencia allí era dar respuestas.

Contempló los cadáveres. Uno era Chicken Hagger. Presentaba desgarrones en la guerrera y la carne, hasta donde alcanzaba a ver, y varios agujeros de bala. Sin duda había quedado atrapado en una alambrada. Era una muerte espantosa, por lo general lenta.

Barshey observaba a Joseph pero no dijo nada.

Joseph fue hasta el cuerpo de Prentice. Lo habían dejado para el final, seguramente porque los otros eran hombres a quienes habían conocido y apreciado casi como si formaran parte de su familia. Prentice era un extraño. Aquello distaba mucho de ser la muerte imprevista y espeluznante de un civil. Tampoco había nadie buscando culpables como había ocurrido con Sebastian Allard y Harry Beecher el verano anterior en Cambridge. Aquí apenas importaba cómo había ocurrido la muerte; no había ninguna conclusión que sacar, ninguna pregunta que hacer.

Aun así, el cadáver de Prentice resultaba inusual dado que no presentaba ninguna señal de violencia. No le habían disparado, no estaba hecho pedazos por un explosivo o metralla; simplemente se había ahogado en el agua inmunda de un cráter. La ropa estaba intacta salvo por las señales de haber sido arrastrado por un terreno pedregoso. No había rastro de sangre.

Tampoco era que eso fuese excepcional. Otros hombres se habían ahogado. En invierno algunos habían muerto congelados.

Lo único que Joseph podía hacer era tenderlo, limpiarle el barro de la cara y peinarlo. Al haberse ahogado presentaba los rasgos deformados. Las magulladuras de la paliza que le había dado Wil Sloan seguían oscuras e hinchadas y aún tenía el labio partido. Aunque nadie iba a verlo, salvo si se decidía repatriarlo. Cabía tal posibilidad, ya que no era un soldado. Quizá, pensó Joseph, sería mejor lavarlo bien, incluso él pelo. Aquel día había tiempo para tales gestos.

Trajo una palangana con agua y limpió el barro y el agua fétida del cráter. Barshey Gee le ayudó sosteniendo otra palangana debajo para no empapar el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras Joseph envolvía la cabeza de Prentice con una toalla y comenzaba a secarlo.

—¿El qué? —Joseph no veía nada raro.

—Ha quedado un poco de barro en el cuello —contestó Barshey. Su voz era fría. Alguien le habría referido el incidente ocurrido en el puesto de socorro. No tendrían que haberlo hecho. No era preciso que Barshey cargara con aquella pena.

Joseph retiró la toalla y echó un vistazo. Había unas manchas oscuras en el cogote de Prentice justo debajo del pelo rubio como el oro. A Joseph le bastó un instante para ver que era piel magullada, no barro. Una inspección más atenta reveló señales parecidas en la parte derecha. Tenían una forma redondeada, dos a cada lado. Oyó que Barshey inspiraba bruscamente y levantó la vista para mirarlo a los ojos. No tuvo que decir nada para saber que lo había asaltado la misma idea que a él. Alguien había sujetado a Prentice y le había hundido la cabeza en el barro hasta que éste le llenó los pulmones.

—¿Es posible que alguien hiciera esto? —preguntó Joseph *esperando* una respuesta negativa—. ¿No habría luchado para zafarse? ¿Quitarse a quien fuera de encima?

—No si quien lo hizo apoyó su peso sobre él —contestó Barshey con voz ronca sosteniendo la mirada de Joseph—, presionando con la rodilla en medio de su espalda.

Joseph dio la vuelta al cuerpo, manteniéndose arrimado a él para evitar que cayera al suelo. Levantó la guerrera y la camisa y miró la carne muerta de la espalda. Allí estaban las señales, más bien pequeñas, no más que dos abrasiones con motas de sangre como cabezas de alfiler que sin duda eran fruto de la rozadura de la tela contra la piel bajo la presión del asaltante.

Barshey renegó en voz baja.

—Oye, Treffy. ¡Ven a ver esto! Alguien lo sujetó con la cabeza hundida en el barro, a propósito, hasta que se ahogó. ¿Por qué iba nadie a hacer algo así? ¿No crees que habría bastado con pegarle un tiro?

—No lo sé —reconoció Treffy mordiéndose el labio—. Puede que fuese algo personal. O que estuviera cerca de nuestras líneas y no quisiera hacer ruido.

—¿Y por qué no utilizó la bayoneta? —inquirió Barshey con ojos enojados y asustados—. Sirve justamente para eso.

—Igual había perdido a un amigo o algo por el estilo —sugirió Treffy—. Quizá necesitaba hacerlo con sus propias manos. Será mejor no decírselo a nadie. ¿No está de acuerdo, capellán?

—Sí —convino Joseph enseguida. Bajó la guerrera de Prentice, lo puso otra vez boca arriba y le arregló el pelo. Aquel hombre le había caído muy mal en vida. Comprendía de sobra los sentimientos de Barshey y también los de Wil Sloan. Y comprendía mejor aún los de Sam. El juicio de Edwin Corliss había sido una pesadilla y de no haber sido por Prentice jamás habría tenido lugar. Sam no lamentaría lo sucedido; probablemente bendeciría al alemán que había hecho aquello.

—Sí —dijo Joseph otra vez—. Será mejor no decírselo a nadie. No hay ninguna necesidad.

Joseph salió del puesto de socorro para ir a hablar con las otras víctimas de la víspera: los heridos y los desconsolados, hombres que habían perdido a sus amigos. Casi todo el mundo pertenecía a un «hogar», un grupo de una media docena de hombres que trabajaban, comían, dormían y combatían codo con codo. Compartían el rancho, los paquetes que recibían de casa, las cartas y *las* noticias, un sentimiento de familia. Escribían a las novias y parientes de unos y otros pues con frecuencia los conocían personalmente. A veces habían crecido juntos y conocían y amaban los mismos lugares, habían hecho novillos del colegio los mismos días de verano para hurtar unas cuantas manzanas de los árboles del mismo granjero.

En las trincheras se sentaban apiñados para darse calor, se contaban chistes ridículos, compartían los sueños y los pesares. Arriesgaban sus vidas para salvar la de cualquiera de su grupo y la muerte de uno de ellos devenía un asunto personal y muy profundo, como la muerte de un hermano.

Joseph se sentó en la parte soleada de la trinchera junto a Cully Teversham, el hermano de Whoopy, que andaba ocupado pasando una cerilla encendida por las costuras de su guerrera para matar los piojos. Lo hacía con sumo cuidado, sosteniendo con mimo la tela con sus manazas y manteniendo la llama a la distancia exacta para no quemar los hilos.

Joseph escuchaba como solía; pero ahora, más que en el pasado, tenía miedo de no tener las respuestas que le pedían. Si decía que todo aquello tenía un sentido, que había un Dios del amor detrás de la carnicería y el dolor, ¿quién iba a creerle? ¿Acaso no pensarían que repetía como un loro lo que se esperaba de él, las cosas que le habían enviado a decir unas personas que ni por asomo sabían cómo era la realidad de la guerra? ¿Qué clase de hombre contemplaba el infierno en la tierra y pronunciaba frases sencillas y reconfortantes en las que no creía ni él mismo?

Un hombre deshonesto, un cobarde.

Cully soltó la cerilla y encendió otra.

—¿Cree que Charlie Gee se salvará? —preguntó—. No hay derecho. Hicimos buenas migas. Whoopy y yo no conocíamos a los Gee hasta que vinimos aquí. Los Teversham y los Gee no se hablan. Todo por un trozo de tierra. Algo que pasó hace años. Ni siquiera sé exactamente qué ocurrió. Tenía que ver con unos cerdos. Arrancaban todo lo plantado. Pero eso es lo que hacen los cerdos. Todo el mundo lo sabe.

Joseph no dijo nada y siguió escuchando.

—Aunque tienen razón Charlie y Barshey —prosiguió Cully con la cabeza gacha, el sol arrancando destellos a su pelo anaranjado—. Y ese periodista no tendría que haber estado nunca en el puesto de socorro y mucho menos decir lo que dijo. ¿Por qué no hacen algo al respecto en vez de machacar a ese pobre cabrón que se hizo polvo la mano, eh?

Por fin levantó la vista, aguardando una respuesta de Joseph.

¿Qué podía decir? La verdad de poco servía y mentir aún era peor. No podía decirles que él

tampoco veía ningún sentido en ello, que tenía tanto miedo como ellos, quizá no de quedar mutilado o morir pero sí de haber pasado toda una vida esforzándose por tener fe en algo que quedaba más allá de su comprensión y que, en el peor de los casos, sería fruto de su propia necesidad. ¿A qué rendía culto sino a la esperanza y a una desesperada y ansiosa necesidad de que existiera un Dios?

Rendía culto a la bondad: el coraje, la compasión, el honor, la pureza de mente que no conoce mentiras ni siquiera para con uno mismo; la dulzura de perdonar de todo corazón; la capacidad de tener poder y en ningún momento hacer mal uso de él. El buen talante y la fortaleza para resistir, para abrigar esperanzas aun cuando nada tuviera sentido. Que te hallaran muerto en tu puesto, si fuese preciso, pero aún mirando al frente. Ésa era la respuesta que se daba a sí mismo y que de alguna manera daba a los demás.

—Me parece que tienen tan pocas respuestas como nosotros —dijo Joseph a Cully—. El comandante Wetherall hará cuanto esté en sus manos por Corliss, y Prentice ya no será motivo de preocupación.

Levantó la vista a la estrecha franja de cielo enmarcada entre las paredes de la trinchera, donde el viento arrastraba pedazos de nubes deshilachadas. A veces aquélla era la única belleza que podían ver, un recuerdo del resto del mundo, de la gloria y el propósito por los que combatían.

—Me alegra que ese cabrón esté muerto —dijo Cully al tiempo que dejaba caer al barro la cerilla gastada. Miró la guerrera con aire crítico. Al parecer se dio por satisfecho puesto que se la volvió a poner—. ¿Hago mal?

Joseph sonrió.

—¡Espero que no!

Cully se relajó.

—¡Menuda mala suerte la suya! Tuvo que toparse de narices con el único Jerry que había por aquí, porque nosotros estábamos al este de donde lo encontró y el grupo de Harper al oeste. No entiendo cómo pudo colarse ese Jerry.

Joseph se quedó desconcertado, pero apenas volvió a pensar en ello hasta el anochecer, cuando estaba ayudando a Punch Fuller a encender una vela para calentar té. Oyó por casualidad una conversación que le dejó claro que había habido una patrulla entre las líneas alemanas y el lugar donde había encontrado a Prentice.

—¿A qué hora? —preguntó.

—Bueno, no lo sé, capellán —dijo Punch abriendo mucho los ojos—. La línea aguantó, es lo único que sé. Perdimos a Bailey y dieron a Williams en un hombro pero nadie cruzó nuestras posiciones. ¡Apostaría la vida!

Era la vida de Prentice la que Joseph tenía en mente.

—Pero tuvo que pasar al menos un alemán —arguyó. Tenía que ser así. Quizá por eso ahogó a Prentice en lugar de dispararle. Todo comenzaba a encajar. Un alemán había quedado atrapado, probablemente mientras efectuaba un reconocimiento de las líneas británicas, y estaba solo, de modo que no podía permitirse hacer ningún ruido si no quería atraer la atención de la patrulla.

—¿Por qué lo dice, capellán? —preguntó Punch.

—Encontré a uno de nuestros hombres muerto —contestó Joseph—. A unos veinte metros delante mismo de Paradise Alley. —Aquél era el nombre con el que la tropa había bautizado al lugar.

—Entonces también tuvo que encontrar al Jerry que lo hizo —le aseguró Punch—. Nadie regresó atravesando nuestras posiciones.

—Seguramente aguardó hasta que os fuisteis antes de ir a reunirse con los suyos.

—No volvimos hasta el amanecer —insistió Punch—. Por eso perdimos a Bailey. Nos retrasamos más de la cuenta. Si un Jerry se hubiese levantado del barro se habría topado con

nosotros. Créame, eso no sucedió. Todos le habríamos visto: nosotros, nuestros centinelas y los suyos. —Se volvió hacia Stan Meadows que estaba detrás de él—. ¿No llevo razón?

Stan asintió enérgicamente con la cabeza.

—Debo de estar equivocado —dijo Joseph, y volvió a centrar su atención en la vela, el cacharro y el tazón de té. No estaba equivocado pero no quería que nadie más comenzara a pensar lo que le estaba asaltando la mente. La idea era harto desagradable y le devolvía dolorosos recuerdos de la muerte de Sebastian: la sorpresa y la sospecha, la confianza rota y el saber cosas que hubiese preferido ignorar. Bastante triste era la muerte; el asesinato suponía la destrucción de muchas otras cosas más. Despojaba de toda protección la más elemental intimidad y revelaba debilidades que de otro modo sólo cabía suponer y resultaba preferible olvidar.

¿Se enfrentaba a otro asesinato? ¿Acaso amparado en la carnicería generalizada de la guerra alguien había aprovechado la oportunidad para matar a Prentice creyendo que todos darían por sentado que sólo era una víctima más?

¿Quién? No quería ni pensarlo.

¿Qué ocurriría ahora si contaba al coronel Fyfe lo que había averiguado? Todo el mundo se enteraría. La confianza entre los hombres quedaría destrozada y con ella la amistad que hacía soportable la vida, los chistes malos, las bromas, la buena disposición para escuchar hasta las cosas más tontas, inquietudes que eran estupideces, sueños que jamás se harían realidad, el mero hecho de compartir. La certeza de que cada hombre arriesgaría su vida por la de los demás era el vínculo que los convertía en una unidad de combate.

La sospecha de asesinato y las preguntas que traería aparejadas envenenarían el ambiente y el coste sería mucho mayor aquí de cuanto lo había sido en Cambridge. Si se lo contaba a Fyfe comenzaría una investigación.. Quizá descubrieran la verdad, o quizá no, pero ¿a qué precio? ¿Wil Sloan? ¿Incluso Barshey Gee? ¿O uno de los zapadores que había sido amigo de Corliss? Y si no la descubrían, si nunca la llegaban a saber, ¿qué sombra se proyectaría sobre todos ellos, quizá para siempre?

Ahora bien, entre todas las cosas que no podía evitar, que no podía siquiera aliviar, ¿no era ésa una pequeña certidumbre que sí estaba en sus manos corroborar? A Prentice lo había matado uno de los suyos. El hecho de que Prentice hubiese sido arrogante, insensible e incluso cruel no alteraba la inmoralidad de semejante acto. ¡Decir lo contrario equivalía a erigirse en árbitro para decidir quién podía o no ser asesinado con impunidad!

La imparcialidad de la justicia constituía un principio absoluto en un mundo que se estaba precipitando hacia el caos. La verdad era la única certidumbre que merecía la pena perseguir, hallar y preservar. Por más trabajo o dolor que conllevara, Joseph tenía una misión que cumplir.

De momento no diría nada al coronel Fyfe. El momento de actuar llegaría cuando supiera la causa y pudiera demostrarla.

Quedaban muchos cabos por atar, cosas que precisaba saber. La primera era la que más temía averiguar y quizás, en el fondo de su corazón, fuese el motivo por el que tenía que descubrir la verdad. No podía olvidar la rabia de Sam durante el consejo de guerra de Corliss. Todo el asunto había sido despiadado y nunca habría ocurrido si Prentice no hubiese insistido en ello. Quizá Corliss había perdido momentáneamente el valor. No sería el primer hombre que se habría visto presionado más allá de sus límites y que por un instante se hubiese venido abajo. Los hombres se encubrían entre sí. El momento de terror se mantenía en secreto. Eran muy escasos quienes no lo comprendían.

Corliss era uno de los hombres de Sam y a éste correspondía castigarlo o protegerlo. En eso se fundamentaba la lealtad y Corliss había confiado en él igual que el resto de sus hombres.

¿Cómo podía interrogar a Sam? ¿Cómo podía protegerlo? Sólo demostrando que no era posible que estuviera envuelto en ello antes de comenzar a hacer pesquisas.

Sam levantó la vista del fusil que estaba limpiando.

—¿En serio? —dijo sin la menor emoción.

—Sí. —Joseph se sentó a su lado haciendo caso omiso del barro—. Tengo que descubrir quién lo hizo.

—¿Por qué? —Sam encendió un cigarrillo.

—Uno no puede ir por ahí asesinando personas sólo porque piense que merecen morir —contestó Joseph.

Sam sonrió y sus ojos negros brillaron.

—Es un motivo mejor que porque sean alemanes.

Joseph no le devolvió la sonrisa.

El semblante de Sam se ensombreció.

—Déjalo correr, Joe —dijo en voz baja—. Muchas personas tenían sobrados motivos para matar a Prentice. Esto no es Inglaterra en tiempos de paz. Hombres mejores que Prentice mueren a diario. Tenemos que aprender a vivir con ello y enfrentarnos al hecho de que mañana podría ser nuestro turno, o el de alguien a quien amamos, alguien por quien daríamos la vida. ¿Has visto a Barshey Gee últimamente? Sabe lo que le ocurrió a Charlie. ¡Es su hermano, por el amor de Dios!

—¿Estás diciendo que Barshey Gee mató a Prentice? —Joseph tenía la boca seca.

—¡No, ni mucho menos! —espetó Sam—. Estoy diciendo que sospecharían de él. Igual que de Wil Sloan o de cualquiera de mis hombres. ¡O de mí! —Miró a Joseph sin pestañear—. Yo mismo dije que quería verlo en el infierno.

—Ya lo sé. —La voz de Joseph fue poco más que un susurro—. Por eso estoy aquí. Quiero demostrar que no pudiste hacerlo tú antes de comenzar mis investigaciones. ¿Dónde estabas cuando Prentice saltó el parapeto?

—Dentro de un túnel debajo de las líneas alemanas —respondió Sam—, aunque no puedo demostrarlo. Huddleston me vio entrar pero no me acompañó.

El alivio invadió a Joseph como una oleada de calor.

—Tenía que preguntar —dijo en voz alta.

—Déjalo correr, Joe —repitió Sam—. ¡No te gustará lo que descubras!

Joseph se levantó.

—Quizá no me guste pero tengo que saberlo. Es mi trabajo. Es prácticamente la única cosa concreta que puedo hacer.

Sam tenía el ceño fruncido.

—Hannah me ha enviado un bizcocho —anunció Joseph—. Ven a tomar un poco cuando te releven.

Sam levantó la mano para saludarlo y aceptar el ofrecimiento, y siguió limpiando su fusil.

Joseph tenía claro que no iba a ser tarea fácil. Nadie más deseaba saber qué le había ocurrido a Prentice. Los hombres lo habían aborrecido y en el mejor de los casos tolerado. Contestaron a las preguntas de Joseph por deferencia hacia él pero a regañadientes.

—No lo sé, capellán —dijo Tucky Nunn rotundamente—. No se ve gran cosa ahí fuera, apenas lo que tú mismo estés haciendo.

—Lo siento, capellán —dijo Tiddy Wop Andrews con timidez echándose el pelo hacia atrás como si aún lo llevara lo bastante largo como para tapanle los ojos—. Cayó mal a todo el mundo. Después de lo que le hizo a ese pobre zapador nadie le prestaba mucha atención. No sé decirle adónde fue.

—Lo vi bastante antes —dijo Bert Dazely negando con la cabeza. Estaban de pie apoyados de espalda contra la pared de la trinchera. Lloviznaba y el viento era frío. Joseph le ofreció un



Woodbines y Bert lo aceptó—. Gracias, capitán. —Lo encendió y aspiró el humo pensativamente—. Andaba haciendo un montón de preguntas sobre lo que uno sentía al matar alemanes. ¡Le dije que era una sensación asquerosa! Y es verdad. ¿Sabe que los oigo en los días serenos o cuando el viento sopla en nuestra dirección? —Miró de reojo a Joseph con el ceño fruncido—. A veces nos llaman. Una vez hasta me comí un par de sus salchichas. Las dejaron ahí fuera para nosotros y nosotros les dejamos un par de cajetillas de Woodbines y una lata de Maconochie.

—Sí, muchos hombres hacen eso —convino Joseph sonriendo—. Yo también he comido alguna que otra salchicha alemana. Me parecen mejores que las Maconochie.

Bert le sonrió pero acto seguido volvió a ponerse serio. Miró de hito en hito a Joseph.

—Si un día intercambio comida con ellos y al día siguiente salgo a matarlos, ¿en qué me convierto, capellán? ¿Qué clase de hombre seré cuando vuelva a la patria, si es que algún día regreso? ¿Cómo voy a explicar a mis hijos lo que he hecho?

Joseph tenía en la punta de la lengua la respuesta trillada, la que ya había dado en un sinfín de ocasiones: que un soldado no tenía alternativa, que las decisiones no estaban en sus manos, que no era culpable de sus actos. De repente le pareció vacía, una excusa para no contestar, una evasión de su responsabilidad.

—No lo sé —dijo en cambio—. ¿Hubieses preferido ser objetor de conciencia?

La respuesta fue inmediata.

—¡No!

—Entonces te conviertes en un hombre que, aun a regañadientes, está dispuesto a luchar por lo que ama y por lo que cree —le dijo Joseph—. Nadie dijo que el combate fuera a ser seguro o agradable, o que sólo entrañara el riesgo de resultar herido, sino también el de lesiones mentales o espirituales.

—Sí, supongo que tiene razón, capellán —dijo Bert asintiendo con la cabeza—. Usted sabe cómo discernir la verdad y darle sentido. Un hombre que no luche por lo que ama es que no lo ama mucho. En realidad, quizá no lo ama lo bastante como para merecerlo, ¿eh?

—Quizá tengas razón —convino Joseph.

—Digo yo que es cuestión de decidir qué es lo que amas. —Levantó la cabeza y miró al cielo. A lo lejos volaba una bandada de, pájaros, por la parte del sur, a buena distancia de las armas. Bert conocía todos los pájaros y sus costumbres. Sabía imitar la llamada de casi todos ellos—. Me parece que sé qué es lo que a mí me importa: Inglaterra tal como era antes —agregó en voz baja—. La gente que va y viene a su antojo, que discute y se reconcilia, una jarra de cerveza en la taberna, el tiempo de la siembra y el de la siega. Me gustaría celebrar mi boda y que hicieran mi funeral en la iglesia donde me bautizaron. Me gustaría ver otros lugares, pero a la hora de la verdad Cambridgeshire es lo bastante grande para mí. Pero si no detenemos a Jerry aquí, donde está haciendo esto a los puñeteros belgas, para cuando llegue a nuestros pagos ya será demasiado tarde.

—Sí, creo que sí —convino Joseph. La idea anidó en su fuero interno y le produjo un daño que lo dejó sin aliento. Pensar que la tierra que amaba tanto como si fuese una parte de su propio ser pudiera verse arrasada como la que tenía delante le resultaba insoportable.

—Gracias —dijo Bert con sinceridad—. Hace usted que las cosas parezcan más sencillas, sabe separar el bien del mal.

Joseph tomó aire para responder pero de pronto se encontró sin saber qué decir. Su trabajo allí consistía en dar sentido al caos, en justificar el descenso a los infiernos, incluso en hacer soportable el sufrimiento intolerable porque tenía un significado, en insistir en la existencia de un Dios que al final perdonaría a los justos.

Los hombres como Bert Dazely no perdonaban el asesinato bajo ninguna circunstancia. ¿En qué seguirían creyendo si Joseph sabía que Prentice había sido asesinado por uno de ellos y no hacía

nada al respecto? Rompería aquella delicada trama de confianza que preservaba la vida y evitaba que se precipitaran al abismo.

Si el asesinato por venganza, o para librarse de la vergüenza o el dolor, fuese aceptable, ¿por qué valores estarían luchando? Bert había hablado de cosas del campo como la iglesia y la taberna, un pueblo a cuyos habitantes conocías, la certidumbre de las estaciones, pero a lo que aludía era a la bondad que había en ellos, a la creencia en una justicia moral que perduraba.

Aceptar el asesinato de Prentice y cruzarse de brazos sería traicionar todo eso y Joseph no iba a caer tan bajo.

—¿Le contaste a Prentice cómo te sentías? —preguntó. Bert negó con la cabeza.

—No era asunto suyo, con el debido respeto, capellán. No hablo de esas cosas con los tipos como él. No era uno de los nuestros.

Joseph ya se había formado una idea bastante exacta de quiénes habían estado en la zona, o podían haber estado, en la medida en que no habían sido vistos en otras partes. Casi todos los hombres destacados en la línea de frente podrían demostrar dónde estaban y la mayoría de los camilleros, enfermeros y demás soldados no habrían ido más allá de las trincheras de abastecimiento y probablemente permanecieron en los puestos de socorro avanzados o en otros refugios subterráneos.

Pero alguien tuvo que ver a Prentice e incluso darle permiso y ayudarlo a saltar el parapeto. Cosa que planteaba de nuevo la pregunta de por qué se encontraba allí. ¿Había sido por propia iniciativa o alguien se lo había sugerido o incluso le había tendido una trampa? En sus interrogatorios Joseph debía ser lo bastante discreto como para que nadie sospechara nada más que un interés por informar a los familiares de Prentice y, por supuesto, al general Cullingford, acerca de lo ocurrido. Joseph tenía que hacer eso, al menos por cortesía. Tal vez otra persona ya les había comunicado los hechos sin más.

Tenía que apresurarse en hacer sus preguntas o sus motivos dejarían de ser válidos. Uno no investigaba el destino de un hombre durante más de unos días pues había muchos otros casos más. El regimiento entero estaba a su cargo.

Preguntó a Alf Griggs en tono bastante informal dónde había estado Prentice por la tarde del día de autos, casi como si no tuviera gran interés.

—En el refugio subterráneo de primeros auxilios que hay en Plugstreet Way —dijo Alf mientras encendía un Woodbine; sacudió la cabeza. Era un hombre menudo y atildado que poseía el don de conseguir cualquier cosa que alguien necesitara a cambio de un precio—. No paraba de dar la lata —prosiguió Alf—. Fue detrás del intendente como un perro famélico durante no sé cuánto rato hasta que le dijeron que se largara de allí ó lo trincharían y lo servirían a la tropa para cenar. No sé dónde se metió después de eso. —Dio otra calada a su cigarrillo—. ¿Qué más da, capellán? El pobre cabrón se ha ido al otro barrio de todos modos.

—Sólo quería dar una idea a su familia de cómo se produjo su muerte. —Joseph se avergonzó ante la facilidad con que decía aquella mentira—. Cuesta más de comprender cuando se trata de un periodista en vez de un soldado.

—¡Lo que cuesta comprender es cómo no lo aplastaron mucho antes! —dijo Alf torciendo el gesto—. ¡Era un maldito canalla! Usted perdone, capellán, pero la muerte no hace que un hombre sea bueno, sólo significa que su maldad ya no es un incordio.

Joseph le dio las gracias y siguió el camino relativamente recto de la trinchera de segunda línea hasta el tramo conocido como Plugstreet, nombre que había recibido por su proximidad con la localidad de Ploegsteert. Encontró a un par de camilleros fumando a la entrada del refugio subterráneo de primeros auxilios. Un tercero dormitaba con los pies tendidos hacia el sol y las botas desabrochadas. El barro de debajo de los tablones estaba casi seco en aquella parte. Había dejado de llover y el cielo era de un azul neblinoso. En ese momento las armas guardaban silencio.

Hasta daba la impresión de que hubiera menos ratas que de costumbre.

Lanty Nunn, hermano de Tucky, abrió los ojos.

—Hola, capellán. ¿Busca a alguien?

Joseph se sentó y se puso cómodo.

—Sólo trato de averiguar algo más sobre cómo murió el periodista —contestó—. Supongo que el general querrá saberlo y su familia también. Hay que tener en cuenta que no era un soldado.

—¡Y también que no hacía más que estorbar! —replicó Lanty.

Whoopy Teversham, que había estado medio dormido, se apoyó en los codos. Tenía el pelo anaranjado y brillante y unos rasgos como de goma, capaces de adoptar cualquier expresión.

—Capellán, me figuro que no querrá decir a la madre de ese pobre cabrón que su hijo era insoportable —dijo alegremente—. ¡Aunque me figuro que ya lo sabe de sobra! Estaba empeñado en conseguir el artículo que lo haría famoso —agregó—. Se metía en todo sin parar de preguntar. Parecía que iba a escribirlo como si él solito hubiese salvado el frente occidental. Quería enterarse de todos los datos y cifras: heridos, gaseados, enviados a casa lisiados, dónde y cómo se enterraba a los muertos. Supongo que eso ya lo sabrá a estas alturas, ¿eh?

Rompió a reír y acabó tosiendo.

—No le haga caso, capellán —dijo Lanty con amargura—. ¡Es un caso perdido!

Doughy Ward pestañeó mirando a Joseph con el ceño fruncido. —Diga a su familia que se acercó demasiado al enemigo y lo alcanzó el fuego cruzado. ¿Qué importancia tiene? Está muerto. —En realidad lo ahogaron —dijo Joseph.

—¿En serio? —Doughy abrió mucho los ojos—. No sabemos qué andaba buscando ahí fuera y, a decir verdad, capellán, nos trae sin cuidado. Siempre estaba metiendo las narices en todo y preguntando cosas que no eran de su incumbencia.

—¿Os dijo si tenía intención de ir al otro lado del parapeto? —No le hicimos caso. Lo cierto es que lo mandamos al infierno —dijo sonriendo.

—¡Y parece que nos obedeció! —dijo Whoopy en tono jocoso—. ¡Se lo habría dicho antes si hubiese sabido que lo haría!

—¡Un poco de respeto por el capellán! —Lanty negó con la cabeza y lanzó una mirada de disculpa a Joseph.

Joseph les dio las gracias y continuó sus pesquisas. Nadie demostró muchas ganas de ayudar y percibió la indignación de los soldados al ver que dedicaba su tiempo a intentar averiguar algo que todos consideraban irrelevante.

—Está muerto—dijo el comandante Harvester con sequedad. Su rostro duro y huesudo revelaba un gran cansancio—. Igual que muchos otros hombres que valían más que él. Haga lo que tenga que hacer, capellán. Diga lo que tenga que decir, hasta puede lamentarlo si lo considera su deber, pero una vez hecho eso vuelva a ocuparse de nuestros hombres. Es para lo que está usted aquí. Prentice era un maldito entrometido. No hacía más que entorpecer la faena. Y, bueno, parece que con demasiada frecuencia estaba en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. Me figuro que no será el último corresponsal de guerra que muera haciendo su trabajo.

—El caso es que me gustaría saber cómo se las arregló para llegar tan adelante —insistió Joseph—. Se suponía que no estaba autorizado para estar aquí.

El rostro de Harvester se endureció.

—¿Insinúa que fue culpa de un tercero, capellán?

—No, señor —negó Joseph enseguida. Todavía no estaba dispuesto a contar a Harvester la verdad—. No dudo que la culpa fuera del propio Prentice, pero me gustaría estar en condiciones de demostrarlo si alguien pregunta.

Harvester se relajó.

—Tiene razón. Perdone que haya sacado una conclusión errónea. Pero sigo sin saber cómo se

las arregló para pasar más allá .de la segunda trinchera y mucho menos de la trinchera de fuego.

Joseph tampoco encontró a ningún centinela que hubiese reconocido a Prentice entre los soldados que habían saltado el parapeto. A la luz de las bengalas, un hombre con un fusil en las manos era como cualquier otro. Y era más que obvio que a nadie le importaba. Ninguno se insubordinó diciéndole que dejara en paz a los muertos y atendiera a los vivos, pero el enojo que anidaba en sus espíritus resultaba bastante patente.

Ahora bien, alguien había matado a Prentice. No había sido un accidente o un infortunio de la guerra sino un asesinato, y la maldad que conllevaba era lo único tangible sobre lo que Joseph podía hacer algo en medio de aquel caos. La dificultad del asunto, el hecho de que a nadie más le importase, incluso su propio desdén hacia Prentice, no hacía más que aumentar su determinación.

## 5

El comandante Hadrian preguntó una vez más si podía hacer algo y luego, apretando los labios y descontento, cerró la puerta y dejó *solos* en la habitación a Cullingford y Judith Reavley. Desde la llegada del ejército británico, el *château*, que en Inglaterra habría sido llamado casa solariega, hacía las veces de Cuartel General de División. Eran finales de abril, cinco días después del ataque con gas, y la situación era cada vez más grave. Los hombres que servían en las trincheras sólo sabían lo que ocurría en el tramo de unos mil metros correspondiente a su sección o su brigada, pero Judith había llevado a Cullingford por toda la región y había visto los pocos hombres que había, lo escasos que andaban de munición y las dificultades para hacerla llegar al frente junto con los demás suministros. Las carreteras estaban atestadas de soldados, caballos, refugiados, ambulancias, incluso carros y carretas cargados con bienes familiares, mujeres y niños aterrados que veían sus vidas destrozadas.

Cullingford estaba de pie ante la ventana. La lluvia extendía mantos de plata por la campiña, salpicaba los cristales un momento y al siguiente el sol convertía *las* gotas en prismas. La luz pálida mostraba las finas arrugas de su rostro, que el cansancio acentuaba en torno a los labios y los ojos. Estaba muy erguido, un poco tieso, aunque ésa era su postura habitual. Y no sólo por costumbre sino como defensa de su fuero interno. Había estado a punto de romperla. En una ocasión se arrodilló para conversar con un hombre gaseado a quien hizo compañía hasta que falleció; le habló en voz baja, le dijo que las cosas iban mal pero que acabarían venciendo. No tenía ni idea de si era verdad o no. En otra ocasión fue un caballo herido el que lo conmovió hasta el punto de no poder disimularlo. En su juventud había servido en caballería. La lealtad de los animales lo emocionaba hasta la médula.

Le constaba que Judith había presenciado su cansancio, las veces en que era demasiado vulnerable como para ocultar el miedo al fracaso, el dolor de la culpabilidad por la muerte de otros hombres y el hecho de que sabía tan poco como ellos qué hacer para evitar más masacres, incluso la derrota final. Pero tenía que fingir; la fe de sus hombres dependía de ello. Aquél era el trabajo del líder, resistir aun cuando te consideraran insensible y cruel; defender tus errores, incluso cuando sabías que lo eran.

Nunca habían hablado de ello. Si destruyeran la ilusión de distancia con las palabras no tendrían más remedio que enfrentarse a ello y no disponían de tiempo ni de energías para hacerlo.

—Señorita Reavley —dijo en voz baja sin volverse hacia ella—, me contó que a su padre lo mataron justo antes de que estallara la guerra y dio a entender que detrás de ese crimen había una conspiración de grandes proporciones y en sumo grado deshonrosa. Dijo que el motivo era más político que económico y que de haber tenido éxito hubiese cambiado Europa y tal vez el mundo. No he conseguido apartarlo de mi mente. La pérdida... —No acabó la frase; era demasiado dolorosa, demasiado indiscreta—. ¿Fue una exageración? —preguntó para disipar la incertidumbre.

Judith sólo le había referido el asunto a grandes rasgos y lo hizo con frases tan inconexas que le sorprendió que el general lo recordara tan bien. Habían quedado atrapados en Hellfire Comer con el motor ahogado y la noche se les echaba encima. Judith había tardado un cuarto de hora, bajo la lluvia y el fuego esporádico, en limpiar las bujías y reajustar el conmutador para que pudieran llegar hasta Ploegsteert, donde podrían conseguir recambios para las piezas estropeadas.

Después, mientras tomaban té caliente con ron, las manos temblorosas y los uniformes

empapados y sucios de barro, Judith se dio cuenta de lo cerca que había estado de morir. El fuego de la artillería pesada había caído a menos de diez metros haciendo volar por los aires tierra y piedras que repicaron contra el coche y la metralla cayó a pocos pasos de ellos.

Cullingford no había dicho nada, la trataba como si fuese un soldado como él y diera por sentado que conservaría la calma. La ausencia de un trato especial fue el mayor cumplido que podría haberle, hecho. Judith sabía que no era indiferencia; el afecto de sus ojos hacía ridícula semejante idea.

Fue después de eso, cuando por fin pudieron descansar durante media hora antes de que ella tuviera que ir en busca del coche y él a recibir el informe de Hadrian sobre los demás sectores, cuando le habló del accidente fatal y el documento desaparecido. Judith no le refirió el contenido, pues era demasiado peligroso, como tampoco que Matthew seguía buscando a la mente tan brillante como maligna que lo había concebido.

El general por fin dio media vuelta y la miró. Había humor en sus ojos, aunque sólo superficial.

—Se mostró usted muy circunspecta pero entendí que sabía mucho más que los escasos detalles que mencionó —dijo con sequedad, aunque la observaba tratando de calibrar su dolor para saber hasta dónde debía presionarla y qué consecuencias tendría hacerlo—. Dijo que su padre había sido miembro del Parlamento. No hablaría a la ligera del deshonor de Inglaterra o de una conspiración capaz de cambiar el mundo.

—No.

Judith permaneció muy quieta. En el tiempo transcurrido desde entonces, menos de un año, cuanto conocía había sufrido un cambio radical. La primavera anterior estaba descontenta y sin norte en St. Giles, inquieta por los límites que le imponía una sociedad que disfrutaba de una paz dorada que ella aún no había aprendido a apreciar. Daba por sentada la comodidad que confería la seguridad material, la ropa blanca siempre limpia, el aroma de los muebles pulimentados, la leche fresca, las tareas domésticas, el aburrimiento de lo conocido.

Ahora todo aquello era como un mundo perdido o un sueño hecho añicos al despertar; la soledad de ser adulta, independiente, dominada por los deberes y la realidad, mirando atrás con añoranza cuando un momento de paz lo permitía.

Cullingford merecía su sinceridad.

—Era una amenaza real —dijo Judith—. Y me figuro que sigue siéndolo. Mi hermano Matthew está convencido de que sólo les infligimos una derrota temporal. Es otra guerra, con armas diferentes a las de ésta; sólo unas pocas personas saben que la están librando y nos conducirán a los demás como si fuéramos rebaños; pero esa guerra es una sombra de ésta. Aunque, pensándolo mejor, eso no es verdad. Ésa es la verdadera y nosotros somos el reflejo proyectado, la irrealidad, arrastrados por ella, no arrastrándola.

—Eldon me habló de un nuevo orden. —Ahora Cullingford la miraba de hito en hito—. Al parecer imaginaba que tendría un lugar en él. Se mostró apasionado, como si fuese un discípulo más que un aventurero, y desde luego no la mera herramienta de la causa de otros. ¿Qué clase de conspiración política podría inspirarle eso, señorita Reavley?

—La paz —contestó Judith en voz baja.

Cullingford se quedó perplejo.

—¡La paz!

—Al precio de entregar Bélgica y Francia a cambio de ayuda militar alemana para recuperar nuestras colonias perdidas, como las de Norteamérica.

—¡Dios todopoderoso! —Cullingford se puso pálido—. ¿Está segura?

—Eso es lo que decía el documento.

—¿Pero no saben quién está detrás?

—No. Le llamamos el Pacificador, pero sólo tenemos una idea muy remota de quién puede ser.

¿Estaba hablando más de la cuenta? ¿Acaso ya había roto la promesa hecha a Matthew y Joseph al contarle todo aquello a Cullingford? ¡Pero si no podía tener ninguna conexión! Había dado su vida para luchar en defensa del país que amaba y del estilo de vida en el que creía. Si todos eran tan desconfiados como para no hablar con nadie, en cierto modo estarían contribuyendo a la victoria del Pacificador.

Cullingford aguardaba. Se le veía cansado y vulnerable. Prentice era su sobrino y Judith sabía por la expresión de Hadrian y las escasas palabras que el general se había permitido confiarle, como si deseara su ayuda pero no osara pedirla, que su relación con él era difícil, llena de críticas y resentimientos. Sus valores eran distintos y la familiaridad entre ambos impedía que abordaran sus discrepancias con respeto.

De repente Judith se enojó con Prentice por su supremo egocentrismo al permitir que sus insignificantes riñas familiares hicieran perder pie a un hombre cabal, y más aún a un general de quien dependían las vidas de muchas otras personas.

—El Pacificador tiene que ser alguien que tenga acceso tanto al káiser como al rey, señor —dijo Judith con firmeza—. Alguien con la arrogancia suficiente como para suponer que éstos tienen el derecho moral de tomar decisiones que afectan al resto del mundo sin siquiera decírnoslo y mucho menos preguntarnos. Y también tenía que conocer en persona a Sebastian Allard y a mi padre. Eso reduce considerablemente el abanico de posibilidades pero aún nos deja con unas cuantas decenas de personas, creo.

—¿Quién es Sebastian Allard? —preguntó Cullingford como si lo adivinara aunque se refirió a él en presente.

Judith se obligó a mantener la voz firme aunque le costó lo suyo. Respiraba con dificultad.

—El condiscípulo de Joseph que mató a mis padres para recuperar el documento.

—¿Y fracasó?

—Sí.

—Ya veo. Me parece que debemos suponer que el Pacificador no ha renunciado a su propósito. La cuestión es saber cómo ha reorganizado sus fuerzas y cuáles son sus objetivos actuales. —Cullingford se mordió el labio inferior—. Querrá que la guerra termine lo antes posible y cabe presumir que no le importa quién la gane. ¡No! No, sería mejor para sus propósitos que venciera Alemania. El káiser ya debe de haber firmado el tratado puesto que el documento viajaba con destino al rey. No sabemos si el rey lo habría firmado o no. —Comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, cuatro pasos hacia aquí, cuatro pasos hacia allá, inquieto, enjaulado por algo más que las paredes con sus molduras de yeso y sus paneles de roble—. Con Alemania puede contar, con Inglaterra no. Pero si gana Alemania se formará en Inglaterra un nuevo gobierno que hará lo que los alemanes digan. No tendría elección.

Judith permaneció inmóvil, observándolo, sintiendo frío. John Reavley habría apreciado al general. Hacían gala de la misma lógica serena e implacable. Una lógica muy cartesiana y, sin embargo, el calor humano y el sentido del humor siempre estaban presentes, con una ternura que se entregaba para siempre.

—Si quisiera derrotar a Inglaterra enseguida —prosiguió el general, concentrado—, ¿qué haría? Atacar nuestro punto más débil...

—¿Penetrando en las defensas de Ypres? —preguntó Judith en un susurro—. ¿Con más gas? ¿Dirigiéndose hacia la costa...?

—No. —Cullingford miró a Judith negando con la cabeza—. Demasiado costoso. Somos débiles pero distamos mucho de estar vencidos. El gas no dio resultado. Los hombres están más decididos que nunca a defender hasta el último metro. Es una guerra sucia. Ahora nunca se rendirán.

—¿Entonces qué?

—Desgaste, pero rápido. Sin refuerzos no podemos durar mucho. Si yo estuviera en el lugar de

ese hombre socavaría la moral en la patria, desmembraría el «nuevo ejército» de Kitchener antes de que entrara en combate. Frustraría sus planes de reclutamiento.

—¿Cómo?

—Ésa es la cuestión. Si logramos averiguar cómo quizá consigamos detenerlo. —Su rostro se endureció—. Es preciso que vuelva a hablar con Eldon.

—¿Qué va a decirle?

Judith tuvo miedo de que sin querer los traicionara. Aunque ¿qué iba a decir que el Pacificador no supiera ya?

Cullingford sonrió un tanto atribulado.

—No tengo ni idea —confesó—. Intentaré...

Antes de que terminara la frase llamaron a la puerta y en cuanto el general contestó entró Hadrian.

—¿Ya ha llegado el coronel Fyfe? —preguntó Cullingford con desaliento.

Hadrian parecía muy triste. Su aspecto era tan pulcro como de costumbre, pero presentaba el rostro arrugado y se alisó la guerrera con ademán ausente.

—No, señor. Es el capitán Reavley, el capellán de la segunda división. Dice que es urgente, señor. Creo... creo que debería recibirlo. El semblante de Cullingford perdió algo de color.

—Lo lamento, señor —dijo Hadrian con una mezcla de dulzura y confusión en la mirada, como si varias emociones lucharan en su fuero interno.

Cullingford se cuadró inconscientemente.

—Hágale pasar.

—¿Quiere que me retire, señor? —preguntó Judith. Deseaba ardientemente quedarse. Se trataría de lo que se tratase, tarde o temprano se enteraría, de modo que ¿por qué no ahora? ¿O acaso era preferible la intimidad?

Cullingford no tuvo tiempo de contestar. La puerta volvió a abrirse y Joseph entró. Estaba más delgado que la última vez que su hermana lo había visto, con el rostro demacrado bajo sus pómulos altos. Sin duda tuvo que reparar en ella pero no lo puso de manifiesto, y miró directamente a Cullingford.

—Capitán Reavley —saludó Cullingford—. ¿Qué sucede?

—Lo lamento mucho, señor —dijo Joseph con serenidad—, pero tengo que decirle que el señor Eldon Prentice, corresponsal de guerra del *Times* de Londres, murió anteayer en tierra de nadie. El Coronel Fyfe me pidió que se lo dijera personalmente, ya que creemos que era pariente cercano de usted, en lugar de informarle mediante los partes habituales. Fue enterrado con los demás soldados que cayeron esa misma noche, pero si usted considera que su familia preferiría que el cuerpo fuese repatriado, todavía podemos arreglarlo.

Cullingford frunció el ceño.

—¿Anteayer, dice?

—Sí, señor. Fue hallado en tierra de nadie. Yo mismo lo traje de vuelta. Esperaba poder decirle por qué se encontraba allí y qué le había ocurrido pero me temo que todavía no lo sé.

—¿Todavía? ¿Es que espera averiguarlo?

Cullingford seguía un tanto desconcertado, anonadado con la noticia. Le habían informado de la muerte de miles de hombres, a razón de un buen puñado por día, pero seguía siendo distinto cuando se trataba de alguien de tu familia. El hecho de que el finado no le cayera especialmente bien resultaba irrelevante. La sangre acentuaba el sentimiento de pérdida, el vacío en la boca del estómago, algo por completo ajeno al afecto.

—Ésa es mi intención, señor —dijo Joseph con toda calma—. Es de lo más inusual que el corresponsal de un diario estuviera en las trincheras del frente; jamás tendría que haber penetrado en tierra de nadie.



—No —convino Cullingford—. Fue una violación de la disciplina, pero en todo caso suya, capitán, no del ejército. Si el ejército escribe a su madre, agradecería que no abundaran en ese aspecto. Era... —Se interrumpió. Había estado a punto de mezclar sus sentimientos personales, cosa que aborrecía en los demás. Hacerlo era poco profesional—. Perdona —se disculpó—. No hay necesidad alguna de repatriar el cadáver. Que reciba el mismo trato que los demás. La arcilla de Flandes es una tumba honorable.

Joseph sonrió y su expresión se suavizó de forma patente.

—Por supuesto. Y en lo que al archivo atañe, fue un hombre de gran valentía que arriesgó su vida en la búsqueda de la verdad.

Hubo una curiosa ironía en su voz. Cullingford captó el matiz al vuelo.

—Supongo que fue abatido por los alemanes y que se lo comunicarán a su madre. Si quedó atrapado en la alambrada, no es necesario que ella lo sepa.

—Así es como muere siempre la tropa, señor —contestó Joseph—, pero en realidad al señor Prentice lo ahogaron.

Se calló de golpe. El general notó que su rostro presentaba una expresión dolida, una infelicidad mucho más personal que la propia de ser portador de malas noticias, pues a eso ya estaba acostumbrado.

Judith se movió inquieta, cambiando el peso de pierna, y por primera vez Joseph se volvió para mirarla. No había sonrisa en sus ojos, sólo una especie de desesperación. Judith la sintió como algo tangible que flotara en la habitación. No podía preguntar. Sólo era una conductora, una sirvienta. Era incluso menos que un soldado raso del ejército regular. Se mordió el labio. El aire que respiraba le quemaba los pulmones. Conocía demasiado bien a su hermano Joseph.

Cullingford la miró y luego de nuevo a Joseph.

—¿Algo más, capitán Reavley? —preguntó en voz baja.

—De momento, nada, señor.

Cullingford permaneció inmóvil.

—No ha dicho «se ahogó», capitán, ha dicho «lo ahogaron». ¿Está dando a entender que un soldado alemán lo encontró allí fuera y le metió la cabeza debajo del agua?

Joseph no dijo nada.

Cullingford soltó el aire muy despacio.

—Gracias por tomarse la molestia de venir a explicármelo en persona, capitán Reavley. Tenga la bondad de decirme dónde está enterrado. Quisiera visitar su tumba en nombre de su madre.

—Sí, señor. Está justo pasado Pilckem. Puedo acompañarle, si así lo desea.

—Sí, por favor. Luego continuaré hacia Zillebeke. Señorita Reavley, ¿puede ir a buscar el coche?

Judith conducía. Joseph y Cullingford ocupaban el asiento trasero. Hacía un esplendoroso día de primavera en el que alternaban los claros de sol con los chubascos y el aire aún era frío cuando soplaban el viento.

Judith conducía en silencio, consciente de las abrumadoras emociones entre las que debía de estar debatiéndose Cullingford. Entendía el pesar, la confusión, la rabia y lo duro que resultaba enfrentarse a ellos sin alguien que te escuchara, que te ayudara a encontrar las razones por las que podías extrañar tanto a una persona a quien jamás habías echado de menos en vida.

Judith añoraba a su madre. Tenía la impresión de haber pasado muy poco tiempo con ella y buena parte de éste en silencioso desacuerdo, persiguiendo sueños distintos. Y, sin embargo, la soledad que ahora sentía ante la imposibilidad de regresar a aquella vida era más profunda de lo que nunca hubiese imaginado. Añoraba todas las pequeñas comodidades que solían oprimirla: el tiempo dedicado a cortar y arreglar flores, la necesidad de pulir la plata o de mover las fotografías

al limpiar el polvo. Ahora las veía como los cordones de cordura que la mantuvieron a salvo de la violencia emocional de la vida. Se sorprendió pensando que ojalá pudiera encontrar un teléfono que le permitiera oír la voz de su padre. Entonces la asaltó el recuerdo y se ahogó en su llanto.

Avanzaban despacio por una carretera con profundos surcos en dirección a Pilckern. Se cruzaban con camiones de abastecimiento que iban en sentido contrario y con largos carromatos tirados por caballos, en su mayoría cargados de obuses. No había más alternativa que avanzar cuando podían y aguardar cuando tenían que hacerlo. Adelantar sería a un tiempo peligroso e inútil. Había otros vehículos más adelante a lo largo de la carretera, recta hasta donde la vista alcanzaba.

Se detuvieron donde una ambulancia había pinchado una rueda y los hombres de una pequeña columna de tropas de refuerzo estaban ayudando a cambiarla, trabajando pacientemente bajo la lluvia. Miró a Cullingford en el asiento trasero con una expresión de media disculpa por no ser capaz de ir más aprisa. El general miraba fijamente por el parabrisas con ojos perdidos. ¿Estaría pensando en su hermana, en cómo debía de sentirse y en que no podía estar a su lado para decir o hacer algo para consolarla? ¿Había sido una mujer orgullosa de su hijo, que conocía sólo lo que él contaba de sí mismo?

Alys habría estado orgullosa de Judith y también aterrorizada por ella. Pero el caso era que todas las madres de Inglaterra estaban aterradas por alguien. Probablemente sucediera lo mismo a las madres de Alemania y a las de tantos otros países.

El rostro de Cullingford era imperturbable. Miraba al frente. Sólo un ligero temblor de los labios indicaba algún sentimiento. Judith sabía que había discutido con Prentice porque Hadrian se había mostrado enojado por ello. Hadrian era un hombre tranquilo, movido por el deber y la lealtad, meticuloso en su trabajo. La intensidad de su emoción la había dejado perpleja, así como el hecho de que se hubiese negado en redondo a revelar el motivo de la disputa.

¿Estaría Cullingford pensando en eso también, dando vueltas a la reconciliación que podría haberse dado en el futuro y que ahora no llegaría jamás? ¿Pensaba en Prentice tal como había sido de niño, en el tiempo que habían pasado juntos cuando el mundo era tan diferente? Habían sido inocentes, incapaces de imaginar la tormenta de destrucción que había caído sobre ellos. Judith todavía veía aquella mirada brillante y vulnerable en los ojos de los nuevos reclutas cuando aún no sabían lo que era el hedor y creían que podrían hacer algo valiente y noble que influiría en el curso de los acontecimientos. No concebían cuántos de ellos morirían antes de tener ocasión de intentarlo siquiera pese a su buena disposición y a sus sueños de grandeza.

Tardaron media hora en llegar a su destino. La lluvia había cesado pero el barro aún estaba resbaladizo y bajo el pálido sol la hierba brillaba cargada de gotas de agua. El comandante Harvester fue a su encuentro con una actitud envarada, formal y un tanto avergonzada.

—Lo siento mucho, señor —dijo tras el saludo—. Le ruego acepte mis condolencias.

Cullingford lo miró con un destello de humor avinagrado. Judith se preguntó si sabía lo poco apreciado que había sido Prentice y hasta qué punto eso le dolía. Al margen de lo que pensara él mismo, Prentice era su pariente. Sus lealtades debían de estar divididas.

—Gracias —aceptó.

Harvester se quedó donde estaba, en posición de firmes sobre la franja de hierba aplastada. Judith percibió en su rostro sensible y huesudo que creía que debía añadir algo más, los comentarios al uso sobre que el finado había desempeñado bien su trabajo, que fue leal, valiente y apreciado por sus compañeros, todas las cosas que uno dice ante una tumba. La decencia, incluso la compasión, luchaba en su fuero interno contra la lealtad debida a sus hombres y a la verdad. Constituía una especie de traición emplear las mismas palabras para Prentice que para un soldado fallecido en combate. Permaneció con la boca cerrada, incapaz de hacerlo.

Judith sufría por él y por Cullingford. Ya era demasiado tarde para que Prentice se redimiera;

sería recordado tal como había sido. Quizá sólo su familia pensaría en él como el hombre que habría podido llegar a ser.

Cullingford acudió en su auxilio.

—No es necesario añadir nada más, comandante Harvester dijo en voz baja—. El señor Prentice no era un soldado. No merece el epitafio de un soldado.

La voz le tembló tan levemente que tal vez Harvester no se dio cuenta.

—Él... estaba haciendo su trabajo, señor —dijo Harvester, y relajó el semblante con gratitud.

Joseph por fin habló.

—¿Tendría la bondad de seguirme, señor? —preguntó—. Lo acompañaré hasta la tumba.

—Gracias —dijo Cullingford, y se fue con él.

Judith aguardó junto al coche. Había detestado a Prentice. Ahora no tenía derecho a actuar como si estuviera apenada y quizá Cullingford agradecería unos momentos de intimidad para llorar su pérdida en la medida en que el deber se lo permitiera. Lo observó alejarse, erguido y envarado, tremendamente solo.

Un sargento se aproximó a Judith y le ofreció una taza de té. Harvester volvió a sus obligaciones.

Veinte minutos más tarde Cullingford regresó con el semblante muy pálido y los ojos brillantes y extrañamente perdidos. Dio las gracias a Joseph y se dirigió al coche. Joseph miró un instante a Judith torciendo el gesto con inquietud. A Judith le habría gustado tener tiempo para hablar con su hermano, preguntarle cómo estaba y, por encima de todo, qué había querido decir con aquellos curiosos comentarios acerca de la muerte de Prentice. Pero Cullingford no sólo era su deber sino también su mayor preocupación. Sonrió brevemente a Joseph y fue hacia el coche.

Cullingford ya estaba sentado aguardándola, esta vez en el asiento delantero. Judith arrancó el motor, subió al coche y condujo de vuelta a la carretera que llevaba a Zillebeke.

Le hubiese gustado haber dicho algo a propósito de Prentice pero no se le ocurrió nada. Inventárselo habría resultado de una condescendencia intolerable ya que habría puesto de manifiesto que dicha invención era necesaria.

Judith se sintió abrumada al cobrar conciencia una vez más de la terrible soledad de Cullingford. Los hombres esperaban de él que nunca revelara su miedo, su agotamiento o sus dudas acerca de la victoria final. Si tenía debilidades o pesares, momentos en que lo agobiaba el horror, debía mantenerlos ocultos. No había nadie con quien pudiera compartirlos.

Sin duda Joseph se habría percatado del conflicto interior que la muerte de Prentice planteaba al general. Quizá lo había interpretado como lástima por su familia, compasión por su hermana, añoranza por todas las posibilidades ahora desaparecidas, quizá con un matiz de culpabilidad por haber despreciado a Prentice considerándolo un estorbo vergonzante en su vida profesional. Cullingford respetaba a los soldados rasos, fueran británicos o alemanes. Conocía sus puntos fuertes y sus flaquezas y detestaba a quienes se entrometían en su intimidad y sus necesidades. Prentice había violado ambas cosas.

Mas Judith no sabía cómo encontrar palabras que no supusieran una intrusión de la misma índole y pusieran de manifiesto hasta qué punto había percibido sus emociones.

—Lamento la muerte del señor Prentice, señor —dijo por fin. El tráfico se ralentizó hasta formar una caravana. Cullingford la miró.

—¿En serio? Es impropio de usted manifestar algo que no siente en aras de la cortesía, señorita Reavley. —Un amago de sonrisa asomó a sus labios—. Eldon era sumamente despreciable, ¿no le parece?

Judith se quedó atónita ante tanta franqueza. ¿Tan obvios resultaban sus sentimientos?

—Perdone, señor, no tenía intención de... —¿Cómo podía terminarlo?—... de ser tan...

—¿Sincera? —sugirió Cullingford con los ojos brillantes y sorprendentemente poco críticos.

—Indisciplinada —corrigió Judith apartando la vista y poniéndose colorada.

—La disciplina no exige que se trague sus principios morales —contestó Cullingford volviéndose un poco hacia ella para mirarla con más comodidad—. Sin duda estará enterada del consejo de guerra del zapador y de cómo se comportó Eldon cuando llevaron a Charlie Gee al puesto de urgencias.

Por descontado, estaba al corriente. Sabía que Joseph había sido quien había impedido que Wil Sloan medio matara a Prentice. Le estaba profundamente agradecida por eso. Apreciaba mucho a Wil. Era valiente, divertido y generoso. Adoraba las historias que contaba sobre cómo había atravesado la mitad de Estados Unidos siguiendo las vías férreas para conseguir un pasaje hacia Inglaterra y alistarse como voluntario. También sabía que había tenido que abandonar su ciudad natal en el Medio Oeste con una prisa ignominiosa después de haber perdido los estribos.

Cullingford llevaba razón sobre lo que ella había pensado. Judith aborrecía que la hubiese puesto en situación de no saber si debía negarlo o no. ¡Él era tío de Prentice y seguramente lo conocía desde que había nacido! Tenía que importarle aunque en buena medida sólo fuese por su hermana. Ella amaría a los hijos de Hannah hicieran lo que hiciesen. No tenía elección, era inevitable. Pero aun así Prentice había sido un hombre insensible que, delante del dolor humano, había antepuesto su propio interés a la decencia más elemental.

—Sí, señor, me temo que sí —dijo Judith con profundo sentimiento y, sólo después de decirlo, pensó que a Cullingford quizá le dolería—. Lo siento.

—Por favor, deje de decir que lo siente, señorita Reavley. Está empezando a aburrirme. Y no me trate como si fuese una tía anciana. Su sinceridad es una de sus mejores virtudes, junto con su capacidad para reparar automóviles.

Judith se quedó confundida, sin saber cómo reaccionar, y le pareció ridículo que le importara tanto.

Entonces Cullingford sonrió de repente, cosa que iluminó su semblante y borró todos los signos de cansancio. Mil imágenes se sucedieron en la mente de Judith. ¿Cómo sería Cullingford lejos de la guerra? ¿Qué clase de hombre era cuando las circunstancias no lo obligaban a aquellos horrendos extremos de planear y ejecutar muertes, imbuido de aquel poder tan poco natural y siendo responsable de la esperanza, la moralidad y la supervivencia de miles de hombres? ¿Qué hacía cuándo estaba de permiso? ¿Le gustaba la jardinería, jugar a golf, pasear? ¿Tenía un perro y lo quería, lo trataba con la misma ternura con que su padre había tratado al suyo? ¿Qué música escuchaba? ¿Qué libros leía? ¿Quiénes eran sus amigos?

—Un penique por sus pensamientos, señorita Reavley.

Judith volvió a notar que se ponía colorada. ¡Menos mal que él no podía darse cuenta!

—No estaba pensando en el señor Prentice —contestó.

—No, yo tampoco —admitió Cullingford—. De haber supuesto que pensaba en él lo más probable es que sólo le hubiese ofrecido medio penique.

Judith sonrió y le dijo una media verdad.

—Me preguntaba qué estaríamos haciendo si no estuviéramos aquí.

Sabía la respuesta en lo que a ella atañía. Estaría llevando la misma clase de vida más bien carente de norte que llevaba antes de la guerra. Participaría en todos los acontecimientos del pueblo, sintiéndose poco natural e incompetente, y vería pasar el tiempo sin que nada de lo que hacía tuviera ninguna repercusión. Se estaría preguntando si se conformaría con casarse con alguien de quien simplemente estuviera encariñada, alguien que fuera predecible, amable con ella, que se condujera de forma honorable, alguien que incluso pudiera gustarle, pero a quien nunca amaría con toda la pasión que era capaz de sentir. ¿Sería alguien con quien podría vivir, pero no alguien sin quien no pudiera vivir?

Cullingford metió la mano en el bolsillo y puso un penique en el salpicadero.

—Seguramente estaría conduciendo —dijo Judith sin mirarlo a los ojos—, pero sin ir a ninguna parte en concreto, sólo por los alrededores del pueblo, tratando de hacer lo que mi madre hubiese hecho. ¿Es preciso que busque un penique para que usted me diga lo que estaría haciendo si no estuviéramos en guerra?

—Ya tiene un penique —señaló Cullingford.

—En alguna parte, pero no sé dónde.

—Le he pagado. Ése es suyo.

—¡Ah! Muy bien, pues vuelve a ser suyo. ¿Qué estaría haciendo? Ardía en deseos de saberlo.

—Estamos casi en mayo. Estaría paseando por el bosque para ver las campanillas —dijo Cullingford sin vacilar—. Seguiría el camino que hay entre los perales silvestres hasta el medio de las flores, donde todo desaparece y apenas sabes dónde poner el pie sin aplastarlas. Los bosques estarían llenos de sol y silencio. Me quedaría allí plantado y dejaría que el paisaje me fuera invadiendo hasta formar parte de él.

Judith fue presa de una abrumadora ansia por hacer las mismas cosas y estar con él, simplemente estar allí sin decir nada.

—Parece mucho más útil que cualquiera de las cosas que estaría haciendo yo —dijo en voz baja.

—¿Acaso no es útil continuar con las cosas que su madre solía hacer por los demás? —preguntó con una voz sorprendentemente amable—. ¿No es eso lo que hacemos cuando añoramos a alguien con todas nuestras fuerzas?

Judith apartó la vista. Los ojos de Cullingford eran demasiado tiernos, demasiado retadores.

—No lo había pensado así —dijo atragantándose con las palabras—. Supongo que sí. Añoro más a mi padre. Él también habría salido a pasear, sólo que se habría llevado consigo a *Henry*, nuestro perro. —Pestañeó rápidamente. Tenía la garganta tan tensa que apenas podía hablar—. Echo en falta a los perros, echo en falta perros de los que pueda encariñarme. Aquí no los hay, todos son mensajeros o tienen otras funciones. Y no soporto encariñarme de ellos porque me consta que muchos mueren.

Delante de ellos el tráfico comenzó a moverse de nuevo. Judith metió la marcha y siguieron avanzando.

—Bastante duro es perder personas. Me sobrepasa cuando se trata de animales. No me diga que es una estupidez o que está mal. Lo sé de sobra.

—No veo que haya nada malo en amar algo o dejar de amarlo —contestó Cullingford apartando la vista de ella hacia el tráfico de delante—. Yo no sé cómo evitarlo. —La voz le tembló un poco—. A mí me sucede con los caballos.

Una docena de respuestas le pasaron por la cabeza a Judith y ninguna de ellas era lo que quería decir. Cullingford le había hablado con una emoción muy profunda que trascendía el mero significado de las palabras. Centró toda su atención en la conducción, y apartó todo lo demás de su conciencia porque no podía hacerle frente.

Después de regresar a Poperinge, a última hora de la tarde, el general, que estaba muy cansado, habló de nuevo a Judith. Fue mientras cenaban en su hospedería habitual, *Le Nid du Rat*, El Nido del Ratón, un establecimiento pequeño y confortable con media docena de mesas. Solían tener estofado de verduras, y buen pan. Era plenamente consciente de que aquello era mucho mejor que cualquier alimento que fuera a tomar Joseph. Había visto algo en el rostro de su hermano que la tenía preocupada, una especie de propósito ciego y doloroso más profundo que el simple deber de comunicar a Cullingford el fallecimiento de Prentice. Joseph había dado a entender que a Prentice lo había matado alguien que lo conocía, un soldado británico, no alemán. Si eso era cierto no se trataba de un acto de guerra sino de un asesinato. Y, sin duda, teniendo en cuenta el pasado, Joseph menos que nadie iba a aceptarlo sin más, salvo que se viera obligado a

hacerlo. Tenía que haber pruebas que no podía pasar por alto.

¿Podía haberlo hecho Wil Sloan después de todo? ¿Cuán violento era su carácter? Antes de convertirse en la conductora de Cullingford, Judith había conducido ambulancias casi todo el invierno y casi siempre en compañía de Wil. En ciertos aspectos lo conocía mejor que a sus propios hermanos. Estaba familiarizada con su ritmo de trabajo, la manera exacta en que le gustaba tomar el té, cómo se acurrucaba sobre un costado para dormir, las pautas de su conversación, el odio que tenía a los piojos y cómo se rascaba hasta sangrar para luego arrepentirse. Sabía con toda precisión qué chistes le harían reír y cuáles lo violentarían.

Si Wil había quedado tan consternado ante las heridas de Charlie Gee como para que el horror lo anonadara, quizás hasta hacerle perder el control, ¿podía ser que hubiese ido detrás de Prentice hasta la tierra de nadie y le hubiese hundido la cabeza en el agua? Quizás habían vuelto a pelear y la furia y la desesperación habían entrado en juego. No habría sido contra Prentice contra lo que Wil habría arremetido, sino contra el rostro ciego e indiferente de Prentice, contra Prentice como símbolo de todo lo que dolía más allá de lo tolerable.

Y si eso era verdad, Judith mentiría para protegerlo. La ley quizás exigiese que Wil respondiera por ello, pero la justicia no, al menos no para ella.

Levantó la vista y miró a Cullingford a los ojos. Él la observaba con inquietud. Pero él no conocía a Wil Sloan. ¿Por quién estaba preocupado? ¿O era sólo miedo de pensar que alguien había odiado tanto a Prentice como para matarlo?

—Me figuro que su hermano no es de los que hablan a la ligera —dijo, indiferente a su comida.

—No —contestó Judith. Sintió una punzada en el estómago. ¿Cómo iba a contestarle si le hacía preguntas que condujeran a Wil? De súbito sus lealtades estaban divididas. Cullingford era la autoridad. No podía hacer la vista gorda. Ella sí podía y, a su juicio, debía hacerlo. Pero detestaría tener que mentirle—. Aunque me parece que no sabe nada —agregó.

—Por supuesto que no —convino Cullingford—. De momento. Pero necesita conocer la verdad. Es sacerdote. Está acostumbrado a pensar en la moralidad en términos absolutos para que luego Dios se haga cargo de las piezas rotas.

Ahora sí que Judith estaba asustada. Deseaba preguntarle qué quería decir, como si fuese una niña y él el adulto que debía explicárselo todo. Pero si quería que él la viera como una mujer, como un igual en los momentos que no estaban de servicio, también tenía que aceptar la soledad y las decisiones, así como la culpa.

—Joseph intentará averiguar qué sucedió —convino Judith—. Y buscará al responsable, sea quien sea.

—Entiendo.

Cullingford cogió su tenedor pero no llegó a usarlo.

—¿Teme que sea alguien a quien usted conoce? —preguntó. El general levantó la vista de golpe.

—¿Sabe quién fue?

—No. Pero es lo que me pasa a mí.

—¿Hadrian? —inquirió Cullingford con suma amargura, como si él mismo fuese el culpable.

Judith reprimió su sorpresa convirtiendo su grito ahogado en tos. Jamás se le había ocurrido que la obvia aversión de Hadrian para con Prentice fuera otra cosa que el desdén de un soldado competente por un hombre que no comprendía el ejército ni sus reglas y convenciones y que no respetaba a los hombres que lo constituían.

—No creo que le desagradara tanto como para hacer algo así —contestó Judith procurando creérselo, aunque recordaba el odio que había visto en los ojos de Hadrian mientras observaba a Prentice cuando se marchaba después de visitar a Cullingford unos pocos días atrás. Cullingford le había dado permiso escrito para acceder prácticamente donde quisiera. Aquello supuso una

derrota para Hadrian, quien le había dicho que semejante cosa era imposible.

Un hombre en su sano juicio no mataba por ese motivo. Ahora bien, ¿dónde quedaba la cordura cuando un puñado de hombres podía morir en una noche por un motivo absurdo? Todo seguía exactamente igual el día después, las más de las veces no se ganaba ni perdía un solo metro de tierra. Y por añadidura ésta no era más que barro inservible, envenenado y sin ninguna utilidad concebible.

Sin embargo, viendo el rostro de Cullingford, Judith constató que el miedo que había en sus ojos era perfectamente real: creía que Hadrian podía ser culpable y eso le dolía, con pesar por el hecho en sí y por miedo a lo que podía significar en el futuro.

Judith se obligó a sonreír.

—Dudo mucho que lo hiciera él —dijo con un convencimiento que imitaba al del general cuando tranquilizaba a los heridos mintiendo con suma facilidad—. Es demasiado buen militar como para hacer algo tan impetuoso. Tendría que haber abandonado su puesto. Y eso jamás lo haría en una noche de incursiones.

Cullingford le devolvió la sonrisa y se obligó a relajarse a su vez.

—No. Ha sido una idea estúpida. —Cogió su copa y bebió un sorbo de vino áspero—. Eldon no me gustaba pero su muerte es... dolorosa. No voy a poder regresar a Inglaterra durante un tiempo, tal como están las cosas. Mi hermana, Abby, es viuda y le va a costar mucho superar esto.

Judith cobró conciencia de lo mucho que lo incomodaba reconocer tales emociones.

—¿Quiere que le lleve un mensaje de su parte? —preguntó Judith para evitar que Cullingford tuviera que pedírselo.

En cuanto lo hubo dicho temió haberse precipitado. Cullingford la miró con absoluta franqueza.

—¿Lo haría? Usted sabe lo que es perder a alguien tan próximo. Podría hablarle sin ponerse sentimental, cosa que ella detestaría. Lo que más se necesita ante tales desgracias es sinceridad. Nerys, mi esposa, no sabría... —Se interrumpió, incapaz de terminar la frase sin cometer una traición—. Ella apenas sabe nada sobre la realidad de la guerra. —Se puso a jugar con el salero que había en la mesa—. No es necesario angustiar a la gente con detalles sobre la violencia y el sufrimiento inevitables. Y por descontado no hay que mencionar... las sospechas de su hermano. Eso sólo acrecentaría el dolor de Abby. Es preciso que piense en Eldon tal como quizás habría llegado a ser, no tal como fue.

Había hablado con mucha sobriedad pero Judith percibió en sus palabras el bosquejo de una inmensa soledad. ¿Qué parte de su vida compartía con Nerys si no podía contarle los horrores que presenciaba, el miedo que pasaba, la abrumadora incomodidad de las trincheras, como tampoco los chistes, la amistad, el sacrificio y la pura amabilidad de los hombres? Ahora más que nunca, ¿qué quedaba aún con significado entre las trivialidades de la vida, las cosas que pasaban flotando ante las ventanas del alma pero que nunca alcanzaban el ser interior, imágenes desprovistas de sustancia?

—Por supuesto que iré a ver a la señora Prentice —dijo Judith enseguida—. Le contaré tanto o tan poco como usted quiera. Puedo decirle que coincidí con su hijo varias veces, que estaba volcado en su trabajo y que era lo bastante valiente como para hacerlo sin temer por su propia seguridad. Puedo referirle cómo es la vida aquí u ocultárselo, según le parezca mejor a usted.

—Gracias. —Partió un trozo de pan y se lo fue comiendo despacio. Miraba a Judith con suma gravedad—. Dejaré a su juicio lo que deba decirle. Yo... no la he visto mucho últimamente. Tendría... —Se encogió de hombros tan levemente que el gesto no llegó a mover su guerrera—. Tendría que haberle dedicado más tiempo, sobre todo desde que Allen murió.

No agregó ninguna excusa.

—Puedo ir pasado mañana —propuso Judith—. Tendría que darme la dirección y tal vez una carta de presentación, no vaya a pensar que soy una entrometida.

—Por supuesto.

Judith tuvo la impresión de que Cullingford quería agregar algo más pero que bastante violento estaba ya tras haberle pedido ayuda, y además sus lealtades estaban divididas. Todo el mundo se sentía culpable cuando despreciaba a un difunto, sobre todo cuando éste era joven y se suponía que debías compartir el pesar por la pérdida.

—Gracias —dijo Cullingford en voz baja—. Significará mucho para ella.

Terminaron de comer sin volver a cruzar palabra, pero aquél fue un silencio cordial, como si la mutua comprensión hiciera redundantes las palabras.

Matthew cerró la puerta a sus espaldas y miró a los cuatro hombres sentados alrededor de la larga mesa pulimentada. Uno de ellos era su superior inmediato en el Servicio de Inteligencia Secreta, Calder Shearing; otro era el jefe de la Inteligencia Naval Británica, el almirante Blinker [«Guiños»] Hall, de pelo cano, aspecto lozano y con el tic nervioso que le había valido su apodo. El tercero era Brand, un hombre de pelo castaño con entradas y rasgos anodinos, asistente de Hall.

El cuarto hombre era de ojos oscuros, pelo moreno y mediana estatura, y en ese momento parecía tan cansado que la piel presentaba una calidad marchita, casi como de pergamino, oscurecida alrededor de los ojos y arrugada en las comisuras. El humor que por lo general avivaba su expresión se había esfumado, como si un disgusto le hubiese privado de él.

—Adelante, Reavley —ordenó Shearing—. Siéntese. Ya conoce a todos los presentes.

—Buenos días, señor —contestó Matthew saludando al almirante Hall. Echó un vistazo a la concurrencia—. ¿Aún no ha llegado Kittredge?

La respuesta era obvia pero requería una explicación. Volvió a fijarse en el hombre moreno con el semblante transido. Llevaba ropa de civil, una camisa muy arrugada y una vieja chaqueta de tweed Harris, demasiado calurosa para aquella época del año.

—Kittredge no va a asistir —le dijo Shearing—. Es una reunión a puerta cerrada.

Matthew se quedó perplejo. Kittredge era uno de los tres hombres que el SIS había reclutado al principio de la guerra como criptógrafos. Antes de eso había sido catedrático en Cambridge. El lenguaje y los códigos eran su especialidad. Matthew tomó asiento en el lugar que le indicaron y aguardó a que comenzaran. Sabía por qué se encontraba allí: el cuarto hombre, Ivor Chetwin, acababa de regresar de México. Estados Unidos y sus vecinos constituían el área de responsabilidad de Matthew en el SIS.

Por supuesto Shearing no sabía que Ivor Chetwin antaño había sido amigo íntimo de John Reavley, hasta que profundas diferencias sobre la moralidad de las tareas de espionaje los separaron. El incidente llevó a John Reavley a aborrecer y desconfiar de cualquier trabajo de inteligencia hasta la tarde en que telefoneó a Matthew para hablarle acerca del documento del Pacificador que le había entregado Reisenburg. Al día siguiente lo asesinaron. Sólo la brillantez de Chetwin para recabar información y su incuestionable coraje hacían tolerable a Matthew seguir trabajando con él.

El almirante Hall parecía estar a cargo de la reunión. Se mostró cortés con Shearing, pero con nadie más. Al principio de la guerra, la noche del 5 de agosto de 1914, Gran Bretaña había enviado un barco a recoger el cable telefónico trasatlántico, de modo que a partir de entonces todas las comunicaciones entre Europa y América tenían que efectuarse por radio. Alemania enviaba sus mensajes a su cuerpo diplomático en Estados Unidos y México a través de varios países neutrales entre los que destacaba Suecia. Naturalmente, empleaba un código.

Ese código había sido captado por la Inteligencia Naval Británica y el hecho de que hubiese sido descifrado era uno de los secretos mejor guardados del momento. Cualquier acción basada únicamente en información obtenida de esa manera revelaría a los alemanes que sus



comunicados diplomáticos eran conocidos y cambiarían el código de inmediato. El inmenso valor que tenía para Gran Bretaña se perdería. El secretismo era vital. Que los alemanes creyeran que sus códigos jamás podrían ser descifrados también ayudaba.

—La situación. —Hall apuntó a Chetwin.

—Peor aún que los informes —respondió Chetwin con la voz bronca por el agotamiento tras semanas de sueño irregular, mala comida, acoso constante y continuos traslados, siempre al borde de la sospecha y la detención—. Todo México está sumido en el caos —prosiguió. Hablaba despacio, casi sin emoción, como si ya no le quedara ninguna—. Zapata y Pancho Villa se han vuelto locos. Bailan en el palacio presidencial como auténticos simios. No ejercen ningún control sobre nada. Hombres armados deambulan por el campo saqueando y matando. Roban ganado, grano, caballos, cualquier cosa que pueda transportarse. Los cadáveres cuelgan de los árboles como frutas podridas.

Nadie le interrumpió.

Se pasó la mano, cuidada y fuerte, por la frente.

—No queda nada que comer. Los pueblos han sido arrasados, las carreteras cortadas y los puentes derribados. Hay muerte por todas partes, como si un paño mortuorio cubriera la tierra. El tifus y la viruela hacen estragos en las ciudades y hay más pelotones de fusilamiento que colas para comida.

—¿Los alemanes? —le recordó Hall.

Chetwin suspiró.

—Proporcionan armas y dinero a espaldas.

Todos sabían lo que eso significaba. Si el ejército mexicano cruzaba el río Grande, Estados Unidos movilizaría a todas sus fuerzas para defenderse. No quedarían hombres, munición ni pasión para tomar en consideración lo que ocurría en el resto del mundo.

—¿Cuán cerca están? —preguntó Shearing. Chetwin negó con la cabeza.

—No lo suficiente —contestó a la pregunta que no le habían hecho—. Conté a Washington todo lo que pude pero guardándome de darles nuestros mensajes descifrados. Tienen explicaciones para la mitad de las cosas y el resto no se lo creen. Nada les convencerá de que Alemania esté realmente detrás del rearme de México, ni del proyecto para construir una base naval japonesa en su costa del Pacífico.

Shearing frunció los labios.

—Usted conoce al káiser, Chetwin. ¿Habla en serio del peligro amarillo o es sólo otra de sus divagaciones?

Hall volvió la cabeza de golpe.

—¿Conoce al káiser? ¿Personalmente?

—Sí, señor —respondió Chetwin—. Pasé algún tiempo en la corte de Berlín antes de la guerra.

¿Fue imaginación de Matthew o percibió una ligera incomodidad en Chetwin mientras contestaba? Algo había cambiado en sus ojos. Su mirada ya no era tan franca y directa, como si estuviera ocultando una emoción, algo que le hiciera vulnerable.

Matthew observó con más detenimiento, con interés profesional y personal a un tiempo. Chetwin había sido amigo de John Reavley y, en cierto sentido, también su enemigo. Sin lugar a dudas le había conocido bien. Si había estado en la corte berlinesa, no sólo habría tenido ocasión de conocer al propio káiser sino también a Reisenburg. Era un hombre dotado de una aguda inteligencia y un profundo conocimiento de la política y era muy posible que también tuviera algún vínculo personal con la familia real británica. John Reavley le había creído capaz de utilizar cualquier método, ético o no, para obtener los fines que perseguía. Ésa fue la causa de su riña.

Las posibilidades que se sucedían en la cabeza de Matthew le revolvieron el estómago como si estuviera mareado. No podía decir nada. ¿Osaría confiar en Shearing? ¿A quién más podía recurrir

en busca de ayuda? Hall pensaría que había perdido el juicio. Lo único que conseguiría sería perder su empleo, cosa que no sólo le impediría tener acceso a información con la que demostrar la identidad del Pacificador u obstruir sus planes futuros, sino incluso hacer algo positivo en su trabajo con América. Aquello daba la medida de la genialidad del Pacificador: sus enemigos estaban aislados entre sí por culpa de la desconfianza.

Hall y Chetwin estaban hablando sobre el káiser, su personalidad, su errática mezcla de deseo de agradar a sus primos el rey Jorge V de Gran Bretaña y el zar Nicolás de Rusia, y su terror a verse rodeado de enemigos ansiosos por declarar la guerra a su país. Pasaba de profesar una amistad íntima, casi apasionada, a sentirse ultrajado y atacar.

—No sé si lo hará —dijo Chetwin meditabundo—. Todo indica que desde que se deshizo del canciller Bismarck es tan predecible como el verano inglés. El año pasado fue sublime, pero he visto nevar en junio.

Matthew escuchó mientras Chetwin refería el resto de lo que había visto, así como sus descubrimientos en Washington, pero en todo momento su mente daba vueltas a la posible complicidad de Chetwin con los planes alemanes para que México invadiera Estados Unidos a cambio de la promesa de recuperar sus territorios en el sudeste como recompensa por mantener apartado a Estados Unidos del conflicto europeo.

Si Chetwin fuese el Pacificador, para entonces Alemania ya sabría que la inteligencia británica tenía su código. Quizá toda la información obtenida ya formara parte de un doble juego. ¿Y si se trataba del más magnífico doble juego de la historia del espionaje? Cabía tal posibilidad. Los usos de semejante engaño eran casi infinitos. ¡Nada de lo que creían en aquellos momentos sería real!

En cuanto terminó la reunión Matthew se vio obligado a regresar a su despacho y revisar toda la información disponible bajo esa luz. Casi toda la munición que empleaba Gran Bretaña se adquiría en América y toda ella, por fuerza, llegaba por mar. Los sabotajes estaban a la orden del día, las pérdidas por ataques submarinos constituían una creciente amenaza.

Hasta última hora de la tarde no tuvo ocasión de hablar con Kittredge.

—He oído el informe de Chetwin sobre México —dijo con desenfado tras detenerse junto al escritorio de Kittredge—. La situación es tan mala como pensábamos, incluso peor.

Kittredge levantó la vista de los papeles que estaba estudiando. Era delgado y moreno, de treinta y pocos años, oriundo del Peak District de Derbyshire, acostumbrado a las colinas y las calles empinadas de los pueblos en la infancia y luego, de repente, a la libertad intelectual de la universidad. No había perdido un gramo de sus afanes idealistas, como tampoco la riqueza de su acento provinciano.

—¿Qué sabe acerca de Chetwin? —preguntó Matthew.

—¿No se fía de él? —replicó Kittredge sorprendido.

—Por supuesto que me fío de su honestidad, de lo contrario no nos serviríamos de él —contestó Matthew—. Pero me gustaría oír una segunda opinión sobre su criterio.

Kittredge meditó un instante antes de responder.

—Bueno, desde luego habla alemán con soltura, pero eso ya lo sabe usted. De lo contrario no lo habría enviado a México fingiendo que era alemán. ¿Sabía que antes de la guerra estuvo prometido con una muchacha alemana? Una condesa o princesa, o algo por el estilo.

Matthew disimuló su sorpresa.

—No. Me figuro que Shearing lo sabía pero no me lo mencionó. ¿Por qué no se casó con ella?

—Es una triste historia —contestó Kittredge—. Ella murió. De escarlatina o algo por el estilo. No lo sé con exactitud. Chetwin se llevó un disgusto tremendo. Era una muchacha muy hermosa, al parecer. De poco más de veinte años.

—¡Pero si Chetwin ronda los cincuenta!

Kittredge se encogió de hombros.

—¿Y eso qué más da? Está muy bien relacionado. Una de sus hermanas es muy guapa y está casada con un descendiente de la reina Victoria, y todos se llevan la mar de bien. Y, por supuesto, a su edad ha demostrado ser capaz de hacer carrera y ganarse el respeto de sus compatriotas. De no haber estallado la guerra, podría haber aspirado al Parlamento o encontrar un buen empleo en el cuerpo diplomático. Sea como fuere, era el hombre que ella quería. Formaban una pareja apasionada por ambas partes y la familia de ella no opuso objeciones. Chetwin encajó muy bien en la corte de Berlín. Tiene mucho ingenio y encanto, y se le da muy bien contar anécdotas. —Sonrió con cierta timidez—. Dicen que los irlandeses tienen el don de la charla y que pueden encantar a los pájaros para hacerlos bajar de los árboles pero aún no he visto a ninguno que gane a un galés. Y por más sofisticado que se muestre a veces, el corazón de Chetwin está en los valles de Gales. La música de su idioma está siempre presente.

—¿Habla galés? —Matthew estaba encontrando más sorpresas de las que había deseado. Debería saber todo aquello.

—¡Desde luego! —Kittredge enarcó las cejas—. ¡No es inglés!

Al atardecer Matthew recibió aviso de acudir al despacho de Dermot Sandwell, secretario de Estado con atribuciones especiales sobre los departamentos de inteligencia.

—Adelante, Reavley —invitó Sandwell indicando con el brazo los grandes sillones de piel de su despacho.

El despacho de Sandwell era una hermosa habitación decorada en relajantes tonos terrosos y con exquisitas acuarelas en las paredes. Matthew ya había estado allí en un par de ocasiones y sabía que representaban escenas de Sudáfrica, obra del artista y humorista Edward Lear. Siempre aguardaba la oportunidad de contemplarlas con más detenimiento pero sólo había estado allí para tratar asuntos de la mayor gravedad y, a juzgar por la expresión del rostro sobrio de Sandwell con sus vivos ojos azules, aquel encuentro iba a ser tan serio como los demás. Sandwell estaba de pie junto a la ventana que daba a Horse Guards Parade, cuyas cortinas estaban corridas.

Matthew declinó la invitación a sentarse.

—Buenas tardes, señor —saludó.

Sandwell lo miró fijamente.

—¿Cómo se encuentra? Parece cansado. Creo que tiene un hermano en el frente occidental. ¿Ha recibido noticias tuyas últimamente?

—Sí, señor. Está bastante bien, gracias.

—Me alegro. Supongo que estarán inundados de información en el SIS. Me figuro que saben tan bien como nosotros en el ministerio lo grave que es la situación. África, Gallípoli. —Torció el gesto al pronunciar el segundo nombre—. Los Balcanes. En mi opinión habrá un frente italiano dentro de no mucho tiempo. Francia y Flandes sólo son una parte del conflicto. Me temo que la guerra se está extendiendo por todo el mundo.

—Sí, señor. —Matthew no tenía nada que decir.

Sandwell salió de su ensimismamiento y miró a su visitante con repentina intensidad.

—Reavley, lo que voy a decirle no deberá repetírselo a nadie. ¿Me comprende?

Matthew se asustó. ¿A quién se estaría refiriendo? Todos sus temores acerca de Shearing emergieron de golpe. ¿Acaso alguien más conocía la existencia del Pacificador, quizás incluso en el gabinete ministerial? Quizá no estuviera solo después de todo. Lo inundó la esperanza de que Sandwell fuese a decirle que lo sabía. ¡El final estaba a la vista!

—Sí, señor—contestó Matthew—. ¿A nadie en absoluto? ¿Eso incluye al señor Shearing?

Sandwell se apartó de la ventana con el cuerpo en tensión. La luz de las lámparas de pared alumbró con crudeza su semblante. —En efecto, eso incluye al señor Shearing.

Matthew sintió frío pese a la calidez del atardecer de abril.

—Entendido, señor.

Sandwell inspiró lentamente.

—Tengo poderosas razones para pensar que el enemigo ha puesto en contra nuestra a uno de los hombres del SIS. Hay un traidor en su departamento. Las pruebas parecen indiscutibles. Se ha filtrado información que no puede haber salido de ningún otro sitio.

A Matthew se le hizo un nudo en el estómago. Hizo la pregunta que tenía que hacer. Sandwell lo tomaría por necio si no la hacía.

—¿Por qué me está confiando esto, señor?

Sandwell sonrió ante lo irónico de la situación.

—Porque parte de la información revelada es material al que usted no tiene acceso. De momento no puede confiar a nadie nada de lo que esté enterado usted solo, nada que provenga de fuentes que sólo tiene usted. Me informará a mí directamente, pero no ponga en entredicho su seguridad ni su puesto ocultando cosas que de todos modos terminarán sabiéndose. Tenemos que averiguar quién es ese hombre, Reavley. La situación es desesperada.

—Sí, señor —contestó Matthew—. Por supuesto.

—Gracias, Reavley. Eso es todo. Vaya con mucho cuidado. Cuando tenga algo de lo que informar, hágamelo saber y me pondré a su disposición.

—Entendido, señor.

Matthew salió al pasillo sin ser consciente de lo impresionado que estaba hasta que tropezó en la escalera y por poco perdió el equilibrio. Se agarró a la barandilla justo a tiempo para no caer.

¿Sería Shearing? ¿O Chetwin? ¿O, Dios no lo quisiera, ambos? Era razonable suponer que el Pacificador habría reclutado más discípulos durante los nueve meses transcurridos desde el estallido de la guerra: personas que no creyeran que la violencia fuese la respuesta a nada, bien por repulsa personal o bien por principios éticos; personas que creerían que no podían vencer contra el poderío de Alemania y Austro-Hungría; personas cuyos negocios y fortunas se estaban arruinando debido a la catástrofe económica de la guerra y al abandono de tanta tierra; y personas que simplemente no estaban dispuestas a perder a más jóvenes a quienes amaban, fuera por la causa que fuese.

Salió al aire del anochecer y al anonimato de la oscuridad. En Whitehall tomó un taxi para ir a su casa. Ya recogería el coche al día siguiente; podía quedarse donde estaba toda la noche. No tenía el ánimo para conducir. Le apetecía entrar en un bar o un club cualquiera y beberse unos cuantos whiskies, pero no se atrevió a hacerlo. Tenía la mente llena de temores y sombras, secretos que no podía compartir y que pesaban mucho cuando uno estaba solo para guardarlos.

Pero no podía confiar en nadie, en nadie en absoluto. Si bebía y bajaba la guardia, olvidaría medir sus palabras. Por tanto, tendría que beber en casa y a solas.

Varias horas más tarde, en una casa de Marchmont Street, el hombre al que Matthew llamaba el Pacificador miraba a la calle desde una ventana del primer piso. Vio que un taxi se detenía a unos veinte metros de su puerta y que alguien se apeaba. A aquella distancia y desde aquella altura lo veía en escorzo, pero aun así el Pacificador lo reconoció. Era atlético, medía algo más de un metro ochenta y se movía con una energía que lo destacaba del resto de transeúntes. Iba vestido con un traje muy corriente y llevaba un sombrero de ala ancha que ocultaba sus rasgos. Pero el hombre que lo aguardaba sabía exactamente qué aspecto tenía, no precisaba ver el abundante pelo moreno ni el rostro emotivo de facciones duras con la boca grande y la mandíbula ancha.

Pocos instantes después oyó el timbre de la puerta y al servicio que acudía a abrir, y luego los pasos rápidos que subían la escalera.

—Adelante —ordenó al oír que alcanzaban el rellano.

La puerta se abrió y el hombre se quedó en el umbral con los ojos brillantes de expectación.

—Cierre la puerta —indicó el Pacificador.

El hombre obedeció. Ambos permanecieron de pie. Richard Mason tal vez fuese el mejor corresponsal de guerra que surgiría de aquel horrendo conflicto. Su escritura era lúcida y concisa, su fuerza radicaba en el uso de un lenguaje simple, una brillante comprensión de lo que estaba ocurriendo y un apasionado enojo ante el sufrimiento humano. Una y otra vez acertaba a dar con el detalle que hacía comprensible al lector un vasto acontecimiento, convirtiéndolo en una experiencia inmediata, que dolía tanto como la muerte de un único hombre en lugar de abrumar como la aniquilación de mil. Daba un rostro humano a la enormidad de la guerra.

—Quiero que vaya a Gallípoli —dijo el Pacificador en voz baja—. Las noticias son malas. Dicen que el número de bajas es terrible. Un piloto de reconocimiento informó de que el desembarco en Helles Beach fue tan espantoso que al mirar hacia abajo vio el mar teñido de sangre.

El rostro de Mason estaba pálido y cerraba los puños contra los costados. Había visto la guerra en Sudáfrica. Hubiese dado cuanto poseía para evitar que volviera a producirse una carnicería y un sufrimiento humano como aquél, pero ahora, como entonces, se sentía impotente y lo único que podía hacer era mirar la guerra de los boers, con sus víctimas civiles, sus campos de concentración, su legado de amargura y destrucción, le había llevado a ansiar la paz a cualquier precio, tal como un hombre que se ahoga ansía el aire.

Aquella experiencia le había aproximado al Pacificador y a otros pocos que anhelaban la paz con el mismo apasionamiento, primero en un intento para evitar aquel terrible conflicto, y cuando eso había fracasado, para que al menos fuera lo más corto posible. Sólo Dios sabía cuántos hombres más iban a morir si aquello continuaba. Había visto las trincheras y la masacre de decenas de miles de jóvenes, y le habían referido la pesadilla del gas.

—¿Qué pasa con el frente occidental? —preguntó—. Los alemanes están penetrando por Ypres. Pronto estarán en la frontera francesa y luego en París. ¿Qué sentido tendrá Gallípoli si Francia se rinde?

—Tengo a un hombre allí, justo donde se produjo el ataque con gas —respondió el Pacificador—. Es un joven muy entusiasta. Escribirá un buen artículo. De hecho lo presencié y tuvo ocasión de hablar con las víctimas. Por el momento, Ypres Salient sigue resistiendo.

—¿Hasta cuándo? —dijo Mason con amargura—. Tarde o temprano nos vendremos abajo desde Ypres hasta Verdún y más allá. ¡Austria y Alemania han movilizado a ocho millones de hombres, los franceses sólo tienen cuatro millones y medio y nosotros apenas setecientos mil! Y ahora también tenemos a los turcos en contra.

—No lo sé —admitió el Pacificador—. Pero ahora la historia se está escribiendo en Gallípoli. Si fracasa, puede que el propio Churchill tenga que irse. Es posible que caiga el gobierno.

Mason se irguió y abrió más los ojos llevado por una repentina esperanza. El Pacificador sonrió con expresión torva.

—Sólo es un comienzo —advirtió—. Y lo pagaremos con sangre y lágrimas mucho antes de que termine. Pero ahora tiene que ir allí, descubrir la verdad y escribirla. Me encargaré de que la publiquen. Tengo contactos en diarios pequeños que tendrán el coraje de publicar un informe honesto en vez de la basura censurada que nos dan los grandes periódicos. Se está engañando a la gente. Sin conocimiento de causa no hay elección. La verdad es la única libertad.

—Sí, así es —convino Mason en voz baja—. Aunque a veces desearía no tener que verla para escribir sobre ella.

—Lo comprendo —dijo el Pacificador—. No es barata. Como con cualquier otra cosa de valor, se paga un precio muy alto; a veces tenemos que dar cuanto tenemos.

Mason no discutió. Si tenía que hacerlo, estaba dispuesto a pagar.

## 6

Judith estaba en la cubierta del vapor de transporte de regreso a Inglaterra a través del canal de la Mancha. Miraba las luminosas sombras de la superficie del mar y pensaba en la señora Prentice. Si se parecía en algo a Eldon, a Judith le resultaría extremadamente difícil ser amable con ella o tener el detalle de ocultar lo poco apreciado que había sido su hijo y, peor aún, el desdén que suscitaba. Tendría que hacer acopio de todo su dominio de sí misma para pensar sólo en la arrolladora sensación de pérdida que toda mujer debía sentir cuando moría un hijo suyo.

Judith no tenía hijos pero había visto morir a muchos hombres desde su llegada al frente y además aún tenía abierta la herida que le había causado la pérdida de sus padres. Cuando estaba en casa, había habido muchos momentos en los que esperaba oír los pasos silenciosos de su madre o la voz de su padre hablando con el perro. Había aguzado el oído para escuchar el regreso del coche, el viejo Lanchester amarillo que ahora sería un amasijo de hierros arrumbado en una chatarrería y que probablemente aún tendría manchas de sangre. Sin duda pensar en aquello la ayudaría a hablar con la señora Prentice sin caer en los tópicos al uso.

El viento que le azotaba el rostro olía a sal y el golpeteo del agua contra el casco marcaba un ritmo rápido. Avanzaban aprisa. Seguramente la luna no tardaría en iluminar la línea blanca de los acantilados de caliza de Dover.

¿Y si la señora Prentice se parecía al general? Judith rememoró su rostro con toda claridad, cada expresión, como si lo conociera de años cuando en realidad sólo hacía un par de meses. ¿Tendría la señora Prentice la misma gravedad, la misma sonrisa repentina, los ojos que te leían el pensamiento aunque rara vez revelaban los suyos y en esas ocasiones te abrumaban con su toque?

Oyó reír a los soldados y luego los pasos de uno de ellos al acercarse. Judith se volvió, contenta de no estar distraída.

—¿Es usted enfermera, señorita? —preguntó el soldado.

—No, soy conductora de ambulancias.

Conducir el coche del general no era su verdadero trabajo y no tenían por qué saber nada al respecto. Además preferiría no oír la opinión que tuvieran de él, ni siquiera en el tono de voz, en aquella cubierta ventosa y oscura donde los rostros sólo eran pálidas manchas en la noche.

Hubo un momento de apreciativo silencio y luego la elogiaron, le gastaron bromas y rieron a carcajadas, eufóricos de alegría por regresar a casa y ver a sus familias de nuevo, preguntándose qué habría cambiado en su ausencia, diciendo lo primero que les pasaba por la cabeza para aliviar la tensión.

El barco atracó al amanecer y Judith fue directamente a la estación para tomar el tren de Londres. Iba atestado y era ruidoso y lento como todos los trenes de transporte de tropas, pero a las nueve en punto ya estaba en Londres y el sol matutino calentaba las calles.

La ciudad parecía más populosa y vieja de como la recordaba. Había más coches y menos caballos. Procuró no pensar en los caballos muertos que había visto en Ypres con las patas destrozadas y los cuerpos a veces abiertos en canal, pero a pesar de su voluntad por apartarlos de su mente recordaba los ojos de Cullingford cada vez que veía uno. En sus tiempos en la caballería su vida había dependido de un buen caballo y aquella confianza no había fenecido.

Compró un periódico y lo leyó por encima, centrándose en los titulares y algún artículo principal. Las noticias sobre la guerra eran las más importantes, por supuesto. La mayoría aludían al frente occidental o a los Dardanelos aunque también había alguna referencia a África Oriental.

Los datos estaban allí, al menos en parte, pero eran las palabras lo que la fascinaban, toda aquella verborrea sobre la valentía, el honor y el sacrificio, los soldados en lucha por el bien. Y, por supuesto, en todo momento estaba implícita la fe en la victoria final. Se daban las cifras de víctimas, tenían que darse, pero la crónica distaba mucho de reflejar la realidad que ella conocía. Nadie escribía sobre el terror, la suciedad y el dolor. Era como si los combatientes se adentraran sonrientes en la noche, limpios y dignificados.

Probablemente fuese necesario. Demasiada verdad provocaría terror y parálisis y no serviría de nada a nadie. La única manera de seguir adelante era pensar en lo que tenías que hacer, creer en lo que pudieras y afrontar cinco minutos cada vez, luego los cinco siguientes, y ayudar en lo posible.

No fue de inmediato a casa de los Prentice. Primero necesitaba hallar un hotel y darse un baño, un lujo que no había disfrutado desde hacía mucho tiempo. Llenó la bañera hasta donde se atrevió y luego se sumergió hasta la barbilla en el agua humeante. Dejó que la mente se le vaciara por completo, pensando sólo en el suave calor que le envolvía la piel. Añadió jabón al agua y jugó con la espuma paseándola por todo el cuerpo, estirando y levantando las piernas y los brazos. La bañera era grande, el cuarto de baño lujoso, y Judith sumergió sus sentidos en cada exquisito momento de aquel ritual.

Cuando el agua comenzó a enfriarse salió, se envolvió con la toalla grande y se tendió en la cama. Tenía intención de secarse, ponerse ropa interior limpia y dormir. Sin embargo, se sumió en un delicioso estupor y se despertó sobresaltada al cabo de un par de horas, ya en plena tarde, con un hambre canina.

Al deshacer la maleta había colgado el traje para que el vapor del baño le quitara parte de las arrugas. Lo había comprado durante el permiso anterior. Como todo lo que estaba de moda, era azul oscuro, pues nadie se ponía colores vivos, pero estaba muy bien cortado, con una sobrefalda hasta media pantorrilla y la falda estrecha hasta los tobillos. La chaqueta era corta, ceñida en la cintura, alta de cuello y con muchos botones. Se miró en el espejo y opinó que le sentaba muy bien.

Por consiguiente eran casi las cinco cuando el taxi la dejó en Hampstead y Judith enfiló el sendero hacia la casa con las persianas cerradas en señal de luto. Se sintió tímida, entrometida, culpable por estar allí cuando nunca le había gustado Prentice. De no haber llevado consigo la carta del general Cullingford, carta que había prometido entregar a su hermana, habría dado media vuelta y regresado al hotel. Lo único peor que aquello sería decirle que le había fallado. Quizá no la culpase, tal vez hasta la comprendiera, pero destruiría la confianza que había surgido entre ellos y Judith no estaba dispuesta a perderla.

Llamó a la puerta.

Al cabo de varios minutos la abrió una muchacha de unos dieciséis años con un vestido negro largo y un delantal y una cofia de lo más sencillo. Tenía el rostro pálido y los ojos enrojecidos.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó con escaso interés.

—No quisiera importunar —dijo Judith—, pero traigo una carta para la señora Prentice. Me llamo Judith Reavley y soy la conductora del general Cullingford en Bélgica. ¿Puede preguntar a la señora Prentice si querría recibirme, por favor?

La muchacha titubeó. Saltaba a la vista que el mensaje la había dejado un tanto confundida.

—Por favor —repitió Judith—. Prometí al general que le entregaría la carta en mano.

—Sí, señorita. Pase, por favor. Iré a preguntar.

Abrió la puerta de par en par y acompañó a Judith hasta un salón de recibir escasamente amueblado que daba al vestíbulo. Los espejos estaban vueltos de cara a la pared, las persianas cerradas, pese a que aún era de día, y había un tapete de crepé negro sobre la repisa de la chimenea. La doncella dejó a Judith en la sala y fue en busca de la señora Prentice.

Judith echó un vistazo a la estancia tratando de imaginarse a Eldon Prentice allí. Aunque aquélla no era la sala donde haría vida la familia; era la sala formal donde aguardaban las visitas o las personas que llegaban con cartas, o donde se despachaban asuntos de negocios. Era del todo impersonal.

Se preguntó cómo sería el hogar de Cullingford. ¿Sería confortable, lleno de objetos que hablaran de su vida: libros, cuadros, quizás adornos, obras de arte cargadas de recuerdos? ¿Habría guantes de jardín o cañas de pescar, botas, binoculares para observar a los pájaros, un bastón para dar largos paseos, sombreros para ocasiones distintas? ¿Tendría un perro como *Henry*, al que su padre tanto había querido?

La puerta se abrió y la señora Prentice entró en la sala. Judith supo que era ella porque presentaba cierto parecido con Cullingford. No en sus facciones; las de ella estaban menos marcadas por la experiencia, eran más suaves y sin el fervor interno que transmitían las de su hermano. Sí en cambio en el corte de cara, en la frente, en la calma que irradiaba y en la mirada. Ahora estaba cansada y su sufrimiento resultaba evidente.

—¿Señorita Reavley? —saludó vacilante. La entonación de la voz también era semejante a la de Cullingford.

—Gracias por recibirme, señora Prentice —contestó Judith con un amago de sonrisa. Estaba tan acostumbrada a la muerte que ya no la incomodaba y por eso dijo con toda normalidad—: Me consta que en estos momentos no desea recibir visitas pero traigo una carta de parte del general Cullingford. Pensó que tal vez le apetecería hablar conmigo dado que conocí un poco al señor Prentice. Hablar ayuda algunas veces, otras no. Mis padres fallecieron en julio del año pasado y no siempre sé si tengo ganas de hablar de ellos o no. A veces me enoja cuando la gente se esfuerza por tener tacto y evita mencionarlos como si nunca hubiesen existido.

—Lo siento mucho —dijo la señora Prentice en voz baja—. Me parece espantoso. ¿Su padre y su madre a la vez? —Sus ojos eran pura compasión y por un instante olvidó su propia pérdida.

—Fue un accidente de carretera. —No era preciso contarle que los habían asesinado, igual que a su hijo. Tampoco era preciso que supiera eso. Judith sonrió—. En realidad soy conductora de ambulancias y paso la mayor parte del tiempo en la retaguardia, pero cuando hirieron al conductor del general Cullingford resultó que yo estaba allí; él tenía que acudir a toda prisa a una reunión con los franceses, y los idiomas se me dan bastante bien.

—Tiene que ser usted muy valiente. ¿Cómo está Owen? —La sombra reapareció en sus ojos y de nuevo fue visible la pena que la abrumaba.

Judith sabía que tenía que contestar diciendo buena parte de la verdad; así las mentiras serían más fáciles de creer.

—Está bastante bien, creo yo —dijo con sinceridad—. Pero me parece que sería impropio de él quejarse de algo salvo si fuese muy grave. —Percibió una fugaz expresión de reconocimiento en el semblante de la señora Prentice—. Por supuesto, carga con una tremenda responsabilidad. Sabe mucho más de lo que está ocurriendo en realidad que los soldados y debe tomar decisiones muy importantes y luego asumir las consecuencias. —Aquello era más de lo que se había propuesto decir, pero cierta reserva en la otra mujer la había inducido a defenderlo. ¿Tenía su familia la más vaga idea del peso que soportaban sus hombros? ¿Acaso el general, como muchos de los hombres, escribía cartas triviales a sus familiares, contándoles lo que deseaban oír, protegiéndolos así de la realidad? Así lo había dado a entender en lo que a su esposa se refería. ¿Actuaría de la misma manera con su hermana? ¿No había nadie a quien pudiera confiar su fuero interno, nadie con quien compartir su intimidad sin reservas?

—Me imagino que es muy duro —contestó la señora Prentice, aunque sin sentimiento en la voz. Sólo estaba siendo educada—. ¿Ha venido desde muy lejos? ¿Le apetece una taza de té?

—Anoche salí de Dunkerque —dijo Judith—. He llegado a Dover esta mañana y tomé el tren



hasta Londres. Me encantaría una taza de té, gracias.

—Pero ¿habrá comido algo, espero? —Era un refugio en lo práctico, una ocupación sencilla.

—Oh, sí, almorcé en el hotel, gracias, pero un té sería magnífico —aceptó Judith. Debía darle la oportunidad de que le hiciera preguntas o simplemente de recordar a su hijo junto a alguien que lo había conocido.

La señora Prentice la llevó hasta la sala de estar. El papel pintado de las paredes era amarillo y las ventanas daban a un patio con césped y los últimos tulipanes en flor. El aroma de las lilas flotaba en la brisa y sorprendió a Judith con una repentina sensación de absurdo. Todo era tan normal, tan terriblemente inglés: césped segado, perfume de flores, té por la tarde, como si la vida fuese la misma de siempre. Y dentro el vacío de la pérdida era irreparable.

La señora Prentice llamó a la doncella y pidió el té. Veinte minutos más tarde se lo sirvieron con bocadillos de pepino, berros y queso y unos pedazos de bizcocho al Madeira.

—Mi hija Belinda lamentará mucho no haberla conocido —dijo la señora Prentice mientras servía el té y le alcanzaba una taza—. Ella y Eldon estaban más unidos de lo que a veces parecía. Le ha costado mucho aceptar su... su muerte. —Le resultaba difícil pronunciar aquella palabra. Judith comprendió que su anfitriona se estaba obligando a hacerlo, como si hasta entonces no hubiese sido capaz.

—Tengo hermanos —comentó Judith para ayudarla—. Tenemos nuestras desavenencias, pero sólo son superficiales.

—Sí, suele ocurrir —respondió la señora Prentice al instante—. Sé a qué se refiere. Con frecuencia no hallamos el modo de decir lo que realmente importa. Damos por hecho que los demás lo saben y tal vez no siempre sea así.

Judith se preguntó si estaba pensando en Prentice y su hermana o en ella misma y Cullingford. Desde luego Cullingford no lo sabía. Deseaba aproximarse a su hermana pero tenía la impresión de que no sería bien recibido.

—El señor Prentice era muy valiente —dijo Judith en voz alta—. Creo que eso lo sabíamos todos.

La señora Prentice sonrió pestañeando con fuerza.

—Supongo que ahora resulta ridículo pero el caso es que nunca pensamos que ser corresponsal de guerra fuese un trabajo peligroso. Me lo imaginaba hablando con los heridos, viendo ambulancias, médicos, oyendo en boca de otros lo que ocurría en el campo de batalla. ¡Pensaba que Owen cuidaría de él!

Sin previo aviso, allí estaba el enojo, la arremetida de un dolor difícil de controlar.

—¡No pudo hacerlo! —replicó Judith al instante recordando apasionadamente, contra su voluntad, el enfado de Cullingford con Prentice y a Prentice obligándolo a escribirle un pase para ir adonde quisiera—. Todos nuestros corresponsales tienen órdenes de no ir a la línea de frente pero el señor Prentice quería ver cómo era por sí mismo y las desobedeció. —Percibió su propio disgusto en su tono de voz y procuró domeñarlo. No era ella quien había perdido a un ser querido— Quería... quería experimentarlo, no que se lo contaran.

—Por supuesto. —La señora Prentice dominó su enojo de nuevo—. Es sólo que sé que Owen en realidad no aprobaba a Eldon. Solían estar muy unidos cuando Eldon era más joven, pero luego se fueron distanciando. Eldon no tenía mucho respeto por los mandos del ejército y a menudo carecía de tacto al decirlo. —Defendía una herida que aún estaba abierta—. Pero era muy inteligente, ¿sabe usted? Tenía una mente brillante. Hubiese sido un gran escritor —concluyó con ojos retadores, desafiando a Judith a negarlo como si a través de ella se comunicara con Cullingford, obligándolo a reconocer la valía de su hijo, a darle lo que le había rehusado antes, como si aún tuviera importancia.

—Ésa es una de las peores cosas de la guerra —contestó Judith con un nudo en la garganta—.

Con frecuencia los mejores son los que mueren. Lo siento mucho.

La señora Prentice pestañeó para contener el llanto. Fuera había un mirlo cantando mientras la luz anunciaba el atardecer.

—Ha sido muy amable al renunciar a parte de su permiso para venir aquí —dijo la señora Prentice con voz ronca, esforzándose por guardar la compostura. Ahora necesitaba hablar de otras cosas, mantener a raya el dolor hasta que recobrar las fuerzas.

—Sé lo mucho que duele cuando alguien se va —dijo Judith con ternura— y nadie te habla de él. La gente tiene miedo de herir tus sentimientos y teme que puedas venirte abajo.

La señora Prentice rió con suavidad.

—Tiene razón. ¿Querría... querría quedarse a cenar y conocer a Belinda? Ya sé que es una imposición, pero significaría mucho para ella y también para mí.

—Por supuesto. Gracias. Mi único plan era regresar al hotel y seguramente hubiese cenado sola.

—¿No conoce a nadie en Londres?

—Tengo a mi hermano Matthew, pero él no sabía que iba a venir. Espero verle mañana.

—Debe de ser un alivio para usted que no esté en el ejército. —En cierto modo lo está, sólo que destinado en Londres.

—¿Ha dicho que tenía dos hermanos o lo he comprendido mal? —Tengo dos, en efecto. Joseph está en el frente, bastante cerca de mí. Es capellán.

—Pensaba que los capellanes permanecían en la retaguardia, con los heridos, aconsejando a la gente, consolándola y celebrando misas. Eldon me dijo que la asistencia a los servicios religiosos era obligatoria.

—Y lo es. Pero Joseph pasa la mayor parte del tiempo en las trincheras.

—Eldon lo habría admirado dijo la señora Prentice con nostálgica satisfacción.

Judith pensó en lo mucho que Joseph había despreciado a Prentice y en cómo el honor, que no el deseo, le obligaba a averiguar quién lo había matado. Eran demasiados quienes habían querido verle muerto y a pesar de sí mismo simpatizaba con ellos, pero ahora no era momento de decir eso. Tenía que avanzar por una sutil línea divisoria entre la verdad y las evasivas.

Echó un vistazo a la habitación con sus silenciosos recuerdos, objetos de buena calidad un poco desgastados por el uso. Había varias fotografías, imágenes de sólo un año o dos atrás que sin embargo parecían pertenecer a otra época. Había varias de Prentice, otra de un hombre de más edad. También una de Cullingford agarrando un caballo por la cabeza, su rostro pegado a la cara alargada del animal. Parecía contento. A juzgar por la suavidad y la ausencia de arrugas en las facciones debía de ser de nueve o diez años atrás.

Judith apartó la vista enseguida. Incluso en aquella pequeña imagen en blanco y negro había una intensidad de sentimiento que la impresionaba. Aquélla era una parte de su vida que no podía tocar salvo con la imaginación. Pertenecía a otra persona con quien no compartía el tormento emocional que los desgarraba con la crudeza del dolor, que los había apartado de lo corriente y cambiado para siempre.

Un retrato de grupo atrajo su atención: Cullingford sonreía al lado de una mujer. Ella tenía un rostro delicado y el pelo rizado, un poco más oscuro que el de él, quizá castaño rojizo ya que tenía pecas en la cara, aunque era imposible asegurarlo. Prentice estaba al lado de ellos y a su derecha había una chica alta con los ojos muy llamativos, de mirada muy franca y sorprendentemente claros. Prentice sostenía un remo con la mano izquierda como si fuese una lanza y llevaba un *canotier*.

Judith miró hacia otra parte, no quería fisgar más. Por absurdo que fuera, ver a Cullingford con quien casi con toda seguridad era su esposa le recordó que existía una realidad ajena a la guerra, una vida tal como solía ser antes y en la que ella no tenía ningún papel a su lado. A ella le

correspondían las batallas, los apuros y privaciones, no aquello que ambos añoraban que volviera a ser la vida.

El reloj de la repisa de la chimenea dio las siete. Al otro lado de las ventanas una ligera brisa removía las hojas plateadas de un abedul. En su casa de St. Giles las bandadas de estorninos surcarían el cielo arremolinándose por encima de los olmos y columpiándose sobre los campos. Pero aquella imagen pertenecía al pasado, pertenecía a los sueños que la conservaban a salvo de un presente que la podía lastimar.

Veinte minutos después Belinda, la hermana menor de Prentice, llegó a casa del trabajo voluntario al que había dedicado la tarde haciendo paquetes para enviar a los soldados del frente. También se parecía a Prentice pero era más morena. Su rostro presentaba la misma inteligencia y entusiasmo pero matizados por una paz interior de la que su hermano carecía.

Cuando Judith le fue presentada el cansancio de Belinda se desvaneció.

—¿Está en el mismo frente? —dijo con suma admiración y los ojos brillantes—. ¿Con nuestros hombres?

Judith sintió una mezcla de orgullo y vergüenza.

—En realidad no estoy en las trincheras aunque sé bastante bien cómo son. No vamos más allá de los puestos de atención primaria, que es donde llevan a los heridos para que los recojamos.

Belinda tenía los hombros tensos y el rostro iluminado por la imaginación. Todavía no se había sentado.

—¿Es muy espantoso? Antes pensaba que era heroico pero Eldon me dijo que no, que es asqueroso y denigrante y que muchos hombres mueren hechos pedazos sin haber entrado siquiera en combate. Decía que si aquí en la patria tuviéramos idea de cómo es la vida allí, nadie se alistaría puesto que es un esfuerzo vano; que sería más rápido tomar un autobús hasta el matadero para morir con el ganado.

Belinda escrutaba el rostro de Judith en busca de una ansiada respuesta. Costaba poco imaginar las discusiones que habrían tenido los hermanos a ese respecto, los sueños de ella, el enojo de él. Ahora a Belinda sólo le quedaba la confusión y nadie que la ayudara a resolver las verdades que necesitaba saber por sí misma, no sólo para aliviar su pesar sino para seguir adelante.

Judith formuló su respuesta con sumo cuidado.

—Puede causar mucha impresión cuando llegas por primera vez —le dijo a Belinda evitando la mirada inquieta de la señora Prentice—. El olor es espantoso, en eso llevaba razón. Te revuelve el estómago incluso cuando te acostumbras. Y hay ratas, piojos, pulgas, toda clase de bichos desagradables. El número de víctimas es elevado, pero salvamos a casi todos los heridos.

Belinda se sentó lentamente y cruzó las manos en el regazo sin apartar los ojos del rostro de Judith.

—Pero de lo que según parece no le habló su hermano es de la amistad —prosiguió Judith—. La lealtad, el saber que los hombres que están a tu lado compartirán cuanto tengan contigo: comida, calor, refugio, bromas, risas y penas, sus vidas si fuese necesario. Quizá como corresponsal no lo vio pero eso existe en la línea del frente. Así como el coraje y el espíritu de sacrificio. No se trata sólo de propaganda. La diferencia es que allí son cosas reales, no meras palabras; y ninguna palabra puede decirle cómo son, por más apasionada o inteligente que sea. Tal vez un poeta algún día capte parte de ello. Quizás el frío y el dolor, así como el intenso, bravo, tierno y divertido amor que une a un hombre a sus amigos sea algo que no se pueda contar.

Belinda tenía el rostro bañado en lágrimas, pero no se avergonzaba de ello.

—Ojalá Eldon hubiese conocido eso —dijo la muchacha con la voz tomada—. Supongo que no estuvo allí el tiempo suficiente. —Sus palabras eran valientes pero sus ojos revelaban el temor de que no fuese la escasez de tiempo sino el carácter de Prentice lo que lo había cegado—. ¿Va a

regresar? —preguntó.

A Judith ni se le había ocurrido la posibilidad de no hacerlo.

—¡Por supuesto! —Apenas esbozó una sonrisa pero sintió que su certidumbre le recorría el cuerpo como una oleada de calor—. Tengo que hacerlo. Mi trabajo está allí. Eso es lo que soy. Y las personas que amo también están allí.

La verdad de lo dicho vibró en su voz con un convencimiento que la sobresaltó.

Belinda no lo comentó, pero su admiración era tan intensa que ardía en sus ojos y en la amable sonrisa con la que le respondió.

Sirvieron la cena y Judith se concentró en medir sus palabras mientras contaba a la familia de Prentice cuanto podía sobre la vida y los logros del fallecido.

Se abstuvo de agregar más detalles sobre la vida en las trincheras: no era necesario que los conocieran. Que durmieran tan bien como pudieran. Bastante tenían con el pesar de su pérdida. En cambio procuró decir cosas buenas sobre el propio Prentice. Resultaba difícil dar detalles, como si en realidad le hubiese conocido, sin mencionar también su espantosa conducta, la cual había terminado cuando Wil Sloan le pegó aquella paliza. No podía pensar lo bastante deprisa como para no mentir, de modo que lo hizo y, para su vergüenza, con una soltura asombrosa.

Cuando aludieron a Cullingford lo hicieron de manera distante y Judith se imaginó cuánto le habría dolido constatarlo al general, de modo que cambió de tema.

—¿Pero cómo es posible que Eldon estuviera tan adelante? —preguntó Belinda por segunda vez—. Creía que los corresponsales de guerra se mantenían a buena distancia de la línea de fuego. Al fin y al cabo, comparten las informaciones que obtienen, ¿no es cierto? Eso es lo que decía Eldon.

—Sí, en efecto —convino Judith enseguida.

—En ese caso, ¿por qué el tío Owen envió a Eldon a la tierra de nadie? ¡Según dice usted fue allí donde lo encontraron!

—El general no lo envió —aclaró Judith. Dios quisiera que eso fuera medio verdad. ¿Acaso era posible que Hadrian, haciéndose eco de su angustia y movido por la lealtad; hubiese hecho lo que Cullingford no podía hacer por sí mismo? Sintió miedo. El rey Enrique II había exclamado: «¿Quién me libraré de este sacerdote agitador?», y sus hombres, llevados por una lealtad errónea, asesinaron a Thomas Becket, y Enrique pagó con culpabilidad hasta el fin de sus días.

—¿Cómo pudo hacer eso? ¡Sabía que Eldon no era soldado! —inquirió la señora Prentice en tono acusador. Seguía buscando un culpable; resultaba mucho más fácil estallar de ira que enfrentarse al vacío del dolor.

Judith tragó saliva.

—El señor Prentice estaba empeñado en ver con sus propios ojos lo que los demás corresponsales no habían visto y tener experiencias de primera mano —contestó—. Insistió en que le concedieran un permiso más amplio y se sirvió del nombre del general para obtenerlo. Nadie le instó en ningún momento a «saltar el parapeto» con el pelotón de asalto. —Vio que el enojo endurecía el semblante de la señora Prentice—. Era joven y valiente —añadió Judith con premura—. Sabía el riesgo que corría y aun así decidió ha

Los ojos de la señora Prentice se arrasaron en lágrimas.

—Gracias. —Respiró entrecortadamente—. Ha sido muy amable al venir a contarnos todo esto.

—El general Cullingford me lo pidió y no ha supuesto ningún problema para mí —contestó Judith—. Lo único que lamento es el motivo de mi visita.

Belinda se apresuró a sonreírle, llena de gratitud y comprensión, y condujo la conversación hacia otros temas. Judith no se marchó hasta bien entrada la noche.

Judith había quedado con Matthew para cenar al día siguiente y lo estaba esperando en un restaurante atestado de gente que hablaba con gran animación. Oyó fragmentos de noticias sobre la guerra, pero el grueso de las conversaciones giraba en torno al último estreno teatral, cotilleos políticos de Westminster, especulaciones sobre posibles cambios y exposiciones de arte y ciencia. Dos jóvenes estaban entusiasmadas con la última película protagonizada por Charlie Chaplin y Marie Dressler.

Al cabo de diez minutos vio a Matthew en la entrada. El uniforme atrajo su atención antes de reconocerlo. Era de la misma estatura que Joseph pero más ancho de hombros y con el pelo rubio. Poseía la misma nariz prominente y el mismo matiz de humor en la comisura de los labios. Parecía muy cansado, como si también él hubiese pasado demasiadas noches en vela y no consiguiera quitarse de encima la inquietud de saber y preocuparse más de lo que deseaba.

Tardó un poco en localizarla y cuando lo hizo sonrió y se aproximó con paso decidido. Judith se levantó, ansiosa por abrazarlo y dejarse abrazar. Fue un breve paréntesis de intimidad en la prolongada soledad de ambos hermanos. La amistad aliviaba el corazón y la mente pero había ocasiones en que el contacto de unos brazos estrechando tu cuerpo curaba más que ningún otro remedio.

—¿Cómo estás? —preguntó Matthew buscando la respuesta más en su cara que en lo que ella fuera a decir.

—Estoy bien —contestó Judith con una sonrisa ligeramente sardónica. Ella también le observaba tratando de averiguar lo que era mero cansancio en sus ojos y en las profundas arrugas que le iban de la nariz a la boca. Lo que vio fue un miedo que no desaparecería con palabras reconfortantes o una larga noche de sueño.

—¿Has visto a Hannah últimamente? —preguntó Judith—. En sus cartas habla mucho de lo que hace y muy poco de cómo se siente. Me parece que eso indica que no se atreve a comentarlo. ¿Es posible que todo el mundo esté poniendo buena cara al mal tiempo por miedo a venirse abajo si profundizan más?

—No, las cosas no están tan mal. —Matthew le sostuvo la silla y Judith se volvió a sentar. Él tomó asiento frente a ella—. A algunos nos entra miedo cuando leemos las noticias, porque estamos acostumbrados a leer entre líneas y tememos que la situación sea peor de lo que nos cuentan. Por otra parte, casi todo el mundo conoce al menos a una persona que ha perdido a un hijo o a un hermano.

Llegó el camarero. La variedad de alimentos seguía siendo sorprendentemente amplia y pidieron ternera asada con verduras y una botella de vino tinto. Si había escasez de algo lo habían disimulado muy bien.

—¿Cómo está Joseph? —preguntó Matthew en cuanto volvieron a estar a solas. Su pregunta estaba preñada de soledad, casi de apremio.

Hasta aquel momento Judith no había estado, segura de si iba a contarle el caso de Prentice, pero ahora que lo tenía allí, delante de ella, y que su rostro, su voz, todo lo que sabía de él le recordaba la casa familiar, la seguridad y la dulzura de antaño perdidas, la idea de no contárselo le pareció absurda. Mathew sabría que estaba mintiendo y temería que le estuviera ocultando algo todavía peor que la verdad: Además, aún la corroía, llenándola de inquietud, que lo que Prentice había dicho acerca del reclutamiento pudiera ser cierto.

—Tiene un trabajo horrible —dijo Judith en voz alta—. Sobre todo después del gas, cuesta lo suyo decir a la gente que existe un Dios que lo controla todo y nos ama, pues no abundan las pruebas que lo demuestren.

—Me parece que Joseph nunca ha dicho que Dios tuviera el mando —señaló Matthew tras tomar un sorbo de vino antes de probar la comida—. No ejerce ningún control sobre nosotros y somos nosotros quienes hemos provocado esta catástrofe, no Dios. Será mejor que se lo

recuerdes. —Sus ojos chispearon con ironía aunque también con compasión y con la misma preocupación de antes.

—Tuvimos a un joven corresponsal de guerra en el frente —prosiguió Judith atenta al semblante de su hermano—. Un sujeto bastante asqueroso, la verdad. Arrogante, entrometido, sin ninguna sensibilidad. Era sobrino del general Cullingford, que es quien está al mando de nuestro tramo...

—Sé quién es —interrumpió Matthew sonriendo.

Judith notó que se sonrojaba un poco y se apresuró a continuar.

—Convenció al general para que le diera un permiso por escrito para ir a todos los sitios a los que no tienen acceso los demás corresponsales, con inclusión de las trincheras de primera línea.

Matthew sólo mostraba un ligero interés.

—¿Por qué demonios haría eso? Pensaba que Cullingford habría tenido más sensatez, aun tratándose de un pariente —dijo Matthew con un leve dejo de desdén que molestó a Judith.

—Prentice no le dejó otra alternativa. Era un verdadero canalla. El comandante Hadrian, ayuda de campo del general, fue al colegio con él y dice que ya entonces se portaba como un cerdo. Ayer fui a visitar a su hermana y su madre, porque lo mataron y el general me dio una carta para ellas. La señora Prentice es su hermana. Matthew, Prentice sostenía que el reclutamiento de hombres era deshonesto y que si los reclutas supieran cómo es en realidad la vida en el frente ninguno se alistaría. ¿Es eso cierto? ¿Tan mal están los ánimos en casa?

Matthew percibió el pánico de su voz pero no le contestó con perogrulladas.

—No. En algunos lugares incluso se han reavivado después del ataque con gas en Ypres. Pero no estoy seguro de que eso vaya a durar. El número de víctimas es muy elevado y la gente está comenzando a darse cuenta de que el conflicto no va a terminar tan pronto como creían. Kitchener lleva razón: el camino a la victoria será largo y difícil.

—¿Venceremos?

Por toda respuesta, Matthew sonrió, Judith añadió:

—La cuestión es mantener la moral, ¿verdad? si pensamos que vamos a perder, perderemos.

—En buena medida sí —convino Matthew.

Judith apartó la vista y se concentró en la comida durante un rato. Se imaginaba lo que ocurriría en los centros de reclutamiento si la gente oyera las cosas que Prentice al parecer había contado a Belinda.

—Eso no es todo —dijo Judith por fin en voz baja y un tanto ronca—. No es sólo que Prentice muriera: alguien lo asesinó. —Hizo caso omiso de la reacción de Matthew—. Y no de manera obvia. Saltó el parapeto\_ Nadie sabe qué lo empujó a hacer algo tan estúpido ni qué pretendía con ello, como no fuese una bravuconada. Joseph fue quien encontró su cadáver y lo llevó a la retaguardia.

Matthew se quedó consternado. El cuchillo le cayó de la mano al plato con gran estrépito.

—¿Qué diablos hacía Joseph ahí fuera? ¡Es capellán, por el amor de Dios!

—Ya lo sé. —Ahora al menos pisaba terreno firme y la llenaban una certidumbre moral y un acalorado orgullo—. Pero Joseph ha convertido eso en parte de su trabajo. Me refiero a ir en busca de heridos y llevarlos de vuelta a la trinchera. Y cuando no encuentra supervivientes, recupera los cuerpos de los soldados abatidos. —Vio en el rostro de Matthew el reflejo de sus propios sentimientos—. Sólo que a Prentice no le habían disparado sino que lo habían ahogado en uno de los cráteres todavía lleno de agua. Y Joseph averiguó que no hubo ningún alemán en los alrededores cuando eso sucedió. Tuvo que hacerlo uno de nuestros hombres. Prentice se portó como un cerdo con algunas personas...

—¿Tanto como para que lo mataran? —preguntó Matthew incrédulo.

Judith apartó la vista.

—Cada día muere mucha gente. Salvo si tienes un vínculo personal con las víctimas, acabas acostumbrándote para no volverte loco. Esto es... diferente.

Matthew alargó el brazo como si quisiera tocarle la mano pero cambió de parecer. No era un gesto que hiciera con naturalidad, era fruto de una súbita y urgente comprensión.

—¿Tienes miedo de que haya sido el general? —preguntó con mucho cuidado.

Las mentiras de nada servirían.

—No lo sé —admitió Judith levantando la vista hacia él—. Y aunque no lo haya hecho él dudo que no acabe cargando con la culpa. Los generales no son del agrado de todo el mundo.

Matthew rió abiertamente: una carcajada breve y amarga. No necesitó palabras para englobar la mezcla de rabia y temor, las lealtades divididas que sentía la inmensa masa de gente que sólo sabía lo que leía y que sufría el dolor de las pérdidas, la lucha incesante entre el orgullo y el terror por sus seres queridos atrapados en un combate y sumidos en un horror que sólo cabía imaginar. Era natural echarle la culpa a alguien.

Volvió a llenarse la copa y Judith sintió otro estremecimiento de preocupación, como si alguien hubiese abierto la puerta dejando entrar el frío de la calle.

—Matthew, ¿has descubierto algo más acerca del Pacificador? —preguntó cogiéndole la botella de la mano y añadiendo un poco de vino a su copa aunque apenas había bebido—. Ojalá pudiéramos ayudarte más. No estamos haciendo nada...

—Es que no podéis hacer nada —dijo Matthew enseguida, suavizando sus facciones—. Bastante tenéis con vuestro trabajo. Judith buscó algún indicio en su rostro, en sus ojos.

—Sabes algo, ¿verdad? —El secretismo y la tensión de Matthew la asustaron—. ¿Sabes quién es, Matthew?

—No. Pienso que podría ser Ivor Chetwin pero faltan pruebas.

—¿Ivor Chetwin? Pero... ¿Pero no trabaja en Inteligencia? —Estaba horrorizada. La traición podía llegar de cualquier parte—. Matthew, por favor...

—Tengo cuidado —dijo Matthew anticipándose—. Y no sé si es él. Podrían ser muchas personas. He estado meditando sobre cómo se puso el Pacificador en contacto con Sebastian para decirle lo que tenía que hacer. No es la clase de cosa que se diga por carta o por teléfono. Tuvieron que mantener una prolongada conversación en persona para convencerlo. Y por fuerza tuvo que ser aquella tarde.

—Bien, ¿adónde fue Sebastian? —razonó Judith—. ¿No podemos averiguarlo?

—Estoy en ello.

—¡Ten cuidado! ¡No sabemos quién es el Pacificador pero él nos conoce! ¡No lo olvides! Estará aguardando a que vayas tras él. —Tragó saliva al darse cuenta de repente de lo asustada que estaba—. Matthew...

—Voy con mucho cuidado —repitió Matthew—. No tragues así o tendrás una indigestión. Ya que te invito a tomar ternera asada en lugar de conserva de carne con galletas saladas, preferiría que no echaras a perder la comida poniéndote enferma.

Judith se obligó a sonreír pese a la impaciencia, la frustración, el deseo de proteger a su hermano y el miedo.

—Mañana me voy a casa. Tengo ganas de pasar un par de días con Hannah.

—Buena idea. Al menos descansarás un poco. Y ahora come o se te va a enfriar la comida. Judith...

—¿Qué?

—No le cuentes nada de esto a Hannah. Y tampoco lo del periodista asesinado. No es preciso que lo sepa. Bastante tiene con cuidar de sus tres hijos y sobrellevar las pérdidas del pueblo, tratando de ayudar a todos a conservar la esperanza y no sucumbir cada vez que llega el cartero, temiendo que traiga el telegrama. Se sienten muy impotentes. Eso en sí mismo es una forma de

sufrimiento.

—Ya lo sé. No le contaré nada que no deba contarle —prometió—. Y me alegrará mucho no tener que hablar de eso, puedes creerme.

Sin embargo, no resultó tan fácil como pensaba. Tomó el tren hasta Cambridge y luego un taxi hasta St. Giles. El pueblo presentaba el mismo aspecto de siempre hasta que vio las persianas entrecerradas en casa de los Nunn y en la de unos vecinos pocos números más allá. Un anciano caminaba lentamente por el césped con un brazalete negro en señal de luto. Judith vio a Bessie Gee cargada con la cesta de la compra y apartó la vista sintiéndose incapaz de saludarla. Era un acto de cobardía y lo sabía pero no estaba preparada para ver lo que sentía la pobre mujer, al menos no de momento.

El taxi se detuvo delante de su casa. Pagó al conductor y se apeó. Tuvo que llamar al timbre y aguardar a que Hannah acudiera a abrir.

—Sólo un par de días —dijo Judith sonriendo. Fue absurdo, pero la embargó una profunda emoción al verse en el umbral de la casa familiar. Le pareció más pequeña y destartalada de como la recordaba pero no por ello menos hermosa. La poblaban los recuerdos de sonidos y olores tan fuertes que constituían la trama y la urdimbre que habían dado forma a su vida, los hilos tejidos para hacer de ella quien era. Allí era donde había amado y llorado, donde había estado más segura y arrojado los mayores peligros.

—¡Faltaría más! —dijo Hannah encantada. El rostro se le iluminó apartando por un momento las inquietudes del presente—. ¡Qué alegría verte! ¿Por qué no avisaste de tu llegada? ¡No tengo nada decente para comer!

Judith se encogió de hombros y se estrecharon en un fuerte abrazo.

—¡No importa! —dijo Judith riendo ante aquella trivialidad—. ¡Cualquier cosa será mejor que el rancho del ejército!

—¿Tan malo es? —preguntó Hannah con súbita preocupación.

Judith recordó lo que le había prometido a Matthew.

—No, qué va —dijo enseguida—. ¿Tengo aspecto de pasar hambre?

Los hijos de Hannah llegaron del colegio y se alegraron de verla aunque también se mostraron tímidos porque sabían que su tía estaba en la guerra. El conflicto no era real para ellos pero sin embargo constituía el telón de fondo que daba la medida de cuanto estaba sucediendo.

—¿Crees que durará hasta que pueda alistarme en la Marina, tía Judith? —preguntó Tom con un matiz de preocupación. Tenía trece años y estaba cambiando la voz pero aún no presentaba la más leve sombra de barba en las mejillas. Tenía miedo de perderse la oportunidad de hacer algo heroico que demostrara su hombría.

Por un momento Judith sólo vio hombres a quienes conocía hechos pedazos, hombres como Charlie Gee que habían sido niños como Tom hacía sólo unos años.

—No lo sé —contestó absteniéndose de mirar a Hannah—. Creo que de momento nadie lo sabe. Hacemos cuanto podemos cumpliendo con nuestro deber día tras día. Tu trabajo está aquí ahora. Un buen soldado o marinero hace el trabajo que le encomiendan. No discute con su comandante lo que prefiere hacer.

Tom la miró con solemnidad procurando descubrir si le estaba hablando como a un niño o como a un hombre.

Judith le dio tiempo sin darle a entender una cosa ni la otra.

—Muy bien —aceptó Tom asintiendo con la cabeza—. Pero me alistaré en la Royal Navy en cuanto pueda.

—Estupendo —dijo Judith mintiendo descaradamente y todavía evitando la mirada de Hannah—. ¿Como oficial, espero? Tom sonrió de repente.

—Quieres decir que tengo que concentrarme en la escuela y aprobar todos los exámenes,



¿verdad? —dijo con complicidad. —Algo por el estilo —convino Judith.

Al anoecer, cuando los niños se hubieron acostado, Judith y Hannah salieron a pasear por el jardín. Appleton se había marchado a trabajar la tierra. La comida era más importante que las flores. La señora Appleton se había ido con él. Estaban por la parte de Cherry Hinton. No quedaba muy lejos pero sí lo suficiente como para que no pudiera ir a cocinar y limpiar la casa. Las malas hierbas habían crecido mucho al calor de los prolongados días de primavera.

—No tengo tiempo de cuidarlo —dijo Hannah mirando el jardín con abatimiento—. Hasta las frambuesas han crecido más de la cuenta. Los niños me ayudan un poco, pero con eso no basta. Siempre hay cosas que hacer. En el pueblo ya hay quince familias que han perdido a alguien, sea en el frente occidental o en el mar. Ayer nos enteramos de la muerte de Billy Abbot. Su barco se hundió en el Atlántico Norte con toda la tripulación.

Judith no dijo nada. Sabía que Hannah estaba pensando en Archie pero ninguna de las dos quiso mencionarlo. Había cosas que era mejor no manifestar en voz alta. El silencio ayudaba a mantener una apariencia de normalidad. Había trabajo que hacer, niños que necesitaban tener fe en la supervivencia. En la medida en que tú no sucumbías al terror tampoco ellos lo hacían. Tenías que mantenerte ocupada, sonreír; y si tenías que llorar, llorabas a solas. Quizá las mujeres que tenían hijos fueran afortunadas. Te daban una razón para obligarte a dar lo mejor de ti misma sin bajar nunca la guardia, y al final adquirirías el hábito.

Fue Hannah quien abordó el tema del Pacificador.

—Matthew nunca me cuenta nada de la investigación que lleva a cabo sobre quién mató a nuestros padres —dijo cuando llegaron al final del césped y se volvieron a mirar las últimas luces en el cielo de poniente—. ¿Acaso se ha dado por vencido?

—No. —Mentir ahora le pareció una traición y además Judith no se veía con ánimos de soportar la soledad del engaño—. Está intentando descubrir con quién habló Sebastian Allard el día antes.

—¿Por qué? Ah, claro... Quieres decir que el Pacificador... ¡Qué nombre tan absurdo! Que el asesino tuvo que decirle lo que tenía que hacer.

—Seguramente no lo hizo en persona —respondió Judith—. No correría semejante riesgo. Recuerda que tiene que ser alguien muy conocido y bien situado. Alguien a quien papá ya conocía y en quien confiaba. Sin duda envió a una tercera persona a convencer a Sebastian. Dudo que fuera tarea fácil. No quedas con alguien y le dices: «Por cierto, me gustaría que asesinaras a un amigo mío mañana. Tiene que ser mañana porque el asunto que nos llevamos entre manos se ha vuelto apremiante. ¿Me harás este favor?» No. Tendrías que darle toda clase de razones para convencerlo. Sebastian era un pacifista ferviente. Seguro que tuvieron que discutir con él largo y tendido para hacerle creer que ese asesinato era el único modo de preservar la paz en Europa.

Hannah guardó silencio por espacio de varios minutos. Los últimos rastros de luz, poco más que una luminiscencia en el aire, le alcanzaron las mejillas, la frente y la curva de los labios, suavizando la inquietud y haciendo que pareciera tan joven como un año antes.

—Hablo bastante con Nan Fardell. Su marido también sirve en la Marina. Vive en Haslingfield. —Hannah titubeó un momento—. Nan me dijo que vio a Sebastian en la taberna de Madingley la tarde antes... Estaba con una chica. Parecían muy unidos y discutían acaloradamente pero, según parece, antes de separarse hicieron las paces. —Hannah frunció el entrecejo—. Nan lo sacó a colación porque sabía que él estaba prometido y pensó que aquello era muy feo. Supuso que Sebastian estaba intentando romper con aquella chica y que ella no le dejaba, de modo que él se rindió y alcanzaron alguna clase de acuerdo. Nan dijo que era una chica muy guapa, casi tan alta como él. Me figuro que el Pacificador será un hombre, pero eso no implica que quien dio instrucciones a Sebastian también tenga que ser un hombre. ¿No te parece? —Hannah se volvió hacia Judith—. Muchos idealistas que consiguen grandes logros son mujeres. Las ha habido en el

pasado y las hay ahora. ¿Qué me dices de Beatrice Webb o, mejor aún, de Rosa Luxemburg? Nan dijo que esa muchacha era muy poco corriente. Tenía unos ojos muy llamativos, de un azul muy claro y luminoso.

La cabeza de Judith se puso a dar vueltas. ¡Podría ser! La posibilidad resultaba estremecedora y Judith no tenía ni idea de quién podía ser aquella mujer ni cómo encontrarla y seguirle la pista hasta el Pacificador.

—Supongo que Nan Fardell no sabe quién es.

—Ni por asomo. Se lo pregunté por pura curiosidad. Era la primera vez que la veía. t Crees que pudo ser ella quien dio instrucciones a Sebastian para....—No terminó la frase.

Judith tuvo un escalofrío.

—Sí, es posible. Matthew piensa que el Pacificador podría ser Ivor Chetwin, cosa que me parece espantosa.

—Tiene que ser alguien a quien conocemos —dijo Hannah en voz baja—. Es horrible. Vayamos adentro. Empieza a hacer frío.

Comenzaron a regresar muy despacio, sin precisar ni desear hablar más, aunque en la mente de Judith surgió la fotografía de una chica inusualmente alta con los ojos muy claros que estaba de pie al lado de Eldon Prentice.

## 7

Los días y las noches continuaron su rutina alternando violencia y aburrimiento. Joseph ayudaba a cavar y apuntalar trincheras, acarreaba provisiones, asistía a los heridos y agonizantes, escribía cartas a los familiares de las víctimas o, con frecuencia, se limitaba a escuchar a los hombres que necesitaban hablar. Éstos intercambiaban historias, cuanto más largas y fantásticas mejor. Se inventaban chistes malos y cantaban canciones de revista de variedades a las que incorporaban letras subidas de tono de temática militar, y reían a mandíbula batiente hasta que se les saltaban las lágrimas.

Pasaban niños belgas vendiendo periódicos ingleses que los soldados leían con avidez para ver qué ocurría en la patria. Joseph celebraba los servicios religiosos de rigor y procuraba decir cosas que tuvieran sentido.

Sin embargo, en todo momento una parte de su mente se preguntaba por qué Eldon Prentice había ido a la tierra de nadie y quién le había hundido la cabeza en el agua el tiempo suficiente para causarle la muerte. La idea era espantosa y le llenaba de una repulsión muy distinta de la compasión que le revolvía las tripas ante las otras muertes. En aquella acción captaba una dimensión moral, una maldad individual que nada tenía que ver con la locura colectiva en la que todos estaban sumidos.

Nadie quería hablar de ello. Para los demás se trataba de una muerte que carecía de importancia. Prentice tenía una carta del general Cullingford que le otorgaba permiso para entrar y salir de donde quisiera a su antojo y había hecho uso de ella con absoluta libertad. El sentir general era que tenía bien merecido lo que le había ocurrido. La pena se reservaba para otros hombres, como Chicken Hagger y ahora Bibby Nunn, alcanzados por el fuego de los francotiradores.

El reparto del correo era uno de los mejores momentos del día. Las cartas de casa constituían el único medio de contacto con el mundo que importaba, con el amor y la cordura, el precioso corazón de aquello por lo que valía la pena morir. Para cada hombre era algo diferente, un rostro diferente, una casa diferente, pero lo compartían con la media docena de soldados que formaban su «hogar» en el frente.

Como capellán, la soledad de Joseph era excepcional. Era un oficial y por tanto vivía separado de la tropa. Lo más parecido a una familia que tenía era Sam. Con Sam compartía las cartas de Matthew incluso cuando éstas aludían al Pacificador.

Durante una gélida noche de enero él y Sam se habían acurrucado juntos en la grada de tiro de la trinchera conocida como Shaftesbury Avenue buscando refugio del viento que ululaba en las alambradas de la tierra de nadie, el hielo que crujía en el barro y los tablones resbaladizos del suelo. Joseph le refirió la muerte de sus padres y le resumió la conspiración del Pacificador extendiéndose lo justo para que Sam comprendiera la rabia y la pasión que lo empujaban a buscar a los hombres que aún estarían tratando de llevar a cabo semejante traición.

Recordó el rostro de Sam perfilado bajo el breve resplandor de una bengala, la irónica sonrisa de sus labios, terrible y afectuosa a un tiempo. Sam no le dijo nada entonces, simplemente tendió su mano congelada y la apoyó un instante en el hombro de Joseph.

En aquel momento Joseph estaba sentado a solas delante de un montón de hojas de papel y el sol lo calentaba en la quietud de la tarde. A pocos metros de allí Tucky Nunn y Barshey Gee dormían a pierna suelta y sus rostros plácidos aparecían dolorosamente jóvenes. Tucky parecía

sonreír, quizás en sueños estuviera en casa.

Un poco más allá Reg Varcoe estaba sentado con el pecho descubierto y aplicaba una cerilla encendida a las costuras de su guerrera. A lo lejos alguien cantaba *Keep the Home Fires Burning*.

Joseph pensó un momento en la patria: la hierba espesa en los senderos, los bosques llenos de jacintos silvestres, las flores de mayo. En Northumberland, donde solía ir a caminar con Harry Beecher, las colinas ya estarían cubiertas del dorado encendido de la aulaga con su perfume de vino y miel. A veces ayudaba a pensar en las cosas buenas de la vida, otras dolía demasiado. Añoraba a Matthew, echaba en falta la conversación franca y sin reservas, la constatación de un vínculo que se remontaba a la infancia, a la seguridad de cuando desconocían el dolor y el fracaso.

Leyó la carta de Matthew tres veces. No había nada de particular en ella, sólo chismes sobre Londres, una breve descripción del campo cuando estuvo en casa, el clima, unas cuantas bromas. Era como oír la voz de un ser querido. Lo que decía era irrelevante, el mensaje que transmitía era «estoy aquí» y eso era lo que necesitaba saber.

Había una segunda carta para él, escrita con una letra que no le era familiar. La abrió con curiosidad y leyó:

Apreciado capitán Reavley:

Gracias por la carta en la que me informaba de la muerte de mi marido. Habida cuenta del número de bajas me figuro que tendrá que cumplir con tan penoso deber muy a menudo. Fue muy generoso de su parte escribirme de un modo tan personal.

Compartiré sus palabras con mi cuñado, que vive en la casa solariega de los Hughes a pocas millas de aquí. Geraint era un hombre sencillo que amaba las colinas de esta tierra. Solía dar largos paseos, incluso cuando llovía, y cantaba de maravilla, algo muy propio de un galés. Era capaz de tocar cualquier instrumento que cayera en sus manos.

Me cuesta trabajo creer que no va a regresar, pero lo cierto es que hay muchas otras mujeres por todo el país que deben de sentir lo mismo. Quizá sea peor cuando se trata de un hijo, alguien a quien has conocido y amado desde el día que nació. Esa desgracia no me va a ocurrir y estoy agradecida por ello.

Tengo entendido que reciben la prensa con bastante regularidad en las trincheras, de modo que estará al corriente de las últimas noticias. Algunas son muy desalentadoras. Creo que la que más me ha entristecido ha sido la muerte de Rupert Brooke. Falleció el 23 de abril cerca de Gallípoli. No murió en combate sino de septicemia. Me siento terriblemente vacía. Era un hombre maravilloso, lleno de vida. Por descontado, no le conocía en persona pero adoraba su poesía. Decía todas las cosas que a mí me hubiese gustado saber decir. Sus sueños planeaban hasta lugares en los que yo ansiaba estar. Te hacía sentir la pasión, la imaginación y un voraz apetito por la intensidad de la vida como si pudieras tocarlos, saborearlos, cogerlos con tus propias manos, como si pudieras contemplar el ocaso en silencio y adueñarte de su fuego.

Las luces se están apagando, ¿no es cierto? ¿A qué podemos aferrarnos para que un día podamos encenderlas otra vez?

Gracias por la fortaleza de su fe, por creer que en algún momento sabremos dar sentido a todo esto si tenemos el coraje de resistir.

Atentamente,

ISOBEL HUGHES

No volvió a leer la carta. Quizá lo haría más tarde, en otro momento, cuando las palabras tuvieran importancia. Ahora estaba anonadado por el sentimiento de pérdida, mas no la de Geraint Hughes, a quien había acompañado en su agonía, sino la de un poeta cuyos pensamientos y palabras formaban parte del tejido de su propia vida. Rupert Brooke tenía ocho años menos que

Joseph. Había estudiado en Cambridge y amado aquel lugar con una pasión desenfrenada que vertió en hermosos versos para darla a conocer a las generaciones futuras. Y en aquel pequeño espacio terrenal habían visto las mismas piedras y los mismos árboles, la misma puesta de sol ardiente abarcando el oeste desde Haslingfield hasta Madingley, habían respirado el mismo aire y observado el vuelo de los mismos pájaros.

Era casi como si Sebastian hubiese vuelto a morir, sólo que en una versión mejor, más lúcida, pues el corazón de aquel hombre había alcanzado el oro que Sebastian había deslustrado.

Los versos de la poesía de Brooke asaltaron su mente y tiñeron de profunda nostalgia la belleza de la tierra que ambos habían amado.

¿Cómo era posible que semejante ansia de vida hubiese desaparecido sin más? ¿Cuántos muchachos verían destrozado un futuro prometedor antes de que éste floreciera, su talento convertido en una vana esperanza? ¿Aquello por lo que luchaban merecía que pagaran tan alto precio? A Isobel Hughes le había dicho que sí porque era lo que ella necesitaba para seguir viviendo, pero ¿lo creía él mismo?

Quizá todo era tan trágico e insensato como el Pacificador pensaba: la falsa ilusión suicida de unos hombres que tenían más coraje para morir que para captar la razón, la unidad y la vida. ¿Habría un Dios en alguna parte llorando por aquel gigantesco error? ¿O acaso la vida no era más que un ciego azar y su propósito sólo un sueño creado por el hombre para consolarse en la oscuridad de un universo sin sentido?

El soldado seguía cantando en la trinchera con voz clara y sincera, acariciando la melodía.

¿Cuánto tardaría en ser aplastado también?

Joseph levantó la vista y vio a Sam de pie delante de él con una cajetilla de Woodbines en la mano.

—No, gracias —dijo Joseph de forma mecánica.

—Tienes muy mal aspecto —observó Sam—. ¿Carta de casa? Su voz era amable y por un momento el miedo asomó a sus ojos, no por su propia aflicción sino por la de Joseph.

—No, en realidad no. De una viuda a quien escribí... para darle la noticia.

Sam aguardó poniéndose en cuclillas al sol con la espalda apoyada en la pared y los pies en la rejilla de listones.

—Ha muerto Rupert Brooke —dijo Joseph.

Sam no contestó. Sus ojos miraban a lo lejos, más allá de la pared de arcilla y de la franja de cielo azul.

—Septicemia —agregó Joseph.

—«Rompe el vínculo que hemos creado y vende la confianza del Amor y la santa alianza al polvo» —citó Sam.

Esta vez fue Joseph quien no contestó. Le dolía la garganta y los ojos le escocían al borde del llanto, no sólo por Rupert Brooke sino por todos los fallecidos, tanto los que había conocido y apreciado como los que no. Recordó los largos paseos por los Backs\* de Cambridge contemplando las bateas en el río a la luz del atardecer, el negro calado del Puente de los Suspiros contra el colorido del cielo encendido, el oro en el rostro de Sebastian mientras éste hablaba de todo lo que la guerra destruiría, no sólo lo material sino lo espiritual. Y Sebastian también había muerto.

—«El gran amante» —dijo Sam en voz alta.

—¿Cómo?

—Rupert Brooke —explicó Sam—. De ahí es de donde procede, del amante de la vida. «Ni toda mi pasión ni mis oraciones serán capaces de llevarlos conmigo a través de la puerta de la Muerte.» Sonrió y su rostro reflejó una extraña dulzura.

—Ahora tenemos que hacer que cuente, Joe. Quizá tu Dios lo resuelva en la eternidad, pero me

---

\* Jardines traseros de los colegios universitarios de Cambridge. (N. del T)

parece que Él quiere que también aquí hagamos algo. Hay muchas cosas que reparar y todos tenemos un sitio.

—Tienes razón —convino Joseph—. Quizá si hago algo concreto olvidaré todo lo que no puedo hacer. Necesito olvidar. No puedo permitirme un sentido de la proporción: me aplastaría.

Joseph sabía lo que tenía que hacer: hallar justicia para Prentice. Era algo definido, algo que por fuerza tendría sentido si averiguaba quién lo había asesinado. Era posible que descubriera que se trataba de alguien a quien apreciaba, como Wil Sloan, pero sus sentimientos personales no alteraban la moralidad de la cuestión. Sería mucho peor que el asesino resultara ser alguien como el comandante Hadrian, quien lo habría hecho en nombre del general Cullingford. Aunque eso era poco probable. No había una razón suficientemente poderosa como para suscitar un acto tan extremo, sobre todo habida cuenta de que Hadrian era un oficial del Estado Mayor, no un soldado que empuñara un arma. No presenciaba la muerte en directo, sólo la conocía en forma de cifras e informes. Joseph tendría que encontrar un móvil mucho más apremiante, más visceral que el hecho de que Prentice fuese arrogante y manipulador, motivo de bochorno para un general a quien Hadrian profesaba una lealtad absoluta.

Con suma renuencia fue hasta el puesto de socorro para averiguar dónde había estado exactamente Wil la noche en que murió Prentice. Era un cálido día de abril. La hierba nueva brotaba verde y lozana en los pocos trozos de tierra sin pisar. Se cruzó con un carromato tirado por cuatro caballos que chapoteaban por el barro esforzándose en su camino hacia el depósito de municiones. El hombre que los dirigía tirando de los arneses saludó a Joseph con un ademán y un grito amistoso.

Un poco más adelante se topó con Snowy Nunn, cuyo pelo rubio brillaba al sol tanto que parecía blanco. Desde la muerte de su primo Bibby estaba muy serio, con expresión tímida y la mirada confundida. La muerte de un camarada era distinta cuando se trataba de alguien muy próximo. El sentimiento iba más allá de la pena; era como si la muerte hubiese tocado tu propio cuerpo, sin llegar a agarrarlo pero sí a rozarlo, cosa que te recordaba su poder.

Joseph se detuvo para hablar con él. No había nada concreto que decirse y no buscó ninguna frase trascendente. Había renunciado a creer que tal cosa existiera; era una mera cuestión de amistad.

Media docena de inmensas ratas negras salió disparada de una de las trincheras de conexión y ambos oyeron que alguien maldecía a pleno pulmón. Snowy se llevó la mano al arma pero enseguida la apartó. No estaba permitido disparar contra *las* ratas; no había que desperdiciar munición. Además, de nada serviría. Las había a decenas de miles. Y sus cuerpos en descomposición sólo conseguirían aumentar el hedor reinante.

Joseph llegó al puesto de socorro y volvió a encontrarse con la enfermera estadounidense Marie O'Day. Ésta dio muestras de alegrarse de verlo; el rostro se le iluminó.

—Hola, capitán Reavley, ¿qué se le ofrece? Estamos bastante tranquilos en este momento. ¿Le apetece una taza de té?

Joseph aceptó de buen grado, en parte para tener ocasión de hablar con ella de manera más distendida. Le preguntó generalidades mientras hervía el agua. Cogió el tazón de hojalata con mucho cuidado. El té estaba más caliente que el que solían tomar en las trincheras calentado en perolas al calor de una vela. Lo cierto es que olía bastante bien, como el té de verdad, y le dio las gracias.

—¿Necesita ayuda, capitán? —preguntó Marie otra vez.

Joseph sonrió.

—¿Tanto se me nota?

Marie asintió sonriendo.

—¿Se acuerda de aquel corresponsal de guerra tan antipático? —preguntó Joseph.

El semblante de Marie se oscureció.

—Por supuesto. Pero si va a preguntarme si lo vi en compañía de Wil Sloan le contestaré que no. Sé que es mentira, capitán, pero no pienso cambiar mi versión. Lo que hizo el señor Prentice fue horrible. —Se mordió el labio y las lágrimas le asomaron a los ojos—. El pobre Charlie Gee falleció y... y quizás haya sido lo mejor para él. Yo... —Tragó saliva y se tomó un momento para recobrar la compostura—. Nunca desearía aun muchacho que viviera en esas condiciones. Ojalá el Señor hubiese considerado oportuno acogerlo en su seno de inmediato sin que se enterase de lo que le había ocurrido.

—Me gustaría ser capaz de decir algo sensato —confesó Joseph—, pero no se me ocurre nada. Yo tampoco comprendo este horror. Exige mucho a la fe. Pero no iba a preguntarle si había visto a Wil Sloan golpear a Prentice. Prefiero no saberlo. Lo que me gustaría que recordara es si vio a Wil Sloan dos noches después de ese incidente.

—¿Por qué? ¿Se ha metido en algún lío?

—Prentice ha muerto, señora O'Day.

—Oh. Lo siento. —Pareció más culpable que apenada.

—Era corresponsal de guerra, no soldado —dijo Joseph—. Necesito averiguar por qué estaba en una posición tan adelantada. No tendría que haber ocurrido. ¿Dónde estaba Wil Sloan?

—¡No pensaré que él tenga algo que ver! ¿O sí? —Marie tuvo miedo y Joseph lo vio claramente en sus ojos.

—Me gustaría demostrar que no, señora O'Day. Quizás usted pueda ayudarme, si me dice dónde estaba. Es decir, si lo sabe. —Trajo a un hombre muy malherido hacia las cuatro de la madrugada —contestó Marie—. No sé dónde lo recogió.

—¿Dónde está ese hombre ahora? ¿Sigue con vida?

—Sí —contestó Marie muy seria—, pero todavía está inconsciente. Perdió mucha sangre. Presentaba profundas heridas de metralla. No estaría vivo de no haber sido por Wil.

La mirada de advertencia de su expresión intentaba convencer a Joseph de que lo dejara correr.

Joseph dudó de cuánto debía revelar. Necesitaba su cooperación y el instinto lo empujaba a confiar en ella. Admiraba a las mujeres como ella que habían dejado atrás una vida segura y cómoda y viajado miles de kilómetros para trabajar en condiciones durísimas para ayudar a personas a quienes no conocían porque consideraban que era su deber. Ese empeño demostraba un espíritu cristiano mucho más portentoso que el de la mayoría de los clérigos que predicaban una fe de la que sólo estaban convencidos a medias, que aceptaban dinero y posición y se creían buenos siervos de Dios.

Pero la muerte de Prentice era un absoluto. Joseph quería demostrar que Wil Sloan era inocente pero no podía hacer la vista gorda si al final descubría que era culpable. La verdad resultaría profundamente dolorosa para él, más aún porque también afectaría a su hermana Judith. Sin embargo sería algo limpio por más que Prentice hubiese obrado mal. Darle una paliza posiblemente fuese justificable o cuando menos una mala acción subsanable mediante una disculpa. Pero el asesinato no.

Y en silencio, confesándose a su corazón sin saber si era correcto o no, dio gracias a Dios por haberse llevado a Charlie Gee.

Matthew disfrutó de su encuentro con Judith más de lo que había esperado. Después de cenar condujo hasta su apartamento embargado por una sensación de felicidad, olvidando por una vez la vulnerabilidad de la que tan consciente había sido tras los ataques de marzo con zepelines sobre las ciudades de la costa oriental de Inglaterra. De pronto la guerra había cobrado otra dimensión. No era preciso un bombardeo naval o el desembarco de un ejército para ser alcanzado en tu

propia casa; las bombas podían llover del cielo esparciendo explosiones y fuego por doquier.

Mientras frenaba y estacionaba el coche delante de su casa sintió una punzada de envidia. Por lo general Judith dormiría donde tuviera ocasión, con frecuencia en la parte trasera de la ambulancia. Su comida consistiría en galletas saladas y latas de carne grasienta. Presenciaría escenas de muerte y violencia, un horror que Matthew apenas podía imaginar. Pero también conocería una camaradería que a él le era negada, la confianza en los compañeros, una paz interior que había perdido desde que Joseph y él descubrieran el documento.

Abrió la puerta y entró en el piso. Sólo encendió una lámpara pequeña cuya luz bastaba para ver la sombra de la librería pero no los títulos de los volúmenes. Ya los conocía: poesía, unas pocas obras de teatro, libros de aventuras de cuando era niño que no estaban ahí para ser leídos de nuevo sino como meros recordatorios de una época diferente, más inocente, un vínculo para ser mirado más que tocado. Y también había libros sobre historia y política, sobre guerra y economía.

Se sirvió un vaso grande de whisky, se lo bebió y se acostó.

Por la mañana tenía dolor de cabeza, tomó tostadas y té para desayunar y luego leyó los periódicos. Estaban llenos de pérdidas en Gallípoli y, por supuesto, a lo largo de todo el frente occidental. Las crónicas eran comedidas, sin histeria, sin rabia, sólo largas listas de nombres.

El plan de Churchill consistía en controlar los Dardanelos y liberar a la Gran Flota Rusa aprisionada en el mar Negro para luego tomar Constantinopla y entregársela al zar a modo de recompensa. Los rusos abrirían una nueva línea de ataque en la retaguardia austro-húngara estableciendo así un nuevo frente. Hasta la fecha dicho plan era un caótico fracaso que estaba costando la vida de miles de franceses y británicos y, sobre todo, de voluntarios australianos y neozelandeses.

La guerra también se había extendido a Mesopotamia y el océano Índico, Italia y el suroeste de África. Un buque italiano había sido torpedeado en el Mediterráneo y quinientos cuarenta y siete hombres habían perecido ahogados.

Matthew fue en coche al trabajo y allí encontró un mensaje de Shearing instándolo a presentarse en su despacho. Fue a verlo de inmediato.

—Buenos días, Reavley —dijo Shearing señalando la silla del otro lado de su escritorio—. Siéntese.

Se le veía tan cansado que la piel parecía de pergamino; los palpados le caían como si necesitara toda su fuerza de voluntad para enfocar la vista. Sus manos fuertes y pulcras se abrían y cerraban sobre el escritorio.

Matthew obedeció a sabiendas de que si se hubiese tomado la libertad de sentarse antes de ser invitado a hacerlo habría sido duramente reprendido. Ése era el método de Shearing para establecer las reglas de la jerarquía antes de permitirse romperlas. No estaba en su naturaleza el hacer lo previsible, ni siquiera ahora que estaba al borde del agotamiento.

—El *Lusitania* va a zarpar de Nueva York —dijo Shearing con amargura—. Los alemanes nos han advertido de que cualquier buque que lleve pabellón británico o de un país aliado puede ser objeto de un ataque submarino. ¡No podemos protegerlo! Tal como están las cosas, bastante nos cuesta ya proteger a nuestra marina mercante. Necesitamos acero estadounidense para fabricar armas. Sin él perderemos la guerra.

Por primera vez Matthew vio una chispa de miedo en los ojos de Shearing. Hasta entonces nada le había hecho perder la compostura, ni las desesperadas batallas del otoño anterior, ni el invierno en el frente occidental, ni siquiera el ataque con gas en Ypres, y la constatación de ese miedo asustó a Matthew mucho más de lo que hubiese creído. Fue como si un escalón que consideraba firme hubiese cedido bajo el peso de sus pies. Hizo lo posible por disimular su desasosiego.

—Seguramente no osarán hundir un barco que todo el mundo sabe que lleva civiles estadounidenses a bordo, ¿no cree, señor? Hacerlo obligaría a Estados Unidos a entrar en guerra y



sabemos que eso es lo último que desea Alemania.

¿O acaso era eso lo que esperaban, una súbita y catastrófica escalada bélica que implicara al mundo entero como un Apocalipsis?

Shearing lo miró con semblante pesimista, la piel le tiraba en los pómulos.

—Me parece que está siendo muy ingenuo, Reavley —señaló con tono crítico e impaciente—. Ha leído la correspondencia del presidente Wilson. Es un hombre de elevados principios morales que no comprende ni por asomo el carácter ni la historia de Europa. En el fondo sigue siendo un maestro de escuela, y se cree que va a arbitrar una riña entre dos niños revoltosos en el patio de recreo. Su intención es ser recordado como el honesto agente de la paz que unió a Alemania y a los Aliados y salvó al Viejo Mundo de sí mismo.

Matthew soltó una palabrota y acto seguido se disculpó.

Un amago de sonrisa curvó los labios de Shearing.

—Exacto —convino—, pero inútil. Chetwin cree que aunque ocurra lo impensable y el *Lusitania* sea torpedeado y se vaya a pique, Wilson seguirá titubeando, haciendo gala de una virtuosa inactividad, y que sus consejeros le recordarán la acuciante amenaza que supone el caos de México paradas inversiones estadounidenses en minas de cobre y ferrocarriles. El ejército de Estados Unidos es demasiado pequeño para combatir en dos frentes y, como es natural, su propia frontera tendrá prioridad. Salvo si los convencemos del papel que desempeña Alemania en sus problemas, cosa que no podemos hacer, Wilson no moverá un dedo.

Matthew no contestó. Estaba al corriente de todas las estratagemas que el embajador británico había empleado sin éxito para intentar movilizar al presidente Wilson. Estados Unidos vendería acero de Pittsburg a Gran Bretaña del mismo modo que lo vendía a Alemania. Habría ciudadanos estadounidenses que irían a Europa a luchar, y a veces a morir, porque creían en la causa aliada. Pero también había una numerosa población de estadounidenses de origen germano cuyas herencias y lealtades también revestían importancia.

Actuar a partir de cualquiera de los mensajes entre Berlín y Washington que los Aliados habían interceptado pondría de manifiesto que éstos conocían el código y los alemanes lo cambiarían de inmediato.

—Nos saldría el tiro por la culata —dijo Shearing con sequedad como si leyera los pensamientos de Matthew.

—Sí, señor.

Shearing miró fijamente a Matthew.

—Necesitamos algo que nos dé la victoria en la guerra naval —dijo en voz baja, grave y hastiada—. Los submarinos alemanes controlan la travesía del Atlántico. Nosotros tenemos destreza y coraje pero nos están hundiendo sin darnos tiempo a reponer barcos y tripulaciones. Si seguimos a este ritmo, nos veremos obligados a rendirnos por falta de contingentes antes de Navidad.

Matthew pensó en Archie, el marido de Hannah. Se imaginó cómo sería la vida de aquellos hombres en el mar; sabían que la violencia imparcial de los elementos azotaba y devoraba a todos los barcos por igual. Pero sólo ellos eran susceptibles de un ataque enemigo procedente de cualquier dirección, incluso de las insondables aguas que sostenían sus frágiles cascos. Uno podía montar guardia oteando el mar inmenso, vacío hasta los confines del horizonte, silencioso salvo por el viento y el agua y la vibración del motor, y de repente, bajo tus pies, la cubierta estallaba arrojando fuego y trozos de metal. El mar inundaba la nave, te engullía hacia su vasta oscuridad y se cerraba encima de tu cabeza.

Shearing seguía hablando. Matthew salió de su ensoñación y escuchó.

—Conoce a Shanley Corcoran, ¿verdad? —preguntó Shearing. Matthew se quedó perplejo.

—Sí, señor. De toda la vida. Él y mi padre eran amigos desde la universidad. —Bastaba con

mencionarlo para que regresara la vieja sensación de afecto, los recuerdos de un centenar de ocasiones felices—. Es uno de los mejores científicos que tenemos.

Shearing lo observaba detenidamente, estudiando su rostro.

—¿Confía en él?

Por una vez Matthew no tuvo que pensar y el placer que sintió resultó casi embriagador.

—Sí. Absolutamente.

Shearing asintió con la cabeza.

—Bien. Sabrá usted que es el responsable del Claustro de Ciencias de Cambridge.

—Sí, por supuesto. Vive cerca de la casa de mi familia, en...

Una mueca de impaciencia cruzó el semblante de Shearing.

—¡No se lo estaba preguntando, Reavley! ¡Sé perfectamente dónde vive! Lo que ocurre es que ni quiero enviar a nadie a buscar a Corcoran, ni quiero ser visto allí. Lo que pretendo llevar a cabo podría hacernos ganar la guerra, pero si nos traicionan, a propósito o por descuido, la perderemos en cuestión de semanas. Por consiguiente, no repetirá usted nada de lo que le diga a nadie, ni en el SIS ni fuera de él, ¿entendido?

Matthew tuvo la sensación de que la habitación giraba a su alrededor. La cabeza le martilleaba. Fue casi como si volviera a estar en el despacho de Sandwell amenazado por traidores, sospechas, dudas por todas partes.

—¡Reavley!

—¡Sí, señor!

—¿Qué demonios le pasa, hombre? ¿Está borracho? —inquirió Shearing montando en cólera—.

La situación es desesperada, mucho peor de lo que podemos dar a entender al país. Es preciso que detengamos a la armada alemana, ahí es donde se libra la auténtica guerra. El mar es nuestro mayor amigo y enemigo. Tenemos que controlarlo para sobrevivir.

Matthew se quedó pasmado, mirándolo fijamente. Había una espantosa verdad en lo que Shearing estaba diciendo y sin embargo suponía la derrota en Francia y una Europa dominada por Alemania. ¿En verdad se estaba preparando para tamaño desastre? La idea resultaba profunda y dolorosamente aterradora. Hizo un esfuerzo para no perder la concentración y aguardó a que Shearing continuara.

Shearing no había apartado los ojos del semblante de Matthew.

—Necesitamos algo que detenga a los submarinos, un misil que siempre dé en el blanco y no de vez en cuando —declaró—. Los barcos están hechos de acero, igual que los torpedos y las cargas de profundidad. Tiene que haber algún modo, magnetismo, atracción, repulsión, electricidad, algo que haga que un misil encuentre su objetivo con más exactitud. ¡Imagínese, Reavley! —Sus ojos oscuros brillaban muy abiertos, casi luminosos. Sus manos dibujaban formas en el aire con delicadeza separando los dedos—. ¡Un torpedo que si es necesario cambia de rumbo, que busca y persigue a un submarino a través del agua y explota cuando lo alcanza! ¿Ha jugado alguna vez con dos imanes y una hoja de papel? ¡Mueves uno y el que está al otro lado de la hoja se mueve con él! Algo semejante tiene que ser posible, sólo tenemos que descubrir cómo hacerlo. ¡Y si hay un hombre capaz de ello, ese hombre es Corcoran!

A Matthew le pareció una idea genial pero al mismo tiempo, como si oyera el crujido del hielo, vio la rendición total si los alemanes se hacían con semejante arma. En tal caso ya no cabría pensar en la Navidad, la guerra terminaría en pocas semanas.

—¿Lo entiende? —preguntó Shearing inclinándose sobre el escritorio.

—Sí... —Matthew respiró entrecortadamente—. Sí, lo entiendo. Shearing asintió despacio con la cabeza.

—Pues vaya a ver a Corcoran y dele instrucciones de dejar todos los demás proyectos a un lado, que los asigne a sus subordinados y dé toda la prioridad a éste. Es preciso que encargue cada parte

de él a personas distintas de modo que nadie conozca el proyecto global. Aun así, todos los trabajos deberán realizarse en secreto absoluto. Me encargaré de que reciba los fondos necesarios directamente de Whitehall, sin pasar por el Tesoro o el Ministerio de la Guerra. ¡Sólo me informará a mí, a nadie más! ¿Le ha quedado bien claro?

—Sí, señor.

Matthew entendió a la primera que el secretismo era imprescindible; no era preciso añadir explicaciones. También entendió, con una revulsión que le produjo náuseas, lo que aquello significaría si Shearing fuese el Pacificador. Sería una ironía de exquisitas proporciones. Cabía la posibilidad de que Shearing fuera a encargar al mejor cerebro de Inglaterra la creación de un arma para la victoria alemana y que pensara robarla justo cuando estuviera a punto de ser utilizada. Y nadie más que Matthew Reavley lo sabría porque habría contribuido indirectamente a su creación. La ironía sería sublime: ¡la venganza por haber frustrado el plan original del Pacificador!

No tenía alternativa. El corazón le latía con fuerza, la lengua se le pegaba al paladar.

—Cuente conmigo. —No podía rehusar. Debía mantener la responsabilidad en sus manos a toda costa—. Iré mañana mismo. Shearing asintió con la cabeza.

—Bien.

Matthew fue en coche hasta Cambridge. Salió de Londres antes de las seis de la mañana para evitar los embotellamientos, y ya había recorrido un buen trecho hacia el norte cuando paró para desayunar poco después de las ocho. Hacía un día radiante. Las nubes cabalgaban por el horizonte y el sol bañaba el paisaje transmitiendo una ilusión de paz. Viendo los corderos cebados en los campos, las reses pastando y los grandes árboles que se encumbraban en el aire y acariciaban la hierba alta con sus faldas verdes de hiedra, la idea de la guerra parecía una obscenidad de pesadilla.

Pero en la taberna del pueblo donde se detuvo sólo había muchachas y ancianos. Y todos tenían los rostros crispados y los ojos tristes. Y miraban con sumo recelo a cualquier hombre joven y saludable que no llevara uniforme.

Un anciano con un brazalete negro le preguntó sin ambages:

—¿Está de permiso?

—Sí, señor—contestó Matthew mostrando respeto por su pérdida que, a juzgar por el brazalete sería reciente—. En cierto modo. Aunque aprovecho el tiempo de licencia para cumplir con un deber que no puedo comentar.

El anciano pestañeó para contener el llanto. Su rostro reflejaba tanta rabia como pesar y saltaba a la vista que ambos lo avergonzaban, pero su sentimiento era demasiado fuerte para ocultarlo.

—¡Un muchacho saludable como usted tendría que estar haciendo algo! —dijo con amargura dejando a un lado su jarra de cerveza.

—Tiene razón —admitió Matthew con súbita amabilidad al ver que el hombre estaba atormentado por la pérdida. Los detalles eran lo de menos, la pena los borraba todos, aquel hombre sólo clamaba contra la injusticia—. Pero hay cosas que deben hacerse en secreto —agregó—. Yo perdí a mis padres. Me parece que fueron las primeras víctimas de la guerra entre agentes secretos, una guerra que tampoco hay que olvidar. Mi hermano mayor está en el frente occidental y mi hermana pequeña también está allí conduciendo ambulancias.

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras se preguntó por qué lo había hecho. Nunca se había molestado en contárselo a nadie hasta entonces y desde luego no era la primera vez que lo miraban con expresión desconfiada o incluso abiertamente acusatoria. En aquellos días «cobarde» tal vez fuese la palabra más fea que existía. Se desdeñaba a quienes se quedaban en casa dejando que otros fueran a combatir, a desangrarse, quizás a morir, con un odio más intenso que el dirigido al enemigo.

Tal vez su necesidad de explicarse guardara alguna relación con el hecho de que viajaba desde la gran ciudad a la tierra natal que tanto amaba. Al cabo de una hora poco más o menos pasaría por el tramo de carretera donde habían matado a sus padres. Presentaría el mismo aspecto que aquel caluroso día de junio en que él y Joseph vieron por primera vez las marcas de gubia en el pavimento, las ramas rotas y las señales en la corteza, testigos mudos de la violencia que tanto les había arrebatado.

Y aún le dolía entrar en el vestíbulo de la casa de St. Giles y ver los muebles con los que había crecido, la manera en que la luz caía dibujando formas que veía hasta con los ojos cerrados. Pero su madre no estaría en la cocina ni su padre en el estudio.

—Mi hijo —dijo el anciano henchido de orgullo tocando el brazalete negro con su mano nudosa—. Gallípoli. Lo enterraron allí.

Matthew asintió con la cabeza. No había nada que decir. Aquel hombre no quería compasión y no cabía ayudarlo. Los lugares comunes sólo servían para poner de relieve la propia impotencia.

Terminó de comer y regresó al coche. Llegó a Selborne St. Giles a las nueve y diez. La calle mayor estaba desierta. Los niños estaban en la escuela. La tienda del pueblo permanecía abierta, los periódicos que exhibía en el exterior daban las noticias de costumbre: los Dardanelos, el frente occidental, política; nada de lo que no estuviera enterado y, desde luego, nada que le apeteciera leer.

Salió de la calle mayor y recorrió la corta distancia que había hasta la casa. Aparecía silenciosa en la mañana, casi como si estuviera deshabitada. En la imaginación aún veía el Lanchester amarillo de su padre que Judith siempre estaba dispuesta a conducir con cualquier pretexto. Hannah nunca lo había intentado siquiera. Antes de la guerra no había tenido necesidad ya que siempre había alguien que podía llevarla. Ahora pocas personas tenían vehículo propio. El combustible era caro. Los comerciantes ya no repartían a domicilio; los hombres que habrían efectuado ese servicio estaban en el ejército. La gente caminaba y acarreaba sus cosas. Si vivían en lugares apartados empleaban carritos tirados por perros o, en el mejor de los casos, por ponis. ¡Sólo Dios sabía cuántos caballos estaban también en el ejército, pobres bestias!

Apagó el motor, sacó su reducido equipaje del maletero y se dirigió a la puerta principal. La llave no estaba echada. Vaciló un instante antes de abrirla. Fue una tontería, pero por un instante el tiempo retrocedió y era un año antes. Hannah estaría en Portsmouth, Joseph en St. John's en Cambridge, pero todos los demás estarían aquí. Su madre se alegraría de verle y se pondría a pensar en preparar una cena que fuera de su agrado.

Su padre saldría del estudio e irían juntos a pasear con el perro por el jardín, donde se sumirían en la contemplación del panorama que ofrecían los campos, sin necesidad de hacer comentarios, conocedores de su belleza con una serena certidumbre. Los grandes olmos se erguirían en silencio sobre el prado con todo su follaje. Los estorninos se arremolinarían en lo alto del cielo y los reflejos dorados de los chopos titilarían con la brisa del ocaso.

Abrió la puerta y entró. Lo primero que vio en el vestíbulo fue el abrigo azul de Jenny, la hija de Hannah, en el perchero que había junto a la puerta del guardarropa. Tenía ocho años y seguramente estaría en el colegio, pero hacía demasiado calor como para necesitarlo.

El perro entró en el vestíbulo dando saltos y meneando la cola y Matthew se agachó para darle unas palmadas.

—¡Hola, *Henry*! ¿Cómo estás, viejo amigo?

Se irguió y llamó a Hannah. Tras un momento de silencio Hannah apareció por la puerta de la cocina. Su pelo era casi del mismo color que el de su madre y tenía sus mismos ojos castaños. Matthew tuvo que hacer de tripas corazón para sonreír. Tenía que amarla por sí misma, por sus penas y alegrías, no porque le recordara a otra persona. Probablemente añoraba a Alys incluso más que él. Habían estado muy unidas y ahora su hermana ocupaba en muchos aspectos el lugar

de su madre en el pueblo, tratando de proseguir con la multitud de pequeños deberes, amabilidades, gestos inadvertidos que Alys había convertido en su trabajo a lo largo de los años. Y estaba viviendo en aquella casa donde el pasado era como un eco de cada palabra, un reflejo que se desvanecía un segundo antes de que uno mirara el espejo.

La sorpresa y la dicha iluminaron el rostro de Hannah.

—¡Matthew! ¡No me habías dicho que ibas a venir! Por poco coincides con Judith, aunque estoy convencida de que eso ya lo sabías.

Se acercó hacia él presurosa mientras se secaba las manos en el largo delantal blanco. Llevaba un vestido de color ciruela con la falda estrecha en los tobillos como dictaba la moda, aunque a Matthew no le pasó por alto que era un corte del año anterior.

La abrazó y la estrechó con fuerza, y sintió su pronta respuesta. Sin duda añoraba espantosamente a Archie. Lo más probable es que ni siquiera le dejaran saber dónde estaba. Su deber era mantener las apariencias para no socavar la confianza de sus tres hijos, Tom, Jenny y Luke, y disipar toda sombra de temor, ocultar su soledad y las interminables horas de incertidumbre que la atormentaban. Y no sufría sólo por Archie, también por Judith y Joseph. Tanto mejor que no tuviera la más remota idea de cómo era la vida en las trincheras, del horror o de las privaciones cotidianas. Matthew esperó que Judith hubiese sido tan discreta como había prometido.

Hannah se apartó sorprendida.

Me vas a estrujar! —exclamó y aunque sonreía lo miró a los ojos temerosa de que trajera malas noticias. La intimidad de su abrazo le había despertado el miedo.

Matthew sonrió.

—Perdona —se disculpó—. Es que siento muy bien llegar a casa y encontrarte aquí.

Hannah se había mudado desde Portsmouth pocos meses atrás. Archie rara vez disfrutaba de un permiso, pero cuando lo hacía tenía tiempo suficiente para ir hasta Cambridgeshire. Era insensato dejar la casa vacía y ninguno de ellos había querido alquilársela a extraños.

—¿Tienes hambre? —preguntó Hannah.

—No, pero me encantaría tomar una taza de té.

Hannah pasó delante hacia la cocina, que presentaba el mismo aspecto de siempre: la porcelana blanca y azul en el aparador galés, las jarras de barro cocido marrón con las palabras «leche» y «crema» en blanco, la media docena de platos pintados a mano con motivos de hierbas y flores silvestres colgados en la pared. Hannah había estado preparando masa y los cuencos, blancos por dentro y ocres por fuera, todavía estaban encima de la gran mesa de madera.

Hannah removió el carbón de la hornilla y puso la tetera a calentar. Durante un cuarto de hora charlaron sobre el pueblo y la gente que ambos conocían.

—Bibby Nunn murió —dijo Hannah mirando a Matthew por encima de la taza que sostenía con ambas manos como si tuviera frío—. Se enteraron ayer. Mae Teversham fue una de las primeras en ir a ver a Sarah. ¿Es ridículo, no crees, que haya sido necesaria una muerte para poner fin a esa estúpida riña? Los dos chicos de Mae también están allí y la próxima vez podría tocarle a ella. Creo que ésa es la sensación que todo el mundo tiene.

Matthew asintió con la cabeza.

—Y Jim Bullen, el de la granja de la carretera de Madingley, perdió la pierna en Francia y ahora está inválido en casa. Roger Harradine está desaparecido en combate. Su padre lo llora en silencio. Aún no se atreve a hablar de ello, y Maudie todavía no ha perdido la esperanza.

Habían acabado el té y salido a conversar al jardín antes de que Matthew osara preguntar si últimamente había recibido noticias de Archie.

Hannah contemplaba las malas hierbas de un parterre.

—Añoro a Albert —dijo en voz baja—. Apenas puedo cuidar del jardín. Los niños hacen lo que

pueden. A Tom se le da bastante bien aunque no le gusta la jardinería. Luke es demasiado pequeño pero lo intenta. —Pestañeó aprisa y apartó la vista. Hannah no le diría nada, lo consideraría una deslealtad, pero Matthew sabía lo dura que resultaba para su hermana la ausencia de Archie. Todos lo echaban de menos pero sólo ella sabía el peligro que corría. Leía los periódicos y se enteraba cada vez que un barco se iba a pique. Ocultaba su miedo a sus hijos.

Hannah suspiró profundamente con la vista aún clavada en el arriate de frambuesas que era el favorito de Joseph. Cada vez que Joseph pasaba junto a él mientras estaban maduras no podía evitar coger media docena.

—Dice que está bien —dijo Hannah contestando a la pregunta de Matthew—. Tom reza para que la guerra se prolongue lo bastante como para darle tiempo a enrolarse en la Marina —añadió tratando de reír.

Matthew apoyó una mano en su hombro.

—Tiene un padre del que sentirse orgulloso. No es de extrañar que quiera emularlo.

—¡Sólo tiene trece años! —protestó Hannah con los ojos encendidos y anegados en lágrimas—. ¡Es un crío, Matthew! No sabe lo que dice. Piensa que es algo emocionante y magnífico. No sabe cuántos hombres mueren, quedan lisiados o desaparecen. Y cuando un barco se hunde, casi nunca hay supervivientes.

—Ya lo sé —convino Matthew—, pero ¿quieres que Tom tenga las mismas pesadillas que tú?

Hannah se volvió hacia él de golpe.

—¡No! ¡Claro que no!

—Pues no tendrás más remedio que aguantar y dar gracias a Dios de que tenga trece años y no quince —dijo Matthew con tanta amabilidad como pudo—. Y alégrate de que Luke sólo tenga cinco.

—Lo siento —se disculpó Hannah ruborizándose un poco—. Fue muy agradable tener a Judith aquí aunque sólo fuera durante un día y medio. Ha cambiado, ¿no crees? —Rió como para sus adentras—. La he visto tan competente, tan llena de voluntad. Sigue siendo tan emotiva como siempre pero ahora todo está canalizado. Parece casi perverso decirlo pero lo cierto es que la guerra le ha dado algo. Se ha encontrado a sí misma.

Matthew sonrió a su pesar.

—Sí.

Era indiscutible. La guerra había confundido a Hannah dividiendo sus lealtades entre la seguridad del pasado y las necesidades del presente. Había enfrentado a Joseph a un horror que ponía a prueba su fe más allá de los límites de ésta; le había arrebatado todas las viejas respuestas para que él solo buscara otras nuevas. También había destruido la seguridad de Matthew llevándolo a sospechar de todo el mundo. Ya no confiaba en nadie, estaba totalmente aislado. Pero a Judith le había conferido madurez al darle un norte, una actividad que tenía sentido y, por primera vez en su vida, personas que la necesitaban.

—Ojalá pudiera —dijo Hannah en voz baja—. Intento ayudar en el pueblo tal como lo habría hecho nuestra madre. Pero todo está cambiando. Las mujeres están haciendo trabajos que antes hacían los hombres. Comprendo que tiene que ser así. —Miraba fijamente a lo lejos. Las nubes flotaban en el cielo agrupadas en brillantes y silenciosas torres—. ¡Pero el caso es que les gusta! Lizzy, la hermana de Tucky Nunn, está trabajando en un banco en Cambridge y le encanta. Ha descubierto que se le dan muy bien la aritmética y la administración. ¡Quiere quedarse en el puesto cuando regresen los hombres! Está empeñada en que nos organicemos para pedir con más fuerza el voto para las mujeres. Y lo cierto es que no se me ocurre ningún argumento en contra. Aunque, de todos modos, detesto que todo cambie.

Matthew le puso un brazo en los hombros y Hannah se apoyó un poco en su hermano.

—Estoy asustada —admitió Hannah en voz baja—. No soporto estos cambios.

Matthew estuvo a punto de decir que probablemente todo volvería a la normalidad después de la guerra, pero en realidad no sabía si sería así; ni siquiera sabía si ganarían la guerra. Una parte de él deseaba consolarla a toda costa; pero si jamás le había mentado a Judith, no iba a ser menos con Hannah.

—Aguardemos a que los hombres regresen antes de decidir quién va a hacer qué —dijo en cambio—. Tengo que ir a ver a Shanley Corcoran esta tarde y me ha invitado a cenar. Pero vendré a pasar la noche. Puede que llegue tarde, no me esperes despierta.

—Vaya... —contestó Hannah con desilusión, y él percibió lo sola que se sentía. En Gran Bretaña tenía que haber más de un millón de mujeres que sintieran lo mismo, y muchas más en Francia, Austria y Alemania. Estrechó un poco el abrazo. No había más que decir.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Shanley Corcoran con los ojos brillantes de entusiasmo. Estrujó las manos de Matthew vigorosamente con una familiaridad que volvió a despertar en éste recuerdos de la infancia, de una seguridad que parecía pertenecer a otro mundo, sólo por accidente situada en las mismas casas, con los mismos árboles alrededor y los mismos cielos despejados en verano.

—Lamento que haya transcurrido tanto tiempo —se disculpó Matthew con sinceridad. Tenía que pasar mucho más tiempo en Londres que antes, cosa que iba en detrimento de las viejas amistades.

Corcoran entró seguido por Matthew a la casa de techos altos con sus amplias ventanas georgianas, extensos suelos de parqué y paredes de colores cuya viveza se había matizado con los años.

—Lo entiendo —dijo indicando un asiento para Matthew cuando entraron en la sala de estar cuyas cristaleras daban a la terraza. Estaban abiertas y dejaban entrar el leve murmullo de la brisa del atardecer en los árboles y los trinos de los pájaros. Corcoran estaba muy serio. No era guapo de una forma convencional pero su inteligencia y su vitalidad le hacían parecer más despierto que los demás hombres, encendido con más pasión y ganas de vivir—. Andamos todos demasiado ocupados para gozar de los placeres como antes, pero ¿quién puede desdeñar las pequeñas satisfacciones, con los tiempos que corren? —Miró a Matthew con repentina concentración—. Pareces cansado, preocupado. ¿Traes malas noticias?

La mirada se le enturbió anticipando un mal trago. Matthew sonrió a su pesar.

—Sólo noticias de la guerra —contestó—. Judith ha disfrutado de un breve permiso y anteayer la vi.

—¿Y Joseph? —preguntó Corcoran sin dejar de mirarlo de hito en hito.

—Tiene un trabajo muy duro —respondió Matthew—. Yo no sabría por dónde empezar si tuviera que convencer a los hombres destinados allí de que existe un Dios que los ama y que, pese a que todo indique lo contrario, tiene la situación bajo control.

—Yo tampoco —dijo Corcoran con franqueza—. Aunque lo cierto es que nunca he estado seguro de saber en qué creo. —Sonrió con un afectuoso e íntimo ademán, como burlándose de sí mismo—. No soportaría la idea de que todo fuese un azar sin sentido y que la ética fuera sólo lo que nuestra sociedad establece. Sin embargo, cuando me detengo a analizarla, la religión organizada presenta muchas contradicciones lógicas, absurdos a los que se contesta con el consabido «oh, ése es el sagrado misterio», como si eso lo explicara todo salvo nuestra propia deshonestidad para enfrentarnos a sus contradicciones.

Apretó los labios y prosiguió.

—Pero mucho peor que eso es la insistencia en mezquinas normas obligatorias que prescinden de la bondad que se supone constituye el meollo de todas ellas. Si existe un Dios tal como lo

conciben los cristianos, no tendría que haber lugar para la ceguera, la hipocresía, los juicios farisaicos, la crueldad ni ninguna otra cosa que cause sufrimientos innecesarios, y mucho menos para el odio. Y la religión parece nutrirse de éste en buena medida.

—Joseph le diría que es culpa de la debilidad humana —contestó Matthew—. La gente usa la religión para justificar lo que desea hacer. No es la causa sino sólo la excusa.

Los ojos de Corcoran brillaron.

—¿Eso diría?

—Sin duda alguna —dijo Matthew—. Eso es exactamente lo que le dijo a nuestro padre para rebatir el mismo argumento.

Matthew lo recordaba tan vívidamente como si hubiese ocurrido la semana anterior aunque en realidad, cuando contó los años transcurridos, hacía más de siete. Joseph acababa de ser ordenado sacerdote en lugar de licenciarse en medicina tal como hubiese querido John Reavley. Pero aun así su padre había estado orgulloso de la sinceridad de Joseph y de su voluntad de servir al prójimo aunque fuera por un camino distinto. Se sentaron en el estudio junto a la chimenea, con la lluvia azotando las ventanas, y conversaron hasta bien entrada la noche. Matthew evocaba sus rostros: el de Joseph muy serio, ansioso por explicarse; el de John más sereno, con una profunda satisfacción que fue creciendo poco a poco al constatar que el argumento tenía lógica además de pasión, que acertado o erróneo no carecía de fundamento.

Corcoran también estaba rememorando el pasado, aquella prolongada amistad que se remontaba a los tiempos en que él y John Reavley estudiaban juntos en la universidad, paseaban bajo el sol por los Backs a lo largo del río o permanecían toda la noche en vela hablando de filosofía y de sus sueños y contándose chistes.

—¿Estás preocupado por él? —preguntó Corcoran regresando al presente.

—¿Por Joseph? —dijo Matthew—. Tanto como por cualquier otro. —No era verdad pero no quería reconocer ante Corearan ni ante sí mismo el peso de la carga que Joseph estaba soportando—. Hábleme de usted. Parece... —lo pensó un momento— lleno de energía.

Corcoran sonrió de oreja a oreja y se le iluminó el semblante.

—Si pudiera contarte lo que andamos haciendo en el Claustro lo entenderías. —Su voz adquirió de repente un matiz de apremio. Se inclinó hacia delante en el asiento—. Contamos con hombres excelentes, brillantes, y uso el término tal como lo hubiese hecho tu padre, las mejores mentes de Inglaterra en sus respectivos campos. Creo que esta guerra en gran parte se ganará o perderá con ideas en el laboratorio, inventos que cambiarán la manera de combatir, que quizás hasta pongan fin a esta terrible matanza de hombres. Matthew, si logramos crear un arma más poderosa, más destructiva que cualquiera de las que tienen los alemanes, una vez que se lo hayamos demostrado dejarán de enviar hombres a un campo de batalla del que no puedan salir victoriosos. Al principio el coste será alto pero sólo por una corta temporada, muy breve. Al final se habrán salvado cientos de miles de vidas.

Matthew sintió una repentina punzada de esperanza.

—¿Podrían trabajar en algo para mejorar la guerra en el mar? —preguntó—. Nuestras pérdidas van en aumento, tanto en hombres como en barcos y en suministros esenciales para nuestra supervivencia.

Corcoran no se precipitó; estudió el rostro de Matthew, la intensidad de su expresión, el alcance de sus palabras.

—¿Por eso es por lo que estás aquí? —le preguntó en voz baja—. No has venido a verme sólo porque estuvieras en Cambridge, ¿verdad?

—No. Me ha enviado mi jefe en el SIS —contestó Matthew—. El asunto es tan secreto que no debe existir nada por escrito. No quiere que usted vaya a Londres ni que nadie lo vea a él por aquí. No debe confiar en nadie. Todo el trabajo que haga deberá dividirse entre sus hombres de tal



manera que ninguno por separado pueda deducir en qué consiste el proyecto.

Corcoran asintió muy despacio con la cabeza.

—Entendido —convino por fin—. ¿De qué se trata? Supongo que eso sí me lo podrás decir...

—Algo para mejorar la precisión de las cargas de profundidad o los torpedos —dijo Matthew—. Lo que ahora se hace es arrojar un puñado y confiar en haber adivinado las intenciones del capitán del submarino. Si hay suerte una de ellas caerá en el lugar correcto y a la profundidad correcta y le causará daños. —Se inclinó hacia delante—. Pero si consiguiéramos inventar algo que pegara la carga de profundidad al submarino, o quizá que la hiciera detonar a cierta distancia, tendríamos tanta ventaja que perderían demasiados submarinos como para que éstos resultaran efectivos.

No agregó lo importante que era conservar el control de las rutas marítimas. Como cualquier inglés, Corcoran lo sabía de sobra, y ahora más que nunca.

Corcoran guardó silencio tanto rato que Matthew comenzó a impacientarse, preguntándose si su petición sería un disparate o estaría fuera de lugar por alguna razón que no había tomado en consideración.

—Magnetismo —dijo Corcoran finalmente—. De un modo u otro la respuesta reside ahí. Por supuesto los alemanes también idearán algo parecido y habrá que pensar en el modo de burlar las medidas protectoras que hayan desarrollado, pero eso no impide que tengamos que hacerlo. ¡Hallaremos el modo antes que ellos! Si se les ocurre algo antes que a nosotros y lo incorporan a sus torpedos podemos darnos por vencidos. —A pesar de sus palabras la energía de su rostro desmentía cualquier sensación de desaliento. Estaba aceptando el desafío y el fuego del reto ya ardía en su interior—. Necesitamos un presupuesto —continuó—. Ya sé que todo lo necesita, pero esto es prioritario. Os proporcionaré una lista de especificaciones, cosas que nos harán falta, a quién recomiendo para que participe en el proyecto... Necesitaré algunos datos del Almirantazgo, pero no creo que eso vaya a ser un problema...

Matthew sacó unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta y se los pasó.

—Aquí encontrará casi todo lo que necesita. Pero hay dos condiciones.

Corearan se quedó perplejo.

—Has dicho que el trabajo debe distribuirse de modo que nadie conozca el proyecto global. ¿Cuál es la otra?

—Informaré única y exclusivamente a Calder Shearing. Alto secreto. A nadie más, ni siquiera a Churchill o a Hall. ¿Acepta?

Corcoran lo miró con una chispa de reconocimiento en los ojos y acto seguido se puso a examinar los papeles. Pasaron varios minutos antes de que terminara.

—Sí —dijo con decisión—. Ya tengo algunas ideas. Quizá consigamos algo que hará historia, Matthew.

Esta creencia no era ciego optimismo sino una fe fundamentada en la posibilidad y el empeño. Viendo su rostro radiante de inteligencia y conocimientos Matthew sintió crecer la esperanza.

—Me encargaré de que tenga su presupuesto —prometió.

No tuvo ocasión de abundar más en el asunto, si bien tampoco quedaba mucho que decir, porque Orla Corcoran entró en la habitación y Matthew se levantó para saludarla. Era esbelta, muy elegante, con el pelo todavía oscuro. La conversación siguió por otros derroteros. Orla estaba ansiosa por recibir noticias de Londres, donde hacía casi tres meses que no había puesto los pies.

—Hay mucho que hacer aquí, más de lo que parece —le dijo con expresión compungida cuando se hubieron sentado a la mesa del comedor—. Por supuesto, lo más importante de la región es el Claustro, pero también tenemos fábricas, hospitales y varias organizaciones que atienden a la gente. En general se procura fingir pero nadie lleva la misma vida de antes. Todo el mundo tiene a alguien de quien preocuparse, sea en el frente occidental o en Gallípoli. Escuchamos las noticias aterrorizados y cuando llega el correo veo los rostros de las mujeres del pueblo y sé lo que están

temiendo.

—Lo entiendo —dijo Matthew con una extraña sensación de culpa por participar en la misión de arruinar los planes de los hombres que habrían mantenido la paz, aunque fuese con deshonor, y evitado todo aquello. No dudaba que llevaba razón, sólo que entonces no había imaginado que el precio sería tan elevado, la pérdida de un individuo tras otro en un millón de hogares esparcidos por todo el país.

Ahora bien, si el plan del Pacificador hubiese tenido éxito, ¿qué habría sido de Francia? ¿Se habría convertido en una provincia de Alemania, ocupada por el ejército del káiser, traicionada por Gran Bretaña, en quien había confiado? Y eso habría sido sólo el principio. El resto del mundo habría caído después como una hilera de fichas de dominó: delación, colaboracionismo, traiciones multiplicadas mil veces, juicios secretos, ejecuciones, más tumbas.

No, aquel precio era terrible pero no era el peor.

La conversación los llevó a hablar de su entorno más inmediato. A medida que la velada avanzó fueron hablando menos del presente y ahondando más en episodios alegres del pasado, recordando los tiempos de antes de la guerra.

Matthew se marchó poco después de las once y a medianoche ya estaba en casa en St. Giles. Durmió bien por primera vez en semanas, envuelto en el silencio del campo, el viento en los olmos y la luz de las estrellas.

En la casa de Marchmont Street el Pacificador también hablaba de Cambridgeshire, más en concreto del Claustro de Ciencias allí establecido. El hombre con quien hablaba era joven, de rostro anguloso, lleno de pasión e inteligencia.

—Claro que podré ingresar —dijo muy serio—. Tengo un expediente académico excelente.

—No se muestre demasiado ansioso —advirtió el Pacificador. Estaba de pie junto a la repisa de la chimenea mirando al hombre más joven que ocupaba el sillón, los codos apoyados en las rodillas y la vista levantada hacia él. Tenía mucha confianza en sí mismo, diríase que demasiada tratándose de alguien con tan poca experiencia en el ámbito profesional. Se había licenciado con matrícula de honor en matemáticas e ingeniería. Sabía exactamente lo que quería alcanzar y estaba convencido de que lo conseguiría. Resultaba desconcertante ver a alguien tan ignorante de los caprichos del destino.

—Todo buen inventor es ansioso —respondió el joven—. Si no crees en ti mismo, ¿cómo puedes esperar que lo hagan los demás?

El Pacificador estaba irritado con el muchacho por su arrogancia y consigo mismo por haber permitido que sus propias palabras se volvieran contra él.

—Un hombre que conoce su valía no se muestra ansioso por ser aceptado por poco —dijo fríamente—. Insiste en una gratificación que esté a la altura de tus deseos, bien sea en dinero, honores, oportunidades o colegas con quienes trabajar. Tienen que creer en ti, y puede que tu oportunidad se haga esperar.

El rostro del otro hombre se puso muy serio de repente.

—Sé por qué estoy en esto —contestó—. No lo olvidaré. La paz mundial, un imperio donde los creadores e inventores, los artistas, los escritores y los músicos no estén enganchados a las ruedas de la guerra y su insensata destrucción sino a la mejora de la humanidad. —El timbre de su voz era apremiante—. Con paz, orden y el imperio universal de la ley seremos capaces de construir casas adecuadas para vivir en ellas, aviones que vuelen a través de continentes y océanos sin tener que detenerse a repostar. Podremos erradicar la enfermedad, quizás incluso el hambre y la miseria. Dispondremos de tiempo libre para pensar, para desarrollar una gran filosofía, escribir drama y poesía...

El Pacificador percibió su entusiasmo y se sintió menos cansado. El rostro del muchacho se endureció hasta adoptar una expresión de gélida furia.

—No podemos enviar a nuestros visionarios y poetas a morir como animales en un vergonzoso despilfarro, ni a matar a jóvenes alemanes que también podrían dar al mundo su pasión y su destreza si no estuvieran tumbados boca abajo con el cuerpo hecho pedazos en el barro de un cráter de mala muerte. —Se puso de pie con los puños cerrados—. Sé para qué estoy aquí y aguardaré cuanto sea necesario. ¿Piensa que me está utilizando para llevar a cabo sus planes? ¡Pues se equivoca! Soy yo quien le utiliza a usted porque sé que lo que hago está bien.

El Pacificador sonrió muy levemente.

—¿Podemos convenir en que nos utilizamos mutuamente? Haré uso de mis influencias para que en el Claustro se tomen tu solicitud en serio. Infórmame muy de vez en cuando y con la mayor discreción. Shanley Corcoran es un hombre fenomenal. Gánate su respeto y confianza y te saldrás con la tuya cuando llegue el momento.

El joven le devolvió la sonrisa con los ojos brillantes y la espalda erguida.

—Así lo haré —prometió.

## 8

La ambulancia pegaba sacudidas por culpa de los baches y Judith se despertó y se incorporó en el asiento. Había pedido que la llevaran desde donde la había dejado el camión de abastecimiento en el que había viajado desde la estación hasta unos cuarenta y cinco kilómetros del frente en territorio francés. Ahora el hedor que tan bien conocía flotaba en el aire y supo que se estaban aproximando a las trincheras. Miró por la ventanilla y vio la campiña llana que se extendía a su alrededor, los álamos de follaje verde pálido alineados en los caminos, aquí y allí dos o tres muertos y desprovistos de hojas.

—Ya me imaginaba que eso te despertaría —dijo el conductor alegremente. Era un hombre de poco menos de cuarenta años con un bigote de cepillo a quien le faltaba un dedo en la mano izquierda—. La nariz te ha dicho que ya estamos en casa, ¿eh?

Judith sonrió torciendo las comisuras de la boca hacia abajo.

—Me temo que sí. No es que una olvide exactamente cómo huele pero da la impresión de ser peor cuando has pasado un par de noches lejos —confesó atribulada.

—¿Qué tal por Inglaterra? —preguntó el conductor. Había una emoción contenida en su voz, cosas que no se atrevía a permitir que subieran a la superficie de su mente.

Judith vaciló sólo un instante. Si no hubiera una patria a la que regresar, ningún ideal por el que luchar, ¿qué sentido tendría todo aquello?

—De maravilla —contestó con firmeza—. Los mismos atascos en Piccadilly, los mismos escándalos en los periódicos y los mismos temas de conversación: el tiempo, los impuestos y el críquet. Hasta pasé un par de días en casa. Los pueblos también siguen igual que siempre: los granjeros se quejan de la lluvia como de costumbre, que si demasiada, que si demasiado poca; las mujeres discuten sobre a quién le toca arreglar las flores de la iglesia pero siempre acaban arreglándolas y siempre están preciosas; sigue habiendo quien pasa por la calle en bicicleta demasiado deprisa, y los perros de los vecinos no han dejado de ladrar. Sí, Inglaterra sigue tal como era y no la cambiaría por nada, ni siquiera a este precio. —Y agregó con suma gravedad—: Al menos estoy bastante segura de que no lo haría.

—Yo tampoco —contestó el conductor mirando de frente hacia la carretera que corría recta entre dos acequias. Un molino a lo lejos era el único elemento que interrumpía la monotonía de la llanura—. ¿Dónde quieres que te deje, guapa? —preguntó.

—En Poperinge —contestó Judith sin titubear—. O tan cerca de allí como pueda.

Iba a buscar a Cullingford para entregarle la carta de la señora Prentice y reanudar el trabajo como su conductora. Se dio cuenta del entusiasmo con que lo había dicho. Iba echada hacia delante como si estuviera a punto de apearse cuando aún faltaban por lo menos cinco kilómetros. Seguramente conocía mejor todas aquellas carreteras que el conductor que iba sentado a su lado. Éste le echó una ojeada.

—Tienes novio aquí, ¿verdad? —dijo sonriendo.

Judith notó que se sonrojaba. Su compañero debía de preguntarse por qué estaba tan contenta de estar de vuelta allí cuando acababa de disfrutar de un permiso. ¿Qué otra explicación cabía?

—Algo por el estilo —contestó Judith. Eso era lo bastante próximo a la verdad como para que él la creyera, y no quería que la siguiera interrogando al respecto. No podía decir la verdad, ni siquiera a sí misma.

El conductor se rió.

—¡Apuesto a que él también piensa «algo por el estilo»!

La condujo hasta el mismo Poperinge. Judith le dio las gracias y se apeó en la plaza mayor. Hacía un día templado, unas pocas nubes cruzaban el horizonte y el sol brillaba en los adoquines. Había un par de bicicletas aparcadas frente al escaparate del estanco. Las mujeres hacían cola en la panadería. Oyó voces y un fragmento de canción procedentes de The Rats Nest en la esquina del callejón. Se dirigió hacia allí y al verla una media docena de soldados reunidos en la taberna cantaron en voz más fuerte, marcando el compás con palmas y acabaron con un coro entusiasta aquella versión subida de tono de *Goodbye Dolly Gray*.

—¿A quién andas buscando, preciosa? —preguntó un soldado con fingida esperanza. Aparentaba unos veinte años y tenía los ojos azules y la cara torcida.

—¡Toma una cerveza con nosotros! —instó otro—. Si bebes lo suficiente olvidarás que esto es un maldito matadero y creerás que a la vuelta de la esquina vas a ver un par de vacas y un estanque con patos en vez de un cráter apestoso lleno de cadáveres de antiguos camaradas.

Alguien le dijo bruscamente que se callara.

—Necesitaría algo más que cerveza para conseguir eso —contestó Judith con una sonrisa breve—. Estoy buscando al general Cullingford. Soy su conductora. Al menos lo era hasta que me dieron unos pocos días de permiso. Pero ya estoy de vuelta.

Uno de los hombres la miró de arriba abajo y murmuró algo entre dientes. Otro le arreó al mirón un golpe que le hizo callar de golpe.

—Lo siento, guapa —dijo el primer hombre—. Me parece que has perdido el empleo. El general salió de aquí ayer por la tarde con un conductor nuevo. Un tipo menudo y muy arreglado con el uniforme impecable y cara de colegial, aunque bastante cortés y capaz de conducir un coche como si lo hubiese construido con sus propias manos.

No era posible. Judith se quedó atónita, como si hubiese chocado contra un muro y se hubiese magullado hasta los huesos. ¡Él no le haría eso!

—Lo siento, guapa. Me parece que vuelves a las ambulancias o lo que fuera que hicieras antes.

—¿Cómo?

Judith lo miró como si lo viera por primera vez. Era delgado y moreno, quizá de veintitantos años, mayor que muchos de los otros, y la insignia que llevaba en la manga indicaba que era cabo.

—¿Qué conducías antes de llevar al general? —preguntó—. ¿Ambulancias?

—Sí.

—Pues mejor será que vuelvas a ellas. Como voluntaria puedes hacer lo que quieras, supongo, pero ahí es donde se te necesita más si sabes conducir.

Judith asintió con la cabeza. Era ridículo que perder el empleo le doliera tanto. Si lo pensaba con sinceridad, sabía que no podía seguir llevando al general de una parte a otra. Era un trabajo de hombres.

—Gracias —agregó distraídamente.

—¿Estás bien, guapa? —preguntó el cabo, preocupado—. Pareces un poco... No sé, abatida.

Judith se obligó a sonreír.

—Sí, gracias. Es que resulta raro volver a estar aquí. Hay que acostumbrarse a la peste otra vez.

—¡Y que lo digas! Ven, siéntate un momento. ¡Wally! Trae un coñac enseguida, ¿quieres? Esta muchacha tiene que recobrar el ánimo antes de salir a la carretera. Yo no sabría conducir una de esas malditas ambulancias tan grandes y tú tampoco. Puede que la necesitemos... ¡Dios no lo quiera!

Los soldados rieron a carcajadas y un momento después Judith tenía una copa en la mano. El licor le quemó la garganta y la sacó de golpe de su estupor. Cayó en la cuenta de lo amables que estaban siendo con ella y se avergonzó de mentir en cuanto al motivo de su desánimo. Pero la verdad era un secreto, tenía que serlo. No quería admitirla. Les dio las gracias, terminó el coñac y

fue en busca de alguien que quisiera acompañarla al cuartel general de los conductores de ambulancia voluntarios.

Llegó por la tarde temprano. Aprovechando la calma de aquella hora casi todos los conductores efectuaban tareas de mantenimiento y pequeñas reparaciones en sus vehículos. Judith encontró a Wil Sloan asomado al motor de la ambulancia que solía compartir con él, mirando con expresión atribulada la mugre que cubría el conmutador. El rostro de Wil se iluminó al verla. Dejó la lata de aceite a un lado y la abrazó.

—¡Hola, cariño! ¿Dónde has estado?

La apartó de sí sosteniéndola por los hombros y la miró muy serio a los ojos.

—En mil sitios —contestó Judith—. Y luego un par de días en Londres.

—¿Qué te pasa?

Habían pasado juntos tantas experiencias buenas y malas que Wil enseguida notó que algo iba mal. Juntos habían reído de chistes malos, compartido la última pastilla de chocolate, leído las cartas que recibían de casa.

—Fui a ver a la señora Prentice, la madre del corresponsal que mataron —contestó Judith—. Cené con mi hermano y luego pasé dos noches en casa, en St. Giles. Y ya está. Creo que lo más importante es que me he dado tres baños calientes. ¡Lo primero es lo primero!

—¿Y cenaste en un restaurante donde no se oían cañones de fondo? —inquirió Wil—. ¿Qué tomaste?

—¡Una ración gigante de pudín con helado!

—¡Torturadora!

Judith sonrió. A pesar de que disfrutaba en su trabajo con el general había añorado a Wil.

—Sí —admitió con una sonrisa.

—¿Y qué es lo que va mal, entonces?

—¿Piensas limpiar eso o no? —preguntó Judith señalando el conmutador con el mentón—. ¡No vas a llegar muy lejos si lo dejas tal como está!

Wil comprendió que Judith quería cambiar de tema y le pasó la lata de aceite antes de poner su atención en la limpieza del conmutador. Trabajaron juntos un rato, volvieron a ponerlo en su sitio, luego lubricaron los pernos del eje y engrasaron el soporte de la dirección. Cuando hubieron concluido la tarea, las piezas quedaron limpias y relucientes y ellos sucios en la misma proporción.

—¿Y qué haces otra vez aquí? —preguntó Wil por fin mirándola tan fijamente que Judith no pudo eludir sus ojos.

—Conducir ambulancias, espero —contestó la muchacha frotándose las manos en vano con un trapo manchado.

—¿Es eso lo que va mal? —insistió Wil.

—Me figuro que sí. El general tiene un conductor nuevo, recién salido de la escuela según me han dado a entender. Aunque de todos modos yo sólo era una suplente a corto plazo.

Wil la miró de soslayo mostrando la mancha de aceite que tenía en la mejilla.

—Estás que echas chispas. ¿Por qué? ¿Han herido tu orgullo?

Judith apartó la vista.

—No... —De pronto no supo cómo continuar. Le daba miedo que Wil la conociera lo suficiente como para adivinar sus sentimientos aunque no le dijera nada, pero seguía prefiriendo no sincerarse con él, al menos por el momento. Había cosas de las que era mejor no hablar, ni siquiera con los mejores amigos.

Con un tacto innato Wil adivinó la verdad y disimuló.

—Te gusta el trabajo, ¿verdad? Seguro que lo haces mejor que ese tío, además. ¿Qué va a saber él?

—Todo sobre los coches, según parece —replicó Judith. Wil sonrió de oreja a oreja.

—¿Sólo eso? ¡Pues ya le arreglaremos la carreta cuando haga falta! Esto es Ypres, no Piccadilly Circus.

—¿Tú nunca has estado en Piccadilly Circus! —señaló Judith. Conocía muy bien las aventuras que Wil había vivido en el periplo desde su Missouri natal, donde su temperamento explosivo se desbocó más de la cuenta en una ocasión, si bien era cierto que en defensa de alguien más débil. El caso fue que la pelea que tuvo lugar a continuación dejó a otros dos muchachos maltrechos, uno de ellos de bastante gravedad. A Wil le advirtieron que sería muy insensato quedarse a plantar cara a las situaciones desagradables que sin duda acarrearía el altercado. Tenía que dejar transcurrir al menos uno o dos años para que la gente olvidara.

El tío que le dio tal consejo también le dio el dinero para el pasaje hasta Francia, pero Wil tuvo que buscarse la vida para cruzar el Medio Oeste de Estados Unidos hasta Nueva Inglaterra y luego Nueva York. Viajó en trenes de mercancías, trabajó en lo que pudo y vio más de su país que la mayoría de sus compatriotas. Pero su objetivo fue siempre servir en la guerra, y aunque tardó casi tres meses por fin llegó a Calais y de allí siguió hacia el norte hasta Ypres.

Judith había escuchado fascinada sus relatos de una tierra inmensa poblada por una increíble variedad de gentes, llenas de compasión e ingenuidad. Había llorado por sus desgracias, por aquellos que habían resultado heridos de cuerpo o alma, y también reído de sus escapadas. Más de una vez durante las noches más frías, calados hasta los huesos y con el viento azotando la tierra desprotegida, Judith se había dado cuenta de que Wil iba inventando cosas sobre la marcha por el mero afán de entretenerla.

Pero lo esencial de sus historias era bien cierto y sus andanzas no lo habían llevado hasta Londres. Ése era un sueño que mantenía vivo para hacerlo realidad antes de regresar a Missouri: conocer Londres y París.

Ahora Wil le estaba sonriendo.

—¡Caray! Pareces adivina. Algún día iré. Me llevarás tú. ¿Quieres recuperar tu trabajo?

—Sí —contestó Judith, y lo dijo tan rápido que se alarmó. Wil enarcó las cejas.

—¿No tienes las ideas muy claras, verdad?

Judith le dio un puñetazo en el brazo y de repente notó que estaba al borde del llanto.

—No está a mi alcance, Wil. Tiene otro conductor.

—¡Un pardillo!

—¿Un qué?

—Un tío que no se entera de nada —explicó Wil—. Que está verde, vamos. ¡Venga! Lavémonos y en marcha. Averiguaremos dónde está ese saldo y nos libraremos de él.

Judith sintió una repentina punzada de inquietud al recordar a Prentice.

—¿Librarnos de él! ¿Cómo?

Wil se medio encogió de hombros.

—No sé, ya se nos ocurrirá algo.

—En realidad tengo una carta que debo entregar al general —dijo Judith caminando a su lado hacia el agua y el jabón—. Y puesto que es personal y debo hablarle de su hermana, lo cierto es que necesito dar con él.

—Pues claro que sí —convino Wil—. No hay que dar explicaciones.

Judith le dedicó una sonrisa radiante.

—Nada de explicaciones. Al fin y al cabo no somos militares, ¿verdad?

—¡Exacto! —Wil le hizo el saludo con elegancia—. ¡Vayamos en busca del general!

Fue una larga tarea. El día anterior se había lanzado una gran ofensiva sin éxito y el número de bajas era muy elevado. El general Plumer se había visto obligado a batirse en retirada y reinaba un caos considerable. No resultaba fácil batallar contra el enojo y la desesperación. El segundo ataque alemán con gas había hecho que fuera aún peor.

—¿El general Cullingford? —preguntó Wil a un agobiado brigada.

El hombre se frotó la frente con la manga dejando una mancha de sangre y tierra.

—¡Jesús! ¡Y yo qué sé! ¡Si dependiera de esta gente todos los generales estarían a dos metros bajo tierra! Y yo no se lo discutiría. ¿Para qué lo buscáis, por cierto? Hemos evacuado a todos los heridos de aquí y casi todos los muertos están enterrados, al menos los que hemos encontrado.

Wil permaneció inmóvil con el rostro muy pálido.

—Cullingford no está tan mal para ser general. Tenemos un mensaje para él. Un miembro de su familia ha fallecido.

El brigada enarcó las cejas.

—¡Venga, hombre! ¿Quieres decir que los generales tienen familia? Y yo que pensaba que salían gateando de unos agujeros del suelo.

—¡Alguien tendría que enseñarle la realidad de la vida, brigada! —espetó Judith—. Por raro que pueda parecer, una vez hasta usted tuvo una madre que le limpiaba los mocos y todo lo demás. Y lo más probable es que pensara que usted merecía eso y más.

El brigada se puso rojo como un tomate, aunque resultaba imposible decir si se avergonzaba de su actitud o de lo que Judith pudiera imaginar acerca de él.

—Sí, señorita. He oído que se iba hacia Wulverghem pero no estoy seguro.

—Gracias —contestó Judith con fría formalidad.

La siguiente persona a quien preguntaron era un comandante que se mostró mucho menos dispuesto a cooperar. En cambio les ordenó que llevaran a Poperinge a media docena de hombres con heridas de metralla y huesos rotos.

Resultaba extrañamente familiar volver a tratar con hombres heridos, soldados rasos que obedecían órdenes sin tomar más decisión que la de templar sus nervios y seguir adelante para cumplir con lo que se esperaba de ellos, no ya por parte del ejército o de sus seres queridos en la patria, sino de los hombres con quienes vivían día a día.

Judith sólo se había avenido a hacerlo como un acto necesario de obediencia. Seguía empeñada en encontrar a Cullingford y relatarle la visita a su hermana, en cuya actitud había notado el principio de un relajamiento, los primeros pasos hacia la reconciliación. No intentaba pensar qué podía hacer para reemplazar a su nuevo conductor. Eso era idea de Wil, quizá sólo su manera de hacer que se sintiera mejor.

Entre los heridos había un hombre pelirrojo con una brecha en la cabeza. Había perdido la oreja derecha y un tajo muy profundo le cruzaba la mejilla, pero el lado de la cara que quedaba a la vista debajo del vendaje presentaba una expresión bastante jovial. Si le costaba un gran esfuerzo mantener el tipo no lo demostraba. Hablaba sin parar con otro hombre cuya pierna estaba destrozada a la altura del muslo. La llevaba entablillada pero tenía el rostro transido de dolor y apretaba los dientes con tanta fuerza que los músculos de la mandíbula le sobresalían.

Otros dos tenían heridas de metralla, uno en la pierna y el otro en el hombro. Aguardaban su turno sentados uno al lado del otro en silencio.

—Tendré que dejarme crecer el pelo —iba diciendo el pelirrojo, hablando por hablar, quizá para distraer al hombre más malherido del grupo, dándole a entender que no estaba solo ni nadie se había olvidado de él—. De todas formas mi madre siempre decía que nunca escuchaba, así que una oreja menos no creo que se note mucho. ¿Estás bien, Taff? Ha venido una ambulancia. Van a llevarte al hospital para que te curen eso.

Judith le sonrió y luego se agachó junto al hombre que llevaba la pierna entablillada.

—Vamos a levantarte —le dijo—. Lo haremos con todo el cuidado que podamos.

—No se preocupe, señorita —contestó el herido con voz ronca—. Duele, pero no demasiado. Me pondré bien.

—Pues claro que sí —convino Judith—, pero puede que nos tambaleemos un poco durante un



rato. Haré lo posible para evitar los baches.

—¿Conduces ese cacharro? —dijo el pelirrojo sorprendido—. Pensaba que eras enfermera.

—Soy mejor conductora que enfermera, créeme —le aseguró Judith.

Wil estaba a su lado y uno por uno, con todo el mimo posible, cargaron a los heridos y regresaron a Poperinge conduciendo con mucho cuidado. Desempeñaban su labor conjunta con serena camaradería, trabajaban hasta el agotamiento por una causa común. No necesitaban hablar y cuando lo hacían empleaban una especie de lenguaje abreviado, referencias a experiencias del pasado, chistes compartidos, un gesto o una palabra de complicidad.

Ya casi había anochecido cuando por fin se detuvieron en la plaza mayor de la villa de Wulverghem y Judith vio el coche del general delante de The Seven Piglets. El corazón le latía con fuerza y respiraba deprisa mientras Wil aparcaba la ambulancia y ella se apeaba y avanzaba por el adoquinado oyendo el ruido de sus tacones sobre las piedras.

Las carcajadas fueron audibles antes de que llegara a la puerta, hombres que levantaban la voz, alegres, llamándose de una mesa a otra, un grito, otra risotada. Empujó la puerta para abrirla y la envolvió el olor a cerveza y humo. El interior lo alumbraban lámparas de gas anticuadas con fanales de cristal. Las mesas tenían manteles a cuadros y había media docena de hombres en cada una.

Pocos de ellos se volvieron a mirarla; suponían que el recién llegado sería otro soldado; entonces alguien reparó en que era una mujer y uno tras otro se fueron callando.

Judith vio la luz de la lámpara reflejada en el pelo rubio de Cullingford y reconoció la forma de su cabeza sin necesidad de ver en el uniforme el galón indicativo de su graduación. Frente a él se sentaba un muchacho de cara redonda y expresión insulsa. Tenía la tez muy blanca y las manos apoyadas en el mantel eran suaves y limpias.

El resentimiento que Judith notaba hervir en su sangre era irrazonable y absolutamente injusto, pero el hecho de saberlo no cambiaba las cosas en lo más mínimo.

Las conversaciones se reanudaron de nuevo aunque con menos volumen. Ahora ya era imposible batirse en retirada. Por más que le costara tenía que adentrarse en el local, caminar entre las mesas y hablar con Cullingford; y entregarle la carta de su hermana.

El general levantó la vista cuando la sombra de Judith se proyectó sobre la mesa. Abrió un poco los ojos y su expresión apenas cambió pero no pudo evitar que un leve rubor le subiera a las mejillas.

—Señorita Reavley —dijo en voz baja. Por un instante Judith pensó que iba a ponerse de pie como si ambos fueran civiles, sólo un hombre y una mujer que se encuentran por casualidad en un restaurante. Pero el general recordó la realidad antes de moverse.

—Buenas tardes, general Cullingford —dijo Judith con más formalidad de la que se había propuesto, como si quisiera evitar que hiriera sus sentimientos. Pero se dio cuenta con asombro de que esa herida ya se había producido, quizá meses atrás. Incluso aquella misma tarde en la ambulancia había fingido que sólo estaba enojada por haber perdido un empleo que le gustaba, aunque resultara duro porque le permitía tener una visión de conjunto y estar enterada de la gravedad de las pérdidas y de la posibilidad de una derrota. Pero en otros aspectos conducir el coche del general era más llevadero que ver a hombres concretos con heridas reales, no cifras de una estadística sino sangre, dolor y miedo contra los que nada podías hacer salvo tratar de llevar a los soldados al hospital antes de que fuera demasiado tarde.

Al mirarlo en ese momento y ver sus ojos, su rostro, sus manos encima de la mesa, supo que su enojo se debía a que quería estar allí donde estuviera Cullingford. Quería observarlo mientras hablaba con los hombres, ver cómo renacía en ellos la esperanza mientras le escuchaban, sentir el estremecimiento del orgullo al constatar que creían en él. Judith había presenciado sus momentos de descuido; se había formado una idea bastante aproximada y dolorosa de lo mucho que a veces

le costaba mantener esa fachada ocultando números que la tropa desconocía, datos y cifras que sólo invitaban a la desesperación.

Sus poco frecuentes bromas mordaces hacían más llevadero su cometido. Las cosas de las que rara vez hablaba, como los paseos, sus perros, caballos a los que había querido o citas que le complacían, otorgaban sentido a aquella batalla que tanto estaba costando librar.

Ahora estaba esperando que ella se explicara, que le dijera algo acerca de su familia, del entorno al que pertenecía. Judith se obligó a mirarlo a los ojos y esbozó una sonrisa como si fuese un mero mensajero y no supiera ni comprendiera nada más que los datos del recado. Era plenamente consciente de la presencia del nuevo conductor en la mesa.

—Mientras estuve en Londres tuve ocasión de visitar a la señora Prentice —le dijo—. Escribió una carta para usted y me pidió que se la entregara personalmente, señor. Tenía miedo de que tardara demasiado en llegarle si la enviaba por correo ordinario.

Sacó el sobre de un bolsillo y se lo tendió.

Cullingford alzó el brazo y lo cogió. No mencionó al muchacho, ni siquiera lo miró de reojo. A juzgar por la intensidad con la que miraba a Judith parecía que hubiese olvidado la existencia del nuevo conductor.

—Gracias, señorita Reavley. Ha sido muy amable. ¿Acaba de regresar?

—Sí, señor. Primero he ido a Poperinge y luego a mi unidad de ambulancias. —¿Entendería con eso que había solicitado regresar a su trabajo anterior? Oyó un eco acusatorio en su voz y se avergonzó. No quería que él supiera que le importaba—. Luego me han ordenado que llevara a un grupo de heridos de vuelta a Poperinge —agregó.

—Por supuesto —dijo Cullingford imprimiendo a su voz un montón de matices distintos. Judith no supo interpretar ninguno de ellos.

—Gracias por visitar a la señora Prentice y por traerme la carta —repitió Cullingford. Pareció ir a añadir algo más pero cambió de parecer. Carecía de sentido preguntar cómo estaba una mujer desconsolada; sólo podía estar atormentada por la pena. La cuestión se reducía a cuán abiertamente lo demostraba y eso no significaba nada—. Debe de estar cansada después de su viaje y tendrá que ocuparse del mantenimiento de su vehículo. Buenas noches.

¿Eran sus palabras tan distantes como parecían? ¿O sólo era lo que las circunstancias exigían?

—Sí, señor.

Judith se cuadró y acto seguido se volvió para no darle tiempo a ver nada más que un favor cumplido tal como lo habría hecho cualquiera.

Al salir a la calle encontró a Wil aguardándola. Cruzó la plaza hacia la ambulancia furiosa consigo misma por la emoción que bullía en su interior empujándola al borde del llanto, con una sensación de rechazo tan angustiosa que casi la dejó sin aliento.

Wil la alcanzó y le agarró el brazo.

—Tienen razón —dijo Judith con esfuerzo, manteniendo la vista apartada de él pese a la oscuridad—. Parece un colegial.

—Entonces no tendría que costarnos mucho deshacernos de él —replicó Wil.

—Puede que el general Cullingford prefiera que un hombre conduzca su coche —dijo Judith fríamente abriendo la portezuela de la ambulancia.

Wil fue a la parte delantera, hizo arrancar el motor con la manivela, ocupó el asiento del conductor y se pusieron en marcha sin prisa.

—Mi madre siempre creía que mi padre no sabía lo que le convenía hasta que ella se lo ponía delante —dijo Wil con actitud despreocupada evitando mirarla, para darle ocasión de fingir que no estaba llorando—. Una gran mujer, mi madre.

Judith percibió el afecto, el orgullo y la ternura que transmitía su voz pese a que su rostro apenas resultara visible a la luz de las escasas farolas mientras traqueteaban por el adoquinado

para salir de la plaza.

—Gracias, Wil —dijo Judith en voz baja.

Habían recorrido unos tres kilómetros de carretera cuando Wil volvió a hablar.

—Me parece que tendría que hacerme amigo suyo. En realidad ambos deberíamos.

Judith había estado sumida en sus pensamientos.

—¿De quién?

—Del nuevo conductor del general, ¿de quién va a ser?

—La verdad es que no me muero de ganas de ser su amiga. .

—¡Venga, mujer! Tenemos que ser amables con él. Llevarlo a tomar una copa... o varias. Darle algunos consejitos. Al fin y al cabo, es nuevo en esto. Necesita aprender algunos trucos, que le echen una mano.

—¿Wil?

¿Había entendido bien?

Wil estaba sonriendo. Judith sólo veía el resplandor de sus dientes en la tenue luz de la cabina.

—¡Venga, cariño, tienes que luchar por lo que deseas! ¡Si no lo haces significa que no lo deseas lo suficiente como para merecerlo! ¡No te tenía por una rajada!

—¿Cómo vamos a hacerlo? —dijo con aire razonable, aunque ya se le estaban ocurriendo un montón de ideas descabelladas—. Estará en todo momento con el general. Yo lo estaba. Cuando no lo llevaba a alguna parte lo estaba aguardando.

—Eso hará que sea más fácil dar con él —respondió Wil—. Siempre estará cerca de donde esté el coche.

Wil ya había parado a un lado de la carretera y estaba maniobrando para dar media vuelta.

—¿Ahora? —dijo Judith horrorizada. Todavía no estaba preparada, no lo había meditado ni tomado en consideración todas las consecuencias posibles.

—¡Pues claro! —Wil pisó el acelerador y la ambulancia salió disparada—. Mañana podría ser demasiado tarde. Puede que andemos ocupados colaborando con el ejército. ¡Hay que pillar las oportunidades al vuelo!

Judith tomó aire para discutir pero se encontró con que no tenía nada que decir. Un par de días de asueto en Inglaterra habían bastado para que olvidara la urgencia del frente, la conciencia de que el mañana quizá no existiría. La única pregunta era: ¿deseaba recuperar su empleo como conductora de Cullingford o no? Sí, por supuesto.

—¿Cuánto dinero tienes? —preguntó Wil.

—Unos treinta francos. ¿Por qué?

—¡Treinta! —exclamó Wil asombrado—. ¿Pero qué crees que pienso darle, coñac Napoleón?

La excitación de Wil estaba comenzando a contagiársele. Ahora la ambulancia iba a toda velocidad por la carretera dando bandazos a cada bache.

Veinte minutos después estaban de nuevo en la plaza de Wulverghem y aparcaron en un rincón oscuro. Judith vio de repente la enormidad del plan. ¡Era una insensata si seguía adelante con él! Y una cobarde si se rajaba. Quería volver a conducir el coche de Cullingford. Le sería más leal de lo que pudiera llegar a serlo el conductor nuevo. Le entendería mejor y creería más en él. Ella percibía su soledad, la necesidad de contar con una persona a quien poder explicarse si lo deseaba pero a quien no debiera ninguna explicación.

Cruzó la plaza detrás de Wil. Había unas pocas ventanas iluminadas, un resplandor aquí y allá derramándose en la oscuridad. Alguien más caminaba por la plaza, sus pisadas resonaban en las piedras.

Estaban llegando demasiado deprisa. Y se estaba mintiendo a sí misma. Quería estar con Cullingford porque lo amaba. Aquélla era la primera vez que lo reconocía. Le doblaba la edad y estaba casado. Se estaba portando como una loca de remate. ¿Pero acaso seguía imperando la

cordura en el mundo? ¿Qué había de malo en amar si no esperabas nada a cambio?

Estaban en la puerta de The Seven Piglets.

—Espera aquí —ordenó Wil bruscamente—. No quiero que te vean todavía.

Acto seguido empujó la puerta y entró a la taberna. Diez minutos más tarde media docena de soldados salieron a la calle entre bromas, uno de ellos riendo a carcajadas y haciendo eses. Judith se ocultó en las sombras. Los soldados se alejaron y volvió a quedarse sola. Un anciano cruzó la plaza por el otro extremo empujando una carretilla cargada con un bulto enorme. Avanzaba como si estuviera infinitamente cansado. Judith lo compadeció y trató de imaginarse cómo se sentiría si un ejército estuviera estacionado en St. Giles, si soldados extranjeros desfilaran por las calles en las que había crecido y el fuego de la artillería destrozara la paz de sus campos; cuánto le dolería ver su tierra arrasada y envenenada, empapada en sangre y donde futuras generaciones de campesinos encontrarían huesos humanos al arar.

Otra media hora transcurrió lentamente. Entonces la puerta se volvió a abrir y por fin salió Cullingford. Iba solo. Judith lo reconoció de inmediato pese a ver sólo su silueta recortada contra la luz. Su porte, el ángulo de sus hombros, no se parecía al de nadie más.

Pensó en hablarle: ahora podría hacerlo a solas. Pero resultaría indigno, como si le estuviera yendo detrás. La idea la avergonzó.

Cullingford se alejó sin darse cuenta de que lo observaban y el momento pasó. Cuando hubo doblado la esquina, probablemente camino de su alojamiento para aquella noche, Judith entró en The Seven Piglets. La taberna estaba mucho menos concurrida y enseguida vio a Wil sentado junto al conductor nuevo, ambos con vasos en la mano.

Vaciló un momento sin saber si interrumpirlos o no. Entonces

Wil levantó la vista y la vio. Su rostro se iluminó de placer y le hizo señas. El conductor se volvió para ver a quién saludaba con tanto entusiasmo.

Judith se acercó a ellos.

—Claro que te ayudará —estaba diciendo Wil alentadoramente—. Judith, te presento al cabo Stallabrass. Es un conductor de primera. Sabe todo lo que puede saberse sobre motores pero no sabe nada de nada sobre Flandes, al menos por el momento. Siéntate.

Apartó una silla para ella.

—La verdad es que no espero. —comenzó Stallabrass.

—Aquí todos nos ayudamos unos a otros, cabo —le dijo Judith viendo con el rabillo del ojo que Wil estaba llenando de Pernod con muy poca agua el vaso de, Stallabrass sin que éste se diera cuenta. Era un brebaje letal. No tenía ni idea de lo que Wil se proponía pero hizo lo posible por seguirle el juego—. Lo compartimos todo —agregó.

—Si yo te contara...

Wil se embarcó en el relato interminable de un viaje a Armentières lleno de divagaciones. Era pura invención suya y le fue incorporando cuantos percances uno podía sufrir en un viaje en coche, algunos de ellos del todo imposibles.

—Pero... —intentó rebatir Stallabrass en repetidas ocasiones tratando de demostrar sus conocimientos de mecánica. Se mostraba muy serio y al parecer no caía en la cuenta de que Wil lo estaba enredando.

Judith se levantó sin decir nada y fue a la barra. Pagó el resto de la botella de Pernod y regresó a la mesa con una jarra de agua. Llenaría su vaso sobre todo de agua y rellenaría el de Stallabrass con Pernod sin que la viera.

El relato de Wil era cada vez más inverosímil y divertido y se les juntaron otros dos soldados, a todas luces achispados tras haber estado bebiendo a buen ritmo durante toda la velada.

—¡Eso no me lo creo! —dijo Stallabrass con voz entrecortada cuando Wil terminó una anécdota especialmente morbosa según la cual había engrasado un tapacubos de ambulancia con queso

Brie para acabar atascado en medio de un campo rodeado por un rebaño de vacas.

Uno de los soldados, que se llamaba Dick, intentaba aguantarse la risa y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Me gustan las vacas —dijo su amigo con mucho sentimiento—. Tienen unos ojos preciosos. ¿No estás de acuerdo, cabo Stallabrass? ¿Alguna vez te has fijado en las pestañas que tienen?

Pero Stallabrass tenía la mirada perdida, la mente encerrada en un sueño particular.

—Preciosa —repitió.

Wil echó un vistazo a Judith y luego a Stallabrass.

—¿De veras? —preguntó con interés.

—Nadie se da cuenta —dijo Stallabrass negando muy despacio con la cabeza como si temiera que se le bamboleara y le cayera—. Sólo la ven como una mujer corriente, sellos y cartas y dinero, y cosas.

Se sorbió la nariz y dio un hipido de lo más cursi.

—Sellos y cartas —dijo Wil, quien obviamente no tenía ni idea de qué estaban hablando—. ¿Pero no lo es?

—No —dijo Stallabrass con honda emoción—. Tiene ideas, sueños... ¡Tiene pasión! —Suspiró—. No he visto nada tan bonito como sus... —Se interrumpió con expresión melancólica, agarrando con ambas manos el vaso de Pernod.

Todos contuvieron el aliento a la espera de lo que iba a decir. Judith estaba un poco avergonzada por si resultaba ser algo demasiado íntimo.

Wil sonrió burlonamente.

—¿Ojos? —sugirió a Stallabrass—. ¿Qué pasa con las cartas? ¿Te escribe a menudo?

Stallabrass se quedó perplejo.

—¡No, no! ¡Las cartas forman parte de su profesión!

—¿Qué? —Wil estaba totalmente perdido.

—Cartas —dijo Stallabrass con paciencia—. Sellos. Es la jefa de la sucursal de correos. Eso es lo que hace. Es un trabajo muy importante. ¿Qué sería de nosotros sin el correo? Mantiene unido al mundo. La cabeza del rey en cada sello. ¿Sabes lo grave que es robar o estropear el correo?

—Sí, claro —convino Wil enseguida—. Es un trabajo muy importante para una muchacha. Debe de ser muy especial. ¿Cómo se llama?

—Jeanette. ¿Tiene cuarenta y uno...

Wil tragó saliva y se puso a toser. Uno de los otros soldados, en parte para disimular, comenzó a darle palmadas en la espalda con mucho brío.

—¿Pero es guapa? —preguntó Dick con gravedad.

—Guapísima —aseguró Stallabrass asintiendo con la cabeza. Cogió por error el vaso de Dick y le dio un trago—. Gilbert Darrow cree que va a casarse con ella sólo porque lleva uniforme y está en la armada. Bien, ¡pues yo también llevo uniforme! —Hizo ademán de sacar pecho pero cambió de parecer—. ¡Y aquí estoy, en Francia!

—Flandes, en realidad —corrigió Wil—. Aunque eso poco importa, ¿verdad?

—¡Estoy aquí! —insistió Stallabrass—. ¡Veré la acción! En el frente, con el general. Ganaré medallas y entonces ya veremos de qué puede presumir Gilbert. —Soltó un hipo—. ¡De nada!

—¡Tienes razón! —convino Dick sonriendo de oreja a oreja—. Llenas la pechera de medallas, vuelves a casa y conquistas a Jeannette. ¡Te la llevas en brazos! O al menos lo intentas. ¿Es una dama corpulenta con hermosos...ojos?

—¡Sí, eso es lo que haré! —dijo Stallabrass sorbiendo ruidosamente otra vez—. Se van a enterar. ¡Se van a enterar todos!

—¡Por el amor! —brindó Dick levantando su vaso.

Wil rellenó el de Stallabrass y le añadió unas gotas de agua.

—¡Por el amor verdadero! —dijo, llevándose el vaso a los labios—. Al final siempre vence. ¡Apura el vaso, muchacho!

—¡Por... el amor verdadero!

Stallabrass bebió su vaso hasta la última gota y resbaló de la silla al suelo.

—Sí, quizá —dijo Dick—. Pero me da que no será esta noche. ¿Te echo una mano para llevarlo a la cama?

—Gracias —aceptó Wil levantándose lentamente—. Dudo que pueda hacerlo por su propio pie.

—No vamos a dejarlo aquí como un niño abandonado —convino Dick, y se agachó para cargar a Stallabrass sobre un hombro—. Con su permiso, señorita —agregó dirigiéndose a Judith—, creo que será mejor que deje que nos ocupemos nosotros de esto. Está como una cuba. ¡Bienvenido al ejército, cabo!

Judith se apartó a un lado. Ya no podía hacer nada más. Eran las tres de la madrugada y el único sitio que tenía para dormir era la ambulancia. Haría frío pero al menos estaría seca y podría tumbarse. Por la mañana la despertó Wil sacudiéndola con apremio. Se incorporó mientras trataba de recordar dónde estaba.

—Es hora de levantarse —dijo Wil en un susurro ronco como si alguien pudiera oírlos pese a que no había un alma en un radio de cincuenta metros. La ambulancia estaba aparcada en un callejón lateral. Hacía poco que había amanecido. Los adoquines aún refulgían húmedos de rocío y la luz tenía esa claridad dura y pálida de primera hora de la mañana.

Se frotó la cara con las manos y se echó el pelo hacia atrás. La cabeza le martilleaba y notó un sabor repugnante en la boca. ¡Entonces se acordó de la taberna, del cabo Stallabrass y del Pernod! No era de extrañar que se encontrara tan mal. Ella no había bebido mucho, pero el cabo sí y la reconcomía la culpa. ¿Cómo se encontraría Stallabrass?

—¡Levántate, preciosa! —dijo Wil con firmeza—. Me parece que hoy el cabo Stallabrass no va a ganar ninguna medalla. De hecho, puede que no esté en condiciones de conducir y no nos gustaría que el general se quedara tirado en la cuneta, ¿verdad?

Judith se sonrojó e hizo un esfuerzo para aclararse la vista. Necesitaba agua abundante para lavarse la cara, un cepillo para peinarse, y alisar el uniforme para que no resultara obvio que había dormido vestida. Luego una taza de té bien caliente la ayudaría a sentirse considerablemente más humana. En realidad cualquier cosa le sentaría bien con excepción del Pernod.

Media hora después, mientras ella estaba aún en la plaza, el general Cullingford cruzó el adoquinado hacia su coche, donde aguardaba un desaliñado y profundamente desdichado cabo Stallabrass. Se había vestido fatal. Daba la impresión de haberse puesto el uniforme todavía dormido, cosa que seguramente era cierta, ya que lo llevaba mal abotonado.

Intentó saludar y pareció un ahogado pidiendo auxilio.

Cullingford se detuvo. Una mueca de repugnancia cruzó su semblante antes de mostrar todo su enojo. Al parecer el pobre cabo apestaba a alcohol.

—Cabo, vaya a dormir la borrachera —dijo Cullingford con frialdad—. Después, cuando esté sobrio, preséntese ante el oficial de servicio para que le asigne un puesto bien lejos de mí.

Dio media vuelta y vio a Wil a unos veinte metros; se dirigía hacia él con un bollo en la mano.

—¡Buenos días, señor! —dijo Wil jovialmente. Fingió sorpresa y preocupación—. ¿No se encuentra bien su conductor?

Cullingford lo miró con frialdad. Wil se encogió un poco de hombros.

—¿Necesita a alguien?

—Qué perspicaz —replicó el general—. Pero no creo que usted hable francés.

—No, señor, yo no. Pero tengo a la señorita Reavley conmigo, si quiere, y ella está al tanto de todo, señor.

—No me diga. —Cullingford suspiró profundamente—. Pues vaya a buscarla. Tengo que estar

en Ploegsteert antes de las ocho.

—¡Sí, señor!

Wil saludó olvidando que llevaba el bollo en la mano, dio media vuelta y se marchó resueltamente a avisar a Judith.

Para Joseph todavía era imprescindible averiguar quién había matado a Eldon Prentice, aunque nadie parecía dispuesto a ayudar con nada que no fuera información redundante y por tanto inútil. Edwin Corliss seguía arrestado en la prisión militar a la espera del veredicto final sobre su apelación. Toda aplicación de la pena capital era remitida a la consideración del mismísimo general Haig fueran cuales fuesen el delito y sus circunstancias, pero el sentimiento contra Prentice por haber forzado el asunto, cuando el sargento Watkins lo hubiese dejado correr, hacía que ahora a nadie le importara mucho cómo había muerto el propio Prentice.

También pesaba su conducta a propósito de las heridas de Charlie Gee, por más que fueran menos quienes estaban enterados de ese incidente. Los compañeros de Charlie estaban consternados. Cualquier hombre comprendía el horror de semejante mutilación y su rabia contra la insensibilidad de Prentice constituía un desahogo del miedo a que *les* ocurriera lo mismo a ellos. Pero de todas maneras seguía siendo rabia y el personal médico y voluntario también se mostraba renuente a dar información a Joseph que pudiera ayudarlo a descubrir una verdad que no tenían inconveniente en obviar.

Ahora bien, Prentice había sido asesinado por un soldado británico o por un conductor de ambulancias de aquella división y Joseph sentía un temor creciente de que pudiera haberlo hecho Wil Sloan. No conseguía olvidar la violencia incontrolada, casi histérica, de Wil contra Prentice en el puesto de socorro al que había llevado a Charlie Gee y donde Prentice se había mostrado tan insensible. De no haberlo impedido Joseph, Wil habría golpeado a Prentice hasta dejarlo inconsciente y quizás hasta lo habría matado allí mismo.

¿Podría ser que Prentice hubiese sido tan idiota como para sacar el asunto a colación más tarde en presencia de Wil y que Wil se las hubiese ingeniado para seguirlo, o incluso para llevárselo a la tierra de nadie quizá con el pretexto de ir a buscar heridos? Nadie parecía tener una explicación de cómo había ido Prentice hasta allí ni por qué.

La otra alternativa que Joseph no podía pasar por alto era que el asesino fuese un hombre de Sam amigo de Corliss.

—Déjalo correr, Joe —dijo Sam gravemente. Estaban sentados en el refugio subterráneo de Joseph comiendo pan rancio del rancho con una lata de excelente paté que Matthew había enviado en un paquete de la charcutería Fortnum & Mason's de Londres junto con otros manjares. De postre tomarían galletas de chocolate de las que enviaba el hermano de Sam siempre que podía.

—No puedo dejarlo correr —dijo Joseph tragándose el último bocado—. Lo mataron. Sam le dedicó una sonrisa torcida.

—¡Como a todos los demás! —exclamó con una amargura que rara vez permitía que aflorase.

—Filosóficamente, tal vez. Joseph miró a Sam a la cara buscando sus ojos oscuros e inteligentes—. Pero el resto de nosotros moriremos de frío, de enfermedad, por accidente o a manos de los alemanes, todo lo cual es de esperar en una guerra.

—Te has olvidado de decir ahogados —le recordó Sam—. Eso también cabe esperarlo.

—Pero no que alguien te sujete la cabeza bajo el agua —replicó Joseph notando que se le quebraba la voz. Despreciaba a Prentice pero era horrible pensar en cualquier hombre ahogándose en aquella agua inmundada, con el hedor de los cadáveres en descomposición y las ratas y los persistentes restos del gas de cloro. Imaginó la presión en el cogote de Prentice hasta



que le estallaron los pulmones y la oscuridad lo envolvió.

Sam se estremeció como si el horror también llenara su mente. Tenía el rostro tenso y la piel pálida alrededor de la boca.

—No pienses en ello, Joe —dijo en voz baja—. Pasara lo que pasase, fuera quien fuese el culpable, lo más probable es que no tarde en morir también. Déjalo correr. Ocúpate de los vivos.

—Es de los vivos de quien me estoy ocupando —arguyó Joseph—. Los muertos no necesitan justicia. De todos modos la tendrán si es que Dios existe. Y si no, qué más da. Somos nosotros, los que estamos aquí, quienes debemos cumplir las reglas. Por nuestro propio bien. A veces son lo único que tenemos.

—No conoces las reglas, Joe —dijo Sam en voz baja—. Al menos no todas.

—Sé que asesinar está mal.

—¡Asesinar! —espetó Sam bruscamente levantando la cabeza con los ojos muy abiertos—. ¡Por Dios, Joe! He visto hombres morir por balas de francotiradores, por metralla, por mortero, por explosivos, por bayonetas, por ametralladoras y por gas venenoso. ¿Quieres que siga? He clavado mi bayoneta a jóvenes alemanes que no había visto en mi vida sólo porque los tenía delante de mí. Y he oído a nuestros muchachos llorar en sueños por causa de la sangre, el pesar y la culpa. Los he visto rezar de rodillas porque saben lo que han hecho a otros seres humanos que serían idénticos a nosotros si no fuesen alemanes. ¡Decenas de ellos cada día! ¿Qué reglas existen para protegerlos o devolverles la inocencia y la cordura?

Miró a Joseph de hito en hito, sin pestañear, con una profunda tristeza que por un momento reveló su propia vulnerabilidad.

—De acuerdo, no estuvo bien —continuó Sam—, pero dar caza al responsable no va a mejorar nada. Hay que mantener alta la moral de la tropa y ése es tu trabajo. Tenemos que sobrevivir. Los hombres necesitan tu apoyo, no que los juzgues. Debemos creer los unos en los otros así como en que podemos vencer.

Joseph titubeó.

—Déjalo correr, Joe —insistió Sam—. Creer o no creer puede suponer vencer o no vencer.

—Lo sé. —Joseph bajó la vista al suelo—. Todos necesitamos creer en algo si no queremos olvidarlo todo. Ojalá tuviera más claro en qué creo. No existen muchos absolutos pero se supone que debo saber cuáles son.

—La amistad —contestó Sam—. Lo mejor de ti mismo que puedes dar, el buen humor, el seguir adelante pese a las dificultades, la capacidad de olvidar cuando toca. ¿Quieres otra galleta?

Le tendió el paquete con la última que quedaba. Joseph vacilo un instante y la cogió. Sabía que se la ofrecía de corazón.

Llegó el cabo con el correo y Joseph tuvo las mismas ansias que los demás por ver si recibía algo de casa. Había tres cartas para él. Una era de Hannah con noticias sobre el pueblo. Percibió la tensión de su hermana pese al cuidado con que la había redactado en su afán por ocultársela.

La segunda era de Matthew contándole que había visto a Judith y visitado a Shanley Corcoran con quien había pasado un rato muy agradable.

Por último tenía carta de Isobel Hughes. Le sorprendió que volviera a escribirle pero aun así la abrió encantado.

Era una carta sencilla, bastante franca y desenvuelta, en la que le hablaba de la granja, de cómo se las tenían que arreglar con las muchachas para cultivar la tierra ya que los hombres se habían alistado y marchado a la guerra. Mencionó algunos de sus logros y bastantes calamidades. La señora Hughes poseía un saludable sentido del humor del que se erigía en primera víctima y Joseph se sorprendió riendo con ganas, cosa que era lo último que había esperado.

La señora Hughes describía la feria de primavera, la función benéfica organizada en la iglesia, la vida tal como siempre había sido aunque con cambios tristes y curiosos que dejaban entrever

gestos de valentía personal e inesperada generosidad.

Joseph leyó la carta dos veces y acto seguido le contestó. Más tarde, cuando ya había echado la carta al correo y por tanto nada podía hacer al respecto, pensó que le había contado demasiadas cosas. Le había escrito acerca de sus dificultades para tratar de convencer a los hombres de que existía un orden divino por encima del caos que veían, una razón de ser para todos los estragos de la guerra. Se sentía hipócrita al decir eso cuando no tenía ninguna razón para creerlo él mismo. No tendría que haberle dicho aquello. La señora Hughes le había hecho reír, por un momento se había sentido limpio y cuerdo disfrutando de las pequeñas alegrías de la vida y él la había recompensado planteándole abrumadores problemas del alma ante los cuales ella nada podía hacer. Tales dilemas la hundirían, se entrometerían en su aflicción, cuando la pobre estaba haciendo de tripas corazón para no perder el dominio de sí misma.

Casi seguro que no volvería a escribirle y Joseph perdería algo que le hubiese hecho mucho bien.

En cuanto tuvo ocasión Joseph fue al hospital y preguntó a Marie O'Day si el hombre que había llevado Wil Sloan la noche del asesinato de Prentice ya había recobrado el conocimiento.

—Sí, pero todavía padece terribles dolores —dijo Marie con cautela—. ¿Aún sigue empeñado en averiguar si realmente fue Wil quien lo trajo hasta aquí desde donde lo hirieron?

—Sí. Me gustaría saberlo.

—Muy bien, ¡pero no lo presione! si no lo sabe, no lo sabe y punto —advirtió la enfermera.

El caso fue que sí lo sabía y se alegró de contar a Joseph con todo lujo de detalles cómo le había salvado la vida Wil, corriendo un riesgo considerable, y lo dificultoso que había sido el camino hasta las trincheras. Su relato fue un tanto embrollado pero lo bastante claro como para demostrar que Wil no pudo haber estado en las proximidades del tramo de trinchera conocido como Paradise Alley, que era desde donde Prentice había saltado a la tierra de nadie. Wil estuvo en todo momento a más de dos kilómetros de allí.

Joseph salió al aire libre profundamente aliviado. Wil Sloan no podía ser culpable. Se quedó un momento parado de cara al sol delante del puesto de socorro mientras se sentía ridículamente contento. Se sorprendió sonriendo y echó a andar a paso vivo de regreso a la trinchera de aprovisionamiento.

Había recorrido la mitad de su longitud, pisando arcilla seca por una vez y con las ratas haciendo un ruido como de viento en las hojas al corretear delante de él, cuando cayó en la cuenta de que aquello conducía de forma inevitable a la sospecha de que el asesino fuese uno de los hombres de Sam. Todavía no estaba preparado para enfrentarse a esa posibilidad. Antes efectuaría otras averiguaciones. Una de ellas sería aclarar cómo había conseguido Prentice el permiso para tener acceso a posiciones tan avanzadas, qué oficial le había autorizado a acompañar al grupo de asalto y quién había dado la orden.

Estaba en una trinchera conocida como Old Kent Road cuando Scruby Andrews fue a su encuentro cojeando.

—Dios, cómo me duelen los pies —dijo con una sonrisa torcida—. ¡Para mí que fue un maldito alemán el que hizo mis botas! ¡Si alguna vez doy con él, lo mataré con mis propias manos! Usted perdone, capitán, pero es que es una tortura.

—¿Te enjabonas los calcetines? —preguntó Joseph con interés. Un soldado sobrevivía o moría de pie. Un viejo truco consistía en emplear jabón en pastilla para suavizar las partes ásperas de lana en contacto con la piel sensible.

Scrubby hizo una mueca.

—Tendría que haberlo hecho mejor. Barshey Gee dice que anda usted haciendo preguntas sobre ese escritor que se ahogó ahí fuera.

Señaló con la mano hacia el esporádico tableteo de una ametralladora.

—Lo que realmente necesito saber es qué hacía ahí para empezar —contestó Joseph—. No tendría que haber salido.

Scruby se encogió de hombros.

—No tendría que haber hecho muchas cosas. No escuchaba, iba a su aire y se puso a tiro. Le estuvo bien empleado.

Se sentó en la grada de tiro y comenzó a desabrocharse las botas.

—Me atrevería a decir que en cierto modo lo merecía —convino Joseph con renuencia—, pero ¿quién de nosotros puede aceptar lo que merece? Necesito algo mejor, ¿tú no?

Scruby levantó la vista y sonrió.

—Lleva razón, capitán, pero las cosas no funcionan así. Existen reglas que hay que cumplir. Si no nada tiene sentido. No nos queda nada. Las reglas tendrían que haber impedido que Jerry entrara en Bélgica. Porque Bélgica no es suya, es de los pobres belgas. —Se quitó la bota izquierda y se frotó el pie con delicadeza—. El otro día vi a un viejo que intentaba empujar una bicicleta rota por la carretera con un saco de patatas encima y una chiquilla trotando a su lado con una muñeca que sólo tenía un brazo.

Arrugó el semblante, se puso otra vez la bota y la abrochó sin apretar.

—Ese tío no me gustaba, capitán. Era un cabronazo. Pero digo yo que las reglas sirven precisamente para la gente que no te cae bien. No les harás daño aunque ellos lo hagan. ¿No es eso lo que nos pide Dios, que seamos justos con ellos aunque nos caigan mal?

—Sí, es una buena forma de resumirlo —convino Joseph—. A mí también me sacaba de quicio cada vez que coincidía con él.

—Yo no sé si será verdad —prosiguió Scruby pensativamente—, pero he oído que estaba empeñado en saltar el parapeto... supongo que para poder presumir, ¿me entiende? Pero usó el nombre del general de mala manera, como si el general fuese su padre, y nadie se atrevió a impedirselo. Decía que tenía una autorización, ¡por escrito y todo! Una auténtica chorrada, si quiere que le dé mi opinión.

—Lo cierto es que el general era su tío —respondió Joseph—. Aunque no me lo imagino dando su autorización a un corresponsal de guerra para que salte el parapeto. Me gustaría averiguar con quién fue exactamente y hasta dónde llegaba ese permiso.

—No lo sé, capitán. Supongo que tendrá que preguntárselo al propio general. No creo que ningún otro se lo vaya a decir porque a nadie le importa un bledo.

Joseph no tuvo más remedio que aceptar que Scruby llevaba razón. El capitán que iba al frente de la incursión había fallecido y todos los demás sostenían que en la oscuridad resultaba imposible distinguir a Prentice de cualquier otro. Joseph había sido muy discreto en sus pesquisas, pero a esas alturas ya sabía que casi todos los zapadores contaban con algún compañero que pudiera dar cuenta de su paradero. Atormentado por la duda, finalmente pidió que lo llevaran en una ambulancia medio vacía y fue al cuartel general de Cullingford en Poperinge para hablar directamente con él. En ese momento le habría gustado seguir el consejo de Sam y dejarlo correr, pero Scruby Andrews tenía razón: si la moralidad tenía algún significado, debía aplicarse con tanta más honestidad cuanto más difícil resultara y proteger con ella a quienes detestabas con toda el alma.

Pero cuando llegó a la casona de las afueras de Poperinge y preguntó si el general Cullingford podía concederle una breve audiencia, el comandante Hadrian le dijo que Cullingford había salido.

—Si dispone de tiempo puede esperarle, capitán, aunque no sé a qué hora regresará —dijo Hadrian—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Joseph estaba indeciso. Prefería que sus indagaciones no dieran pie a más especulaciones de las que ya habían suscitado, pero ¿cómo iba a decidir la cuestión en un sentido u otro si le faltaba el coraje de preguntar? Podían pasar días antes de que tuviera ocasión de hablar con Cullingford

en privado. Y además, descubriera lo que descubriese, tendría que pedir a Hadrian que lo confirmase.

—Sí, tal vez pueda —dijo Joseph eligiendo las palabras con sumo cuidado. Estaban solos en el despacho de Hadrian; no cabía mayor discreción—. Quizás esté enterado de que antes de fallecer el señor Prentice estaba ansioso por recabar tanta información de primera mano sobre la guerra como le fuese posible.

Hadrian torció el gesto con desagrado. Estaba de pie detrás de su escritorio, menudo y extremadamente pulcro, con el corte de pelo impecable y el uniforme immaculado.

—Sí, estoy al corriente, capitán.

Se abstuvo de decir que no le interesaba lo más mínimo pero su expresión fue de lo más elocuente. Hadrian era sumamente leal a Cullingford y si Prentice había sido motivo de bochorno para el general no iba a obtener ninguna protección por su parte.

—Se las ingenió para llegar a posiciones mucho más adelantadas que cualquier otro corresponsal de guerra —prosiguió Joseph—. Afirmaba contar con la autorización expresa del general Cullingford. ¿Sabe si eso es verdad?

Hadrian procuró mostrar perplejidad abriendo mucho los ojos.

—¿Acaso importa ahora, capitán? El señor Prentice ha muerto. Hiciera lo que hiciese en vida ya no volverá a causarnos problemas.

El único modo de eludir la verdad sería darse por vencido y marcharse. No podía hacer eso.

—El problema no desaparecerá del todo, comandante Hadrian —contestó Joseph—. El señor Prentice no murió por accidente. Lo mataron, y al menos una parte de los hombres lo sabe. Si no por la justicia, al menos por la moral de la trópa es preciso dar una explicación.

Hadrian frunció el ceño.

—¿Justicia, capitán?

—Si no creemos en ella, ¿por qué estamos combatiendo? —preguntó Joseph—. ¿Por qué no nos limitamos a abandonar a Bélgica a su destino y a Francia también? Podríamos regresar a casa y seguir con nuestras vidas. Si la promesa de defender al débil carece de valor, ¿qué pinta Gran Bretaña en estas tierras? ¿Por qué sacrificamos a nuestros hombres, nuestras vidas y nuestra riqueza por algo que de buen principio no era asunto nuestro?

Hadrian se quedó pasmado.

—¿Está comparando al señor Prentice con Bélgica, capitán Reavley?

Su sobrio semblante mostró un profundo desagrado.

—No le tenía ningún aprecio, comandante Hadrian —dijo Joseph—, y deduzco que usted tampoco, pero eso no es un argumento. Casi ninguno de los hombres que han muerto en estos lodazales había estado antes en Bélgica y apuesto a que muchos no habrían sabido encontrarla en un mapa.

Hadrian tragó saliva moviendo ostensiblemente la nuez.

—Comprendo su postura, capitán, pero sin duda a Prentice lo mató un alemán. Estaba en la tierra de nadie y por tanto constituía un blanco perfectamente legítimo. Y aunque no fuera así, no podríamos hacer nada al respecto. No tendría que haber saltado el parapeto.

—No, desde luego —convino Joseph—. ¿Quién le dio permiso? Hadrian se puso rojo como un tomate.

—¿Acaso es de su incumbencia, capitán? si considera que debe alguna clase de explicación a su familia, el general Cullingford es su tío como sin duda sabe de sobra.

—Puede que no me haya expresado bien. Al señor Prentice no lo mató un soldado alemán, lo mató uno de los nuestros.

El rubor del rostro de Hadrian se esfumó para dar paso a una intensa palidez.

—¿Me está diciendo que lo asesinaron?

—Sí. De momento lo saben muy pocos hombres, pero me gustaría averiguar la verdad y obrar en consecuencia antes de que lo hagan ellos. Agradecería mucho su colaboración, comandante. Estoy convencido de que entiende por qué. Era un joven bastante desagradable y suscitó cierta aversión. La gente especulará. Confieso que en muchos aspectos me preocupa más proteger a los inocentes que descubrir al culpable.

Hadrian guardó un desasosegado silencio.

Un miedo frío comenzó a tensarse dentro de Joseph hasta formar un doloroso nudo. Si Cullingford en efecto había dado permiso a Prentice para que fuera a donde quisiera, ¿por qué lo habría hecho? Era de lo menos profesional. No hubiese concedido tal libertad a ningún otro corresponsal. ¿Se trataba de un favor familiar o acaso Prentice lo había presionado? Pensó en los chistes subidos de tono y las risotadas que había oído a propósito del conductor sustituto de Cullingford, el desventurado Stallabrass, y de la confesión en estado de embriaguez de su pasión no correspondida por la jefa de la sucursal de correos de su pueblo. La anécdota se había extendido como un reguero de pólvora por las trincheras. Los soldados necesitaban reír para sobrevivir y las burlas eran despiadadas. Cada vez que alguien recibía carta en presencia de Stallabrass comenzaban las bromas.

Joseph también sabía que Judith y Wil Sloan habían emborrachado a Stallabrass adrede para que Judith pudiera recuperar su puesto como conductora de Cullingford y que Cullingford lo había permitido. Cabía sacar toda clase de conclusiones, fueran exactas o no.

—¿El general Cullingford dio permiso por escrito a Prentice para ir a donde quisiera? —preguntó—. Eso es lo que él afirmaba.

Hadrian lo miró con un sufrimiento imposible de disimular. Saltaba a la vista que estaba dilucidando si podía servirse de una mentira para proteger a Cullingford y en tal caso de cuál.

Joseph sacó a Hadrian de su indecisión, en parte porque una vez que se le ocurriera una mentira no tendría más remedio que aferrarse a ella por más descarada que fuese.

—No necesito saber las razones que tuviera el general para hacerlo —dijo mirando a Hadrian a los ojos—. Prentice era un manipulador nato y no dudaba en servirse del chantaje emocional si percibía un punto débil.

Hadrian abrió mucho los ojos.

—Antes de que alguien haga insinuaciones, me gustaría saber dónde estaba el general la noche que Prentice murió —prosiguió Joseph con firmeza.

—¡No estará pensando que tuvo algo que ver con su muerte! —exclamó Hadrian con voz de falsete fruto más del miedo que de la indignación.

En ese momento, Joseph tuvo bastante claro que fuera cual fuese la presión que hubiese empleado Prentice, ésta había sido poderosa y efectiva. En su fuero interno comenzó a pensar que además atañía a su hermana Judith.

—No, claro que no —dijo Joseph intentando imprimir a su voz más convencimiento del que sentía—. Pero tenemos que estar en condiciones de demostrarlo, comandante Hadrian.

—Sí. —Hadrian tragó saliva—. Estuve en la escuela con Prentice, capitán Reavley. Ya entonces era un incordio. Siempre se las arreglaba para... utilizar a la gente. No estoy siendo más cruel de la cuenta. Si no me cree pregunte al comandante Wetherall. Él también estuvo en el Wellington College, en mi curso. Prentice solía tomar notas sobre los demás alumnos. Lo apuntaba todo con una clave de su invención. Nunca conseguí descifrarla pero Wetherall era muy inteligente y al final lo logró. Me contó qué clase de cosas anotaba.

Hadrian estaba tenso, con los ojos clavados en los de Joseph. Pese a la aprensión sabía que necesitaba la colaboración de Joseph. Su desasosiego se palpaba en el aire.

Joseph no quería saber de qué se había servido Prentice para presionar a su tío salvo si era absolutamente necesario, ya que sospechaba que salpicaría a Judith. Aquella situación lo estaba

hundiendo en la desdicha.

—No lo sabía —dijo—. ¿Dónde estuvo el general esa noche?

—Las líneas telefónicas funcionaban peor que de costumbre —contestó Hadrian—. Parecían cortadas en todas direcciones. Establecías contacto con alguien y volvías a perderlo antes de terminar una frase. Finalmente, alrededor de medianoche, se perdió toda comunicación. No quedó más remedio que acudir a donde fuera en persona. El general fue hacia el norte y el este. Yo hacia el oeste. Puede preguntar a los mandos de la zona: cualquiera le dirá dónde estuvo el general. Créame, no será en las inmediaciones de Paradise Alley, que según tengo entendido es donde lo encontraron.

—En efecto. Gracias, comandante. Entonces fue usted quien tuvo que ir por la parte de Paradise Alley. ¿Vio a Prentice?

Hadrian estaba sorprendentemente tranquilo.

—No. Tuve un percance. El coche se averió. Tuve que hacer un apaño. Usé un pañuelo de seda para reemplazar la correa rota del ventilador. Tardé lo indecible. No se me dan bien esas cosas. Pero no tenía elección. No había a quién recurrir.

—Entiendo. Gracias, comandante Hadrian.

Joseph no estaba seguro de creerle, pero ya no tenía nada más que preguntar allí. Supuso que habría algún modo de averiguar si había estado donde decía pero de momento no se le ocurría. Se despidió y estaba saliendo al patio cuando el coche del general llegó con Judith al volante. Se detuvieron a cierta distancia de él. Ya anochecía y las sombras eran alargadas y desdibujaban el contorno de las siluetas.

Judith apagó el motor y se apeó. Estaba muy delgada y la falda larga y lisa del uniforme de voluntaria acentuaba la delicadeza de su figura, sus hombros ligeramente angulosos. Se movía con una elegancia sumamente femenina. A la luz de los faros su rostro presentaba la sutileza de los sueños que habitaban en ella, el ardor de sus sentimientos. Miraba a Cullingford apearse del coche y cerrar de un portazo. Había que hacerlo así para asegurarse de que el pestillo encajara.

Cullingford se detuvo un instante y dijo algo, pero Joseph estaba demasiado lejos para oírlo. Hablaba en voz muy baja pero fue su expresión lo que atrajo la atención de Joseph. Sin duda Cullingford no tenía ni idea de lo elocuente que resultaba: la ternura de sus ojos y sus labios lo delataban por completo.

Luego se cuadró, dio media vuelta y se dirigió hacia la entrada. Su desenvuelto modo de andar disimuló su cansancio con el hábito de la disciplina hasta que entró en el edificio.

Joseph avanzó hacia la zona que iluminaban los faros.

Al principio Judith sólo vio a un soldado y de repente lo reconoció.

—¡Joseph!

Dejó caer la manivela de arranque al suelo de gravilla y fue a su encuentro.

Joseph la abrazó con fuerza y la retuvo un momento. Quizá no fuera correcto pero a veces los sentimientos eran más importantes que la etiqueta. El contacto de alguien a quien amabas, el instante de comunicación sin hablar eran un bálsamo para la necesidad descarnada, una rememoración de las cosas que daban sentido y vida al hombre encerrado en su cascarón. Notó la fuerza y la suavidad de su hermana, el aroma a jabón de su piel y a aceite de motor en sus manos. Estaba tan enojado con ella por haber sido débil, por influir en los sentimientos de Cullingford hasta hacerlo vulnerable ante Prentice y por exponerse al desdén, que las palabras se le atragantaron.

La apartó de sí.

—¡No tendrías que haberlo hecho, Judith! —dijo con voz ronca—. Si se tratara de otra persona podría disculparla alegando ignorancia, pero en tu caso no.

—¿Hacer qué? —repuso Judith a la defensiva aunque su inocencia no resultaba creíble. Por

más que lo intentara su sinceridad innata la traicionaba—. ¿De qué me estás hablando?

Joseph la sostenía con los brazos estirados.

—Es impropio de ti pero si quieres que te lo diga no tendrías que haber coaccionado a Wil Sloan para que te ayudara a emborrachar a Stallabrass de modo que perdiera su empleo. Y te quedaste aguardando allí mismo dispuesta a recuperarlo. ¿Crees que nadie sabe lo que estás haciendo? ¡Ese pobre diablo es el hazmerreír de toda Bélgica! ¡No puede recibir una carta sin que los hombres se pongan a bromear sobre esa desdichada empleada de correos de quien está enamorado!

Judith se mordió el labio.

—No lo sabía...

—¡No te importaba! —espetó Joseph furioso—. No te detuviste a pensar en Stallabrass, era un mero estorbo en tu camino, como tampoco pensaste en Wil Sloan. Sabías que era tu amigo y que haría cualquier cosa por ayudarte. Lo utilizaste. ¡Sólo Dios sabe qué pensabas que le estabas haciendo a Cullingford! Esta guerra no se libra para que te diviertas ni para ponerte más fácil tener un romance imposible.

Judith se sintió culpable, quizá no tanto por lo que había hecho como por las ideas y sueños acerca de lo que haría si se le presentara la oportunidad. No había rechazado a Cullingford y al parecer no le quedaban reservas de virtud de las que echar mano para refrenar cualquier apetito o necesidad que se apoderase de ella.

Optó por aferrarse al detalle menos importante.

—¡Yo no coaccioné a Wil! —dijo con vehemencia—. ¡Fue idea suya!

—Eso es una excusa barata, Judith —replicó Joseph con amargura—. Es tu amigo y lo hizo para complacerte. Si tienes agallas para hacer algo que no está bien, al menos ten la elegancia de atenerte a las consecuencias. No te escudes en un tercero.

La acusación le dolió como un trallazo, quizá porque en parte era cierta o porque era su hermano quien la formulaba.

—¡No me estoy escondiendo! —exclamó Judith airada—. ¡Yo estuve allí con Wil! ¡Y Stallabrass bebió porque quiso! ¡Mi trabajo no es hacer de niñera!

—Tu trabajo es cuidar de quien lo necesite —respondió Joseph sin dar su brazo a torcer—. Te aprovechaste de la amistad de Wil, de la ignorancia de Stallabrass y de la atracción de Cullingford porque deseabas algo que no te pertenecía. ¿Acaso Cullingford es la clase de hombre capaz de tener una aventura con una mujer y pasar página sin culpabilidad, sin pensar que ha traicionado a su esposa y, lo que es más importante, a lo mejor de sí mismo? —inquirió—. Y si es así, ¿ésa es la clase de hombre cuya atención andas buscando? ¿Para qué? ¿Para demostrarte que puedes conseguirlo?

—¡Soy su conductora! —Estaba levantando la voz, seguramente sin darse cuenta, encendida por la rabia y la culpa—. ¡Eso es todo! Tienes una imaginación sucia y maliciosa y como hermano que me conoce desde que nací, me repugna que pienses eso de mí. ¿Crees que puedes ocupar el puesto de nuestro padre? ¡No eres digno de pisar el mismo suelo que él! —Inspiró entrecortadamente y se apartó un poco más—. Ve a dar sermones sobre moralidad a esos pobres heridos que no pueden huir de ti. ¡Yo sí puedo escapar y voy a hacerlo!

Dio media vuelta y lo dejó solo, cansado, enojado y disgustado en el patio de gravilla que la noche se estaba tragando.

Pero Joseph no podía dejarlo correr. Aún carecía de pruebas de que Cullingford no hubiese sido cómplice del asesinato de Prentice directa o indirectamente. Los últimos minutos habían sacado a relucir lo sumamente vulnerable que era el general.

Joseph siguió a Judith a grandes zancadas y la alcanzó junto a la puerta principal del *château*. Ella sin duda oyó sus pisadas en la gravilla porque giró en redondo para darle la cara. Bajo la luz

grisácea de la anochecida Joseph vio que su hermana tenía los ojos arrasados en lágrimas, pero supo que eran de rabia además de dolor.

—¿Qué quieres ahora? —masculló Judith.

Joseph echó un vistazo alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie que pudiera oírlos. No tenía sentido intentar ser diplomático con ella; ya lo había hecho imposible.

—Cullingford autorizó a Prentice por escrito para que fuera a donde quisiera, incluso a la línea de frente —dijo con gravedad—. Ningún otro corresponsal de guerra tiene permiso para hacerlo. Eso significaba que ninguno de nosotros tenía potestad para arrestarlo y obligarlo a retroceder hiciera lo que hiciese.

Judith lo miró con ojos centelleantes y expresión de desafío pero no dijo nada, obligándolo a continuar.

—Prentice sin duda tuvo que presionarlo para conseguirlo —agregó Joseph—. Se sirvió de ti.

Judith tragó saliva. Quiso decir algo, cualquier cosa para defender su honor y el de Cullingford pero no supo qué. La impotencia ardía en su mirada.

—¡Era un cabrón! —dijo entre dientes—. ¿Es eso lo que quieres que diga? Puedes quedarte ahí plantado y ser todo lo santo que quieras, Joseph, puedes culparnos a todos y gozar de tu supuesta superioridad moral. Puedes hacerme sentir tan sucia y asustada como sólo tú eres capaz de hacerlo ya que eso se te da muy bien. No puedo hacer nada para evitarlo. Dices que la gente se burla de Stallabrass y que... que hablan del general Cullingford. ¿Has venido a decirme que soy una mujer de la vida, cosa que no soy? ¿O realmente tienes algo importante que decir?

Para Joseph fue como si lo abofeteara. Debería escocerle la mejilla. Resultaba sorprendente lo hirientes que podían llegar a ser las palabras.

—Eldon Prentice fue asesinado por uno de nuestros hombres —contestó en voz muy baja y grave—. Yo lo detestaba por muy diversas razones: por Edwin Corliss, por Charlie Gee y por su presión moral sobre el general Cullingford. Pero ninguna de esas cosas, por más repulsivas que sean, hacen perdonable el seguirlo a la tierra de nadie y hundirle la cabeza en el agua de un cráter lleno de inmundicias hasta matarlo. Necesito saber quién lo hizo, como mínimo para proteger a quienes no son culpables.

Judith respondió con voz ronca y el rostro muy pálido.

—¿Piensas que lo hizo el general? ¡Estás loco! Prentice era despreciable pero Cullingford no haría algo así bajo ningún concepto. No pensarás...

—No, pero eso no importa, Judith. Lo único que cuenta es lo que se puede demostrar.

—Si alguien asesinó a Prentice por culpa de un chantaje moral, tuvo que ser Hadrian —contestó Judith casi sin aliento—. El general Cullingford se dirigió al norte y al oeste de vuestras posiciones y eso es bastante fácil de demostrar. Yo misma estaba con *él*.

—Por supuesto. Nadie piensa que se arrastrara por el fango hasta el cráter de un obús para hundir la cabeza de Prentice debajo del agua —respondió Joseph—. He interrogado a Hadrian. Estaba en la zona. Me ha dicho que sufrió una avería que arregló con un pañuelo de seda.

Judith percibió dudas en su tono de voz.

—¡No le crees!

—¿Tú sí?

Judith vaciló demasiado y se dio cuenta.

—No lo sé. Puede hacerse.

—Pero no tienes modo de saberlo —razonó Joseph.

—Sí que lo tengo —dijo Judith de inmediato—. No cuesta nada preguntar a los demás conductores si Hadrian devolvió un coche con un pañuelo a modo de correa del ventilador. Si lo entregó así, alguien lo sabrá. Luego puedes hacer comprobaciones en los sitios donde afirma haber estado y ver si dice la verdad. ¡Puedes hacerlo, Joseph! Los coches son bienes muy valiosos



aquí. Sabemos lo que les sucede a todos y cada uno de ellos. ¡Hazlo! —Ahora su expresión era entusiasta y se inclinaba un poco hacia él—. Si realmente estás intentando demostrar quién es inocente además de quién es culpable, puedes comenzar por Hadrian.

Había desafío en su voz y también miedo a estar equivocada. Aún estaba enojada, asustada y profundamente herida porque Joseph la culpaba y estuviera obligándola a culparse a sí misma.

—Lo averiguaré —contestó Joseph—. Pero eso no cambia nada. Si Prentice obtuvo permiso de Cullingford para adentrarse en el frente porque le hizo chantaje a propósito de ti, fuiste tú quien lo hizo posible.

—¡A veces, Joseph, resultas insufriblemente pomposo! —le escupió Judith con voz ahogada y los puños cerrados—. Todos nos quedamos desolados cuando Eleanor murió. Fue terrible. Era encantadora y no merecías perderla. Pero desde entonces has huido de los sentimientos como de la peste. Te has vuelto frío, distante, cerebral y sin corazón. ¡A veces me equivoco, pero no soy una cobarde! ¡No tengo miedo de sentir!

Y sin aguardar siquiera a ver cómo reaccionaba su hermano, dio media vuelta y entró hecha una furia al vestíbulo, lo atravesó y desapareció por la puerta del fondo dejando que diera un sonoro portazo a sus espaldas.

Joseph salió a la oscuridad de la noche aturdido por el peso de lo que Judith acababa de decirle. Hacía mal en quedarse con Cullingford sabiendo que éste estaba enamorado de ella, por más que el general se sintiera solo o necesitara al menos un contacto humano donde cupieran la compasión, la risa, la ternura, las ganas de no estar solo aunque fuese durante una hora. Una hora llevaba a un día, a una semana, a ansiar toda una vida.

Joseph había tenido intención de hablarle con sensatez, tal como habría hecho su padre, para que ella misma reparara en su error y tuviera tantas ganas de enmendarlo como él. Se había propuesto aproximarse a ella para que al llegar el momento de la renuncia supiera que contaba con todo su apoyo y que no estaba sola ni en sentido literal ni en el emocional.

En cambio la había apartado tan lejos de sí que ahora mediaba entre ambos una barrera que no sabía cómo superar.

Aunque lo que sí podía hacer era seguir la pista del coche que Hadrian había utilizado la noche en que mataron a Prentice y ver si se había averiado tal como afirmaba el comandante y en efecto había empleado un pañuelo de seda para hacer una chapuza que le permitiera regresar a Poperinge. Joseph también debería comprobar si alguien más había visto a Hadrian a lo largo del trayecto que había recorrido. Quizás así demostraría que no había podido estar en la tierra de nadie al mismo tiempo que Prentice.

Al día siguiente por la tarde ya casi había finalizado esa tarea cuando habló con la enfermera Marie O'Day. Parecía indiscutible que Hadrian en efecto estuvo donde había dicho mientras que Cullingford anduvo a quince o veinte kilómetros de distancia en dirección contraria.

—Fue una mala noche —dijo Marie O'Day—. Vi a Prentice, pero iba solo. ¿Por qué pregunta por él, capitán Reavley? ¿Qué es lo que necesita saber? Está muerto. Nadie lo apreciaba y sabe de sobra por qué. Usted estaba aquí cuando le hizo aquello a Charlie Gee, pobre muchacho. —Torció el gesto con pesar al recordarlo—. No es culpa de nadie que saltara el parapeto. ¡Nadie le obligó a hacerlo!

—¿Y nadie se lo sugirió? —insistió Joseph—. ¿No sabe quién le dio la idea?

—Aun suponiendo que lo incitaran, ¡no tenía por qué hacerlo! —señaló Marie.

—¿Y lo hicieron?

—No. Ya lo había decidido cuando nos alcanzó.

Fue la constatación de un hecho y no hubo el menor titubeo en la voz de Marie, ningún énfasis excesivo que hiciera sospechar que estaba mintiendo.

—¿De dónde venía cuando los alcanzó? —preguntó Joseph con curiosidad—. ¿Dónde había

estado antes?

—No lo sé —admitió Marie—. Más al este. Estaba envanecido, decía que ya había ido hasta la alambrada alemana y que quería volver a ir.

—¿Hasta la alambrada alemana? —Joseph no daba crédito. ¿Era posible que Prentice en efecto hubiese estado con otro regimiento y saltado el parapeto con ellos, y que luego quisiera repetir la aventura allí?—. ¿Está segura?

—Desde luego —respondió Marie con sumo desdén—. No paraba de jactarse. Decía que era excitante y peligroso, que había probado el auténtico sabor de la guerra y que iba a escribir algo que captaría la atención de todo el mundo. Quería añadir a lo que ya tenía escrito la experiencia de un asalto; quizá matar a unos cuantos alemanes él mismo. Así podría escribir como un verdadero soldado y contar a la gente cómo es esta vida en realidad, qué se siente, el olor de los cadáveres, las ratas, todo tal como es, para que sus lectores lo supieran. —Torció el gesto—. Quizá le parezca una infamia por mi parte, capitán Reavley, ya que es usted un hombre de Dios, pero me alegra que no viviera para hacer eso.

Joseph estaba anonadado. No sabía que los corresponsales escribieran de un modo tan gráfico.

—Yo también me alegro, señora O'Day. Quizá no sea un hombre tan piadoso como piensa usted. Gracias por su ayuda.

La dejó recogiendo los tazones para llevarlos al interior de la tienda, una figura alta y triste con un vestido gris manchado de sangre, atareada con los pequeños quehaceres cotidianos.

Joseph habló más tarde con Lucy Crowther, ayudanta de Marie O'Day. Estaba enrollando vendas en una mesa del puesto de primeros auxilios. Llevaba el pelo negro recogido muy tirante, tenía los nudillos blancos de hacer fuerza y evitó en todo momento su mirada.

—Sí. Alardeaba de que iba a saltar con los hombres —contestó a la pregunta de Joseph.

—Por segunda vez —dijo él.

Lucy levantó la vista.

—No. Era la primera vez que saltaba el parapeto.

—¡Pero si le contó a la señora O'Day que había llegado hasta la alambrada alemana!

—¡Ah, eso! —dijo Lucy quitándole importancia—, ¡Cualquier idiota puede hacerlo una vez que los zapadores han cavado el túnel!

—¿Quiere decir bajo tierra? —De nuevo le costó trabajo creer lo que oía.

—Exacto. Los zapadores estuvieron trabajando en Hill 60. El comandante Wetherall y sus hombres. Prentice fue a reunirse con ellos allí.

—¿Prentice fue con el comandante Wetherall?

—Sí. —Lucy terminó de enrollar la última venda—. No sé cómo podía soportarlo el comandante Wetherall, pero me figuro que le traía sin cuidado pues de lo contrario se habría librado de él —dijo—. Los zapadores no tienen que aguantar a nadie que no quieran. Hacen un trabajo muy peligroso, con explosivos, derrumbes, agua y todo lo demás —explicó Lucy con admiración y un tono de voz radicalmente distinto, rayano en la ternura.

Joseph se sorprendió sonriendo. Le constaba que lo que Sam hacía era tan peligroso como vital. Si un obús caía en algún punto del túnel podían quedar enterrados vivos, aplastados por la tierra al derrumbarse o, peor aún, aprisionados y abandonados hasta morir por asfixia. Y además estaba el infierno moral de aproximarse tanto a las trincheras alemanas que llegabas a oír a los hombres conversar, la risa y las bromas, alguna canción esporádica, todos los sonidos cotidianos de la vida lejos de casa y bajo una amenaza constante. Percibías el compañerismo, el pesar por las pérdidas, el dolor, la soledad, el susurro del miedo o la culpa, los cientos de pequeños detalles que demostraban que eran hombres exactamente como ellos y en su mayoría también de diecinueve o veinte años.

Escuchaban para obtener información. A veces colocaban explosivos para volar la propia

trinchera. Más de una vez habían irrumpido por accidente en una zapa enemiga para encontrarse cara a cara con alemanes que estaban haciendo exactamente el mismo trabajo con el mismo miedo y la misma culpabilidad. Joseph había pasado horas escuchando a los zapadores, ya que escucharlos era lo único que podía hacer para ayudarlos, y su admiración por ellos era inconmensurable.

—Gracias —dijo en voz alta—. ¿Quién estará enterado de lo que hizo Prentice, de qué dijo y con quién fue?

—Pruebe con el cabo Gee. Barshey Gee —añadió Lucy sabedora de que había muchos Gee en el regimiento.

Joseph le dio las gracias y salió al aire libre, donde ya oscurecía mientras retumbaba el fuego de la artillería, para ir en busca de Barshey Gee.

Los cañonazos de la artillería pesada iban en aumento en ambos bandos. Joseph fue avanzando de una trinchera a otra. Había hombres apostados en nidos de ametralladoras, otros aguardaban, rifle en mano, por si se aproximaba un pelotón de asalto alemán. Los ojos de unos y otros escudriñaban la alternancia de resplandor y oscuridad de la tierra de nadie. Era fácil confundir la escuálida silueta de un tocón de árbol con la de un hombre.

De pronto un obús alcanzó el promontorio de Hill 62 y Joseph se olvidó de Barshey Gee, de Prentice y de todo lo demás mientras socorría a los heridos, las más de las veces cargando con ellos a hombros. Era imposible doblar los recodos con una camilla de dos metros sin volcarla.

Hacia medianoche el fuego disminuyó un poco durante un rato. Al cabo arreció de nuevo y el pelotón de asalto que estaba esperando atacó. Las bengalas iluminaron el cielo y las siluetas de los soldados se recortaban momentáneamente en plena carrera pintadas de negro. Bajo el resplandor, las balas rebotaban en todas direcciones. Algunos hombres cayeron, pero la incursión fue repelida. Tomaron dos prisioneros, pálidos, enmudecidos y sólo con heridas superficiales. Aparentaban unos veinte años, eran rubios y de tez clara. Joseph fue enviado a hablar con ellos ya que hablaba bien alemán, pero sólo logró enterarse de sus nombres, graduación y regimiento. Era lo que esperaba. Los habría despreciado y compadecido a un tiempo si le hubiesen revelado algo más.

Faltaba poco para el amanecer cuando por fin dio con Barshey. Estaba sentado en un cajón de munición vacío fumando un Woodbine sin hacer el menor caso a la sangre que formaba costras en su mejilla y el brazo izquierdo.

—Hola, reverendo —saludó alegremente—. Me parece que ésta la hemos ganado.

—Las incursiones en tierra de nadie siempre salen caras —dijo Joseph poniéndose en cuclillas delante de él.

Barshey le ofreció un Woodbine.

—¿Quiere uno?

—No, gracias —rehusó Joseph—. ¿Recuerdas la incursión de la noche en que mataron a Prentice?

—¿Quién es Prentice?

—El corresponsal de guerra.

—¡Ah, ése! —Barshey se encogió de hombros—. Menudo sujeto. Sí, claro que me acuerdo. No regresó. Dicen que se ahogó. Estúpido cabrón, no tendría que haber ido. —Dio una fuerte calada a su cigarrillo—. Ya se lo dije, pero estaba empeñado. Había estado en las zapas con los hombres del comandante Wetherall y pensaba que ya era un soldado. —Torció los labios con desdén—. No hacía más que hablar de lo que iba a escribir para contar a nuestros compatriotas todo lo que no quieren saber. Yo mismo podría haberlo empujado a un cráter si se me hubiese ocurrido.

—Supongo que no sabes quién lo hizo —dijo Joseph con indiferencia.

—Ni idea.

Barshey aplastó la colilla de su Woodbine y encendió otro ocultando la llama de la cerilla con la mano por puro hábito pese a que ahora estaban alejados de la línea de frente.

—¿No fueron usted y el soldado de primera Goldstone quienes salieron a ver si quedaban supervivientes? —preguntó Barshey.

—Sí. Así es como encontré el cuerpo de Prentice.

Barshey se encogió de hombros.

—No entiendo por qué arriesgó el cuello por ése. Al fin y al cabo ya estaba muerto. No tenía sentido, la verdad.

—Lo traje de vuelta como habría hecho con cualquier otro —replicó Joseph.

De repente Barshey sonrió.

—Para mí que está usted loco, capi, pero en parte es un consuelo. Me gusta pensar que iría a buscarme aunque ya no estuviera en condiciones de luchar. Porque a veces pienso que estoy bien pero otros días me despierto con la cabeza llena de Jerrys muertos y pienso en sus madres y esposas, y en que quizá son los mismos a los que a veces he oído cantar. O los que nos han dejado salchichas ahí fuera, o los que preguntan a gritos los resultados del fútbol, y no lo puedo soportar. Necesito pensar que habrá alguien que vaya a por mí pase lo que pase.

Seguía sonriendo pero sus ojos brillaban con la dolorosa intensidad de su congoja.

—No lo dudes —dijo Joseph en voz baja—. Te garantizo que iría.

Barshey asintió con la cabeza pestañeando un poco. Entrecerró los ojos y bajó la vista al paquete vacío de Woodbine para disimular sus sentimientos, no porque quisiera otro cigarrillo.

—Mire, si quiere averiguar qué le pasó a ese imbécil tendría que hablar con el comandante Wetherall. Estuvo con él en las zapas porque Prentice no paraba de fanfarronear. Creía que Wetherall le consideraba todo un soldado. Puras sandeces, si quiere mi opinión. Wetherall lo despreciaba. Durante la incursión el comandante vino desde las zapas hasta nosotros a través de la tierra de nadie. Tiene más arrestos que cualquier otro hombre que yo conozca. Puede que viera al memo de Prentice caer en un cráter.

Joseph sintió frío en la boca del estómago.

—¿El comandante Wetherall vino a través de la tierra de nadie durante la incursión?

Barshey sonrió.

—Como le he dicho, es un fuera de serie.

Era la única respuesta que Joseph no había contemplado: cualquier otro zapador, los amigos de Corliss, ¡pero Sam no!

—¿Se encuentra bien, capi? —preguntó Barshey con amabilidad—. Tiene mala cara. ¿No le habrán alcanzado, verdad?

—¿Alcanzado? —repitió Joseph tontamente.

—¿Le han dado durante el último asalto? —repitió Barshey despacio escrutando el semblante de Joseph—. ¿Se encuentra bien? Parece mareado.

—Sólo es una magulladura —contestó Joseph—. Una magulladura interna, creo.

—¿Duele, verdad? —dijo Barshey con comprensión aunque sin estar seguro de a qué se estaba refiriendo.

—Sí —convino Joseph—. Sí que duele.

Ojalá hubiese seguido el consejo de Sam y no hubiese investigado. Ya no quería saber, pero es imposible ignorar lo que se sabe. Sabía quién había matado a Eldon Prentice. Si uno pensaba en Corliss, quien seguía a la espera de saber si iba a enfrentarse a un pelotón de fusilamiento, quizá no resultaba tan difícil comprender por qué. Quizá tendría que haberlo adivinado desde el principio. Pero no podía dejarlo correr sólo porque le doliera en lo más vivo sacar a relucir la verdad.

De nada serviría titubear. Le habría gustado eludir el enfrentarse a todo lo que conllevaba pero

al mismo tiempo entendía que no era posible. Las palabras de Scruby Andrews resonaban en su cabeza y la verdad que encerraban no le dejaría en paz. No lo haría ahora y sabía que más adelante tampoco.

Cuando tocaran diana Sam estaría en su sitio habitual. La hora del desayuno no era el mejor momento para semejante confrontación y justo después ambos estarían ocupados con otros deberes. Tenía que ser antes. No había más alternativa que ir a despertar a Sam enseguida.

Caminó lentamente por la tierra húmeda del amanecer. Las paredes de la trinchera estaban tachonadas de escarabajos. Una rata se alejó sin prisa ni susto. Subió los escalones y enfiló por la trinchera de aprovisionamiento. Reinaba un silencio extraño e inquietante. Ambos bandos habían dejado de disparar. Oyó el canto de un pájaro en lo alto del immaculado cielo azul de la mañana.

Había recorrido aquel trecho de Paradise Alley tan a menudo que lo conocía como la palma de su mano, cada recodo, cada hondonada, la ubicación de cada montante y cada refugio. En otras ocasiones había experimentado una sensación de expectación, incluso de placer. Ahora tenía que obligarse a avanzar porque no tenía sentido demorarse. Un retraso no cambiaría nada.

Llegó al refugio subterráneo de Sam y se detuvo. Cada muesca y cada agujero de clavo de la madera que lo rodeaba le resultaba familiar. No había llamador pero uno no entraba en la improvisada morada de otro hombre a aquellas horas sin intentar mostrar cierta cortesía.

—¡Sam! —llamó con voz ronca como si tuviera la garganta seca—. ¡Sam!

Silencio. ¿Estaba aliviado o enojado por tener que posponerlo después de todo? ¿Quizá Sam había ido a desayunar más temprano? No. Aún no habían tocado diana. Quizás estaba dormido.

—¡Sam! —gritó.

Una cabeza rubia despeinada asomó por el hueco de la arpillera.

—¿Busca al comandante Wetherall? Lo siento. Lo han trasladado. Una emergencia en otra parte del frente. Pero no sé dónde.

Joseph miró fijamente a aquel hombre. No concebía que aquel desconocido con la expresión perdida ocupara el refugio subterráneo de Sam. ¿Dónde estaban las pertenencias de Sam? ¿Cómo podía ocurrir algo así sin previo aviso?

El soldado pestañeó y reparó en los galones de Joseph.

—Lo siento, capellán. Espero que no trajera malas noticias para él.

—No —contestó Joseph despacio. Inspiró profundamente—. No. Ninguna novedad, al menos por ahora. Gracias.

Dio medio vuelta y tropezó con un surco del suelo irregular. Aquello sólo era un respiro, no cambiaba nada, pero por el momento no tenía que enfrentarse a Sam y destruir la amistad que era su único puente hacia la risa, la calidez del contacto humano, la mano que se abría y estrechaba la suya en las tinieblas de aquella destrucción universal.

## 10

Aquel mismo atardecer, mientras Joseph conversaba con Marie O'Day, Judith estaba sentada en la cocina del *château*. Le habían dado una cena excelente, aunque aparte de Cullingford y los oficiales franceses con quienes se había reunido. Comió el último pedazo de pan crujiente y aún caliente con queso Brie, apuró su copa de vino y dio las gracias al cocinero con un entusiasmo y una gratitud que no tuvo que fingir.

Después, en el aire templado y agradable del jardín, oyó el canto de los pájaros y olió la tierra húmeda. Hacia el norte el resplandor de los obuses destacaba contra la oscuridad del ocaso y el ruido era más fuerte a medida que los cañonazos iban en aumento.

Cullingford la encontró cuando la última luz del día se desvanecía del cielo. Los pesados racimos de lilas parecían más sombras que materia y su perfume penetrante envolvía y atrapaba los sentidos.

—¿Te han dado una buena cena? —preguntó Cullingford como si tal cosa.

Judith se volvió sorprendida. Cullingford sólo estaba a un par de metros y no había oído sus pisadas sobre la hierba mullida.

—Sí, gracias. Ha sido mi mejor comida desde... desde la cena con la señora Prentice.

—¿No olvidas la invitación de tu hermano Matthew?

Cullingford sonrió con el rostro de cara a la luz pero Judith no vio serenidad en él y tampoco, pensó, felicidad. ¿Se debía a que le había hecho pensar en su hermana y en la muerte de Eldon Prentice?

—La verdad es que no recuerdo qué comimos —reconoció Judith. Quería preguntarle si todo iba bien pero no quería parecer entrometida.

Quizá Cullingford lo adivinó en su semblante. Se metió las manos en los bolsillos, algo que Judith sabía que hacía cuando estaba muy concentrado y olvidaba cuanto le rodeaba. Era un gesto relajado y curiosamente íntimo. Se puso a caminar bastante despacio y ella le siguió el paso. Si no fuera por el ruido de las bombas en la distancia podrían haber estado en un jardín inglés con los campos de maíz al otro lado del seto.

—He estado reflexionando sobre lo que me dijiste acerca de la muerte de tu padre —dijo Cullingford sacando del bolsillo una pipa que llenó de tabaco—. El veintiocho de junio del año pasado. Me dijiste que había descubierto una conspiración aunque me contaste poca cosa más. Mencionaste al amigo de tu hermano que fue autor material del accidente pero apenas nada del hombre que estaba detrás del complot. —Se volvió para mirarla—. Sigue libre, ¿no? Y con el mismo poder y libertad que tenía antes.

—Sí —dijo Judith con voz tensa. La rabia y el dolor perduraban, incluso la sorpresa porque todo lo que daba sentido y valor a su vida hubiera sido destruido de un solo golpe. Había escondido parte de su tristeza, buscándose ocupaciones para no hundirse en ella, pero distaba mucho de haberla superado. Quería compartirla con Cullingford. Él comprendía la soledad, los sentimientos de horror y pérdida que moldeaban la mente con fuerza incontrolable, más profundos que las palabras, devoradores y demasiado íntimos como para explicarlos a quien nunca hubiese experimentado algo semejante.

Cullingford no había contado a su esposa nada de la realidad de su vida allí en Flandes: los riesgos que corría a diario, las decisiones y deberes que conformaban su actividad. ¿De qué hablaban entonces? ¿De asuntos domésticos, de conocidos comunes y del tiempo? ¿Todo lo que

significaba pasión y dicha quedaba sin decir porque ella no quería conocer su mundo ni él el de ella? La soledad de la ignorancia podía ser como un peso que te dejaba sin aire.

—Sí —dijo Judith otra vez, consciente de que Cullingford la estaba mirando fijamente y con un anhelo en los ojos que no podía saber que ella descifraba. Judith no le miró, pero no hacía falta; el rostro de Cullingford estaba en su mente igual que si lo estuviera mirando. Era lo primero que veía al despertar y lo último antes de rendirse al sueño.

—Y no se detendrá sólo porque haya fracasado la primera vez —agregó Judith—. Matthew piensa que quizás esté tratando de minar la moral en la patria para socavar la campaña de reclutamiento y evitar que Kitchener forme un nuevo ejército.

Entonces recordó lo que Belinda había dicho sobre los artículos que Prentice se proponía escribir para relatar la verdad sobre las muertes inútiles y cómo ese conocimiento afectaría a quienes estuvieron considerando la posibilidad de alistarse. Quizá Cullingford también lo tuviera en mente.

—Lo siento —se disculpó Judith consciente del desgarró que la lealtad a la familia le debía de estar infligiendo—. Me figuro que Prentice no se daba cuenta de lo que hubieran provocado sus artículos. Y de todos modos los habrían censurado.

—Querida, yo conocía muy bien a Eldon —dijo Cullingford—. No se habría tomado la molestia de averiguarlo. Están muriendo demasiados hombres como para que pretendamos que todos son buenos. Ésa es una ingenuidad buena para los tiempos de paz. Los que no tienen que tomar decisiones pueden permitirse soñar, pero quienes debemos tomarlas no. Por favor, cuéntame lo que sepas acerca de este... creador de paz a cambio de esclavitud y deshonor —pidió Cullingford.

Judith se lo contó amparada en la creciente penumbra mientras paseaban por los senderos, ahora un tanto asilvestrados ya que los jardineros habían sido llamados a filas. La tierra desatendida había florecido con su verdor habitual como si no supiera que a escasos kilómetros la estaban envenenando y convirtiéndola en un erial.

Judith ya había referido al general parte de los acontecimientos así como de la investigación posterior cuyas piezas se habían ido reuniendo hasta que por fin, con Europa al borde de la guerra, los hijos de John Reavley habían descubierto el complot.

—Tu padre fue un hombre muy valiente —dijo Cullingford en voz baja cuando Judith hubo terminado—. Ojalá le hubiese conocido.

Judith se enfureció consigo misma porque los ojos se le arrasaron en lágrimas y la voz se le quebró cuando intentó contestar.

—Lo siento —dijo Cullingford. Soltó la pipa un momento para sacar un pañuelo del bolsillo. Se lo tendió a Judith.

Judith intentó enjugarse las lágrimas sin éxito, y se sonó la nariz. Se quedó con el pañuelo, para no devolvérselo sucio.

—Pienso que Eldon quizás estuviera envuelto en ese asunto —dijo Cullingford meditabundo. Había una tristeza inmensa en su rostro, pero no rehuyó aquella posibilidad por más desagradable que le resultara—. He estado reflexionando sobre algunas cosas que me dijo la última vez que estuve de permiso. Se jactaba de que cambiaría las cosas. Lo hacía a menudo, como todo muchacho, pero me pareció más seguro de sí mismo que antes, como si se estuviera refiriendo a algo concreto.

Judith no dijo nada.

Cullingford se llevó la pipa a los labios y soltó una bocanada de humo. Judith olió su aroma en el aire húmedo.

—Tuvimos una de nuestras estúpidas discusiones como tantas otras veces. Odiaba el ejército y cuanto guardara relación con el militarismo, como él lo llamaba. Decía que había un camino mejor que la violencia, un camino de paz y gobierno que sustituiría al mezquino nacionalismo, que

pronto pasaría a ser un anacronismo, que esperara a ver. —Había dejado de andar y sostenía la pipa entre las manos como si no supiera qué hacer con ella. La luz se reflejaba en la madera pulida de la cazoleta—. Entonces pensé que sólo fanfarroneaba, pero al verlo con la perspectiva de ahora pienso que sabía muy bien lo que estaba diciendo.

Judith se volvió para mirarlo y Cullingford desvió los ojos pese a que en la penumbra apenas hubiera podido ver su expresión. Judith entendió que el general se avergonzaba de haber leído el pensamiento de Prentice con tanta facilidad, lo superficial y vulnerable que había en él, el niño que había sentido necesidad de impresionar a los demás y el adulto que había abrazado una causa maléfica con ese mismo fin, quizá sin darse cuenta de ello. Judith volvió la mirada hacia los árboles recortados contra el cielo que ahora eran poco más que sombras en el crepúsculo.

—Vi fotografías de él —dijo Judith en voz baja—. En una regata. Tú también salías. Prentice aparecía joven y entusiasta, como si todo lo bueno estuviera aún por llegar. Supongo que hay miles de muchachos así. La gente debe de ver esas fotos y... —No pudo continuar. Estaba haciendo daño a los dos sin ninguna necesidad. Cullingford alargó la mano y le tocó el brazo. Sus dedos fuertes lo apretaron con firmeza, sólo un instante, y la volvió a soltar.

—También aparecía una muchacha —dijo Judith para romper el silencio.

—No me acuerdo —contestó Cullingford.

—Era una chica poco corriente, muy alta —explicó Judith—. Con unos ojos espectaculares, muy pálidos, de un verde o un azul muy claro.

De súbito la asaltó el recuerdo de Hannah utilizando prácticamente las mismas palabras.

Se paró en seco y dio media vuelta para mirar a Cullingford con el corazón palpitando.

—¡Creo que ya sé cómo dieron a Sebastian la orden de matar a mis padres! No pudo ser por carta, uno no dice esa clase de cosas por escrito. Además, tenían que asegurarse de que Sebastian lo haría. ¡No había tiempo de esperar una respuesta a vuelta de correo! Tenía que hacerse en persona. Matthew me dijo que sólo recibió una llamada telefónica del señor Thyer, el director de St. John's, con quien mantuvo una conversación muy breve. Pero sé que se reunió con una muchacha en una taberna de Madingley. —Hablaba cada vez más aprisa levantando la voz con excitación—. ¡Una amiga de Hannah la vio! ¡Era alta, con unos ojos claros fuera de lo común! Por supuesto no tiene por qué tratarse de la misma mujer, ¡pero podría serlo! ¡Es posible que también metiera a Prentice en la conspiración!

Cullingford la contemplaba asombrado, vulnerable, como desnudo bajo los últimos restos de sol que apenas coloreaban el cielo.

—Sí—convino a media voz—. Podría ser. Mañana voy a Londres. Sólo un par de días. Lo investigaré. Me enteraré de quién es.

Judith se quedó perpleja. Cullingford no le había dicho nada de aquel viaje hasta entonces. Se asustó al comprobar cuánto lo añoraría aunque fuese por tan poco tiempo. Sacó el pañuelo del bolsillo e hizo ademán de devolvérselo.

Cullingford rió con cierta timidez.

—Guárdalo —dijo levantando el brazo para tocarle la mejilla con las yemas de los dedos—. ¿Estarás aquí cuando regrese, por favor?

—¡Por supuesto! —respondió Judith con voz ronca. Le dolía tanto la garganta que apenas podía tragar.

Cullingford se inclinó y la besó con ternura en la boca y, tras vacilar un instante, con renovada pasión. Acto seguido se apartó de ella y dio media vuelta para dirigirse a la casa sin volver la vista atrás.

El general llegó a Londres a las once y media de la mañana. Lo primero que hizo fue ir a ver a



Abigail Prentice. Fue un encuentro tenso y cargado de emoción en el que ninguno de los dos supo salvar el abismo de dolor que mediaba entre ellos.

—Hola, Owen —saludó Abigail tan calurosamente como pudo. Se manejaba con torpeza puesto que no le perdonaba del todo que fuera un militar de carrera, un hombre que había entregado su vida al combate, cosa que no comprendía, y estuviese allí, lleno de vida. Su hijo, que luchaba con su mente y sus creencias, cuya única arma era una pluma, había perecido ahogado en la tierra de nadie y yacía enterrado donde ni siquiera podría visitar su tumba. No había podido abrazarlo ni llorar a su lado.

—Hola, Abby.

Cullingford la besó en la mejilla. Fue cuanto ella le ofreció.

—¿Estás de permiso? —preguntó Abigail pasando delante de él hacia la sala de estar.

—Un par de días —contestó Cullingford.

—Pensaba que como general habrías podido quedarte más tiempo. —Se sentó en el viejo sillón junto a la chimenea. Había rosas tempranas de color amarillo en un jarrón sobre la mesa. Todavía estaban en capullo y eran de tallo corto, cortadas de la enredadera de la pérgola del jardín. En un par de semanas estarían en su máximo esplendor—. Supongo que no saben arreglárselas sin ti —agregó con tanto orgullo como resentimiento en la voz.

Cullingford se preguntó si estaría sentado en el mismo sitio que había ocupado Judith cuando estuvo allí. Echó un vistazo a la habitación que tan bien conocía, las fotografías de Prentice, una o dos de él mismo, no muchas. Había varias de Belinda, algunas de Abby y su marido. Entonces vio la que Judith le había mencionado. Recordó la ocasión. Fue en Henley, tal como ella había supuesto. Un día caluroso, el sol deslumbrante en el agua, montones de muchachos con pantalones claros, sombreros *canotier*, blazers a rayas, chicas con vestidos afectadamente náuticos o llenos de muselinas y cintas y parasoles para evitar quemarse el cutis con el sol. Una jornada llena de risas, limonada fría y cerveza, cestas de pícnic, frutas y sorbetes, gelatina de faisán, bocadillos de pepino y algunas copas de champán.

Y allí estaba Laetitia Dawson con sus sorprendentes ojos, casi tan alta como Cullingford y un poco más que Prentice, su rendido admirador. ¿Sería posible que su relación con el Pacificador hubiese comenzado precisamente allí, al conocer por vez primera sus seductoras y terribles ideas?

¿Sería ella también quien había dado a Sebastian Allard la fatídica orden que tan trágicas consecuencias tendría?

—¿Te apetece un té? —preguntó Abby.

—Gracias —aceptó Cullingford, ya que así le resultaría más fácil estar sentado sin hacer nada y tampoco podía marcharse tan pronto.

—¿Te quedarás a almorzar? —añadió Abby.

—No, no, gracias. Tengo que ir al centro a visitar a varias personas.

—Gracias por enviar a la señorita Reavley —prosiguió Abby con torpeza—. Fue todo un detalle. Es una chica muy amable. Habló muy bien de Eldon.

Cullingford imaginó a Judith sentada en aquel salón estrujándose los sesos para encontrar algo que decir, tal como ahora estaba haciendo él. Judith había detestado a Prentice por su insensibilidad ante el sufrimiento de unos hombres a quienes apreciaba sin límites. Al pensar en ella se le aceleró el pulso; el salón se empequeñeció, aprisionándolo. Deseaba estar de vuelta en Flandes pese a la violencia y los padecimientos, el ruido, el miedo y la suciedad. En Flandes había personas a quienes amaba y causas que comprendía.

—Bien —dijo Cullingford en voz alta—. Me alegra que te fuera de ayuda.

—Nada ayuda, Owen —contestó Abby—. Sólo agradezco tu amabilidad.

—Abby, yo no lo mandé a la tierra de nadie —le dijo Cullingford. Quiso alargar el brazo y tocarla pero la vio demasiado envarada, demasiado frágil, y no se atrevió—. Corrió un riesgo

como lo haría cualquier otro muchacho —prosiguió—. Si te enojas con todas las personas que viven porque él ha muerto vas a hacerte un daño intolerable. En la guerra hay bajas igual que en la vida. Hacemos cuanto podemos. A veces nos equivocamos. Eldon obedecía a sus creencias. No culpes a otras personas de ello.

Le estaba mintiendo. Hadrian le había contado que Eldon había muerto asesinado, cosa que nada tenía que ver con la guerra. Pero había dado motivos de sobra a muchas personas para que lo odiaran y Cullingford no sabía a cuál de ellas se le había presentado la oportunidad y la había aprovechado. No podía culpar al hermano de Charlie Gee, si había sido él, como tampoco a los amigos de Corliss. Pero no era preciso que Abby supiera aquello. Bastante pena tenía ya.

Abby lo miraba fijamente a la expectativa, deseosa de discutir pero sin atreverse a hacerlo. Tenía que soltar la rabia, pero no contra él.

Cullingford se levantó despacio.

—No tenemos tiempo que perder con odios, Abby —dijo en voz muy baja—. Aprovecha las cosas buenas que tienes mientras duren. El tiempo es muy valioso y escaso.

Las lágrimas se derramaron por las mejillas de Abby, y con poca soltura, como si no lo hubiese hecho nunca antes, Cullingford se arrodilló delante de su hermana y la estrechó entre sus brazos.

Cullingford ya había dado muchas vueltas al asunto y sabía con qué amigo iba a hablar a propósito de la idea que estaba tomando cuerpo en su mente. Era tan espantosa como plausible. Si lo que averiguase a continuación encajara con lo que Judith le había contado, la identidad del Pacificador dejaría de ser una incógnita.

Anduvo por Piccadilly bajo el sol con una sensación de irrealidad. Todo parecía exactamente igual que un año atrás y sin embargo aparecía indefiniblemente más deslucido. En parte se debía a los vestidos de las señoras. No había colores brillantes, nada de rojos, naranjas ni rosas encendidos, como si éstos fueran a resultar de mal gusto en medio del luto general.

Tal vez había menos caballos y más automóviles, cosa que quizá se debiera a la guerra o simplemente al progreso. Los vendedores de periódicos voceaban titulares en las esquinas y las noticias eran las mismas: cifras de bajas en Flandes, Francia y Gallípoli, crónicas de otras regiones en África y el Mediterráneo. Curiosamente seguía habiendo folletos que anunciaban musicales, obras teatrales, el último espectáculo y, por supuesto, películas.

Se detuvo un momento para orientarse y luego cruzó la calle para entrar en un gran bloque de apartamentos cada uno de los cuales era como una casa elegante con su vestíbulo y varias habitaciones.

Gustavus Tempany le estaba esperando. Era no menos de quince años mayor que Cullingford y tenía el pelo cano. Alto y delgado, cojeaba por culpa de una herida que supuso su cese en el ejército indio diez años atrás. Su porte seguía siendo el de un soldado. Sus pensamientos y sueños estaban con los hombres destinados en Francia, pero sus días de combate habían terminado.

Dio la bienvenida a Cullingford y le ofreció whisky pese a que era temprano; no le sorprendió que lo rehusara.

—¿Y bien? —dijo Tempany con gravedad mirando a Cullingford, que se había sentado con las piernas cruzadas afectando informalidad como si estuviera la mar de relajado—. No juegues al ratón y al gato conmigo, Cullingford. Hay algo que te reconcome, de lo contrario no estarías aquí. No es momento para remilgos.

—¿Conoces a Laetitia Dawson? —preguntó Cullingford sin rodeos.

Tempany abrió mucho los ojos pero no hizo ningún comentario.

—Por supuesto.

—¿Sabes qué anda haciendo últimamente?

—¿Te refieres a su vida social? Ni idea. No me interesan demasiado esas cosas. —Puso mucho cuidado en no preguntar por qué demonios estaba Cullingford interesado en algo tan superficial.

Frunció el ceño—. ¿Es importante?

—Podría serlo. ¿Sigue viviendo en Londres? ¿Se ha casado, se ha ido al extranjero o algo por el estilo?

—No. La vi cenando en el Savoy hace un par de semanas, o quizá sean tres.

—¿Con quién? ¿Lo recuerdas?

—Con el hermano de alguien. Algo informal —le respondió Tempany.

Cullingford reparó en su curiosidad y sonrió. Podría haber confiado en su discreción y su honor, pero si Judith llevaba razón aquella información era intrínsecamente peligrosa y Tempany era demasiado buen amigo y desde hacía demasiado tiempo como para arriesgar su seguridad.

—¿Podrías ponerme en contacto con alguien que la esté tratando actualmente? —pidió.

—Cullingford, ¿estás seguro de lo que haces? —preguntó Tempany con inquietud—. No se avendrá a nada cuestionable y lo sabes. ¿Sabes los contactos que tiene su familia? ¿Sabes quién es su tío?

—Sí, claro. Por favor. Es importante.

—Bueno, si no hay más remedio, me parece que ahora pasa mucho tiempo cerca de Cambridge, en la casa solariega. ¿Sabes dónde está?

—Sí, lo sé.

—Podrías probar con uno de los jóvenes científicos del Claustro. Ahora no recuerdo su nombre, pero dicen que es un genio. Todo es alto secreto. Campaña solidaria con la guerra. ¿Es eso lo que andas buscando?

Cullingford no contestó. Las piezas estaban encajando con demasiada facilidad: primero Laetitia Dawson con Eldon, aunque sólo era una suposición. Luego el mensaje a Sebastian Allard. Ahora había un joven científico en Cambridge. La conexión era perfecta. La pasión estaba allí, el idealismo, el poder. Tendría que ir a Cambridge, por supuesto. Cada paso precisaba ser demostrado, pero no preveía mayores dificultades. Sería fácil conseguir una fotografía de Laetitia en las páginas de sociedad de la revista *Tatler*. La mostraría en la taberna que había mencionado la hermana de Judith y la cadena quedaría completa.

Tomó un almuerzo rápido en la estación de ferrocarril y fue a Cambridge en el tren de la tarde, que llegó poco después de las tres. Por suerte el día en que mataron a John y Alys Reavley era una fecha que en Inglaterra se recordaría mientras existiera la historia escrita puesto que ese día tuvo lugar un asesinato en los Balcanes que precipitó una guerra que parecía conducir al fin del mundo tal como lo conocía Europa y al principio de algo desconocido, quizá más rápido, más oscuro e infinitamente *más feo*.

El general apenas tardó en encontrar un conductor que le llevara hasta la taberna del pueblo donde Sebastian y Laetitia Dawson habían sido vistos según Hannah había contado a Judith.

—Una chica muy guapa, caramba —convino el tabernero levantando la vista de la foto de la revista para mirar Cullingford con respeto. El general iba de uniforme, igual que otros miles de hombres, aunque en su caso se debía a que no había tenido tiempo ni ganas de pasar por su casa. Tenía prisa por resolver aquel asunto y, a decir verdad, no abrigaba el menor deseo de ver a Nerys y tener que ponerse la máscara que por el bien de ella ocultaba sus sentimientos. Dudaba tener las fuerzas necesarias para soportar semejante esfuerzo. Estaba demasiado cansado, con *las* emociones demasiado a flor de piel como para intentarlo.

—¿Se acuerda de ella? —preguntó Cullingford pacientemente.

—No se la ve mucho últimamente —contestó el tabernero—. Andará atareada, digo yo. Como casi todo el mundo.

—Estoy intentando reconstruir un acontecimiento que ocurrió hace poco menos de un año para librar de toda sospecha a un conocido mío —explicó Cullingford sesgando un poco la realidad—. Seguro que recordará usted el día del asesinato del archiduque Francisco Fernando...

El tabernero puso los ojos en blanco.

—¿Que si me acuerdo? ¡Cómo voy a olvidarlo!

—Desde luego, no creo que nadie pueda —convino Cullingford—. ¿Vio a esta mujer el día anterior? —Recordó la descripción que Judith hiciera de Sebastian Allard—. Puede que la acompañara un muchacho también alto, muy guapo, con el pelo castaño claro y la piel morena. Con aspecto de poeta, de soñador.

El tabernero sonrió.

—¡Sí, claro! Me acuerdo de él. Muy bien parecido, en efecto. No he vuelto a verlo desde entonces. Me figuro que se fue a la guerra, como casi todos. —Su rostro se llenó de tristeza y pestañeó varias veces. Sacaba brillo al vaso que tenía en la mano con tanta fuerza que tuvo suerte de no romperlo—. Ojalá no lo hayan matado. Tenía una mirada increíble, como encendida desde dentro. —Negó con la cabeza—. Y no era amor como tantas veces ve uno en los muchachos de su edad. Era algo más grande, como usted dice, un sueño. Y él y la chica se trataban como amigos, nada más. Ella también era muy guapa aunque un poco demasiado alta para mi gusto. ¿Le sirve de algo?

—Sí —dijo Cullingford enseguida—. Sí, gracias.

Era lo que necesitaba saber. Informaría a Matthew Reavley. A él correspondía saber cómo arrestar al Pacificador o qué otra cosa hacer al respecto. Pero al menos ahora sabría quién era. Podría cortarle las alas para siempre. Quizás actuarían con discreción, sin una acusación en toda regla y, desde luego, sin juicio.

Volvió a dar las gracias al tabernero, le dejó una generosa propina por su colaboración y salió a la calle soleada.

¿Habría aún quien se suicidara por honor si era hallado culpable de traición? Sin duda el gobierno jamás lo haría público. ¿Le ofrecería alguien una espada o una pistola? Sería la mejor manera de hacerlo.

El conductor le estaba esperando y Cullingford regresó a la *estación* para tomar el siguiente tren a Londres. Tendría que haber pensado en pedir a Judith la dirección de Matthew, pero no había querido decirle lo que se proponía hacer. De habérsela preguntado lo habría adivinado. Ahora tendría que telefonar a uno de sus amigos de los Servicios de Inteligencia y pedirle. Sólo era un contratiempo sin importancia.

El viaje de regreso desde Cambridge fue muy agradable. Cullingford se permitió echar una siesta'. Se despertó sobresaltado y vio que ya estaba en las afueras de la ciudad. Tendría que buscar un hotel donde pasar la noche y tal vez ir a su casa al día siguiente. Tendría tiempo de enfrentarse a esa decisión cuando llegara el momento.

Eran casi las siete y ya comenzaba a atardecer cuando recorrió el andén bajo el inmenso techo de la estación hasta la calle. El aire templado acariciaba la piel como si el verano estuviera al caer.

Se dio cuenta del hambre que tenía y buscó un restaurante para cenar como era debido antes de ir a visitar a Matthew Reavley. Matthew era un joven soltero. No había motivo para pensar que regresaría temprano a su casa o, en realidad, que fuera a regresar. Aun así debía intentarlo aunque le llevara toda la noche y tuviera que ir a las oficinas del SIS a la mañana siguiente. Aunque sería mejor verlo aquella misma noche, por distintas razones. La revelación debía tener lugar en la más estricta intimidad, de modo que nadie más pudiera oír ni una sola palabra. Y acaso no fuera tarea fácil convencer a Matthew de que el Pacificador era en efecto quien Cullingford sabía que era.

Otra razón de peso era que deseaba hacerlo cuanto antes. Cada hora que pasaba era una hora de libertad que el Pacificador aprovecharía para hacer más planes, traicionar a más personas, quizás hasta significase la muerte de otros hombres y la aproximación de la derrota.

Después de cenar hizo una única llamada telefónica y obtuvo la información que deseaba. Paró

un taxi y dio al conductor una dirección que quedaba a unos doscientos metros de la calle de Matthew. Seguramente fue una precaución innecesaria, pero aun así no quería facilitar la dirección del domicilio de Matthew ni siquiera a un taxista, pues éste podía muy bien recordar a un pasajero con uniforme de general.

Eran casi las diez cuando acabaron de abrirse camino entre el tráfico y por fin pagó la carrera y se apeó. La temperatura seguía siendo templada pero ya había oscurecido del todo y las farolas sólo proyectaban discos de luz que semejabán perlas gigantes dispuestas a lo largo de la acera.

Al doblar la esquina y entrar en la bocacalle estaban más separadas entre sí. Cullingford vio que había un hombre a pocos metros de la farola más cercana a la portería que a su entender correspondía al piso de Matthew. Estaba junto al bordillo, como si esperase que pasara un taxi para pararlo. No podía estar aguardando para cruzar puesto que nada se lo impedía. La calle estaba en silencio. Cullingford esperó que no fuera el propio Matthew. Llevaba abrigo y sombrero y empuñaba un bastón. Costaba discernir su estatura. Las sombras lo hacían más alto de lo que era.

Se volvió justo cuando Cullingford llegaba a su altura como si el ruido de sus pisadas hubiese atraído su atención. Por un instante la luz brilló en su semblante y le sonrió.

—Buenas noches, Cullingford —dijo en voz baja—. Me figuro que ha venido a ver a Reavley. Es una lástima.

Cullingford vio el rostro del Pacificador torcerse con una mueca de pesar pero sin una pizca de indecisión.

Llegó a ver la luz de la farola reflejada en la hoja del bastón espada y acto seguido la notó en su cuerpo como un golpe paralizante, para nada punzante, sólo un entumecimiento que se apoderaba de él mientras se desplomaba en un abismo de tinieblas.

Joseph estaba sentado en su refugio subterráneo escribiendo cartas cuando oyó ruido en la entrada y un momento después entró Barshey Gee sin avisar. Tenía el rostro blanco y miró a Joseph sin siquiera intentar disculparse.

Joseph soltó la pluma y se levantó. En dos pasos se plantó delante de Barshey. Lo cogió por los hombros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz grave, preparándose para encajar la noticia de que habían matado a uno de los hermanos de Barshey. Tenía que haberlo hecho un francotirador a aquellas horas de la tarde—. ¿Qué ha ocurrido, Barshey? —repitió.

Barshey respiraba entrecortadamente.

—Acabo de enterarme, capitán. ¡Han asesinado al general Cullingford! En Londres. Estaba de permiso y un ladrón le clavó un cuchillo en plena calle. ¡Dios mío, espero que cuelguen a ese cabrón! —Procuró respirar con normalidad inspirando profundamente—. ¿Qué nos está pasando, capitán Reavley? ¿Cómo es posible que alguien mate a un general en plena calle? —Los ojos se le salían de las órbitas—. ¡Caray! ¡Tiene muy mala cara!

Joseph se encontró con la boca seca y el corazón palpitante, no ya por él sino por Judith. Fue como si el pasado volviera a acechar: muerte donde nunca la habrías imaginado, como si segaran tu vida de raíz pero te dejaran consciente para que pudieras verlo con tus propios ojos, obligado a estar presente y enterarte de todo. El final de la vida pero sin la clemencia del olvido.

¡Judith iba a sufrir lo indecible! Cullingford no era su marido, aquel amor era un desatino, nunca hubiese conducido a una felicidad futura, pero eso nada tenía que ver con el dolor que padecería. ¡Seguía siendo amor! Era dicha, comprensión, amabilidad, ternura apasionada. Era la voz en la oscuridad del miedo ante un mundo que se venía abajo; el contacto que significaba que no estabas solo. ¡Cuánto sufriría! Sufriría hasta que se sintiera del todo vacía. Luego el reposo la

restablecería y volvería a tener fuerzas para sufrir otra vez.

—Gracias por decírmelo, Barshey. ¡Tengo que ir a Poperinge ahora mismo! ¡Ayúdame a encontrar un coche, una ambulancia, lo que sea!

Barshey no discutió, se limitó a obedecer.

Una hora después Joseph estaba en el puesto de ambulancias de Poperinge. Primero fue a ver a Hadrian. Debía informarse con todo detalle. Todavía abrigaba una remota e indefinida esperanza de que Barshey estuviera equivocado.

No lo estaba. Hadrian estaba aturdido por la impresión pero dijo a Joseph que era verdad. Había ocurrido por la noche en la misma calle donde vivía Matthew.

Salió del despacho de Hadrian y una vez en la calle vio a Judith y Wil Sloan riendo junto a una ambulancia. Debieron de oír sus pasos sobre el adoquinado porque ambos se volvieron a mirarlo. La risa cesó al instante.

Judith se aproximó a Joseph y al verle palideció.

Joseph le apoyó las manos en los hombros. Ella aguardó sabiendo por sus ojos que el golpe iba a ser terrible. Quizá temía que se tratara de Matthew.

—Judith —comenzó Joseph y se le quebró la voz. Tuvo que carraspear para proseguir—. Han asesinado al general Cullingford en plena calle, en Londres, delante de casa de Matthew. No se sabe quién ha sido.

—¿Qué?

No era que no le hubiese oído, simplemente no podía aceptar la enormidad del suceso.

—Es lo único que sé. ¡Lo siento! ¡No sabes cuánto lo siento!

—¿Ha... muerto?

—Sí.

Judith se inclinó y hundió la cabeza en el hombro de Joseph, que la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza. Transcurrió un buen rato antes de que rompiera a llorar y entonces todo su cuerpo se estremeció como si nunca fuese a recobrar el aliento, como si el dolor que le partía el alma nunca fuera a remitir.

Joseph siguió sosteniéndola. Wil se quedó plantado donde estaba con el rostro transido de horror e impotencia.

Finalmente Judith se apartó. Mantenía los ojos cerrados como si no soportara ver nada.

—Es culpa mía —susurró con voz ronca—. ¡Fue a dar caza al Pacificador a causa de lo que le dije! ¡Lo he matado yo!

Joseph le apartó el pelo de la cara.

—No —respondió en voz muy baja—. Lo ha matado la guerra. Judith volvió a apoyarse en él, muy quieta ahora, demasiado agotada como para seguir llorando, al menos por el momento. Joseph se limitó a abrazarla.

## 11

Nada podía hacer Joseph para mitigar la pena que Judith debía disimular delante de todos salvo de los más próximos, como Wil Sloan y posiblemente el comandante Hadrian. Permitir que los demás vieran el alcance de su dolor en cierto modo sería traicionar la intimidad de Cullingford y quizás incluso poner en entredicho su reputación. Un nuevo general ocupó su puesto de inmediato con su propio conductor y Judith fue asignada de nuevo al servicio de ambulancias. El relevo se efectuó en cuestión de horas, no días. La guerra no esperaba a nadie.

Joseph sabía que ahora no volvería a verla excepto por casualidad. Llevaba semanas en la línea de frente o cerca de ella sin disfrutar de un permiso y la tensión nerviosa estaba haciendo mella en él. Ahora le concedían dos semanas y las aceptó agradecido. Aparte de todo lo demás, era importante que hablara con Matthew cuanto antes. Creía en la tesis de Judith de que era el Pacificador quien había asesinado a Cullingford, directa o indirectamente, lo cual significaba que éste había estado a punto de descubrirlo.

Contemplar la primavera avanzada en los campos camino de Calais se le antojó una evasión de la realidad del barro y la tierra baldía. Aquí los árboles lucían todo su follaje. A primera vista, las granjas y pueblos franceses presentaban el mismo aspecto de siempre: un carácter propio fruto de una gran riqueza histórica, cada uno con sus vinos y sus quesos, su sentido del humor, sus gustos, su forma de expresar la alegría de vivir. Fue más tarde, a bordo del barco que cruzaba el canal de la Mancha, cuando cayó en la cuenta de que sólo había visto mujeres, niños y ancianos. Cuando se detenían a comprar gasolina o pan, había tristeza en los rostros de la gente, y siempre una sombra detrás de los ojos, una presencia del miedo, probablemente no por ellos mismos sino por aquellos a quienes amaban.

Londres estaba igual. Después de la pérdida de tantos hombres Joseph había esperado encontrar una ciudad silenciosa, una especie de luto palpable en el ambiente, pero estaba tan llena de tráfico como siempre, plagada de automóviles y coches de caballos. Había hombres de uniforme, algunos de permiso como él, otros heridos y demacrados con la palidez pastosa de los traumatizados por la guerra o tullidos en sus adentros. Oyó la tos perruna de un hombre; probablemente no fuera más que un resfriado de primavera pero le trajo a la mente, con un horror que le puso la carne de gallina, el recuerdo del gas.

Llegó al piso de Matthew poco después de las seis y el portero, que le conocía, le dejó entrar. Se bañó dejando que el agua caliente penetrara la piel aunque le escocieran los arañazos que se había hecho al rascarse las picaduras más insoportables de pulgas y piojos. La increíble relajación del baño le hizo darse cuenta de lo cansado que estaba, de cuántas noches había pasado tendido en la arcilla dura o en las rejillas de tablones durmiendo de manera irregular. Iba a resultarle raro dormir en una cama con sábanas y despertar sabiéndose en Inglaterra. El distante rumor del tráfico sería un silencio inquietante. No habría cañonazos, el suelo no temblaría sacudido por los obuses. No habría heridos ni muertos.

Se secó con la toalla mientras examinaba los arañazos y escoriaciones de la piel y para vestirse tomó prestada ropa interior del cajón de Matthew. Luego se preparó una tetera y se sentó a esperar.

Matthew llegó poco antes de las nueve. El portero debió de advertirle de la llegada de Joseph puesto que no se mostró sorprendido al verle. Cerró la puerta a sus espaldas y sólo vaciló un instante antes de rodear a Joseph con sus brazos y estrecharlo brevemente con todas sus fuerzas.

Luego se apartó y lo miró de arriba abajo.

—¡Caray, Joe, tienes un aspecto horrible! Y estás muy flaco...

—¿Te has enterado de lo de Cullingford? —preguntó Joseph. La alegría del rostro de Matthew se desvaneció.

—Sí, por supuesto. Sucedió muy cerca de aquí. Prácticamente en mi puerta. Judith conducía su coche, ¿verdad? ¿Ella está bien?

Joseph se debatía entre sentimientos encontrados. Pocos días antes se había enfurecido con ella, convencido de que fuesen cuales fueran las tentaciones estaba moralmente equivocada. Ahora nada era tan claro. Comprendía la oscuridad en la que uno se sumía cuando carecía de contacto humano. Quizá Cullingford había necesitado ese contacto para sobrevivir tanto si a Judith le ocurría lo mismo como si no. ¿A qué otra persona podía haber recurrido? A su esposa en Inglaterra no; desde luego a los oficiales subordinados tampoco. Quizás el bien y el mal fueran inamovibles pero la percepción de ellos cambiara a tenor de las circunstancias. El lacerante dolor compartido le despojaba a uno de la facultad de juzgar.

—No lo sé —contestó a Matthew—. Estaba enamorada de él.

Matthew pestañeó y abrió mucho los ojos.

—¡No lo sabía!

Joseph se encogió de hombros.

—Y hay más —prosiguió—. Le contó cuanto sabía acerca del Pacificador. —Vio que Matthew comenzaba a poner cara de pasmo—. Según parece Prentice también era un idealista redomado que tenía las mismas creencias y una compulsión manifiesta por actuar en consecuencia. Judith está convencida de que Cullingford encontró al Pacificador y que por eso lo mataron, cosa que según ella la convierte en la culpable de su muerte.

Matthew se sentó muy despacio en el sofá y se atusó el pelo.

—¡Dios mío! ¿Me estás diciendo que venía a verme a mí para contarme lo que había averiguado cuando dieron con él? —Probablemente.

Joseph se sentó delante de él.

—Me parece que es Ivor Chetwin —dijo Matthew levantando la vista hacia Joseph—. Todos los datos que tengo apuntan a él. Tiene conocimientos, astucia política, contactos familiares en Inglaterra e inteligencia. —Se echó el pelo hacia atrás apartándolo de la frente—. ¡Es lo peor que podría pasar ya que conoce las claves que empleamos en el SIS además de otras cosas que no puedo decirte! Sólo me falta contrastar ciertos pormenores con un sujeto que se llama Mynott y que fue agregado militar en la embajada de Berlín antes de la guerra. Eso despejará las dudas que me quedan. Por desgracia es el ayuda de campo de Hamilton y está en Gallípoli. Tengo litera en un buque de transporte de tropas que zarpa mañana por la noche. Pero puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Gracias a Dios, al menos Mynott no es agregado naval, pues entonces sería imposible dar con él. Lo siento, Joe, pero no tengo más remedio que ir allí y hacerle las últimas preguntas. Me consta que sabe lo que Chetwin estuvo haciendo en Berlín. Si conoció a Reisenburg ya es nuestro.

A Joseph le disgustaba que el Pacificador fuese Chetwin por su padre, aunque tenía que ser alguien que lo hubiese conocido. Le constaba que Matthew había temido que fuese el propio Shearing. Y él mismo había sospechado de Aidan Thyer. Cualquiera respuesta sería dolorosa y ahora, tras la muerte de Cullingford, revestía una nueva amargura.

Matthew se levantó y se sirvió un generoso vaso de whisky.

—Me figuro que nunca conseguiremos demostrar el complot. Pero me daré por satisfecho si cuelgan a Chetwin por el asesinato de nuestros padres. —Se bebió la copa casi de un trago—. ¿Quieres un poco?

—No —rehusó Joseph. Miró a su hermano con inquietud. Se había bebido el whisky con inusual



rapidez. Pocos meses antes lo habría tomado a sorbos y le habría durado toda la velada.

Matthew se volvió hacia él con el vaso aún en la mano. Frunció el ceño.

—¿Qué le dijo Judith a Cullingford, Joe? ¿Cómo pudo encontrar al Pacificador en un par de días cuándo nosotros no lo hemos conseguido en un año?

—¿Qué relación existe entre Chetwin y la mujer que habló con Sebastian en la taberna un día antes de matar a nuestros padres? —preguntó Joseph.

—No tengo ni idea. Podría ser cualquier cosa: pariente, amante, discípula, tal vez una simple mensajera a sueldo, una mercenaria. Si pillamos a Chetwin, ella será lo de menos.

—Pues así es como Cullingford le siguió la pista, me parece. —Joseph procuró recordar con exactitud lo que Judith había dicho. Estaba segura de que había sido su culpa y Joseph consideraba que tal afirmación no era fruto de la histeria sino de un terrible conocimiento—. En casa de la madre de Prentice había una fotografía que Judith vio cuando fue a visitarla para darle el pésame de parte de

Cullingford —explicó—. Prentice aparecía junto a una muchacha cuya descripción encajaba con la de la mujer que según Hannah fue vista en compañía de Sebastian el día anterior a los asesinatos. Si se trataba de la misma mujer, quizá Cullingford sabía quién era y qué relación tenía con el Pacificador.

—¡Pues entonces mañana ve a casa de la señora Prentice y mira esa foto! —dijo Matthew con apremio—. Yo no puedo. Debo tomar el primer tren que sale hacia Portsmouth si quiero llegar a tiempo para embarcar en el barco de transporte de tropas. Mira la foto y, por el amor de Dios, Joe, ¡no hagas nada! Sólo fíjate bien en el aspecto de esa mujer y lárgate. —Se acabó el whisky haciendo una mueca como si no le gustara el sabor. Tenía la voz ronca, miedo en los ojos y más emoción de la que podía dominar—. No quiero regresar de Gallípoli y encontrarte muerto también. —Intentó sonreír—. Aparte de todo, ¿qué le diría a Judith? Sólo ve y di a la señora Prentice que eres quien recuperó el cuerpo de su hijo y lo enterró. Dile algo bonito sobre él...

—¡Matthew! —interrumpió Joseph—. ¡Ya lo he entendido! Me limitaré a mirar las fotografías de Prentice y luego regresaré aquí. Puede que vaya a pasar unos días a casa con Hannah... —Vio la inquietud que pintaba el semblante de Matthew—. ¡Y no iré a meter la nariz en ninguna taberna! ¡Te lo juro!

El teléfono le impidió proseguir.

Matthew se levantó para contestar. Escuchó un momento en silencio con el cuerpo en tensión. La mano que sostenía el auricular le temblaba un poco. Al cabo dijo:

—Sí, señor —y colgó—. Era Shearing. Los alemanes han hundido el *Lusitania* —.dijo con un hilo de voz—. Se han ahogado más de mil cien personas entre las que había ciudadanos estadounidenses. Lo... Lo siento, Joe, pero tengo que volver al despacho. ¡Washington no podrá pasar esto por alto!

Joseph se quedó anonadado.

—¡El *Lusitania*! ¡Creía que era un barco de pasajeros! ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Dónde?

—En el mar de Irlanda. Y era un barco de pasajeros. No sé cómo ha podido ocurrir pero ha ocurrido.

—¿Y ahora qué pasa con Chetwin... y Gallípoli?

—Yo no puedo ir. ¿Iráis tú?

—¿Yo? —dijo Joseph pasmado.

Matthew tenía el rostro blanco.

—Si ni tú ni yo vamos a Gallípoli y matan a Mynott antes de que nos dé la prueba que necesitamos, el Pacificador seguirá con sus planes y puede que Inglaterra pierda la guerra.

Joseph se inclinó y se cogió la cabeza con las manos. —De acuerdo. Me iré por la mañana —susurró.

—Lo siento —dijo Matthew con repentina amabilidad—. Sé que no has tenido permiso durante meses y bien sabe Dios cuánto lo mereces. Pero no puedo confiar en nadie más.

—Lo sé —convino Joseph—. No te preocupes. Háblame de Mynott y dime qué tengo que hacer.

El viaje en barco fue tal como Matthew había dicho, apenas duró tres días de navegación a toda máquina primero hacia el sur hasta el estrecho de Gibraltar y luego a través del Mediterráneo. El tiempo fue perfecto, un sol resplandeciente y cálidos mares azules.

Al principio Joseph tuvo bastante con dormir cuanto le permitía la escasez de espacio del camarote compartido. El barco iba lleno de hombres que se dirigían a combatir en las playas de Gallípoli y sin duda estaban al corriente del aluvión de bajas que estaban sufriendo allí. Muchos de ellos no regresarían a la patria y buena parte de los que volvieran lo harían heridos de mayor o menor gravedad.

Joseph se puso a disposición del capitán para ofrecer apoyo moral y levantar los ánimos, pero se trataba de reclutas novatos y en cambio él ya había visto casi un año de guerra en el frente occidental. Mejor sería que no les dijera nada. Había verdades demasiado abrumadoras, demasiado demoledoras para la mente y el alma que no podían digerirse de golpe. Para no sucumbir tendrían que ir las descubriendo paso a paso. Se dijo a sí mismo que no era cobardía lo que le hacía guardar silencio cuando los oía reír y hablar de heroicidades en el campo de batalla, del honor, el sacrificio y el mérito del coraje.

Los Dardanelos se contaban entre los lugares más legendarios del mundo por haber sido una encrucijada para las naciones a lo largo de la historia: Persia, Judea, Grecia, Roma, el islam y los vastos imperios orientales. Alejandro Magno salió de Grecia para conquistar los antiguos reinos de India y Egipto. Jerjes cruzó los Dardanelos en su intento por aplastar a la floreciente Atenas. Leandro atravesó a nado el Helesponto para reunirse con Hero y murió por su amor. Y, en la noche de los tiempos, los griegos de Homero pasaron por allí camino del sitio de Troya: Helena, Menelao, Aquiles y Odiseo en su largo regreso a casa.

En sueños aún más antiguos, Jasón y los Argonautas persiguieron el vellocino de oro a través de aquellos mismos estrechos hasta llegar al mar Negro.

Ahora Joseph oía hablar a aquellos muchachos ingleses como si fuesen los protagonistas de otra gran saga heroica que regresarían a la madre patria cubiertos de honores militares. Miró hacia el azul del agua y notó el picor de las lágrimas en los ojos. Él también había crecido con la poesía de los mares de Homero, oscuros como el vino, poblando sus sueños. Había deseado pasear por las ruinas de Troya bajo la mágica luz del Mediterráneo, escuchar en el silencio del viento en la hierba los ecos de las guerras entre hombres y dioses que conformaron los sueños del hombre occidental y crearon las ciudades y las leyes, las filosofías y los poemas con los que Europa había alimentado su corazón durante dos mil años.

Y las vería, sólo que ahora sería en medio de la masacre y quizás allí descubriría la verdad de una traición que debía esclarecer por más que deseara no hacerlo.

El buque echó el ancla en el mar Egeo, al norte de los Dardanelos, frente a las playas de desembarco de la ensenada de Anzac. Los hombres se aglomeraron en el mismo costado de la nave para escrutar la orilla y los pálidos y empinados promontorios que se recortaban detrás. La bahía estaba salpicada de barcos, aunque un tanto alejados de la costa, fuera del alcance de la artillería turca ubicada en las fortalezas y posiciones tomadas en la cresta de la cadena de colinas. Las playas estaban atestadas de hombres, cientos de ellos, heridos y enfermos aguardando a que los trasladaran a los buques hospital. Los camilleros y auxiliares sanitarios hacían cuanto podían y las unidades de combate se apiñaban bajo el breve tramo de rocas y afloramientos para efectuar un penoso y lento avance hacia arriba, rodeados por fuego enemigo desde todos los lados menos

el del mar.

Joseph, había contado al capitán que estaba realizando una misión para los Servicios de Inteligencia Secreta, respaldado por los documentos que Matthew le había entregado antes de salir. Fue bastante franco al explicar que iba en busca de un oficial que quizá le daría cierta información, pero no mencionó ningún nombre hasta encontrarse a bordo de la chalupa que se abría camino por el pálido Egeo. El agua tendría que haber sido azul celeste pero allí estaba turbia de arena y sangre y oscurecida por siluetas de hombres que bregaban por cargar a los heridos en transportes improvisados con botes de todo tipo a fin de sacarlos de la playa cuanto antes.

Arriba, a lo lejos, de vez en cuando la artillería turca disparaba sus cañones sobre el mar, pero casi todas las embarcaciones quedaban fuera de su alcance y los barcos de guerra devolvían el fuego con un fragor de bombardeo.

El puñado de hombres con quienes Joseph compartía chalupa iban apiñados, pálidos y excitados, deseosos de mostrarse valientes y sin tener la más remota idea de qué hacer. Su deseo de entrar en acción hacía tan patente su inocencia que a Joseph se le partía el corazón. De haber sido soldados veteranos se habrían contentado con no hacer nada, a sabiendas de que ya les llegaría el momento de actuar.

La proa de la barca se clavó en la arena y los hombres que iban delante saltaron a tierra. Joseph desembarcó tras ellos. El agua estaba templada y la arena era mullida bajo su peso. Atravesó el rompiente a la carrera y fue tambaleándose hasta un montón de cajones de munición donde un par de auxiliares sanitarios estaban repartiendo agua. Uno de ellos reparó en el alzacuello del uniforme de Joseph.

—¡Todavía no le necesitamos, compadre! —dijo alegremente con marcado acento australiano. Su rostro alargado estaba quemado por el sol.

Joseph lo saludó con un ademán.

—Estoy buscando al general Hamilton dijo—. Aunque a quien busco en realidad es a su ayuda de campo, el comandante Mynott. Me urge mucho encontrarlo.

—No me diga —respondió el soldado, nada impresionado—. Páseme esa tablilla, ¿quiere? ¡Aquí todo es urgente, incluida esa puñetera agua!

Joseph alcanzó la cantimplora y se la entregó junto con la tablilla; luego miró a su alrededor. La playa estaba atestada hasta donde alcanzaba la vista. Los heridos aguardaban en largas filas para recibir atención médica. Otros, más graves, yacían en silencio con el rostro cubierto de costras de sangre y arena. Había moscas por todas partes.

Otro soldado se fijó en la expresión de Joseph y se acercó a él con aire despreocupado.

—Bienvenido a Gallípoli, amigo —dijo encogiéndose de hombros. Tenía la cara redonda con grandes ojos azules y el pelo de color zanahoria. Sonreía con jovialidad como si estuviera decidido a encontrar algo, cualquier cosa, que resultara agradable en el caos que los rodeaba—. No te preocupes, yo cuidaré de ti.

Condujo a Joseph hacia la parte alta de la playa pasando por delante del puesto médico provisional, donde una enfermera estaba intentando poner un poco de orden.

—¡No importa, monada! —le gritó uno de los hombres—. ¡Te queremos igual!

Otro soltó un comentario muy subido de tono a propósito del amor y todos rompieron a reír a mandíbula batiente.

La enfermera era morena y esbelta, de unos veinticinco años.

—¡A la cola! —ordenó señalando con el índice al culpable. Éste refunfuñó levantando la voz.

—¡Oh, venga! No seas tan...

—¿Quieres que te mande a la cola dos veces? —preguntó la enfermera hecha una furia.

Se oyeron aplausos.

—¡Perdóname! —gritó el soldado.

—¡Perdonado! —replicó ella—. ¡A la cola!

El soldado obedeció a regañadientes, provocando otra salva de aplausos y silbidos.

Joseph y su guía llegaron junto a un grupo de soldados sentados en la hierba que comían pan duro y carne de vaca en lata. Una perola de té colgaba sobre el rescoldo de un fuego.

Uno de ellos levantó la vista.

—¿Qué nos traes, Blue? ¿Refuerzos de Inglaterra?

La pregunta fue recibida con risotadas por la media docena de hombres reunidos allí.

—Sólo si queréis que os den la extremaunción —contestó Blue sentándose con las piernas cruzadas en un sitio libre sin demasiadas piedras—. Siéntate, amigo —invitó a Joseph.

—¡Madre mía! —exclamó uno de los hombres poniendo ojos como platos al darse cuenta de que Joseph era capellán—. ¿Tan mal están las cosas?

Otro hombre se persignó exageradamente.

—Aquí nos tenéis, atrapados a punto de que nos aniquilen y ¿qué nos envían los británicos? ¡Un puñetero predicador! ¿Piensa enterrarnos a todos, entonces? ¿O es de los buenos?

Joseph se sonrojó.

—¿De los buenos?

—¡Ya sabe, separar las aguas para que crucemos al otro lado! Volvieron a reír.

—Eres un caso —dijo Blue alegremente—. ¡No queremos cruzar al otro lado, atontado!

—¡Eso lo dirás por ti, colega! ¡A mí me encantaría estar en el otro lado! —Se volvió hacia Joseph—. ¿A qué ha venido, reverendo? ¿Puede convertir las piedras en panes?

—¿Y por qué no el agua en vino? —propuso otro.

—En realidad no sirvo para mucho —dijo Joseph con franqueza—. Necesito que me ayudéis.

—¡Y que lo digas! —respondieron tres de ellos al unísono.

—¿Qué problema tienes, amigo? —preguntó otro entrecerrando los ojos—. Aparte de estar aquí, claro. Ése lo tenemos todos. Sonrió mostrando una mella en su dentadura.

—¡Si te morías de ganas de venir aquí, pedazo de idiota! —señaló el hombre que tenía al lado—. «¡Hay que ir!», decías una y otra vez, «¡Hay que ir!».

El primer hombre le quitó importancia con un ademán. —Bueno, y hemos venido.

—¿Y qué es lo que quieres, colega? —preguntó Blue a Joseph con curiosidad.

—Estoy buscando al comandante Mynott, el ayuda de campo del general Hamilton —contestó Joseph—. Tiene información muy importante sobre un traidor.

Empleó aquella palabra intencionadamente ya que sabía que enardecería a aquellos aguerridos muchachos que habían acudido a miles a socorrer a la madre patria, que abandonaron sus quehaceres cotidianos en la otra punta del mundo para derramar su sangre en Francia y en aquellas playas infernales. Sin duda para ellos no existía una palabra más fea.

—¿Así que no eres un cura de verdad? —Una sombra de decepción empañó la mirada de Blue—. Eres un espía o como demonios os llamen.

Joseph sonrió haciendo una mueca.

—En realidad sí que soy cura. Me llamo Joseph Reavley y soy capellán en el frente occidental. Estaba en casa de permiso cuando el agente secreto que tenía que venir tuvo que cambiar de planes porque los alemanes acababan de hundir el *Lusitana*. Se ahogaron más de mil cien civiles, hombres, mujeres y niños. Como he dicho, estaba de permiso de mi destino en Ypres Salient, que es donde está destacado mi regimiento, de modo que me pidió que viniera en su lugar. Tengo que estar de vuelta en casa a tiempo para regresar a Flandes dentro de diez días.

Blue soltó un silbido con los ojos como platos.

—¡Vaya, pues menuda te han hecho! ¡Menuda parroquia te ha tocado! ¿Cómo es Flandes, reverendo? ¿Es el gas tan malo como dicen?

—Sí. Es tan malo o peor de lo que te hayan podido decir. ¿Podéis ayudarme a encontrar a

Mynott?

—Claro que podemos, ¿eh? —Miró al resto del grupo y todos asintieron enérgicamente—. ¡Ojo! Algo me dice que pronto va a comenzar otro asalto a la colina —agregó—. Más vale que nos pongamos a preguntar ahora mismo. Si Mynott es el tipo que creo, es un auténtico luchador. Subirá con el pelotón.

—No perdamos más tiempo —convinieron los demás—. En marcha, campeón.

Se pusieron de pie con cuidado, siempre atentos a los francotiradores turcos apostados en las escarpas que dominaban la playa.

No hacía tanto calor como Joseph había supuesto, pero el terreno era espantoso: rocas y arcilla, laderas desprotegidas, barrancos con árboles y, por increíble que pareciera, flores. En todas partes flotaba el olor a tierra, letrinas, creosota, tabaco, cordita y la penetrante fragancia del tomillo. Igual que en Flandes había cadáveres que nadie había tenido ocasión de enterrar y enjambres de moscas negras, azules y verdes. Joseph no necesitó que le dijeran que la disentería y otras enfermedades semejantes constituían un peligro casi tan grande como los cañones turcos.

Los australianos no cejaron en su empeño por ayudarle, y aunque su escandalosa falta de respeto por las normativas del ejército británico ocasionó algún que otro contratiempo, lo cierto es que también sorteó no pocos impedimentos burocráticos.

A la caída de la tarde la inmensa curva del cielo se veía punteada de nubes aborregadas atravesadas por rayos de sol. El mar Egeo, la límpida extensión de satén azul que había debajo, seguía salpicado de barcos y combatientes.

Joseph se sentó en un trozo de suelo pedregoso a unos treinta metros por encima de la playa temblando un poco a causa del frío y el agotamiento.

Había pasado varias horas abriéndose paso con dificultad por cuevas y pedregales dando resbalones y tropezando más que cayendo en trincheras que apenas se hundían en el suelo. En una ocasión había tenido que agacharse y correr para evitar el fuego barrido de las ametralladoras turcas antes de llegar al sitio donde le habían dicho que encontraría al comandante Mynott.

Al parecer éste había encabezado una incursión colina arriba con la esperanza de tomar una posición turca y hacer unos cuantos prisioneros. El plan lo tenía todo en contra y había salido mal, pero la intentona sirvió para mejorar de manera ostensible la moral de la tropa.

Ahora Joseph tenía al comandante Mynott sentado en el suelo delante de él entre aromas a tomillo, con un brazo envuelto en un vendaje empapado en sangre y el rostro macilento. Era un hombre de estatura mediana con una nariz prominente y ojos de párpados caídos que en aquel momento se veían ensombrecidos por el horror de tanta violencia, desorden y muertes.

—¿Qué puedo hacer por usted, capitán Reavley? —preguntó con mal disimulada impaciencia—. La verdad es que no me consta que tengamos a nadie en Inteligencia Militar. Como habrá podido ver, es algo de lo que andamos más bien escasos por aquí.

—En Ypres tampoco es que vayamos sobrados —contestó Joseph—. Pero lo que me ocupa está relacionado con algo que ocurrió en Alemania antes de la guerra, y me han dicho que usted estará al tanto de ciertos pormenores.

—Estuve en Alemania antes de la guerra—convino Mynott frunciendo el ceño. El cielo se oscurecía a sus espaldas, franjas de luz plateada se alternaban con manchas de sombra en el agua y el vasto horizonte se fundía en la noche.

—¿Conocía a un hombre llamado Ivor Chetwin? —inquirió Joseph, obligándose a devolver su concentración al presente. Se encontraban en una prolongada escarpadura donde el suelo era tan duro que sólo podía cavarse unos centímetros. Resultaba del todo inconcebible que alguien, incluso un loco, hubiese pensado que los soldados podrían tomar por asalto aquellas colinas bajo el fuego de cañones, morteros y ametralladoras.

—No muy bien —contestó Mynott—. Quizá coincidimos media docena de veces.

—Era el prometido de la princesa Adelaida von Gantzau. —Sí —dijo Mynott con expresión precavida.

—¿Qué puede contarme sobre su padre? —preguntó Joseph—. Tengo entendido que Gantzau estaba muy unido a Chetwin y era amigo del káiser.

—¿Considera a Chetwin sospechoso de algo? —inquirió Mynott perplejo.

—No se lo puedo decir. Por favor, este asunto reviste la mayor importancia.

Mynott contempló a Joseph con curiosidad y dejó transcurrir un buen rato antes de contestar.

—No sé qué le habrán contado —dijo despacio, daba la impresión de elegir las palabras con sumo cuidado—, pero casi toda la historia es verdad. Gantzau era amigo de la familia real alemana y desde luego conocía a Schenckendorff y a muchos otros que como él tenían ambiciones políticas e ideas muy firmes. —Torció levemente el gesto porque al moverse sintió una punzada de dolor en el brazo—. Pero en Europa antes de la guerra toda clase de personas se conocían entre sí. Yo mismo conocí a mucha gente. Al fin y al cabo, nuestro rey y el káiser son primos hermanos. No veo que quepa deducir nada de eso.

—¿También a Reisenburg? —preguntó Joseph.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Chetwin conocía a Reisenburg? ¿Está seguro?

Mynott le miró entrecerrando los ojos.

—Lo ha dicho como si deseara que la respuesta fuese un «no» pero temiera que fuera un «sí».

Alguien pasó cerca de ellos en la oscuridad. El olor a tabaco flotaba en el aire y también el aroma a tomillo cuando lo pisaban las botas. El hombre se alejó como una sombra entre sombras. De vez en cuando retumbaban cañones. De no haber sido por la luz de las estrellas encima del mar y la empinada pendiente de la colina Joseph podría haber imaginado que estaba en Flandes.

—Tengo que saberlo —dijo en voz alta.

Mynott detectó urgencia en su voz.

—Mire, capitán, Chetwin se enamoró de Adelaida. Era joven y guapa y rebosaba vitalidad. Él era mayor que ella pero seguía estando en forma y era muy inteligente. Además la familia de la chica estaba razonablemente contenta.

—¿No iba a casarse con ella? —preguntó Joseph.

—¿Quiere que le cuente la historia o sólo el final? —dijo Mynott un tanto irritado.

Joseph se disculpó.

Alguien tosió a pocos metros colina abajo y el olor a humo les alcanzó. Las aves marinas volaban en círculos encima de ellos aprovechando las corrientes de aire templado y las últimas luces del ocaso.

Mynott reanudó su relato.

—El romance devino serio e indiscreto. Adelaida quedó embarazada. Fue entonces cuando la familia insistió en que Chetwin se casara con ella. Y la cosa se puso fea. —Mynott se encogió de hombros, pero Joseph apenas vislumbró el gesto en la oscuridad casi total—. Chetwin se negó.

—¿Se negó? —Joseph se quedó horrorizado, no sólo por la deshonra de semejante actitud sino porque no encajaba con la información que le había dado Matthew—. ¿Qué hizo Gantzau? —Se inclinó hacia Mynott—. ¿Por qué se negó Chetwin? Supongo que no cabía dudar que el hijo era suyo.

La situación parecía más fea con cada nuevo dato.

La voz de Mynott reflejaba su cansancio y el daño que le hacía el brazo.

—No lo sé. Pero me dijo que Adelaida no deseaba casarse con él y que creía que había otro hombre a quien ella amaba de verdad, pero que éste no quería o no podía casarse con ella.

—¡Aun así era su prometido! —insistió Joseph. ¿Era concebible que Matthew estuviera equivocado en un dato tan simple?

—Los padres de Adelaida insistieron —respondió Mynott—. No sé si el hijo era suyo o no. Los padres pensaban que sí y forzaron el compromiso.

—¿Lo forzaron?

—Hubiese significado el final de su carrera política que hicieran público que se había aprovechado de una aristócrata veinte años más joven que él a quien había dejado embarazada para luego abandonarla —dijo Mynott impaciente con Joseph y desdeñoso con Chetwin—. Adelaida habría caído en el oprobio y su padre se aseguraría de hacérselo pagar muy caro a Chetwin.

Aquello era fácil de entender.

—¡Pero no se casó con ella! —insistió Joseph.

—No. Adelaida tuvo un aborto espontáneo. Se puso muy mal. Murió desangrada.

Joseph no veía el rostro de Mynott en la oscuridad, pero oía la aspereza que la compasión imprimía a su voz y, por un cegador instante, le vino a la mente su propia tragedia como si le hubiesen arrancado la piel que gracias a esmerados cuidados cubría su herida. Fue como si Eleanor y su hijo hubiesen fallecido la víspera. Resultaba absurdo estar sentado allí, sobre la hierba rasposa de la bahía de Anzac, donde la sangre de miles de hombres manchaba la tierra y el mar, y aun así sentir una tristeza tan abrumadora por una pérdida personal acaecida en un pasado que parecía haber desaparecido, arrastrado junto con una vida que era como un sueño del que había despertado para siempre.

—¿Qué fue de Chetwin? —preguntó Joseph obligándose a regresar al presente.

—Abandonó Alemania, y habría sido una locura volver allí alguna vez —contestó Mynott—. Cualquiera próximo a la corte lo habría colgado de los...

Dejó la frase sin terminar.

—Entiendo.

—¿Le sirve de algo?

—Demuestra que nuestra teoría era errónea —dijo Joseph con sorpresa y una extraña sensación de mareo y alivio, cosa que resultaba absurda. Tenían que encontrar al Pacificador por John y Alys Reavley, por Sebastian, por Reisenburg y ahora por Cullingford. No había sido derrotado porque le hubiesen arrebatado el tratado antes de que tuviera ocasión de presentárselo al rey. ¡Nadie sabía si el rey se habría avenido a firmarlo! El Pacificador podía tener otros planes y los Servicios de Inteligencia necesitaban saber a toda costa en qué consistían. Cabían toda clase de sabotajes, traiciones y engaños, y el mismo hecho de que el Pacificador hubiese asesinado a Cullingford demostraba que seguía siendo poderoso y peligroso.

No obstante, algo en el fuero interno de Joseph se resistía a admitir que el Pacificador fuese un hombre que apreciara. El rostro del mal no debería serle familiar, mejor que fuese ajeno, aterrador, desconocido hasta el instante de la confrontación.

El Pacificador era un hombre dispuesto a vender una nación de cuarenta millones de personas relegándola al olvido y sometiéndola al cautiverio su historia, su cultura, su idioma y cuanto había creado a lo largo de más de mil años. El francés, con todo su ingenio, su colorido, su sofisticación y su orgullo se convertiría en una lengua muerta. Y después de Francia y Bélgica las demás naciones caerían una tras otra bajo la férrea dominación necesaria para perpetuar la obediencia, el miedo y la incapacidad de rebelarse contra el poder central.

E Inglaterra sería peor, ¡no la traicionada sino la traidora! Y ése era el pecado supremo.

Miró hacia el mar donde la luna estaba saliendo y comenzaba a cabrillar en el agua apenas rizada. Empezaba a costar discernir *las* siluetas negras de los barcos y de los botes que navegaban entre ellos. A su alrededor oía el sonido metálico que hacían con sus palas de hierro contra las piedras del suelo quienes cavaban tumbas sin tregua.

El ejército llevaba poco tiempo estacionado allí. La sangre aún estaba fresca. No había ratas

como las de Ypres, al menos no había visto ninguna. Las letrinas olían igual, pero allí no apestaba a cadáveres, muchos de ellos de semanas y meses. En Flandes era casi imposible cavar una trinchera o apuntalar una pared desmoronada sin cortar un miembro humano.

Si el plan del Pacificador hubiese dado resultado, todos esos hombres seguirían con vida. En aquella colina sólo habría lirios silvestres y las flores púrpura de los ciclamores. El silencio sólo lo rompería el chapaleo de las olas y tal vez el ocasional balido de un par de cabras.

Aquellos hombres estarían en casa con sus familias en los confines de la tierra.

Ahora bien, ¿qué era la mayor locura, luchar y morir a decenas de miles por algo en lo que creías sin saber si podías vencer o rendirte antes del derramamiento de sangre y salvar la vida de todos aquellos jóvenes valientes e inocentes para que pasaran el resto de sus días como un pueblo conquistado, prisioneros de una voluntad ajena?

—No sé nada más acerca de Chetwin —dijo Mynott disculpándose.

—No se preocupe, creo que con esto bastará —contestó Joseph—. Estábamos equivocados. No debió de ocurrir lo que pensamos.

—¿Tiene mucha importancia?

—Sí. Tiene una importancia capital. —Por descontado, Matthew debería comprobar los datos, pero Joseph estaba convencido de que era así. Hacer un doble juego como aquél a expensas de la vida de una joven aristócrata alemana era absurdo, vergonzoso y, por encima de todo, sumamente contraproducente—. Gracias. Veré si encuentro sitio en el próximo barco que zarpe hacia Inglaterra.

—Bueno, esta noche no saldrá ninguno. Quizá consiga dormir un poco, que buena falta le hará —observó Mynott—. Mañana busque aun sujeto que se llama Richard Mason, es corresponsal de guerra. Tiene previsto marcharse mañana o pasado. Si lo encuentra es muy probable que pueda llevarle con él.

—Gracias. Así lo haré.

Joseph se tumbó a dormir a unos cuarenta y cinco metros por encima de la playa. El suelo estaba duro y frío y si logró descansar fue porque estaba agotado. ¿Sería que las pocas noches pasadas en el barco lo habían vuelto blando?

Se despertó cuando hacía un buen rato que había amanecido y contempló la playa llena de actividad. Los hombres iban de un lado a otro acarreando bultos, cavaban y apilaban cajas y cajones como si estuvieran en el patio de una gran fábrica. Le llegó el olor del humo de las cocinas de campaña.

Joseph dio las gracias a los australianos con quienes había acampado para pasar la noche.

—¡Suerte, compañero! —contestó Blue alegremente—. ¡Me ha encantado conocer al beato Joe!

Rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Hasta la vista, colega —se despidió Flanagan—. ¡Ándate con ojo allá donde vayas!

—Lo mismo digo —respondió Joseph negándose a pensar en lo que les aguardaba. Prefirió creer que se contarían entre los pocos que sobrevivirían—. Gracias —dijo otra vez.

Enfiló por la cresta y luego pendiente abajo por la herbosa ladera hacia el nivel del mar avanzando más o menos en dirección al lugar donde le habían dicho que seguramente encontraría a Richard Mason, el corresponsal. Lo cierto era que tenía muchas ganas de conocerlo, había visto su firma al pie de muchos de los mejores y más honestos artículos que había leído. Su pluma tenía la habilidad de captar la experiencia de un grupo reducido en toda su pasión e inmediatez y hacer que los representara a todos. Hacía un uso aséptico y nada sentimental del lenguaje y sin embargo la profundidad de su sentimiento nunca quedaba en entredicho.

Joseph tardó más de dos horas en dar con él, y para entonces tenía los pies doloridos y era horriblemente consciente de que había moscas por doquier.



—Allí abajo, amigo —señaló un australiano desgarbado—. Ése es el escritor inglés.

—Gracias —dijo Joseph con profundo alivio. Sólo le veía la espalda. Llevaba pantalones y chaqueta de color caqui y un sombrero de ala ancha.

—Perdone, ¿es usted Richard Mason? —preguntó Joseph cuando llegó junto a él.

El reportero se dio la vuelta despacio. Tenía un rostro fuera de lo común, de mandíbula ancha, boca grande y labios gruesos. Era un rostro que denotaba inteligencia aunque mucho más llamativa resultaba la perturbadora emoción que transmitía, una sensación de firme resolución. Joseph supo que había dado con el hombre que buscaba; aquellas facciones correspondían a alguien capaz de escribir con una sinceridad despiadada.

—Sí—contestó Mason—. ¿Y usted quién es? ¡Un capellán! —exclamó sorprendido y un tanto divertido.

—Joseph. Reavley —dijo Joseph—. He venido con una misión que ya he finalizado. Tengo entendido que tiene previsto partir pronto hacia Inglaterra. Necesito regresar lo antes posible y si hubiera sitio en su barco le quedaría muy agradecido.

Los ojos de Mason pestañearon un momento desconcertados y luego dirigieron la mirada hacia los hombres que pululaban por la playa y las laderas, los refugios subterráneos, las trincheras poco profundas, los parapetos improvisados con piedras y cajas. Finalmente miró a Joseph.

—¿Dice que ha concluido su misión? —preguntó dejando entrever una acusación implícita.

Joseph le sostuvo la mirada con notable frialdad.

—Así es. Sólo me quedan unos pocos días de permiso antes de reincorporarme a mi regimiento en Ypres.

Mason se ruborizó levemente.

—Perdone —dijo con franqueza. Su dicción era perfecta, un tanto sibilante pero muy bella en su exactitud, como si las palabras fueran un bien precioso para él.

Joseph le tendió la mano.

Mason se la estrechó.

—Mañana zarpa un barco hacia Malta. Probablemente hacia el amanecer. Le buscarán un sitio. Una vez allí no le costará nada encontrar un transporte de tropas. —Sus ojos escrutaban el semblante de Joseph con curiosidad—. Su trabajo debe de ser horrible la mayor parte del tiempo. ¿Cómo demonios se las arregla para intentar convencer a la gente de que todo esto tiene sentido? —Indicó con un ademán las escarpaduras rocosas que se alzaban casi dos mil metros por encima de ellos, desde donde la artillería turca dominaba casi toda la bahía—. Fiebre, disentería, heridas de bala y metralla, mareos y hacinamiento en el mar. Ahí fuera hay un barco hospital con ochocientos cincuenta heridos y dos médicos para atenderlos a todos. ¡Y uno de ellos es un puñetero veterinario!

Su enojo era tan interior que sólo se revelaba en las arrugas de su rostro y en la rigidez de sus hombros; ya no ardía en la superficie. Hacía tiempo que se había consumido.

—No lo intento —contestó Joseph—. Trato con las personas una por una. Sólo puedo encarar cosas pequeñas.

—O lo que viene a ser lo mismo, ni siquiera usted le encuentra un sentido —concluyó Mason con una certidumbre que a todas luces le desagradaba—. ¿Ha renunciado a decirles que existe alguna clase de destino divino que hace necesaria esta aflicción y que deben aferrarse a la fe y resistir?

—En realidad no me dedico a decir a la gente lo que debe hacer —contestó Joseph—. De todos modos, en su mayoría están dando lo mejor de sí mismos. Las grandes decisiones se toman lejos de nosotros y lo único que nos queda es reaccionar ante la realidad cotidiana.

Mason se volvió. El sol le dio de lleno en la cara acentuando las arrugas de cansancio alrededor de los ojos. Aparentaba la misma edad de Joseph, treinta y seis, pero lo que sabía y la rabia que

anidaba en él eran eternos.

—Habría resultado agradable que me hubiese dado una grandilocuente respuesta universal —dijo Mason secamente—, pero me temo que no le hubiese creído. ¿Ha comido hoy?

—No. Ante todo quería localizarlo.

Mason titubeó como si fuera a hacer otra pregunta, pero cambió de parecer. Indicó a Joseph que lo siguiera y enfiló por la hierba hirsuta hacia una cocina de campaña. Media docena de hombres cocinaba y un grupo de soldados ya hacía cola para desayunar.

Joseph aguardó su turno y se puso muy contento cuando le dieron un plato de estofado, dos galletas saladas y un tazón de té. Se sentó a comer en el suelo al lado de Mason, tras el resguardo de una roca, consciente en todo momento de la tensión circundante, las constantes miradas hacia los cabos donde estaban atrincheradas las baterías turcas que repelían casi todos los avances por las laderas.

Los soldados bromeaban de buen talante. Casi todos procedían de Australia y Nueva Zelanda, pero sus enérgicas quejas subidas de tono eran semejantes a las que se oían en Ypres. Sólo los acentos eran distintos, así como los insultos y groserías. Los temas eran idénticos: la comida, los oficiales, la imposibilidad general de hacer lo que les ordenaban. Los hombres tenían dolor de barriga y de pies, sólo que allí se bañaban en el mar para intentar librarse de los omnipresentes piojos. El truco no daba mucho mejor resultado que las cerillas que se usaban en Flandes con el mismo fin.

Era primera hora de la tarde y Joseph estaba en lo alto de la pendiente a unos diez metros de Mason observándole tomar notas cuando comenzó el ataque. Los hombres subían en tropel por la colina cargando contra las posiciones turcas. El fuego era incesante: la artillería pesada atrincherada en los parapetos y barrancos, las ráfagas de las ametralladoras y el estruendo de los cañonazos desde los acorazados fondeados en la bahía.

Joseph siguió a Mason hasta la línea más baja de refugios subterráneos y trincheras poco profundas. Los heridos no se hicieron esperar. A unos pocos los llevaban en camillas pero en su mayoría retrocedían a pie tambaleándose y cayendo. Algunos habían recibido impactos más graves e iban a hombros de sus compañeros. A veces costaba discernir quiénes eran los heridos; había sangre por todas partes.

En una ocasión Joseph levantó la vista de la cura de primeros auxilios que acababa de realizar y vio a Blue de rodillas delante de él. Tenía la pechera de la guerrera empapada de sangre fresca, el pelo enmarañado y apelmazado y la tez gris.

Joseph sintió un horror tan intenso que por un instante fue incapaz de moverse.

—¿Estás bien, amigo? —dijo Blue con voz ronca—. ¡Parece que hayas visto un fantasma! Toma. —Medio levantó del suelo un cuerpo empapado en sangre. Tenía un brazo destrozado, con la mano arrancada de cuajo, y le faltaba el pie izquierdo—. Mira a ver qué puedes hacer por él, ¿quieres? Era un buen tipo.

Sus ojos suplicaban que le dijeran algo mejor que la verdad que ya sabía.

—Por supuesto —dijo Joseph después de tragar saliva, atontado por el alivio de que no fuera Blue el agonizante, aunque tal sentimiento resultase absurdo. Blue iba a regresar directamente a la línea de fuego y la próxima vez, o la siguiente, la víctima podría ser él. Sólo un necio imaginaría que alguno de ellos tuviera una posibilidad clara de salir de allí sin una herida espantosa. Quizá quienes morían deprisa fuesen los más afortunados. Sus familias los llorarían, pero eso resultaba secundario ante el infierno que se vivía allí en aquel momento.

Joseph cogió al agonizante de los brazos de Blue y dijo a éste que se marchara. No había ninguna necesidad de que se quedara a observar.

Blue se despidió con la mano y, el cuerpo agachado, comenzó a subir por la colina dando resbalones por las piedras, con el fusil colgado en bandolera.

Joseph se inclinó sobre el hombre que yacía en el suelo. Presentaba el rostro gris pero aún respiraba. No había modo de saber si estaba consciente para sentir el dolor y comprender todo lo que le había ocurrido, pero Joseph le habló como si pudiera entenderle.

—Aguanta, muchacho —dijo con serenidad—. Ya estás en el puesto de primeros, auxilios. Vamos a vendar eso y te daremos un calmante para el dolor en cuanto bajemos un poco más.

El soldado parpadeó. Pudo ser porque le había oído o una mera respuesta a la agonía de su cuerpo.

Joseph cogió un paño húmedo y le limpió la cara con cuidado. Era un gesto absolutamente inútil desde el punto de vista práctico pero demostraba que alguien se preocupaba. Aunque estuviera medio inconsciente al menos sabía que no estaba solo.

Diez minutos después falleció y Joseph fue al encuentro del siguiente grupo de heridos que bajaban de las colinas. Ayudó a los auxiliares sanitarios, que en su mayoría apenas tenían formación. Uno de ellos era veterinario en algún lugar de Nueva Zelanda. Tenía destreza y trabajaba con frenética dedicación y seguridad. Daba confianza a quienes no advertían sus momentos de pánico cuando buscaba medicinas e instrumental del que carecía y hurgaba con escaso conocimiento en la anatomía humana.

—Gracias, padre —dijo cuando Joseph le alcanzó una venda y sostuvo la mano de un herido mientras él se la vendaba—. ¿De dónde es usted? —prosiguió tratando de entablar conversación—. Habla como un inglés.

Terminó el vendaje y ayudó al soldado a levantarse.

Joseph se apresuró en ayudar cargando con el peso del hombre.

—Es que lo soy —contestó—. De Cambridgeshire.

—¿Se refiere a donde hacen la regata de remo?

—Se le iluminó el semblante—. Me encantaría presenciar una.

Limpio un poco el banco con creosota.

—En realidad se celebran en el Támesis, en Londres, pero todos los años competimos contra Oxford.

El veterinario sonrió.

—¿Aunque no siempre ganan, verdad?

—No siempre —concedió Joseph. Agarró a un nuevo paciente mientras el veterinario le ponía en su sitio un brazo dislocado, aunque no hubo tiempo para esperar a que el intenso dolor remitiera antes de apartar al hombre y comenzar con el siguiente.

—Entrenan a un montón de caballos en Newmarket, ¿verdad? —preguntó el veterinario indicando con la cabeza que necesitaba que Joseph le ayudara a levantar a un hombre muerto para liberar a otro vivo—. Adoro los caballos. ¡Dios, cómo me pesa verlos heridos!

Más tarde Joseph ayudó a bajar a los heridos hasta la playa desde donde las chalupas los transportaban hasta los barcos hospital. Allí fue donde coincidió de nuevo con Mason, que estaba agotado y cubierto de sangre. Había perdido el sombrero y el pelo negro le tapaba la frente. El cuidado con el que acomodaba a los heridos en posturas lo más cómodas posible disimulaba de momento la rabia feroz que albergaba en su interior.

Ese sentimiento volvió a manifestarse un rato después cuando, al borde del agotamiento, se detuvo una hora para recobrar fuerzas. Él y Joseph se sentaron juntos a tomar té muy caliente con un poco de ron, las espaldas contra una pila de cajones de munición. Joseph estaba tan cansado que le dolían todos los músculos del cuerpo como si los tuviera desgarrados hasta el hueso. Igual que Mason, estaba cubierto de sangre endurecida y tenía la piel escoriada por la arena. Costaba trabajo sostener el tazón, pero el ron que contenía el té merecía el esfuerzo.

—¡El cabrón a quien se le ocurrió este maldito fiasco tendría que estar aquí! —dijo Mason apretando los dientes. Sus ojos miraban a lo lejos como si alcanzara a ver algo en el horizonte y

todo lo más próximo estuviera desenfocado.

Joseph no contestó. Era innecesario mostrarse de acuerdo. Tomó otro sorbo y notó el ardor del ron bajándole por la garganta hasta llegar al estómago. Toda aquella expedición era una pesadilla de la que no sabía cómo despertar. ¿Acaso la vida era la pesadilla y la muerte ese despertar? ¿Los hombres masacrados en aquellas playas abrían los ojos en un lugar tranquilo donde volvían a estar enteros, sin padecer más dolor y en compañía de quienes amaban? ¿O aquello era cuanto había, esperanza, desastre y finalmente el olvido?

Mason se puso de pie con movimientos pesados y miró hacia el agua. Luego comenzó a caminar despacio hacia ella y se quitó las botas y la ropa por el camino.

Joseph hizo lo mismo y lo siguió aunque sabía sólo a medias lo que se proponía hacer.

Mason llegó a la orilla y se metió en el agua sin titubear. Cuando estuvo hundido hasta la cintura se agachó y se mojó la cabeza con ambas manos. Lo hizo una y otra vez como para lavar algo más que la sangre y la mugre.

Se volvió y miró a Joseph que estaba a un par de metros de él.

—Dígame, capellán, ¿esto puede lavarse? Podría restregarme hasta los huesos, pero ¿acaso todos los mares del mundo lo eliminarían de mi mente? Me pregunto si Churchill ha leído *Macheth*. ¿Qué opina? ¿Cree que sus manos «pintarían de encarnado los innumerables mares» con esta sangrienta carnicería? No hay victoria, no hay sentido, sólo muerte y más muerte.

Caminó de nuevo hasta la orilla arrastrando los pies contra la resaca y se puso la ropa otra vez. Joseph hizo lo mismo. La tela se les pegó al cuerpo húmedo.

—Por la mañana habremos salido de aquí —dijo Mason con sequedad—. En tres días, si no me ha torpedeado un maldito submarino, estaré de regreso en Londres y escribiré un artículo que hará que se ponga fin a esta infame carnicería. En cuanto la nación se entere de la verdad pedirá la dimisión del gobierno.

—No puede contar la verdad —contestó Joseph tajante—. Aunque lograra escribir un artículo que describiera esto... —Estaba demasiado tenso como para señalar, se limitó a echar un vistazo alrededor— no se lo publicarían. Todo pasa censura. Tiene que hacerse así ya que de lo contrario cundiría el desánimo. Nos quedaríamos sin reclutas.

—¿Quiere que vengan más hombres a morir en esta masacre? —preguntó Mason con una feroz mirada de acusación, por más que ésta surgiera de la rabia que lo reconcomía, de las heridas abiertas en su alma, no de un deseo de ofender a Joseph.

—Preferiría que no hubiese guerra—respondió Joseph—, pero no he tenido ocasión de elegir.

—¡Nadie la ha tenido! —espetó Mason con amargura agachándose para abrocharse los cordones de las botas—. ¡Si nos dijeran la verdad quizá la tendríamos! Al menos nos habríamos metido en ella con los ojos bien abiertos.

—No puede contar toda la verdad, sólo una parte de ella —señaló Joseph—. Cuanto diga será fruto de su juicio personal, de lo que ha visto y sentido. ¿Acaso tiene derecho a decidir lo que otra gente debe saber aun cuando no pueden hacer nada para cambiarlo?

—Tengo algo más que derecho —replicó Mason enderezándose—, Tengo el deber. Somos una democracia, no una dictadura. No puedes elegir si no sabes qué opciones tienes. —Quiso volverse hacia Joseph, pero interrumpió el gesto con una mueca de dolor por culpa de un músculo distendido en el hombro que le dio una punzada—. Dígame que cree que cualquier hombre o mujer inglés en su sano juicio elegiría esto —dijo pronunciando la última palabra con una violencia que hizo que se le quebrara la voz— si supiera cómo es. ¿Esto es la gloria? ¿Son éstos los héroes de Rupert Brooke, «nadadores saltando limpiamente» desde esta vida a una Valhalla mítica? ¡Por el amor de Dios, hombre! si le queda una pizca de humanidad, ¡mírelo! ¡Es peor que la barbarie, es un infierno que sólo una imaginación civilizada sería capaz de concebir! Es un refinamiento de la locura que va más allá de lo meramente bestial.

—¿Y servirá de algo contárselo a nuestros conciudadanos? —preguntó Joseph con pesadumbre.

Los ojos de Mason echaban chispas.

—¡Claro que servirá! Los hombres no se alistarán voluntarios para participar en esto cuando sepan la verdad. ¡No tiene nada de glorioso! ¡Ni siquiera resulta útil! ¡Mueren por culpa de la incompetencia! ¡No vamos a tomar los Dardanelos, no vamos a tomar Constantinopla y no vamos a liberar a la Gran Flota Rusa! Los frentes orientales irán contra los italianos, pobres diablos, y los rusos en el norte si hay alguien lo bastante loco como para intentar eso. Napoleón fracasó. Eso debería servir de lección.

Joseph sonrió con tristeza.

—¿Quién es el ingenuo ahora?

Llegaron al sitio donde habían estado sentados antes. Sus tazones seguían allí. Mason cogió el suyo y miró los posos.

—¿Piensa que el káiser va a enfrentarse al zar? ¡Toda esta matanza no es más que una riña familiar! ¡Todos son primos!

—Quería decir —aclaró Joseph— que no creo que nadie aprenda de las lecciones que nos da la historia.

Mason por fin sonrió con una curiosa expresión sincera que de repente quitó unos cuantos años a su rostro.

—¿Quiere un poco más de té? Al menos el ron es bueno. Luego iremos a ver si podemos llevar a unos cuantos desdichados de éstos hasta los barcos hospital. ¡Tampoco es que vayan a estar mucho mejor que aquí! Es cuestión de elegir entre el riesgo de que te disparen y un mareo seguro. Si me dieran a elegir, preferiría quedarme aquí y correr el riesgo.

Sin esperar a que Joseph contestara se llevó ambos tazones hacia la cocina de campaña.

Joseph se relajó un poco. Aún disponía de tiempo para intentar que Mason viera las terribles consecuencias de lo que se proponía hacer. Cuando estuvieran en el mar, alejados de aquel horror, le sería más fácil convencerlo de que se equivocaba.

Pasaron el resto del día ayudando a los heridos que podían caminar y llevando en volandas a los que no. Era una tarea que dejaba descorazonado y derrengado. Otras tres veces subió Joseph a la colina para ayudar a bajar a más hombres. Pisó charcos de sangre, tropezó con cadáveres, a veces sólo extremidades o torsos cosidos a balazos o descuajaringados por los obuses. En las poco profundas trincheras a veces yacían juntos británicos, australianos y turcos, indistinguibles entre la sangre y la tierra. La peste de la matanza le llenaba la boca, la garganta y los pulmones. El aroma del tomillo se había desvanecido; ni siquiera el penetrante olor de la creosota eliminaba el nauseabundo dulzor de la sangre.

Pasada la medianoche sucumbió aturdido al agotamiento y se sumió en el olvido del sueño hasta que lo invadieron pesadillas llenas de tortura y chillidos.

Se despertó de golpe cuando alguien le arrojó un cubo de agua fría a la cara. Ya era de día. El agua salada estaba exquisitamente limpia. Jadeó y se incorporó tratando de recobrar el aliento.

—¡Ahí tienes, compadre! —dijo una voz alegremente—. Y hay mucha más donde he encontrado ésta. Pero si no tienes las piernas rotas puedes ir a buscarla tú mismo.

—¡Oye! ¡Si es el cura! —agregó otra voz conocida—. Vamos a darle un buen desayuno. Para ser inglés se portó muy bien anoche.

Joseph se puso de pie con dificultad y se apartó el pelo y el agua de la cara. El cuerpo le dolía lo indecible.

—Gracias, pero tengo que encontrar al periodista. Su barco zarpa hoy y me marchó con él. Gracias de todos modos.

—¡No vas a ninguna parte, colega! ¡Se fue hace más de dos horas!

Joseph se quedó helado.

—¿Qué?

—¿Te han dejado sordo los cañones? Se marchó hace más de dos horas. A estas alturas ya estará en el horizonte camino de Malta. Tendrás que coger el próximo barco. ¡Tómate una taza de té!

## 12

Otras veinticuatro horas de frenética actividad se sucedieron antes de que Joseph lograra encontrar un barco que zarpara rumbo a Malta y que quisiera admitirlo como pasajero. Tuvo que hacer acopio de todas sus dotes de persuasión para obtener una plaza, con inclusión de las cartas de acreditación de Matthew.

Caminaba de un extremo a otro de la cubierta mientras la costa de Gallípoli se desdibujaba en la lejanía hasta que las bahías de Anzac y Suvla dejaron de distinguirse. Incluso el ruido de la artillería se perdió finalmente en el chapoteo del mar. La isla de Samotracia se alzaba en el sur con su corona de bruma dorada por el sol poniente. Ahora, mientras Joseph abandonaba aquellas tierras empapadas de historia, la belleza del pasado, los héroes, el amor y el odio de Troya eran un simple legado de frases épicas carentes de significado. El dolor del presente aniquilaba el recuerdo. La urgencia de dar alcance a Richard Mason antes de que tuviera ocasión de entregar su manuscrito a algún editor irresponsable convertía en un caos todos los demás pensamientos.

¡Ojalá Joseph tuviera tiempo de hablar con él, de explicarle racionalmente el daño que haría! si lograra hacerle comprender cómo era la realidad en Ypres, repetida una y otra vez a lo largo de cientos de trincheras por todo el frente occidental, el coraje y la lealtad de los combatientes, la idea de inducir a un solo hombre a no tomar las armas para apoyarlos le resultaría abominable.

Los hombres no entraban en combate a sangre fría sino al calor del momento. El precio era terrible pero el coste del fracaso era todavía más alto.

Joseph fue de aquí para allá incapaz de sentarse, demasiado tenso para comer, demasiado nervioso para dormir, hasta que al fin el agotamiento se apoderó de él una vez que se tendió en un estrecho camastro de las dependencias de la tripulación mientras su ocupante habitual estaba de servicio.

Malta era antigua, fascinante, llena de colorido, con una arquitectura ecléctica y una mezcla de culturas que reflejaba todas las corrientes que habían barrido el Mediterráneo durante quinientos años y, no obstante, tenía un carácter exclusivo. Exploradores, mercaderes y cruzados se habían detenido en la isla. Ahora el puerto de La Valetta daba cobijo a barcos de guerra británicos que sustituían a los buques de pasaje, los yates y los esquifes de competición.

Joseph apenas reparó en nada de ello; sólo buscó indicios para averiguar adónde podía haber ido Mason. Preguntó a marineros británicos, a estibadores y mozos de cuerda y finalmente al propio capitán del puerto.

—Debe de referirse al caballero inglés de los periódicos —contestó el capitán del puerto—. Muy buen escritor. Suelo leer sus cosas. Me fascinan esos tipos —dijo con profundo sentimiento—. Nunca tienen miedo de ir a donde está el peligro con tal de averiguar la verdad. Salió hacia Gibraltar esta mañana. Me encargué personalmente de su pasaje.

—¡Gibraltar! —exclamó Joseph presa de la frustración—. ¿Cómo puedo ir allí? ¡Es urgente! Llevo despachos a Londres. ¡Tengo que llegar antes de tres días como mucho!

Si no lo atrapaba, Mason entregaría su trabajo con todas aquellas descripciones condenatorias del caos y la muerte sin sentido de tantos hombres que se habían alistado como voluntarios y acudido de buen grado desde el otro lado del mundo porque habían considerado que era su deber. Sus vidas se dilapidaban de una manera tan atroz como inútil.

Al menos eso era lo que Mason escribiría. Whitehall trataría de censurarlo pero Mason parecía

convencido de tener medios para eludir la censura. Y una vez publicado el artículo y difundido mediante panfletos o por el boca a boca, ¿cabría demostrar que estaba equivocado?

¡No estaba equivocado!

Joseph no podía contar aquello a nadie porque no se atrevía a emplear las palabras de Mason; se repetirían con demasiada facilidad con toda la carga perniciosa que contenían. Volvió a utilizar la carta de autorización de Matthew, discutió y suplicó oyendo en su voz el pánico que lo atenazaba.

Finalmente, una vez en la cubierta de un vapor, esta vez rumbo a Gibraltar, mientras contemplaba las luces de La Valetta desaparecer en la suave noche mediterránea, le invadió el agotamiento físico y emocional y con él una sensación rayana en el desespero.

Ahora Joseph surcaba el Mediterráneo tratando de alcanzar a Mason, un periodista brillante, un hombre apasionado y con su propio código de honor. Joseph había percibido su sufrimiento al hacer lo poco que podía por los heridos con dolorosa ternura, el cuerpo encorvado en tensión, la rabia casi asfixiándolo ante el despilfarro, la desorganización, la innecesaria vulnerabilidad de la tropa expuesta al fuego de la artillería desde todos los flancos.

Y sin embargo la pasión y el horror de Mason eran irrelevantes comparados con el daño que haría si publicaba lo que había visto. ¿Quizá la gente se rebelaría y trataría de cambiar el gobierno siguiendo los cauces previstos por la ley? ¿Se votaría una moción de censura en el Parlamento para convocar elecciones generales? Pero eso dejaría a Gran Bretaña a la deriva, sin nadie al mando para tomar decisiones mientras los alemanes arremeterían contra Bélgica, Francia, el norte de Italia y los Balcanes. Añadiría más caos al caos existente. ¿Y qué candidato cabría elegir?

Se socavaría la fe, la única arma que quedaba cuando la derrota miraba los ejércitos a la cara, a cambio de más ira e incertidumbre. Todos los que ya habían muerto, enganchados en las alambradas, ahogados; congelados o volados en pedazos, asfixiados con gas, así como los tullidos, mutilados y traumatizados por la guerra habrían sufrido en balde si ahora se rendían, porque nadie estaría dispuesto a ocupar los lugares que dejaban vacantes al caer en combate.

Sólo de pensarlo sentía un profundo pesar por todos aquellos a quienes había conocido, cuyas muertes había presenciado, y por el resto innumerable de bajas, así como por quienes los amaban y cuyas vidas nunca volverían a ser como antes. Le parecía la blasfemia suprema que su sacrificio no sirviera de nada. No podía soportarlo.

Comió, durmió a ratos y paseó por cubierta con los hombros tensos y los puños apretados mientras el barco iba surcando el Mediterráneo a lo que le parecía paso de tortuga.

Imaginó cómo sería la ocupación alemana para los belgas y los franceses. Las leyes cambiarían, se impondría un toque de queda para que nadie saliera a la calle de noche. Los viajes quedarían restringidos: habría que poseer un salvoconducto para ir de un sitio a otro y explicar el motivo. Todos los periódicos estarían censurados. Sólo contarían lo que quisieran que se supiera. La comida *estaría* racionada y todo lo mejor, el queso, la fruta fresca, la carne, se destinaría a las fuerzas de ocupación.

Pero los inconvenientes materiales serían poca cosa comparados con el cambio en la gente. Los valientes serían prendidos y castigados, internados en campos de concentración quizá tan espantosos como los de África durante la guerra de los bóers, donde se recluyó también a mujeres y niños. Los colaboracionistas serían recompensados, los traidores y especuladores, los vulnerables, los débiles, los sobornables, los aterrados desfilaban con obediencia ovejuna. La impostura se convertiría en un hábito. Finalmente desaparecería el recuerdo y con él la esperanza.

¿Qué aconsejaría Joseph hacer a los belgas, aquellos hombres y mujeres de talante tranquilo que veía en los alrededores de Ypres y Poperinge, en las aldeas y las granjas, huidos de sus casas dejando atrás una tierra devastada? ¿Les diría que los habían vencido y que ahora tenían que aguantar la derrota en paz, y que atacar a las fuerzas de ocupación era en realidad asesinar?



¿Poner la otra mejilla o tomar represalias? ¿Dar al káiser lo que era del káiser? si atacabas a tu opresor, ¿tenía que ser contra un soldado concreto que te estaba atacando o debías emplear la inteligencia y buscar su punto más débil? ¿Usar el arma más efectiva a tu alcance, donde y cuando menos lo esperasen, contra quien más daño fuera a causar?

Eran preguntas morales a las que su instinto contestaba una cosa y sus dudas otra bien distinta. Apenas gozaba de intimidad para rezar, pero sólo las convenciones dictaban que tuvieras que hacerlo de rodillas o con las manos entrelazadas. Unos pocos minutos a solas en cubierta, una serenidad impuesta a su mente acelerada y comenzó a ver con más claridad, si no todo, al menos la necesidad de aferrarse a sus propias creencias. La defensa del prójimo debía ser su deseo y sin duda era su deber. ¿Cómo iba a argüir ante Cristo, que fue crucificado, que el esfuerzo podía dolerle o incluso costarle la vida?

¿Existía alguna fe, cristiana o no, que te justificara con tales argumentos?

Sólo transcurrieron tres días antes de que Joseph divisara los picos de Gibraltar recortados en el horizonte, y a media tarde el barco estaba atracado en el puerto debajo de la escarpada mole del Peñón.

Bajó a tierra de inmediato. El aire era cálido y pegajoso ya que apenas soplaba brisa. El agua olía a aceite y desperdicios, pescado, el penetrante salitre del mar.

El Peñón se alzaba encima de él y su inmensa negrura tapaba el cielo pálido tachonado de estrellas. Las luces de Irish Town se apiñaban junto a la orilla y sus callejuelas adoquinadas serpenteaban tan empinadas que cada dos por tres se convertían en tramos de escalera. Un gato se cruzó en su camino con elegancia felina, tan silencioso como una sombra. Un asno cargado chacoloteaba cuesta arriba y sus alforjas eran tan grandes que de vez en cuando chocaban con las paredes.

Las campanas tocaban. Sería la llamada a vísperas o su equivalente católico romano. Bastaba echar un vistazo a unas pocas calles, campanarios, imágenes de la Virgen María o del Sagrado Corazón de Jesús para constatar que el catolicismo era la fe predominante pese a la antigua arquitectura morisca de los edificios que se recortaban colina arriba.

Los barcos atestaban la rada y Mason podía estar a bordo de cualquiera de ellos o incluso haber zarpado ya. Joseph era presa de tal frenesí que no sabía por dónde empezar a buscarlo. La histeria se iba apoderando de él y precisó toda su fuerza de voluntad para dominarla y comenzar a hacer las preguntas adecuadas a la gente. Empezó por el ayudante del capitán del puerto, que le dijo qué barcos tenían prevista su salida en las veinticuatro horas siguientes y también, una vez que le mostró sus credenciales, los nombres de aquellos con rumbo a Gran Bretaña que habían zarpado durante los dos últimos días. Sólo había uno y había partido la víspera. No hubo modo de averiguar si Mason se encontraba a bordo.

Pasó una noche de perros en los muelles pidiendo y hasta suplicando un pasaje de cualquier clase a Inglaterra. En dos ocasiones lo tomaron por un desertor y los hombres, desdeñosos de cualquier cosa que oliera a deslealtad, lo echaron con cajas destempladas. No perdonaban la cobardía y tuvo suerte de salir ileso aunque agraviado por sus insultos.

Poco después de medianoche se topó con un simpático español que parecía menos propenso a sacar conclusiones sobre un inglés de uniforme que buscaba el modo de regresar a su patria en lugar de dirigirse hacia el frente. Se sentaron en un callejón al amparo de la penumbra y compartieron una botella de vino y media barra de pan basto recién salido del horno. Para Joseph fue un acto de amabilidad suprema y reanudó su búsqueda con renovadas fuerzas y sensación de apremio en lugar de pánico.

Encontró un carguero a vapor dispuesto a llevar pasajeros aunque le costó casi todo el dinero que le quedaba. El barco se hizo a la mar con la marea de la tarde.

Avanzaron deprisa hacia el norte con rumbo al golfo de Vizcaya. El tiempo era más duro que en

el Mediterráneo aun siendo primavera.

Había más pasajeros a bordo: un caballero anciano de origen centroeuropeo que hablaba bastante buen inglés aunque sólo comentaba el tiempo. El otro pasajero que vio Joseph era un aventurero que no hizo mención de ninguna nacionalidad. Pasaba largos ratos plantado en cubierta observando el horizonte sin hablar con nadie. Quizá ya no tuviera un país, un hogar al que perteneciera y donde fuese amado.

Joseph dormía en un camarote poco mayor que un armario. Apenas cabía con las piernas rectas en la hamaca que le habían proporcionado, aunque hubiese dormido en el suelo de haber sido necesario. Estaba más caliente y seco que cualquier refugio subterráneo en las trincheras y desde luego era mucho más seguro. Además ofrecía la ventaja de estar limpio de piojos y ratas. ¡De pulgas ya se vería! Pero era todo un lujo acostarse sin el inquietante correteo de las ratas a tu alrededor.

Tuvo tiempo para pensar. Una y otra vez ensayó mentalmente lo que iba a decirle a Mason cuando lo alcanzara y en cada intento la fuerza de sus sentimientos le impedía expresarlos con palabras. Un año antes habría esperado que acudieran a él. Convertir las creencias más apasionadas en un discurso coherente era su profesión, y antaño se consideraba bueno en ella, al menos en ese aspecto.

Pero desde entonces había perdido agudeza intelectual y se había vuelto más emotivo, aunque eso era lo último que deseaba. Ahora transportaba camillas, cavaba trincheras, distribuía el rancho y a veces la munición. En casos de emergencia extrema incluso hacía de auxiliar sanitario. Se había hundido hasta las axilas en el barro y el agua luchando por rescatar un cadáver y empapado de sangre intentando detener una hemorragia. No había tiempo para pensar. Era la emoción lo que lo empujaba, justo aquello que se había propuesto evitar. Había comenzado decidido a hacer cuanto estuviera en su mano, a realizar los actos y pronunciar las palabras de consuelo, honor y fe que conocía, a decir las oraciones precisas; pretendía preservar sus emociones para conservar la entereza.

Al parecer había fracasado.

Los pasajeros comían con la tripulación aunque apenas hablaban. Los menús carecían de imaginación pero resultaban apetecibles. La segunda noche se había calmado lo suficiente como para dormir bastante bien.

Se despertó con un sobresalto y oyó pisadas en el pasillo seguidas de unos fuertes golpes muy cerca. Se incorporó olvidando por un momento dónde se encontraba y por poco se cae de la hamaca con el balanceo. Estaba recobrando el equilibrio cuando la puerta se abrió de sopetón y un tripulante le gritó:

—¡Fuera! ¡Un submarino nos ha interceptado! —Casi no se le veía y su voz sonaba aguda por el miedo—. Tenemos que abandonar el barco. No se entretenga o se irá a pique con él. Nos conceden una oportunidad.

Se retiró y Joseph oyó sus pasos por el corto pasillo y luego los golpes en la puerta siguiente.

¡Un submarino! Por supuesto. A aquellas alturas debían de estar en pleno canal de la Mancha.

Los pasos del marinero regresaron. Volvió a abrir la puerta de golpe, esta vez sosteniendo un farol que le pintaba de amarillo el rostro.

—¡Andando! —ordenó—. ¡Salga de una vez! Van a torpedear el barco. ¡Se hundirá con él!

Joseph alcanzó su ropa y se la puso. Estaba acostumbrado a dormir vestido pero había pensado que allí estaba seguro. Se puso los pantalones abrochándose los botones con torpeza y agarró la chaqueta. Se calzó las botas sin molestarse en abrocharlas y salió disparado por la puerta y a lo largo del pasillo.

Reinaba un silencio extraño. Tardó un momento en darse cuenta de que el barco se balanceaba como si flotara a la deriva. Por supuesto. Los motores estaban apagados.

Subió con torpeza la escalera ya que las botas le bailaban al no estar abrochadas. El aire exterior le dio de lleno en la cara, soplaba un viento limpio y frío con sabor a sal.

Los reflectores del submarino alumbraban la cubierta del mercante. Vio su estilizado casco gris semihundido en el agua a unos veinte metros del costado del barco. Había hombres en cubierta, meras formas oscuras detrás del resplandor, quizá siete u ocho. Las siluetas del armamento se distinguían con claridad.

El capitán del vapor estaba de pie muy tieso junto a la barandilla. Su rostro se veía adusto a la luz amarilla del reflector, los rasgos casi inexpresivos, los labios prietos. Era un hombre cincuentón, corpulento y de pelo cano, un poco cargado de espaldas.

—¡Desembarque a su tripulación, capitán! —La orden llegó a través del chapoteo del agua en claro y preciso inglés con sólo un ligero acento—. ¡Tiene botes salvavidas!

Era una afirmación, pues había claridad suficiente para que los vieran.

—Necesitamos tiempo —contestó el capitán. No estaba en condiciones de negociar y lo sabía. El submarino podía hundir el vapor cuando quisiera y luego también los botes si así lo deseaban.

—Tiene diez minutos —respondieron los alemanes—. ¡No los malgaste!

El capitán se dio la vuelta con poca naturalidad, como si la impresión ralentizara sus movimientos.

Joseph se agachó para abrocharse las botas. No era momento de perderlas ni de tropezar con los cordones. Lo hizo aprisa mientras los pensamientos se agolpaban en su mente. ¿Dónde estaban? si les permitían escapar en los botes salvavidas, ¿hacia qué costa se dirigirían? ¿Habría comida? ¿Agua? ¿Cuántos serían?

Miró a través del agua hacia el submarino. Era un artefacto feo pero rápido, fuerte, silencioso bajo las olas, un lobo del mar. Las luces titilaban en las crestas de las olas que rompían como cumbres nevadas llenas de burbujas.

Se levantó despacio. El cuerpo aún le dolía de transportar heridos en la playa de Gallípoli. Se volvió hacia los demás hombres que había en cubierta y se encontró cara a cara con Richard Mason.

Mason sonrió. Tenía el rostro blanco, el pelo mojado por las salpicaduras y peinado hacia atrás. La piel de sus altos pómulos brillaba y sus ojos eran de lo más elocuente. Había un amargo humor en ellos y una rabia contenida, una voluntad de vivir, pero ninguna animadversión. Al menos veía la ironía de que ambos tuvieran un enemigo común en el submarino y quizás en el mar.

La tripulación estaba arriando dos botes salvavidas. El capitán se dirigió hacia la escala. Hubo un disparo, un sonoro estallido que allí en medio del agua se oyó muy distinto, más parecido a un chasquido, de como sonaba en las trincheras. Alcanzó algo metálico y rebotó.

El capitán se paró en seco.

—¡Muy noble de su parte querer hundirse con su barco, capitán! Pero no es necesario —gritó una voz—. Vuelva junto a la barandilla, por favor.

El capitán vaciló.

—Si no lo hace dispararé contra sus hombres. Usted elige.

El capitán regresó lentamente. Bajo la luz cegadora de los reflectores parecía un anciano demasiado envarado para poder agacharse.

Los botes salvavidas alcanzaron el agua con un ruido como de bofetadas debido a la violencia con que los golpeaban las olas. El mar debía de estar más picado de lo que parecía desde la escasa altura de la cubierta. Los pasajeros y la tripulación todavía no fueron autorizados a subir a bordo.

Joseph se dio cuenta con sorpresa de que tenía frío. Ni él ni los demás hombres habían acertado a coger los abrigos. Calculó que sumaban una docena contando a Mason y a los otros dos pasajeros. La luz jugaba con sus figuras como si intentara identificarlos. El hombre taciturno que había mirado al horizonte se protegió los ojos con la mano. El centroeuropeo cambiaba el

peso de pierna con impaciencia.

El submarino también había lanzado una chalupa al agua que ahora se aproximaba a ellos, una silueta negra contra los bordes dentados de las olas, alternando luz y oscuridad en el camino que señalaba el farol. Costaba poco ver a los dos hombres que remaban y a otros dos de pie en la parte de proa con las armas listas.

Nadie habló mientras cruzaban la corta distancia hasta el costado del barco y los dos soldados armados subían a bordo.

—Capitán. —El primero se puso firme pero sin dejar de apuntar ni un instante al pecho del capitán—. Usted se viene con nosotros. Por favor, traiga los papeles del barco. Será internado en Alemania a no ser, por supuesto, que prefiera morir de un disparo.

No fue una pregunta. Daba por sentada la respuesta.

—Deje marchar a mi tripulación —contestó el capitán. No mencionó a los pasajeros. Quizá fuera una omisión deliberada. Los marineros tal vez merecieran un trato más respetuoso que los civiles. Si hubiesen sido de nacionalidad neutral tal vez habría informado de ello.

—Eso ya está convenido —le dijo el alemán—. Ahora, andando. —Se volvió a los demás—. Ustedes aguardarán aquí hasta que el capitán esté a bordo del submarino, entonces subirán a los botes salvavidas y se marcharán. Si no lo hacen puede que los engulla el remolino que formará el barco al hundirse.

Uno de los pasajeros hizo un movimiento rápido con el brazo derecho. La luz arrancó un destello al objeto de metal negro que agarraba con la mano. Sonó un disparo procedente del submarino y el hombre cayó hacia delante, bastante despacio, como si se estuviera doblando.

Uno de los tripulantes corrió a socorrerlo y se produjo otra descarga cerrada de tiros. El segundo alemán se agarró el hombro y dio un traspie al inclinarse hacia un lado.

Una pistola cayó a la cubierta y se deslizó hacia la barandilla. Otro tripulante se abalanzó sobre ella, la empuñó y disparó contra el hombre del bote.

Entonces llovió otra descarga de tiros con fuertes chasquidos de las balas al rebotar contra el metal. Joseph se arrojó al suelo instintivamente y se acurrucó tras la caseta de la escotilla. La gente gritaba con rabia, con miedo, y sonaron más balazos. La luz cruda de los reflectores barría el barco entero y el mar en ambos extremos.

Alguien disparó desde la cubierta. Hubo una explosión en la dirección del submarino y la luz se apagó.

Silencio. Entonces se oyó la voz del capitán con toda claridad.

—¡Nos rendimos! ¡Me voy con ustedes! ¡Deje que mi tripulación suba a los botes y se marcharán de aquí! —Luego seguramente se volvió hacia la cubierta del barco porque su voz sonó con más fuerza—. ¡Baje esa arma! Torpedearán el barco y estaremos todos perdidos. ¡Obedezca!

Silencio otra vez.

Joseph levantó la cabeza con mucho cuidado para atisbar por encima de la escotilla. Bajo el resplandor de la luna, a la tenue luz de las estrellas, vio la forma negra del submarino contra el leve brillo del agua. Un grupo de hombres se apiñaba junto al reflector roto, dos de ellos agachados como si estuvieran trabajando para arreglarlo, y otros dos más separados y con las armas apuntando al vapor.

El viento era frío y el barco se balanceaba al no contar con la ayuda de los motores. El capitán estaba junto a la barandilla enfrentado a sus hombres.

Joseph vio dos cuerpos despatarrados en la cubierta, inmóviles. Quizás estuvieran heridos o muertos, o simplemente demasiado asustados para moverse. Vio el brillo del cañón de la pistola sobre la madera a casi un metro del brazo estirado de uno de los cuerpos. Estaría a unos tres metros de la escotilla tras la que se había escondido. Si algún otro lo alcanzaba y se ponía a disparar los alemanes torpedearían el barco y todos se irían a pique.

Avanzó de lado hasta rodear la caseta y luego por la cubierta despejada. Antes de llegar hasta la pistola se puso de pie y le dio una patada que la hizo saltar por la borda. Levantó las dos manos.

—¡Ya no hay pistola! —gritó, más para informar al submarino que a su propio capitán—. ¡La he tirado por la borda!

Silencio otra vez salvo por el viento y el chapoteo de las olas.

—Gracias —dijo el capitán en voz baja antes de volverse hacia el submarino—. ¡Voy hacia ustedes! —Saltó la barandilla y comenzó a bajar—. ¡Buena suerte! —dijo con gravedad—. En los botes hay brújulas. Vayan hacia el noroeste.

Y acto seguido desapareció. Los demás tripulantes surgieron de entre las sombras. Uno de ellos se sujetaba el brazo como si estuviera herido. No se distinguía a los hombres en la oscuridad. Los dos cuerpos que yacían en la cubierta permanecieron inmóviles.

—¡A los botes! —ordenó alguien con voz firme y autoritaria—. ¡No hay tiempo para discutir, hagan lo que les digo!

De repente todos obedecieron moviéndose aprisa y a tientas ahora que no había luz. Al menos dos de la ellos parecían heridos y otro estaba tendido detrás de la caseta de la sala de máquinas. Había nueve hombres con vida. Se repartieron cinco en un bote y cuatro en el otro. Las superficies resbaladizas dificultaron el descenso a los botes que bailaban en el agua; una vez en ellos, montaron los remos y se alejaron del vapor. Todos acabaron con magulladuras en los nudillos y las espinillas.

Joseph agarraba un remo, alguien a quien no distinguía agarraba el otro. El hombre con el brazo herido iba en la popa sujetando el timón con la mano buena, y otro que al parecer estaba en peores condiciones iba tendido sobre las tablas del fondo. Joseph remaba con todas sus fuerzas y procuraba acoplarse al ritmo de su compañero aunque le costaba lo suyo. El bote daba sacudidas y viraba sin ton ni son en el mar encrespado.

Comenzó a contar en voz alta.

—¡Cía! —Pausa—. ¡Cía!

El otro hombre obedeció y de repente los remos batieron el agua al unísono y comenzaron a alejarse del vapor. Joseph no tuvo tiempo ni de pensar dónde estaría el otro bote.

Entonces ocurrió. El cañón del submarino disparó y el vapor vomitó una lengua de fuego. El ruido fue ensordecedor y la onda expansiva se extendió a través del agua. Unos instantes después hubo un segundo impacto mucho mayor al explotar el barco; llamas blancas y amarillas volaron hacia el cielo. Metal, madera y demás residuos encendidos saltaban por los aires iluminando las olas y la silueta perfilada del vapor con el casco ya roto y comenzando a sumergirse. El otro bote estaba a unos cincuenta metros de la proa y Mason remaba al lado de Joseph. El submarino quedó momentáneamente oculto.

Mason sonrió iluminado por el resplandor.

—Parece que no puedo librarme de usted, ¿eh? —dijo irónicamente—. Supongo que al menos debo agradecerle que evitara que nos fuéramos todos a pique con el barco. Es usted más útil que la mayoría de los sacerdotes. ¡Siga remando!

Joseph se puso a remar otra vez. El barco aún era pasto de las feroces llamas, pero el mar ya lo estaba inundando y se hundiría en cuestión de minutos creando un remolino que engulliría todo lo que atrapara.

—Si espera que diga algún cumplido sobre los corresponsales de guerra no pierda la esperanza. Lo intentaré... cuando tenga tiempo —contestó Joseph.

Mason soltó una carcajada y tiró de los remos con renovado ímpetu.

Remaron en silencio manteniéndose a buena distancia del barco, que explotó dos veces más, lanzó un chorro de vapor hacia el cielo y quedó envuelto en llamas rojas antes de inclinarse y deslizarse con gran estruendo hacia el fondo del agua negra. Se hundió en un abrir y cerrar de

ojos y sólo quedaron unos cuantos restos del naufragio a flote. El submarino se había esfumado. El otro bote salvavidas aún era visible a una media milla de allí.

Los otros dos hombres que iban en el bote apenas se habían movido ni hablado. Ahora el que tenía el brazo herido se inclinó con torpeza y habló con el hombre que estaba tendido de costado con la cabeza apoyada contra una cuaderna del casco.

—¿Cómo te encuentras, Johnny? —le preguntó con voz distorsionada por su propio dolor.

No obtuvo respuesta.

—¡Que alguien me ayude! —suplicó—. ¡Creo que está inconsciente! Tenemos un botiquín en el armario, y debería haber un farol, agua y comida, y una brújula.

Joseph pasó su remo a Mason, que se corrió al centro del banco para seguir cuando con los dos. El bote perdió velocidad, pero si el tiempo no empeoraba bastaba un hombre para manejarlo.

Joseph abrió el armario a tientas y palpó en su interior hasta encontrar el farol; lo encendió resguardándolo del viento con su cuerpo. Entonces pudo ver que en efecto había un botiquín, una brújula, varias botellas de agua y raciones de galletas, carne seca y chocolate, e incluso un par de cajetillas de Woodbines, además de las cerillas que había usado para encender el farol.

Ante todo había que comprobar la gravedad de las heridas de los tripulantes. Primero atendió al hombre que yacía en el suelo. Le habían dado dos veces, una en la parte alta del muslo y otra en el hombro. Ambas heridas habían sangrado mucho y estaba a punto de perder el sentido.

—¿Puede hacer algo por él? —preguntó el otro tripulante con inquietud.

—Lo intentaré —contestó Joseph. Sus conocimientos de medicina eran muy escasos en realidad, pero aquél no era el mejor momento para decirlo. Por descontado ni siquiera le pasó por la cabeza tratar de sacar una bala a la luz de un farol en el suelo de un bote zarandeado por el oleaje, pero sí que podía improvisar unas compresas y hacer lo posible para detener la hemorragia. Quizá con eso bastara.

—Sostén el farol —pidió—. ¿Cómo te llamas?

—Andy.

Bajo la luz amarilla aparentaba no tener más de diecinueve o veinte años. Era rubio, con el rostro pecoso de mirada franca que ahora se veía muy pálido.

Joseph trabajó lo mejor que pudo, pero resultaba difícil y la tela que rodeaba las lesiones estaba empapada en sangre. Cuando apretaba las heridas, el hombre emitía un gruñido apenas audible. Se estaba hundiendo en la inconsciencia y no podían hacer nada para evitarlo. Cuando lo hubo vendado, Joseph intentó hacerle beber un poco de agua, aunque fuera para humedecerle los labios, pero estaba tan ido que no podía ni tragar.

Después hizo lo que pudo por Andy. Una bala le había atravesado el brazo, que también le sangraba en abundancia, pero el hueso estaba intacto. Logró contener la hemorragia atando el vendaje con firmeza pero sin cortar la circulación, aunque no pudo hacer nada para mitigar el dolor.

Volvió a empuñar el remo que había pasado a Mason. El viento había arreciado y tenían que esforzarse mucho más para mantener el bote en movimiento y de cara a las olas de modo que no se atravesara con el consiguiente riesgo de volcar.

Una incipiente claridad en el noreste anunciaba el amanecer. El otro bote no se veía por ninguna parte.

—¿Todavía conserva su artículo sobre Gallípoli? —preguntó Joseph.

—Por supuesto —contestó Mason.

—¿Y sigue decidido a entregarlo?

—Eso ya lo hemos discutido, reverendo. —Empleó el apelativo con un leve sarcasmo—. Predique su evangelio que yo predicaré el mío. Usted quiere proteger a la gente de la verdad por lo que considera un bien superior. Yo pienso que tienen derecho a saber para qué se están

alitando, qué les costará la batalla y qué probabilidad tienen de ganar algo que valga la pena.

Hundió la pala y tiró del remo con todo el peso de su cuerpo.

—¿Va a contarles la verdad sobre Gallípoli, cuántos hombres están muriendo y cómo? —insistió Joseph.

—¡Sí!

—¿Y qué probabilidades cree que tenemos de vencer y llegar hasta Constantinopla?

—Ninguna. Como tampoco de hacer salir a la flota rusa del mar Negro. Y aunque lo consiguiéramos no tendría mayor importancia al final.

—Seguramente entregáramos Constantinopla a los rusos —dijo Mason.

—¿Y que nuestros generales están mal informados y en su mayoría son incompetentes?

—La mayoría lo son, sí. ¿Quiere protegerlos? Eso es ingenuo, reverendo, y peligroso. La compasión que le inspiran, Dios sabe por qué, le está obnubilando la inteligencia. Puede que su religión le exija ser compasivo y ver lo bueno que hay en cada uno, pero el Señor también le dio un cerebro, ¡seguramente con la esperanza de que lo usara! ¿Realmente piensa que la reputación de un hombre vale lo que esos soldados están pagando?

—¡No intento salvar la reputación de nadie! —Joseph remaba con el mismo ahínco que Mason, empleando todas las fuerzas que le quedaban en los músculos exhaustos de la espalda y los brazos para mantener el bote proa al viento. Mason debía de sentir lo mismo. Había llevado a costas a tantos heridos como él—. ¡Lo que intento es que la esperanza y el coraje no decaigan en la patria porque tengo muy buenas razones y una visión bastante más amplia del conflicto que usted! Muy pocos hombres emprenden una batalla que no crean que pueden ganar.

—Muy pocos hombres son tan estúpidos —convino Mason lacónicamente.

—¿Y va usted a decirles lo que ocurrirá si no combaten? —Joseph tuvo que levantar la voz por encima del ruido del agua y el viento para hacerse oír. El día debía de estar comenzando a apuntar detrás de él hacia el noreste puesto que podía ver el punteado de los tumbos de las olas y alguna que otra cresta de un pálido color crema. Tenía los pies entumecidos de frío.

—Sin ejército nos veremos obligados a rendirnos —contestó Mason—. La masacre cesará. Nunca tendríamos que habernos metido en esta guerra. Inglaterra no tiene nada en contra de Alemania.

—Ahora no importa lo que debimos o no debimos hacer —dijo Joseph—. Eso forma parte del pasado. Esté bien o mal, no podemos deshacerlo. Alemania ha invadido Bélgica, ha bombardeado y quemado la tierra, desplazado a la población, asesinado a miles de civiles, destruido sus pueblos y granjas. ¿Va a decirles que se rindan a los soldados que los han saqueado, que entierren a sus muertos y sigan viviendo como antes?

—¡Está claro que no voy a decirles una estupidez de ese calibre! —replicó Mason enojado—. Bélgica sufrirá, ya lo ha hecho, pero ¿acaso no es un mal menor si se evita que toda Europa se precipite en el caos y la destrucción? Estamos a punto de aniquilar a los mejores muchachos de toda una generación y yo me pregunto: ¿para qué? ¿Puede justificar lo que está sucediendo?

—No lo intento.

Joseph miraba a los dos tripulantes que iban en popa. Andy parecía dormido aunque de vez en cuando se movía y Joseph le había visto abrir los ojos una vez. El otro hombre iba recostado a su lado, medio acurrucado encima de sus rodillas, y Andy le sostenía la cabeza con el brazo sano, pero el hombre no se había movido desde hacía más de media hora.

—Coja el remo —dijo Joseph de pronto. Había claridad suficiente para ver el rostro de Mason, tenso y fatigado, mojado por las salpicaduras. Entendió lo que Joseph estaba pensando. Cogió el remo.

Joseph avanzó con cuidado; el bote cabeceaba y si se ponía de pie podía perder el equilibrio e incluso caer por la borda. Fue a gatas hasta el hombre herido.

Andy abrió los ojos y miró a Joseph con miedo y dolor.

Joseph apoyó el dorso de la mano en el cuello del otro tripulante. No le encontró el pulso. A la luz del alba incipiente su tez se veía cerúlea.

El brazo sano de Andy estrechó a su compañero con más fuerza. Su rostro hizo la pregunta aunque no habló.

—Creo que podemos tenderlo en el fondo —dijo Joseph levantando la voz para que Andy le oyera por encima del bramido del mar—. Estarás más cómodo. Si no el peso te dormirá las piernas.

—¡No me importa! —protestó Andy.

—Necesitarás las piernas cuando lleguemos a tierra —contestó Joseph—. Y no sirve de nada.

Andy pestañeó para contener el llanto.

—Lo siento —dijo Joseph estrechándole el hombro—. Venga.

Andy vaciló un momento más pero luego se apartó hacia un lado y ayudó a Joseph a mover el cuerpo del fallecido donde no le molestara ni entorpeciera la faena de los remeros. Después retrocedió lentamente al lugar que ocupaba antes poniendo sumo cuidado en adoptar exactamente la misma postura y se tapó con un trozo de lona.

—Siento no poder ayudar —se disculpó.

Joseph partió unas pastillas de chocolate y se las dio.

—De todos modos, sólo hay dos remos —contestó.

Volvió a su sitio y él y Mason remaron en silencio durante un rato. La luz blanca se extendía por el horizonte a sus espaldas, aún sin color. El viento soplaba con más fuerza y seguía arreciando. Cada vez costaba más avanzar contra los elementos.

—¿De dónde es usted? —preguntó Joseph a Mason. Sentía curiosidad y además necesitaba encontrar una abertura en la coraza de Mason, un rincón de sentimiento que le ayudara a hacer prevalecer sus argumentos. No debía rendirse bajo ningún concepto. Aquélla era la prueba final.

—De Beverley —contestó Mason—. Cerca de Hull, en Yorkshire. ¿Y usted?

—De Selborne St. Giles, en las afueras de Cambridge —dijo Joseph—. ¿Siempre ha sido periodista?

—Nunca quise ser otra cosa. —Mason sonrió torciendo el gesto—. ¡No me diga que usted siempre quiso predicar, no lo soportaría! ¡En algún momento, aunque fuese en la cuna, tiene que haber deseado hacer otra cosa!

—Mi padre quería que fuese médico. Lo intenté, pero me sentía impotente ante el sufrimiento y el miedo.

—¿Y eligió a cambio el sufrimiento y el miedo del alma? —dijo Mason con sorpresa aunque no sin respeto—. ¿Su padre se disgustó?

—Sí. Pero ahora está muerto.

—El mío también. Murió mientras yo estaba en África... cubriendo la guerra de los bóers.

Lo dijo con un enojo y un pesar que a todas luces aún le dolía. No miraba a Joseph sino al mar que se perdía en el infinito y que ahora comenzaba a cobrar color aunque éste fuese gris oscuro, sólo con un toque de azul.

—Allí fue donde aprendió a odiar la guerra —observó Joseph.

—La guerra no es noble —dijo Mason apretando los labios—. ¡Es sanguinaria, estúpida y brutal! Saca lo peor de muchos hombres que antes eran decentes. En algunos surge un inmenso coraje, compasión, honor y todo lo mejor de la naturaleza humana, pero a cambio de perder a demasiados. El sacrificio es inconmensurable. Y es un coste que no tenemos derecho a pedir a nadie, ¡a nadie en absoluto!

Joseph guardó silencio durante un rato. Estaba comenzando a costarle sujetar el remo. El bote daba sacudidas al alcanzarlo las olas desde distintas direcciones y las fuerzas le flaqueaban. Se



puso a pensar en las cosas que más valoraba, no aquellas que debían importarle sino las que apreciaba de veras: su familia, las personas a quienes amaba y que conformaban el marco de referencia dentro del cual todo lo demás cobraba sentido. ¿Qué eran la dicha, la belleza o el entendimiento si no había nadie con quien compartirlos? ¿Qué valor tenía un logro en sí mismo? Eran muchas las cosas que sólo se hacían para ofrecérselas a otro.

La amistad era el meollo de todo, la sinceridad sin juicio, la generosidad de espíritu, la ternura que nunca fallaba. En cierto modo era el final del miedo porque si no estabas solo cualquier cosa resultaba soportable.

Pensó en Sam. Si él y Mason no llegaban a la orilla al menos no tendría que ir en busca de Sam para decirle que sabía que había matado a Prentice. Le sorprendió el gran alivio que eso le suponía.

Una mano le resbaló del remo y casi se le escapó. Mason se volvió de golpe y fue presa del pánico hasta que vio que volvía a agarrarlo.

¿Qué habría dicho Sam para intentar convencer a Mason de que no escribiera su artículo sobre Gallípoli? ¿Qué argumentos quedaban? Joseph había probado con todos los que se le habían ocurrido. Ninguno había surtido efecto. ¿Y si no lo conseguía? Finalmente se enfrentó a la idea que llevaba evitando desde hacía dos horas. Sólo había una forma de estar absolutamente seguro de que Mason no publicara su reportaje, y era matarlo. ¿Debía aguardar hasta que tuvieran tierra a la vista y pudiera manejar el bote y entonces coger el remo con toda calma y asestar un golpe a Mason con la fuerza suficiente para matarlo? No tuvo que hacerse esa pregunta, sabía la respuesta. ¿Pero era humanidad, incluso piedad, o mera cobardía?

¿Y si un barco los localizaba antes, mientras seguía indeciso, y los recogía? La decisión dejaría de estar en sus manos. No. Eso era deshonesto. Lo habría dejado para demasiado tarde y perdido su oportunidad. De todos modos, *las* justificaciones y las excusas carecían de sentido. Si en Inglaterra se destrozaba la moral, la razón por la que Joseph Reavley no habría actuado en el momento oportuno sería absolutamente irrelevante.

—Dígaselo a los hombres que quizá se alistarían —dijo en voz alta— y muchos de ellos cambiarán de opinión. Sus familias respirarán aliviadas, al menos la mayoría. ¿Pero y las familias de los que ya están allí? ¿O las de quienes han muerto en Francia, o en Gallípoli, o en la mar? ¿Cómo cree que se sentirán?

—Seguramente lo bastante enojadas como para exigir que el gobierno responda por ello —contestó Mason esforzándose para no soltar el remo—. ¡Reme, maldita sea!

—No podemos remar contra esto —replicó Joseph señalando el oleaje con la cabeza—. Al más mínimo error volcaremos. Hay que dar la vuelta y dejar que el viento nos lleve.

—¿Adónde, por el amor de Dios? —inquirió Mason con voz más aguda que puso de manifiesto su pánico y su agotamiento—. ¿Al medio del Atlántico?

—Mejor allí y encima del agua que en el canal de la Mancha y debajo —contestó Joseph—. Si vamos hacia el sur nos mantendremos en una ruta marítima. No tenemos alternativa.

—¿Podrá girar el bote sin hacer que vuelque? —preguntó Mason.

—No lo sé —admitió Joseph—, pero así no podemos seguir. No logramos mantenerlo en rumbo. Habrá que hacerlo deprisa.

—¿Y qué pasa con el herido? ¡Si cae por la borda será hombre muerto!

—¡Si el bote vuelca moriremos todos! —contestó Joseph gritando—. ¡Los dos a la vez! Cuando haya una tregua. ¡Espere a que llegue! Usted levanta y yo remo.

—¿Una tregua? —chilló Mason con incredulidad.

Hubo una racha de viento y acto seguido un parón.

—¡Ahora! —bramó Joseph. Levantó el remo, lo llevó hacia atrás todo lo que pudo y lo hundió con todas sus fuerzas; notó que el bote viraba con un bandazo tremendo y cabeceaba hasta casi

volcar cuando una ola lo golpeó en el costado; después, volvió a empujar el remo con todo su peso y el bote se enfiló a favor del viento y de la corriente.

Mason jadeaba. Se apartó el pelo de la cara con una mano mientras la otra agarraba el remo para hundirlo en el agua otra vez. Ahora el bote corría con el viento detrás pero aun así necesitaba todo el peso y la fuerza de ambos para no dar la vuelta otra vez.

El corazón de Joseph latía tan aprisa que la cabeza le daba vueltas. Había estado a punto de ahogarlos a todos. El alivio le hacía temblar. Se aferraba al remo tanto para empuñarlo y ciar como para recobrar el dominio de sí mismo. Pero en su fuero interno estaba decidido.

—No puedo permitir que publique ese artículo —dijo claramente—. Es decir, si es que en realidad existe alguien que lo vaya a publicar.

Tenía que saberlo.

—Claro que existe —dijo Mason sin el menor titubeo—. Hay propietarios de periódicos de provincias que piensan lo mismo que yo. Creen que la gente tiene derecho a saber la verdad y a tomar sus propias decisiones en consecuencia.

—¿No tienen miedo de que los acusen de traición? —preguntó Joseph—. La Ley de Defensa del Reino es bastante severa. ¿O es que pretenden hacerlo desde el anonimato para así no responder de sus actos?

Mason se enojó.

—¡Claro que no van a hacerlo de manera anónima! —replicó—. ¿Qué mierda de verdad sería ésa?

—¿Está seguro? —dijo Joseph haciendo patente su incredulidad.

—¡Sí, estoy seguro! —gritó Mason—. ¡Conozco al propietario de toda la vida! No dejaré que los redactores carguen con la culpa. Dará la cara.

Joseph le creyó. La certidumbre del rostro de Mason, su pasión y su sentido del honor y el deber, por equivocado que fuera, lo iluminaba con una intensidad que ninguna mentira podía transmitir.

—Lo siento —dijo Joseph, y lo dijo en serio. Mason le caía bien, de hecho lo admiraba—. No puedo permitir que lo haga.

—No puede impedírmelo —repuso Mason y sonrió con una expresión afectuosa y nada estudiada que suavizó sus facciones.

Joseph subió su remo al bote.

—Sí que puedo.

El bote viró bruscamente y avanzó de costado hasta que Mason también sacó su remo del agua dejándolos a merced de las olas.

—¡Por Dios bendito! —chilló Mason—. ¡Nos hundiremos! ¿Qué demonios le pasa?

—No puedo matarle —contestó Joseph—, pero tampoco le ayudaré a salvarse. —Miró a Andy—. ¿Lo siento de veras, pero si el artículo que ha escrito Mason se publica, otros periódicos clandestinos lo difundirán y correrá como un reguero de pólvora por todo el país. Pacifistas bienintencionados lo distribuirán en los alrededores de los centros de reclutamiento y los traidores y proalemanes repartirán panfletos puerta a puerta y en las asambleas. Al final miles de personas se verán afectadas. Habrá menos voluntarios que se alistén en el ejército y nuestros hombres en las trincheras de Francia y en Gallípoli se quedarán solos luchando hasta que los venzan. No puedo permitir que eso ocurra para salvar mi vida o la tuya. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Andy en voz baja—. Entiendo que tiene que hacerlo. Y quizá no habríamos llegado a casa, de todos modos. Al menos ahora será por un motivo.

Mason dio a Joseph un violento empujón que lo derribó del banco, agarró su remo y sirviéndose de ambos enderezó el bote para ponerlo de nuevo en la dirección del viento.

Joseph se instaló en la popa al lado de Andy. Fue un gran alivio dejar de deslomarse remando.

Al parecer ahogarse no era una forma demasiado mala de morir. Le habían dicho que se perdía la conciencia bastante deprisa. Algo muy distinto a quedar enganchado en las alambreadas de la tierra de nadie y agonizar durante horas o incluso días. Prentice había tenido una muerte relativamente fácil.

Lástima que Sam no fuera a enterarse de lo sucedido. ¡Habría apreciado la ironía! Más triste era aún que no pudiera decir a Matthew dónde encontrar al editor del periódico. No sabía cómo se llamaba pero sería fácil de averiguar. Era alguien a quien Mason conocía de toda la vida, que poseía varios periódicos y era contrario a la violencia y el despilfarro de la guerra.

No quería pensar en Matthew ni tampoco en Judith y Hannah. Le resultaba demasiado duro, demasiado doloroso, y le daba miedo perder el dominio de sí mismo.

—¡Está loco! —le gritó Mason mientras se esforzaba por mantener el bote en rumbo con el viento en la popa—. ¡La rendición podría suponer la paz! Una Europa unida. ¿No es eso mejor que esta carnicería demencial y la destrucción de todo nuestro patrimonio y el envenenamiento del suelo? ¡Europa se está convirtiendo en un matadero! No quedarán más que ruina y locura para el vencedor. ¿No se da cuenta?

—¿Quiere la paz? —preguntó Joseph como si fuese una pregunta real y apremiante. El bote cabeceaba y escoraba peligrosamente cambiando de rumbo sin parar por más que Mason batallara por controlarlo con el rostro perlado de agua y los músculos en tensión.

—¡Claro que quiero la paz! —gritó enfurecido.

Joseph se apuntaló para no descargar su peso encima de Andy, que tenía la mirada fija en él.

—¿Y piensa que la rendición traerá la paz? —dijo con incredulidad—. ¡A lo mejor a nosotros! ¿Pero qué me dice de Bélgica? Se supone que íbamos a protegerla. Dimos nuestra palabra. ¿Y qué pasa con Francia?

—A Francia no le prometimos nada —replicó Mason.

—¿Y eso qué diablos importa? —inquirió Joseph—. ¿Acaso sólo protegemos a la gente si existe un tratado que exija que lo hagamos? ¿Es que sólo hacemos lo correcto cuando nos vemos obligados?

—¿Lo correcto? —Mason levantó la voz indignado—. ¿Lo correcto es crucificar a media juventud de Europa en una contienda para decidir quién gobierna tal o cual pedazo de tierra y qué idioma hablamos?

—¡Sí! Sí cuando el derecho a tener nuestras propias leyes y nuestro propio patrimonio cultural está en juego. Si alguien nos conquistara y nos impusiera sus reglas, poco a poco nos iría arrebatando todo lo que nos hace libres y singulares.

El viento seguía arceciando y, pese a tenerlo a favor, a Mason cada vez le costaba más manejar el bote.

—¡Libres y singulares! ¡Está loco! ¡Sólo están muertos! ¡Cuerpos apilados encima de más cuerpos! ¡Pise la tierra de Flandes y estará pisando carne humana! ¡Dígales la verdad y deje que decidan lo que quieren! Es un pecado imperdonable llevarlos a ciegas a la masacre. —Tiró del remo con el rostro crispado de dolor—. Se supone que usted cree en el bien y el mal. Negar conocimiento es negar libertad. Y eso está mal. ¿Quién demonios se cree que es, maldito arrogante cabrón, para decidir por la juventud de Europa si hay que combatir en su jodida guerra o no? Contésteme, reverendo Reavley.

Las ideas se agolpaban en la cabeza de Joseph. El argumento de Mason era el del Pacificador y estaba muy cerca de la razón, muy cerca de la compasión y la humanidad.

—Me ha llamado ingenuo —gritó—. ¿Quiere la paz? ¿No ve que es lo que todos queremos? Pero no a cualquier precio. Bélgica y Francia han sido invadidas. ¿Cree que la rendición nos traerá la paz? ¿Cree que si nos damos por vencidos los franceses y los belgas se contentarán con deponer las armas y rendirse?

El viento se llevó la respuesta de Mason.

—¡El gobierno quizá se rinda y buena parte de la ciudadanía también! —prosiguió Joseph enfurecido—. ¿Pero cree que el ejército lo hará? ¿Los hombres cuyos hermanos ya han muerto en el fango y el gas, en las alambradas y en las trincheras? ¡Esos hombres se congelaron, se ahogaron y se desangraron por lo que amaban! ¡Han pagado demasiado! ¡Y nosotros también!

Mason le miró de hito en hito. Su rostro reflejaba el dolor de sus músculos al remar. El bote daba sacudidas y se hundía en los senos de las olas. Mason estaba perdiendo. Comenzó a darse cuenta de que Joseph estaba dispuesto a morir por sus convicciones y arrastrar a Andy consigo si era necesario, cosa que despertó su más sincera admiración si bien de mala gana y con enojo.

—Habrá un motín —prosiguió Joseph cada vez con más convencimiento. Tenía tanto frío que permanecía inmóvil y apenas sentía las piernas por debajo de las rodillas. Andy ya debía de presentar síntomas de congelación. A Joseph le apenaba tener que sacrificarlo—. En el ejército y en la patria —continuó—. ¿Qué hará entonces el gobierno? ¿Arrestar a todos los que quieran resistir? ¿Entregarlos a las fuerzas de ocupación alemanas? ¡Usted conoce la naturaleza humana, Mason! Los valientes huirán a los montes, a los bosques, a cualquier sitio donde puedan esconderse y reagruparse. Quienes no puedan seguirlos, los ancianos, los enfermos, *las* mujeres con hijos, pagarán el pato. Si tienen suerte se celebrarán juicios colectivos por traición; si no, ejecuciones sumarias. Habrá colaboradores, cómo no, y delaciones, grupos de vigilancia, informantes y policía secreta. . .

—¡De acuerdo! —chilló Mason—. ¡No habrá una puñetera cosa si no me ayuda a mantener este bote en la dirección del viento! ¡Estaremos todos muertos!

—No, se equivoca —dijo Joseph inclinándose para hacerse oír por encima del bramido del mar—. Usted y yo lo estaremos, y por desgracia Andy también, pero nadie más. El otro tripulante ya ha fallecido de todos modos.

Andy se incorporó trabajosamente. La luz fría de la mañana acentuaba su palidez. El mar embravecido era una carrera de olas y espuma.

—¿Estás de acuerdo con él? —inquirió Mason clavando sus ojos en Andy—. ¿Es eso lo que quieres realmente? Porque si no lo es, más vale que se lo digas. —Señaló con la cabeza a Joseph—. Y pronto. No voy a resistir mucho más:

—Es lo que quiero —contestó Andy cerrando los ojos con fuerza para protegerse del viento, pero sin titubear—. Tienes que luchar por lo que crees y morir por ello si es necesario. Y luchar por tu compañero igual que él lucharía por ti.

—¿Y Bélgica es tu compañero? —preguntó Mason ferozmente. Andy le sonrió torciendo la boca.

—Pues sí. Supongo que sí. Tu compañero es quien está a tu lado. Los alemanes no tienen ningún derecho a entrar en Bélgica y hacer lo que están haciendo. Y en Francia tampoco. Lucharemos como si fuese Inglaterra. No es diferente sólo porque sea otra gente.

Lo expuso con sencillez, como si fuese obvio.

Joseph sintió escozor en la garganta. Aquello resumía la filosofía del soldado raso británico. ¿Vas a cuidar de tu hermano? Sí, aunque sea a costa de mi vida si es necesario. Todos sus argumentos y los de Mason eran académicos, decidían por los demás. Pero las vidas que estaban en juego eran la de Andy y un millón de hombres como él.

Joseph miró el semblante de Mason y vio su asombro al captar aquella nueva noción.

—Arroje esa cosa por la borda y jure que no volverá a escribirla o nos vamos todos a pique —dijo Andy—. Contaba con dar la vida por mi país, llegado el caso, y bueno, creo que ha llegado. Nunca pensé que un día detendría a un traidor, pero al menos esto tiene su razón de ser.

—¡Por el amor de Dios, hombre, sólo quiero acabar con esta maldita matanza! —le gritó Mason—. ¿Sabes cuántos hombres han muerto ya en menos de un año de guerra?

Joseph ansiaba poder ayudarle pero no se le ocurría nada más que decir. En un momento dado Mason sería incapaz de manejar el bote solo y éste volcaría. Se encontrarían en el mar luchando por mantenerse a flote azotados por el oleaje, forcejearían hasta que les flaquearan las fuerzas y comenzarían a tragar agua que les haría estallar los pulmones. ¿Sería tan malo como morir gaseado? ¡Lo recordó con un horror escalofriante! Y pensar que el desdichado de Prentice no se había ahogado en el agua clara del mar sino en la inmundicia del cráter de un obús. Sam había hecho aquello, Sam, a quien Joseph quería como a un hermano. Alargó el brazo, cogió la mano de Andy y notó que éste respondía moviendo un poco los dedos entumecidos.

—¡No me importa! —gritó Andy con un jadeo—. ¡Seguiré en mis trece!

Mason movía penosamente los remos. Se estaba debilitando. Su rostro reflejaba una tensión que no era sólo física sino también mental. Volvió a mirar a Andy un momento y luego a Joseph.

—Está en el bolsillo de mi chaqueta —gritó—. Coja los remos y lo tiraré por la borda. Tal vez tenga razón e Inglaterra esté llena de idiotas suicidas como usted.

Joseph sonrió de oreja a oreja aunque no tenía muy claro el verdadero alcance de su victoria. Podía ser que terminaran hundiéndose de todos modos. Al menos era un triunfo espiritual. Cayó de rodillas con otra sacudida del bote que se balanceaba y chocaba contra las olas. Cogió los remos de manos de Mason y jaló con todo su peso y su fuerza para enderezar el bote y ponerlo a salvo del seno de la ola. Tenía los músculos de la espalda y los brazos destrozados, pero había descansado y podría mantener el bote en rumbo al menos hasta que Mason tirara sus papeles.

—Rómpalos —agregó levantando la voz.

Mason efectuó un último intento.

—¡No va a cambiar nada! No soy el único.

—¿El único qué? —preguntó Joseph.

—El único que escribe la verdad y será publicado.

—Usted es el único que ha escrito sobre Gallípoli —respondió Joseph—. El único que va a hacer daño.

Mason soltó una carcajada.

—¡Se equivoca! Tenemos a un chaval nuevo en Ypres. Presenció el primer ataque con gas. Tiene una memoria casi fotográfica pero aun así tomó notas de todo, el pánico, el horro; la forma en que morían los hombres.

Joseph se quedó de una pieza.

—¿Notas?

—Nunca las encontrará, están en una clave que inventó cuando iba al colegio.

De súbito la luz blanca y dura y las olas fueron tan brillantes como en pleno verano, encendidas de un extremo al otro del horizonte. —Eldon Prentice —dijo Joseph en voz alta.

Ahora fue Mason quien se quedó de piedra. Habría sido imposible negar que Joseph había dado en el clavo, su rostro lo delataba.

—Está muerto —le dijo Joseph—. Muerto en tierra de nadie ahogado en el cráter de un obús lleno de inmundicias. No intente contradecirme. Yo mismo lo saqué de allí. O, para ser más exactos, lo arrastré casi todo el camino de vuelta. Está enterrado en Wulverghem. No sé qué fue de sus notas pero puedo adivinarlo.

Mason pestañeó sin contestar todavía.

—Tengo un amigo que fue al colegio con él. Conocía la clave. Se ha quedado solo. Tire esos papeles por la borda.

Mason sacó lentamente el paquete envuelto con esmero del bolsillo interior de la chaqueta y dejó que se lo llevaran las olas. Luego, presa de un cansancio infinito, se tendió en la popa y Andy le pasó la botella de agua. Al cabo de nada volvió a ocupar su puesto en el banco y remarón juntos en silencio. El viento fue amainando, y hacia mediodía, con el sol en lo alto, no había tierra

a la vista.

Joseph calculó el tiempo que les quedaba. Estaba agotado. Le dolía cada centímetro del cuerpo y tenía tanta hambre que hubiese engullido de buen grado el peor rancho de trinchera; pero había muy poca comida de reserva y debían hacerla durar lo máximo posible. Lo que más le preocupaba era la escasez de agua. La habían racionado y tomaban un sorbo cada hora. Aun así sólo tenían para doce horas más.

Mason estaba demacrado y Andy estaba tan pálido que su piel parecía gris, pero la hemorragia había cesado hacía un buen rato.

—No tiene sentido que sigamos remando —dijo Joseph a media voz—. Podríamos subir los remos y descansar un poco.

Mason no discutió. Terminaron la palada al unísono y subieron los remos. Se tumbaron en el fondo del bote procurando no tocar al tripulante muerto.

—Tú también tendrías que descansar —dijo Joseph a Andy. No se divisaba nada en todo el horizonte, ninguna tierra hacia la que remar, ningún barco cuya atención atraer, cosa que tampoco sería fácil habida cuenta de lo poco que destacaban en el agua.

Andy asintió con la cabeza, y con cuidado, procurando no golpearse el brazo, se acomodó como buenamente pudo sobre las tablas del fondo. Sonrió a Joseph y cerró los ojos. Acurrucado sobre el costado como si durmiera era fácil ver en él al chiquillo que había sido muy pocos años atrás.

Joseph echó un vistazo a Mason y vio que estaba pensando lo mismo. Sus ojos ardían por la culpa y el desafío.

Joseph no dijo nada pero estuvo tan seguro de su respuesta como Mason de su pregunta.

Procuró ponerse cómodo. Sin duda echó un buen sueño, porque al despertar Mason estaba despabilado y el sol bajo y afoscado sobre el agua de poniente.

—Se nos viene la bruma encima —dijo Mason en tono grave—. ¿Quiere un poco de agua?

Le ofreció la botella. Joseph tenía la boca seca y la cabeza le martilleaba. Cogió la botella y por el peso dedujo que si Mason había bebido lo había hecho respetando el racionamiento. Sonrió, bebió el trago que le correspondía y se la devolvió.

—No hace falta que lo despertemos —dijo Joseph señalando a Andy con el mentón. Comprobó que siguiera respirando y se sentó de nuevo en el banco.

—Deberíamos remar —le dijo a Mason.

—¿Hacia dónde? —Mason miró alrededor—. ¿América?

—Hacia el noreste —contestó Joseph—. La tormenta nos ha empujado hacia el sur. Por más que nos hayamos alejado, la costa de Inglaterra tiene que estar al norte de nuestra posición. Y si estuviéramos más al oeste, cosa que dudo, encontraríamos Irlanda.

Mason aseguró su remo en el escámo sin mediar palabra y cuando Joseph estuvo listo comenzó a remar.

Fue el esfuerzo físico más duro que Joseph había hecho en su vida. El cuerpo le dolía cada vez que jalaba, tenía las manos llenas de ampollas y la sed era tan acuciante que necesitó toda su fuerza de voluntad para no hundir las manos en el mar y beber agua salada aun sabiendo que así sólo lograría enfermar. El agua tersa del mar en calma estaba fría y, a su manera, era de una belleza cautivadora.

Andy se despertó y bebió su trago de agua. El sol estaba tan bajo y la niebla era tan espesa que apenas se discernía el ocaso, pero entendió lo que estaban haciendo.

—No es preciso que te levantes —le dijo Joseph—. Iremos tan lejos como podamos.

Andy sonrió.

Joseph perdió la noción del tiempo. La luz mortecina estaba tan difuminada que sólo daba para fijar un rumbo aproximado. Nadie habló durante un buen rato.

De pronto Andy se puso tenso y señaló con el brazo sano. Mason se volvió en redondo con el

remo fuera del agua.

—¡Un barco! —chilló—. ¡Un barco!

Joseph también se volvió para mirar. A su izquierda emergía de la penumbra una mole alta y oscura.

Mason tiró de su remo y comenzó a ponerse de pie.

—¡Siéntese! —le gritó Andy con voz estridente—. ¡Va a hacer que volquemos en la estela!

Hizo ademán de querer sujetar a Mason, pero estaba demasiado débil y cayó de bruces contra las tablas del fondo.

—¡Ah del barco! —berreaba Mason a voz en cuello, de pie y agitando los brazos—. ¡Ah del barco!

—¡Siéntese! —gritó Andy.

Joseph fue a embestir a Mason cuando la estela los alcanzó. El bote se encabritó levantando la proa un tanto ladeada. Mason perdió el equilibrio y cayó justo cuando el bote volvió a bajar de golpe y cabeceó hacia el otro lado arrojándolo hacia atrás. La borda le dio detrás de las rodillas. Se dobló, pegó con la cabeza contra la regala y resbaló hasta el mar.

Andy saltó tras él sin pensárselo dos veces.

La estela zarandeaba el bote y Joseph trataba de asir los remos con desesperada torpeza mientras Andy y Mason se alejaban por popa. Por fin los agarró y dio la vuelta al bote, empleando todas sus fuerzas, con los músculos ardiéndole, para regresar hacia ellos. Le pareció que tardaba una eternidad, palada tras palada, pero no debieron de transcurrir más de uno o dos minutos antes de que los alcanzara. Una mano asomó por la borda. Subió los remos y tiró de Mason para subirlo a bordo. Era casi un peso muerto. Chorreaba agua y jadeaba.

Entonces se volvió para subir a Andy. Lo vio un instante, sólo el pálido borrón de su rostro, y acto seguido desapareció.

—¡Andy! —chilló con voz ronca y desgarrada—. ¡Andy!

Pero nada interrumpía la gris superficie del mar.

Entre sollozos corrió a coger los remos de nuevo e impulsó el bote imprimiendo todo su peso a cada palada. Llamaba a Andy sin parar. Vio que Mason se levantaba con dificultad y se dirigía a la proa para escrutar el mar llamándolo a su vez.

Fue Mason quien finalmente se dio por vencido y fue a sentarse en popa. Joseph sólo veía el contorno de su cuerpo en la oscuridad.

—Es inútil—dijo Mason con voz quebrada por la pena—. Se ha ido. Aunque ahora lo encontráramos no serviría de nada.

Joseph estaba llorando, las lágrimas le resbalaban por las mejillas y tenía un nudo en la garganta. No tenía sentido decir a Mason que era un idiota. Ya lo sabía. La culpa lo perseguiría hasta el fin de sus días.

—Eso es lo que Andy quería decir. —Le costaba un gran esfuerzo hablar y hasta respirar—. Das la vida por tus compañeros, sean quienes sean. No tiene nada que ver con ellos, tiene que ver contigo.

Mason se tapó la cara con las manos y lloró.

Joseph perdió por completo la noción del tiempo. De nada servía remar y la sed y el frío no le dejaban dormir. Entraba y salía de un estado de confusa inconsciencia llorando la muerte de Andy, angustiado por la culpa al pensar que su decisión de negarse a remar con Mason quizá fuera la que les había impedido avistar tierra, cosa sin embargo bastante improbable.

Aún más que eso le preocupaba Mason, no sólo porque estaba empapado y por consiguiente sufría mucho más que Joseph los síntomas de la congelación, sino también por la culpa que lo atormentaba.

Joseph sentía una gran lástima por él. No lograba apartar de su mente el recuerdo de Mason en la playa de Gallípoli subiendo y bajando por los barrancos bajo el fuego enemigo para ayudar a los heridos cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo, esforzándose sin tregua hasta el agotamiento para salvar al prójimo. Trabajaba para el Pacificador pero porque creía sinceramente que lo hacía por un bien superior. Ningún hombre podía ir más allá de donde alcanzaba su entendimiento, de los confines de sus creencias.

Pero el Pacificador era responsable de la muerte de los padres de Joseph, indirectamente de la de Sebastian y ahora también de la de Cullingford.

Aun así Joseph no odiaba a Mason. Y si sobrevivía quizá los condujera hasta el Pacificador, queriendo o sin querer.

Volvió a sumirse en una especie de sueño, con demasiado frío como para sentir ninguna molestia aparte de la sed y un gran vacío que lo corroía por dentro.

Se despertó con un sobresalto al notar que unas manos lo levantaban y oyó voces alegres y apremiantes. Alguien le metió una taza entre los labios y un instante después el fuego del ron le abrasó la garganta haciéndolo toser y luego atragantarse. Estaba tan entumecido que no pudo colaborar con quienes lo izaron a la barca pesquera y lo envolvieron con mantas.

—¿Mason? —preguntó entre los labios agrietados.

—¡Tranquilo, se salvará! —le aseguró una voz.

Las horas siguientes las pasó aturdido por el dolor mientras la circulación regresaba a sus extremidades, la bendita sensación del calor y los alimentos, mantas primero y luego sábanas limpias.

Cuando finalmente lo despertó el resplandor del sol que entraba a raudales por una ventana de hospital encontró a Matthew sentado en una silla a su lado.

—¡Dios, menudo susto me has dado! —dijo Matthew en tono acusatorio.

Joseph consiguió sonreír pero la piel aún le dolía.

—Estoy bien —dijo con voz ronca.

Matthew llenó un vaso con agua de la jarra e incorporó a Joseph con suma delicadeza para ayudarlo a beber.

—¿Qué demonios te sucedió? —preguntó con impostado enojo.

Joseph bebió unos sorbos de agua y volvió a recostarse.

—Tropecé con un submarino alemán en el camino de vuelta —contestó con la garganta más clara—. Encontré a Mynott. Es un buen tipo. Me habló de Chetwin en Berlín. No es él. Lo siento.

—¡Maldita sea! —soltó Matthew—. Pensaba que ya habíamos pillado a ese mal nacido. —Seguía mirando a Joseph con gran preocupación—. ¿Qué más? ¿Cómo es Gallípoli? Seguro que no mucho peor que Ypres.



—No, más o menos lo mismo —respondió Joseph—. Pero allí conocía un periodista, un sujeto brillante. Se llama Richard Mason. ¿Te suena? Matthew, iba a escribir un artículo espantoso sobre Gallípoli para contar a todo el mundo la verdad de lo que está ocurriendo allí. —Vio que el semblante de Matthew se ensombrecía y que su cuerpo se ponía tenso—. Intenté convencerle del daño que haría a la moral, pero no lo conseguí antes de marcharnos. Me parece que fui demasiado optimista.

La caótica playa estaba en su mente como si acabara de abandonarla, las voces australianas, los olores de la sangre, la creosota y el tomillo, la luz a través del cielo inmenso barrido por el viento y el ruido del mar.

—Iba a escribir sobre aquello para explicar a nuestros compatriotas el despropósito de esa masacre —prosiguió mirando a los ojos azules de Matthew—. Hubiese sido peor que Prentice y el relato sobre el ataque con gas en Ypres. Es mejor escritor, una figura mucho más importante. Y el gas no fue culpa nuestra. Gallípoli, sí.

La frase se le atragantó pese a ser la verdad. Echaba en falta alguien en quien confiar no sólo los hechos que cabía describir con palabras sino el dolor y el miedo, su íntimo pesar por todos los hombres destrozados que había visto. Había estado dispuesto a morir para llevarse a Mason consigo.

¿Acaso Sam había sentido lo mismo al enfrentarse con Prentice, a quien todos odiaban? Joseph no odiaba a Mason pero realmente lo habría matado.

Notó la mano de Matthew cálida y firme en su muñeca y levantó la vista hacia él.

—¿Qué sucedió, Joe? —insistió Matthew—. ¿Dónde está Mason ahora? ¿No habrás...?

Joseph comprendió con asombro que su hermano tenía miedo. Matthew estaba asustado porque algo había cambiado irremisiblemente en Joseph. Ahora su juicio carecía de inocencia. Nada era tan sencillo como había parecido, ni Judith y Cullingford, ni Sam y Prentice, ni él mismo y Mason.

—Tienes razón —convino en voz baja—. Lo habría ahogado antes de permitir que publicara su artículo. —Pestañeó con los ojos arrasados en lágrimas—. Pero ya no será capaz de hacerlo. Yo traté de hacerle entrar en razón, explicarle por qué no estaba bien, pero me faltaron recursos. En cambio, Andy se lo demostró.

—¿Quién es Andy? —preguntó Matthew.

—El soldado raso Atkins —contestó Joseph y acto seguido refirió sucintamente a Matthew lo que había sucedido. Matthew escuchó en silencio mientras estrechaba con fuerza la mano de Joseph.

—¿Dónde está Mason ahora? —dijo cuando Joseph concluyó su relato.

—En la habitación de al lado —respondió Joseph—. Pasó más frío que yo porque estaba mojado, pero se encuentra bien. Se ha salvado.

—No hay nadie en la habitación de al lado dijo Matthew frunciendo el ceño—. Cuando he pasado por delante estaba saliendo alguien. Un tipo grandullón de pelo moreno. Parecía bastante maltrecho.

Joseph volvió a sentir frío.

—Tienes que averiguar quién iba a publicarle el artículo —dijo con apremio—. Si el Pacificador lo localiza puede que vuelva a escribirlo. No creo que lo haga, ¡pero tenemos que estar seguros! Mason es de Beverley, un pueblo de Yorkshire. Cuando pensaba que no íbamos a salvarnos me contó que conocía al dueño del periódico desde que era niño. Posee varios diarios, todos en Yorkshire y Lancashire. Si difunde ese artículo quizá consiga acabar con el reclutamiento voluntario en todo el país. Deberías ser capaz de dar con él. Políticamente es un pacifista que defiende la tesis de una Europa unida sin que le importe a qué coste ni quién vaya a gobernarla. —Cerró los ojos. La mente y el corazón le dolían porque ahora comprendía a Sam. Ojalá no hubiese dicho a

nadie que Prentice había sido asesinado—. El maldito Prentice también trabajaba para él —dijo en voz alta—. Mason me lo confesó.

—¿Para el Pacificador? —Los ojos de Matthew brillaron con inteligencia—. El plan original no salió como esperaba y ahora se propone conseguir que Gran Bretaña se rinda debido a la escasez de tropas. ¡Maldita sea, Joe! ¡Hay que detenerlo cueste lo que cueste! ¿Estás seguro de que el Pacificador no es Chetwin?

—Absolutamente. Parecía tan... inevitable, ¿verdad? Pero no es él. —Repitió a Matthew lo que Mynott le había contado sobre la novia alemana de Chetwin, su fallecimiento y el enojo y pesar de sus padres—. Es imposible que Chetwin tuviera alguna relación con el documento —prosiguió Joseph—. El káiser no le habría permitido la entrada en palacio ni para entregar el carbón, de modo que dudo que le confiara un documento secreto de Estado para que lo llevara a quienquiera que fuera a hacérselo llegar al rey. En mi opinión tuvo suerte de salir de Alemania con vida.

—Nuestro padre se alegraría —dijo Matthew con un amago de sonrisa—. Le entristecía tener motivos para odiar a Chetwin. ¡Aunque no creo que le hubiese gustado semejante historia! Pobre muchacha.

—Y pobres padres. Era hija única.

Le asaltó una vez más el recuerdo de Eleanor. Joseph vio en los ojos de Matthew que le había ocurrido lo mismo.

Joseph sonrió, no porque el recuerdo fuese más llevadero sino porque Matthew lo comprendía.

—Hemos pagado un precio demasiado alto como para rendirnos ahora —dijo en voz alta—. ¿Qué cara pondríamos para decirles a quienes lo han dado todo que su sacrificio fue baldío? ¡No tenemos estómago para hacer algo así! Se lo pedimos todo. Nos lo dieron y lo aceptamos.

—Ya lo sé. —Matthew se mordió el labio—. No nos rendiremos. Pero aún falta mucho para el final. Me alegra que el Pacificador no fuese Chetwin, pero ojalá supiera quién demonios es. Necesitamos saberlo, Joe, sea quien sea. Es despiadado. Que matara a Cullingford como lo hizo demuestra que eliminará a cualquiera que se interponga en su camino. —Su semblante se ensombreció—. Gus Tempany también ha muerto. No sé si tiene algo que ver con el Pacificador, pero era un hombre extraordinario y buen amigo de Cullingford. Falleció un día después que él. Alguna clase de accidente en su piso. Fui enseguida a preguntar al portero si Cullingford había estado allí el día anterior y me dijo que sí.

El frío se estaba apoderando del aire de la habitación. Joseph lamentaba la muerte de Cullingford mucho más de lo que había esperado. Sus pensamientos se dirigieron a Judith, y al cruzar una mirada con Matthew vio que los suyos también.

Como si le contestara, Matthew le dijo:

—Escribo a Judith casi a diario. Ella siempre contesta pero cuenta bien poco. Me siento impotente.

—Basta con que le hagas saber que la tienes presente —contestó Joseph—. Es una gran ayuda, al menos a la larga.

Matthew hizo ademán de asentir.

—El número de bajas es terrible —dijo con gravedad—. Y la guerra naval está empeorando. —Meneó la cabeza con una mueca de menosprecio—. ¡Supongo que no necesitas que te lo diga! Conoces esta carnicería mucho mejor que yo. Nadie puede comprender como tú hasta qué punto nos perjudicaría una traición desde dentro. Tenemos que encontrarlo y eliminarlo antes de que nos arrebate la fe en nosotros mismos.

—¿Encontrarás al dueño del periódico? —insistió Joseph.

—Sí. Pero no creo que los planes del Pacificador se limiten a la publicación del artículo de Mason.

—No. No, claro que no. Me figuro que si Mason está lo bastante bien como para marcharse de

aquí, yo también debo de estarlo. —Se incorporó lentamente. Aún le dolía el cuerpo pero tenía la cabeza despejada—. Tengo que regresar a Ypres —agregó—. Quiero ver a Judith. Y tengo que hacer algo con respecto a Sam.

—Dentro de un par de días —convino Matthew—. Primero te vienes a mi piso. Date un respiro, Joe. No estás en condiciones de ir al frente.

—No sé si dispongo de tiempo. ¿Qué día es hoy, por cierto?

—Diecinueve de mayo —le informó Matthew—. He dicho a tu unidad que te quedas aquí por lo menos hasta el fin de semana y más si es preciso. No sé qué piensas hacer con respecto a Sam, en eso no puedo ayudarte, pero Judith estará bien. Todos vamos a perder seres queridos. Sufrirá pero se recobrará. Tú necesitas descansar un par de días. Procuraré salir pronto de la oficina mientras estés en casa. Iremos a ver una revista de variedades o una película de Charlie Chaplin. Te hará bien pensar en algo absurdo que no tenga ninguna importancia antes de regresar. Y a mí también.

Joseph levantó la vista.

—Perdona. ¡Ni siquiera te he preguntado cómo estás!

—¡No pasa nada! De todas formas no te lo habría dicho —dijo Matthew con una repentina sonrisa.

En Marchmont Street el Pacificador estaba atónito. Mason presentaba un aspecto terrible. Tenía los ojos hundidos y la expresión angustiada de un hombre cuyos sueños le hacían sufrir más que la vigilia. Iba muy erguido pero transmitía una fatiga infinita y cuando se movía saltaba a la vista que aún tenía el cuerpo dolorido.

—¿Que lo perdió? —repitió el Pacificador—. ¡Si me dijo que lo llevaba envuelto con tela impermeable!

—No lo perdí, lo destruí —aclaró Mason—. Lo saqué del envoltorio y lo arrojé al mar. En realidad no tenía otra opción si quería sobrevivir. Estaba dispuesto a dejar que nos ahogáramos todos antes que verlo publicado.

—¿Ahogarse él y el otro tripulante?

—Sí.

El Pacificador miró de hito en hito al hombre que tenía delante y vio en su rostro huesudo, apasionado y testarudo una inamovible certidumbre. Y había algo más que los hechos en sí: había algo distinto en su sentimiento, un cambio en la forma de mirar.

—¿Joseph Reavley? ¿El profesor de idiomas bíblicos de Cambridge? —preguntó con incredulidad.

—Sí—contestó Mason—. Ahora es capellán del ejército en Ypres. Ha visto mucha acción. Le observé asistir a los heridos en Gallípoli. Se notaba que sabía lo que hacía.

El Pacificador soltó un taco. No solía equivocarse al juzgar a los hombres, no se lo podía permitir, y aquél era un error garrafal. Le habían arrebatado dos fantásticas herramientas de propaganda, dos oportunidades para contar la verdad con todo su horror. Miró fijamente a Mason tratando de ver más allá de su cansancio el sentimiento que Gallípoli y el mar habían despertado en él. ¿Cuánto tiempo había pasado en un bote a la deriva con un capellán ciego y suicida? Mason era un buen hombre, aborrecía la devastación, le importaba el individuo, pero también sabía ver, más allá del sentimentalismo, un bien superior que con toda obiedad no veía John Reavley... ¡Maldito John Reavley! ¡Estaba resultando mucho más molesto de lo previsto!

—No se preocupe —dijo en voz alta—. Vuelva a escribirlo. Quizá no tendrá la inmediatez del campo de batalla, pero ¡escriba la verdad! Cuente que lo persiguieron por todo el Mediterráneo, que en Gibraltar tomó un barco que fue hundido y que logró sobrevivir atravesando el canal de la

Mancha en un bote salvavidas donde perdió el borrador original. Hará la lectura aún más absorbente. —Y añadió con premura—: Y alertará a la población de lo vulnerables que somos en el mar.

—Posiblemente —convino Mason cansinamente—. Sólo que no lo haré.

—¿Es que Reavley...?

—No tiene nada que ver con lo que Reavley hiciera —contestó Mason con los ojos brillantes de enojo—. Ni con salvar mi vida. Es porque creo que no es una idea acertada. No traerá la paz, sólo una traición al soldado raso que ahora cree que está luchando en una guerra justa y necesaria. Y yo no haré eso.

El genio del Pacificador se encendió porque de improviso estaba perdiendo el control de un modo alarmante. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para disimularlo y mantener una expresión neutra.

—¿Incluso en Gallípoli? —preguntó—. ¿Cómo es aquello? ¿Qué le sucedió allí?

—Ayudé a los heridos —contestó Mason con una voz llena de tristeza pero también de una rotundidad que dejaba claro que no abundaría en los detalles.

El Pacificador lo miraba fijamente. Lo que decía Mason era verdad pero estaba ocultando algo más profundo. Lo presentía. Igual que sentía la tensión emocional de Mason, una pasión que lo consumía justo debajo de la superficie pero que le daba demasiado miedo para dejar que emergiera.

El Pacificador tendría que esperar, actuar con discreción. Mason era demasiado valioso para perderlo. Había que recuperarlo, convencerlo como fuese para que volviera a cambiar de opinión. ¡Además tampoco era la mejor ocasión para sacar a colación el tema de los submarinos y los torpedos! Le habría gustado que Mason centrara su atención en los planes para minar y finalmente derrocar al gobierno, pero en esos momentos no estaba lo bastante seguro de la lealtad de Mason.

—Ha vivido una experiencia muy dura —dijo con cierto afecto—. Y tal vez lleve razón en algunos aspectos relacionados con la moral de la población. —Le costó decirlo y percibió sorpresa en el semblante de Mason, pero ya volvería sobre ello más adelante, despacio y con más sutileza—. Hay otros asuntos importantes —prosiguió con una sonrisa—. La situación en Estados Unidos reviste el mayor interés. México está sumido en el caos y cualquier día de éstos podría invadirlos. Por desgracia allí no hay nadie de confianza. Están en guerra entre ellos tanto como contra cualquier potencia extranjera.

Mason puso ojos como platos aturcido por una absoluta incompreensión.

—¿Cómo se entiende que los alemanes hundieran el *Lusitania*? ¡Pensaba que hasta Wilson iría a la guerra después de algo así! El Pacificador se puso las manos en los bolsillos.

—Según parece, nada le hará intervenir. La jugada mexicana ha dado mejor resultado de lo que esperábamos. Seguiremos trabajando en ello. Deje que le cuente cuál es la situación exacta ahora mismo, a quién tenemos allí y qué hay que hacer a continuación. —Indicó a Mason que tomara asiento—. Es un asunto delicado —comenzó—. Complicado. Hay que entender a la gente.

Mason por fin escuchaba con atención, casi como si le aliviara tener algo en lo que centrar su intelecto y descansar de la confusión de su fuero interno.

El Pacificador no le habló del topo que había puesto en el Claustro de Ciencias de Cambridge. Lo mantendría en secreto. Más valía dar sólo la información indispensable. No confiar en nadie.

Joseph hizo poco más que comer, dormir y vagar por el piso de Matthew durante dos días. La tarde del tercer día Matthew contestó al teléfono y Joseph, que lo estaba observando, vio que el rostro se le iluminaba al tiempo que una gran preocupación se adueñaba de su expresión.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Matthew muy serio. Aguardó la respuesta escuchando con evidente lástima—. No puedo —prosiguió—. Aunque seguro que Joseph se mudará si es por ti. Lo ha pasado bastante mal. Estuvo en Gallípoli y regresó por mar. Hundieron su barco y... ¡Sí, sí, está

bien! —Eché una mirada a Joseph—. Está aquí, ahora. ¡No te lo hubiese dicho así! Pero pasó bastante tiempo en un bote de remos. ¡Sí, te lo acabo de decir! ¡Te lo juro!

Hubo otro silencio. Matthew sonrió.

—Por supuesto. Me parece muy buena idea. ¿Quieres hablar con él? De acuerdo. —Pasó el auricular del teléfono a Joseph—. Es Judith. Está en Londres.

Joseph cogió el auricular.

—¿Judith?

Le daba un miedo atroz lo que quizás iba a oír, el dolor de su hermana que aún no sabía cómo aliviar.

—¿Estás bien, Joseph? —preguntó Judith con urgencia. Parecía como si temiera por él.

—Sí, muy bien —contestó Joseph—. Sólo pasé frío, estuve mojado... y aterrado.

Judith rió un tanto insegura.

—¿Nada más?

—¿Dónde estás? —preguntó Joseph—. Si quieres instalarte aquí, puedo irme a un hotel.

—No... gracias. Quería quedarme en casa de la señora Prentice y me ha invitado. Mañana por la noche voy a una cena en el Savoy, algo relacionado con el gobierno para organizar de alguna manera la ayuda voluntaria. Hay gente haciendo cosas por todo el país: tejen, conducen, hacen paquetes, escriben cartas. Hay que poner un poco de orden para que resulte efectivo. Ha sido idea de Sandwell, me parece. Sea como sea, tengo que conseguir un vestido.

—¿Quién será tu pareja?

—¿Pareja?

Judith inspiró un tanto temblorosa.

—¿Puedo? —preguntó Joseph sin darle tiempo a pensar.

—Sí... Si te apetece, sí. Gracias.

—¿Dónde te recojo? ¿Y a qué hora?

Judith le dio la dirección.

—Hacia la seis, así iremos con tiempo por si el tráfico es malo. Joseph notó cierta vacilación en su voz.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¡Nada! Al menos no... Joseph, es la familia de Eldon Prentice. Y ella...la hermana del General Cullingford... han perdido... No supo cómo terminar.

—¿Intentas decirme que preferirías que quedáramos en otro sitio? —dijo Joseph.

—¡No! Al contrario, pensaba que quizá podrías ir un poco más temprano y decir algo... decente sobre Prentice al menos. Es... Joseph, ha sido terrible para ellas...

—Por supuesto —respondió de inmediato sin siquiera preguntarse cómo lo haría, sobre todo ahora que sabía lo que Prentice se proponía realmente—. Y de Cullingford sólo cabe hablar bien.

—Dio un profundo suspiro—. ¿Estás bien, Judith?

—No —contestó con la voz tomada—. ¿Acaso alguien lo está?

—No. Es sólo una cuestión de medida. ¿Qué te parece a las cinco? ¿O es demasiado temprano? —preguntó Joseph

—A las cinco me parece magnífico. Gracias.

—Lo único que puedo ponerme es el uniforme. ¿Me servirá?

—Será perfecto. Adiós.

—Adiós. —Devolvió el auricular a Matthew—. Tiene una cena mañana. Seré su pareja.

Matthew sonrió. No dijo nada pero su satisfacción pareció iluminar el salón.

Joseph aún se vio un tanto demacrado cuando se inspeccionó en el espejo del cuarto de baño

de Matthew, pero estaba casi tan presentable como cualquier otro soldado que gozara de unos pocos días de permiso.

Tomó prestado el coche de Matthew, y cuando aparcó delante de la casa de la señora Prentice estaba decididamente nervioso. Volvía a enfrentarse al deber de consolar a personas que habían perdido a alguien a quien habían amado de manera prolongada e intensa. Era algo que casi nunca tenía sentido, fueran tiempos de guerra o de paz. La herida quedaba abierta, llena de toda clase de remordimientos, deseos, culpas por palabras dichas u omitidas, todo tipo de esperanzas hechas trizas. La señora Prentice no sabía que a su hijo lo habían asesinado pero Joseph sí. Recordaba la terrible y devoradora aflicción de Mary Allard. Nada podía limitarla, nada serviría para aliviarla.

¿Ocurriría lo mismo con la señora Prentice? ¿Iba a sentirse igual de impotente? ¿O incluso más, puesto que había despreciado a Eldon Prentice? Peor aún: Sam, que lo había matado, era el amigo más querido de Joseph y Joseph entendía en el fondo de su alma por qué lo había hecho. Él mismo había estado a punto de hacer algo muy parecido.

Llamó al timbre. No fue una doncella quien abrió sino Judith. Joseph se sorprendió al ver lo guapa que estaba. Era radicalmente distinta a la muchacha de campo, saludable y un poco salvaje, que había sido hasta un año antes. Ahora su rostro presentaba sombras que le resaltaban los pómulos. Se la veía mayor, una mujer hecha y derecha que había conocido la pasión y la tragedia y que las entendía al menos en parte. Parecía incluso más vulnerable que antes pero también, curiosamente, más fuerte.

Llevaba un vestido azul de tonos bastante oscuros, apagados como el cielo al anochecer. Era de talle ancho, cosa que realzaba su esbeltez, con una sobrefalda hasta debajo de las rodillas y la falda larga hasta los tobillos tal como dictaba la moda.

—Gracias —dijo entre dientes, y acto seguido, tras darle un beso rápido en la mejilla, se volvió hacia una mujer que entraba en el vestíbulo. Se trataba, obviamente, de la madre de Prentice. Tenía la misma tez clara y el mismo pelo rubio aunque en este caso carecía de vitalidad, como si fuese un dibujo al que el artista aún no hubiese aplicado color. Iba de gris oscuro, no de negro como exigía el luto riguroso.

—Capitán Reavley —dijo en voz queda—. Ha sido muy amable al venir tan temprano. Judith dijo que quizá podría. Pase, por favor. ¿Le apetece tomar algo con nosotras antes de ir a la fiesta?

—Gracias.

Lo único que cabía hacer era aceptar la invitación. Por eso estaba allí. Recordó un tanto compungido lo difícil que le parecía sentarse en su refugio subterráneo a escribir cartas a las madres y viudas de los hombres caídos en combate, sobre todo cuando los conocía poco tenía que inventarse cosas acerca de ellos. Aquello no era nada comparado con enfrentarse a alguien como la señora Prentice viendo la aflicción de su rostro, sin poder apenas imaginar qué aspecto había tenido cuando había luz en sus ojos, cuando era capaz de reír con ganas. Joseph había detestado a Prentice profundamente y ahora que sabía cuáles eran sus intenciones lo consideraba un traidor a su patria. Y Sam era su amigo con todo el afecto, el buen humor, la amabilidad y la confianza que aquella palabra englobaba.

Siguió a la señora Prentice hasta la sala de estar con sus fotos de familia, la alfombra ligeramente desgastada y los antimacasares desparejos en los respaldos de los sillones. Había un vaso con rosas tempranas encima de una mesa Pembroke arrimada a la pared. Los reflejos dorados de las flores brillaban en la caoba lustrada. Al lado había una foto de Prentice con un marco de plata. Se preguntó dónde estaría la de Owen Cullingford. ¿O acaso la pobre señora sólo podía llorar una pérdida a la vez?

Pensó en lo que Judith le había dicho a propósito de la foto de Prentice y Cullingford en Henley con aquella muchacha de inusual aspecto y en cómo se lo había mencionado a Cullingford después. Judith estaba convencida de que eso era lo que le había conducido hasta el Pacificador y

a la muerte.

Volvió a mirar las fotografías. Una de ellas era de un grupo en Henley: Cullingford, Prentice, otros dos jóvenes y una muchacha alta con el pelo largo y ondulado. Luego preguntaría quién era. Hacerlo en aquel momento resultaría grosero.

Había otra persona en la habitación, una chica veinteañera esbelta y con el pelo de un dorado intenso. Se parecía demasiado a Eldon Prentice como para no ser su hermana, pero la mirada firme que en él había sido arrogante en ella era meramente franca.

La señora Prentice los presentó.

—Ésta es mi hija Belinda. El capitán Reavley ha tenido la amabilidad de venir temprano para hablar con nosotras. Él fue quien... recogió a Eldon... en la tierra de nadie.

Le estaba costando trabajo mantener la compostura.

—Encantada, capitán Reavley —dijo Belinda con gravedad—. Por favor, no se sienta obligado a hablarnos de ello. Ya lo hizo Judith la primera vez que vino a vernos. Les estamos sumamente agradecidas a ambos. —Lanzó una mirada a su madre, dirías e que a modo de advertencia, y se volvió de nuevo hacia Joseph—. Esta tarde nuestra doncella libra. Tenemos suerte de conservarla. Sabemos que cualquier día de éstos se irá a trabajar a una fábrica de munición. ¿Puedo ofrecerle un jerez? ¿O prefiere otra cosa? ¿Whisky, tal vez? Me parece que tenemos un poco.

Joseph tenía que aceptar algo.

—Jerez estaría muy bien, gracias.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. —Se obligó a sonreír—. Es muy civilizado. En las trincheras sólo conseguimos alcohol puro: ron de la armada. El vino estará mucho mejor.

Belinda le sonrió con un alivio más obvio de lo que ella creía.

La señora Prentice le invitó a tomar asiento y todos se sentaron, aunque con poca soltura, sin apoyarse en el respaldo. Era responsabilidad de Joseph llevar la conversación. Él era el sacerdote, ellas las afligidas por la pérdida, aquellas a quienes había ido a consolar, a ofrecer alguna pauta que otorgara sentido a la sinrazón. Y uno nunca adivinaba cuánto deseaba saber la gente, qué los aliviaría y qué haría más profunda su herida.

La señora Prentice lo miraba expectante, sus ojos azul grises anhelaban cualquier palabra amable, cualquier atisbo de esperanza.

—¿Qué le gustaría saber? —le preguntó Joseph.

—Pues...no estoy segura —contestó la señora Prentice con embarazo bajando la vista a sus manos y levantándola enseguida otra vez—. Tenía muchas ganas de que viniera y ahora que está usted aquí no sé muy bien qué decir. Me consta que Eldon era... brusco y desagradable en ocasiones. —Sonrió y los ojos se le arrasaron en lágrimas—. A veces irritaba a la gente porque no tenía paciencia con las mentiras. No comprendía que las personas tienen que... que defenderse. Vigilar no sólo lo que dicen sino lo que tienen el coraje de creer.

¿Le estaba hablando de Prentice o también le estaba pidiendo que no le contara una verdad que destruiría las ilusiones que necesitaba para sobrevivir?

—Por supuesto —convino Joseph sin dejar de sonreír con los ojos—. Las personas que dicen la verdad nunca han sido muy populares, al margen de que haya verdades que deban decirse y otras que sea preferible ocultar durante un tiempo o quizá para siempre. Lo más difícil es tomar esa decisión. Y la línea de frente, con todo su horror, no es un lugar fácil.

—Con el tiempo Eldon se habría vuelto más... sosegado —dijo la señora Prentice—. Le costaba aprender a tener tacto. Estaba muy enojado por la pérdida de vidas humanas, por el modo en que se trataba a los hombres.

—Creía que la guerra era una equivocación supina, mamá —terció Belinda.

—Sólo un loco puede desear la guerra —señaló Joseph volviéndose hacia ella para ver la inquietud y la confusión de su rostro—. Sólo que existen alternativas peores. Cueste lo que cueste, hay cosas por las que merece la pena luchar, porque la vida sin ellas es como una especie de muerte dado que perdemos la esperanza en el futuro.

—Ya lo sé, capitán Reavley —dijo Belinda con una pizca de dureza en la voz. Se estaba esforzando por defender a su hermano además de sus propias convicciones y no deseaba causar a su madre un conflicto de lealtades—. Eldon creía que podía cambiar cosas, hacer que la gente dejara de pensar y hablar de la guerra como si de una gloriosa cruzada se tratase y que se dieran cuenta de lo terrible que es en realidad. —El enojo le tensó el rostro—. ¡Debería leer algunas cosas que se publican; usan a la ligera palabras como «valentía» y «honor», «noble sacrificio», «combatientes dando su vida»! ¡Eldon decía que no tiene nada que ver con eso! Que sólo había barro, ratas y piojos, comida repugnante, letrinas apestosas...—Hizo caso omiso del grito ahogado que soltó su madre—. ¡Y hombres aterrados masacrados sin ningún provecho!

Joseph pensó en los soldados que conocía, hombres como Sam, Barshey Gee, Wil Sloan, el propio Cullingford y Andy.

—No estuvo allí el tiempo suficiente para verlo todo —contestó Joseph sin evitar su mirada—. Todo eso que ha dicho es verdad y hay cosas aún peores. Pero también las hay mejores. Hay valentía de verdad, no de cuento de hadas. Hay que avanzar y enfrentarse a lo que te revuelve el estómago y te hace enfermar de miedo, sabiendo que la metralla puede alcanzar tu cuerpo en cualquier momento. Y de todos modos lo haces porque sabes que es lo que hay que hacer. Por encima de todo existe la amistad, en cosas tan grandes como dar tu vida para salvar a otro y tan pequeñas como pasar la noche en vela contando chistes malos y compartiendo tus galletas de chocolate. —Tenía la voz ronca por la emoción que sentía al recordar las noches que había pasado con Sam charlando de todo y de nada y sobreviviendo porque no estaba solo—. Es verte acosado por el frío y el terror y la muerte y encontrar a alguien que te tiende la mano pensando en tu dolor, no en el suyo.

La señora Prentice se mordió el labio. Se hizo un momento de silencio. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Belinda.

—Contaba con alguien dispuesto a publicar su trabajo, ¿verdad? —intervino Judith con la voz ronca por su propia aflicción. Hablaba para apartar la mente de ella—. Porque los periódicos nacionales no lo harían.

—¡Pues claro! —dijo la señora Prentice enseguida—. Si alguien hubiese encontrado sus notas, se las habríamos hecho llegar.

—Probablemente no hubiese servido de nada —agregó Belinda—. Solía escribir con su propia taquigrafía. A no ser que supieran descifrarla, carecería de sentido.

Era absurdo. Joseph pensó en Sam y en su conocimiento de la clave desarrollada en la escuela. Una semana antes hubiese dado casi cualquier cosa con tal de saber dónde encontrar al editor del periódico. Ahora, gracias a Richard Mason, Matthew lo averiguaría y por tanto ya no importaba.

—No hubiese servido de nada —dijo a la señora Prentice aunque con el fin de hacérselo saber a Judith—. Si el artículo quebrantaba la ley de Defensa del Reino lo habrían eliminado.

Al ver la confusión que invadía el rostro de la señora Prentice se preguntó si había hecho bien en decirlo. Era Judith quien debía saber que no era preciso investigar en esa dirección. La señora Prentice habría conservado el consuelo de sus sueños. ¿Pero acaso podía dar la vuelta a la situación sin resultar condescendiente y retirar cuanto había dicho hasta entonces? ¿Cómo iba a meter el dedo en la llaga sin acentuar el dolor?

—Era un secreto —protestó la señora Prentice—. ¡Su intención era buena! Decía que nadie cuenta la verdad y que la gente tiene derecho a conocerla. No se puede pedir a los hombres que den sus vidas por algo y mentirles sobre lo que se van a encontrar.



—A veces sólo podemos digerir la verdad en pequeñas dosis para sobrevivir —le recordó Joseph—. Tenemos que combatir y para eso necesitamos coraje y esperanza. Para cuando hubiese regresado a Inglaterra quizás Eldon se habría dado cuenta de eso, sobre todo si hubiese hablado con usted.

La señora Prentice apartó la vista.

—¿Usted cree? —preguntó con un hilo de voz. Se puso de pie—. Lo siento. Tengan la bondad de excusarme.

Y salió presurosa de la habitación.

—No tendría que haber dicho eso —se disculpó Joseph.

—¡Al contrario, ha hecho muy bien! —dijo Belinda con el semblante muy pálido—. Eldon era demasiado arrogante para escuchar a nadie, pero es agradable imaginar que lo habría hecho. Es lo único que nos queda ahora.

Joseph no dijo nada. Quizá Prentice nunca se habría vuelto más sensato o amable ni madurado para convertirse en un hombre con una humanidad parecida a la de Richard Mason, pero seguía siendo una tragedia que le hubiesen arrebatado la oportunidad de hacerlo. El rostro de Sam le vino a la mente con toda nitidez. Era todo aquello que Prentice no era. Lo que hubiese sido de él era sólo una esperanza, la esperanza de su madre porque lo amaba, quizá porque se sentía responsable de sus defectos así como la protectora de lo bueno que había en él, la capacidad para luchar, para sentir lástima. Cada cual defendía a los suyos, pues hacerlo formaba parte del amor. El instinto era más poderoso que la razón, la pasión que perdonaba, que nunca renunciaba a creer. Había salvado a muchos que no tenían otra cosa.

Ahora era el momento de cambiar de tema y mirar las fotografías. Se volvió hacia ellas y las contempló sin disimulo.

—Es un regalo maravilloso poder conservar los recuerdos así —observó—. Instantes felices captados y rescatados del olvido. ¿Eso es Henley?

Oyó que Judith inspiraba con fuerza.

Belinda siguió su mirada.

—Sí. Lo pasamos muy bien. Fue la penúltima vez, me parece.

—Guapa chica. ¿Estaban muy unidos Eldon y ella? —preguntó Joseph.

Belinda la miró con más detenimiento.

—Creo que no. Recuerdo que me cayó bien, era la mar de divertida.

—Creo que deberíamos marcharnos. —Judith estaba de pie detrás de ellos de cara a Belinda—. Sé que querrías seguir hablando. Habrá otras ocasiones.

—¿Te espero despierta? —preguntó Belinda con una mirada anhelante cargada de una intensa aunque tímida admiración.

—Regresaré bien entrada la noche —dijo Judith con ironía—. ¿Seguro que no te importa?

—¡Por supuesto que no! Además me encantaría hablar contigo un poco más antes de que te marches a ver a tu hermana.

—Si puedo, encantada —aceptó Judith—. ¡Por otra parte Londres siempre será mucho más divertido que Cambridge!

Lo dijo con ánimo de bromear y tras un segundo de vacilación Belinda sonrió.

Los acompañó hasta la puerta, les dio las buenas noches y les deseó que lo pasaran bien. Judith titubeó antes de subir al coche por el lado del pasajero y Joseph cerró la portezuela con fuerza y fue a la parte delantera para darle a la manivela y poner en marcha el motor.

—¡No! —dijo con una sonrisa mientras arrancaba—. No vas a conducir. Me da igual que lo hagas mejor que yo.

Judith rió pero sin ganas.

Joseph le echó un vistazo. La tristeza de su rostro se había acentuado al salir de casa de los

Prentice y haber dejado de fingir. Las sombras se hacían más visibles a la luz intermitente de las farolas.

—¿Estás bien? —preguntó con ternura, no porque la pregunta tuviera algún significado especial sino sólo para que supiera que se daba cuenta.

—No —contestó Judith con voz ronca—. Ahora estoy segura de que fue culpa mía que mataran al general. Esa fotografía de Henley es casi igual a la que vi y le comenté al general Cullingford, pero no es la misma. —Hablabla sin mirar a Joseph—. Había una mujer de más edad, supongo que su mujer, y la chica era otra.

—¿Estás segura?

La implicación era espantosa. Parecía como si el Pacificador hubiese llegado hasta allí, a aquel detalle tan nimio. La muchacha original era en efecto alguien lo bastante próximo a él como para que lo identificaran a partir de ella, se había enterado de cómo lo había averiguado Cullingford y no sólo lo había matado, y probablemente a Gustavus Tempany, sino que también había cambiado la fotografía en la que aparecía ella. La única alternativa era que todo fuese mera coincidencia: Cullingford habría perdido el tiempo y muerto a manos de un atracador que llevaba un puñal. Que Tempany hubiese fallecido al día siguiente sólo sería una de esas extraordinarias coincidencias de la vida.

Joseph no se lo tragaba.

—Creo que sí —contestó Judith—. Eso demuestra que lo mató el Pacificador, ¿no?

—Sí, me parece que sí. —Joseph apoyó una mano sobre las de su hermana—. Lo siento.

Judith se sorbió la nariz y tragó saliva.

—Luego ya lloraré a moco tendido. No quiero llegar a la fiesta con la cara llena de manchas.

—Claro que no —dijo Joseph—. Todos escondemos alguna herida que otra. La cabeza alta y la mirada al frente.

—¿Y tú qué te cuentas?

Judith se volvió para mirarlo. Las lágrimas se le saltaban y resbalaban por sus mejillas pero escrutaba la expresión de su hermano para ver si también él estaba ocultando una carga demasiado grande y pesada.

—Sé quién mató a Prentice —contestó Joseph y acto seguido se preguntó por qué se lo había dicho. Pensaba que no iba a decírselo a nadie, pero le estaba resultando difícil vivir conforme a aquella decisión que había tomado en el bote. Tenía que enfrentarse a Sam y estaba bastante seguro de lo que haría en su momento. Le dolería en lo más vivo de un modo casi inaguantable. Pero había visto a cientos de hombres soportar heridas que antes se habrían considerado incapaces de afrontar y sin embargo lo habían hecho con dignidad. Eran hombres corrientes, algunos poco más que chavales. Los hombres enviaban a sus hijos, hermanos y amigos a un horror inimaginable y lo hacían sin lamentar su destino. Él haría lo mismo. La soledad que seguiría sería el precio que pagaban todos ellos.

—¿Quién fue? —preguntó Judith.

Joseph negó ligeramente con la cabeza.

—Deja que lo solucione. Ahora vayamos a la fiesta. Olvidemos lo demás y finjamos que nos divertimos.

Judith le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

La fiesta resultó ser divertida de un modo absurdo y como de sueño. Todas las mujeres lucían vestidos preciosos aunque de tonos apagados. Parecía indecoroso llevar rojos y rosas como si se pasara por alto el luto generalizado y, no obstante, todos los asistentes fingían un buen humor y un desenfado que no podía ser real. Los diamantes resplandecían, los peinados eran impecables y a la última moda, con el pelo hacia atrás y una ausencia casi absoluta de bucles salvo los más discretos, quizás uno en la frente o en la nuca. Más hubiesen resultado inaceptables. Los hombres

iban de negro o de uniforme. Pese a que se trataba de una cena formal, nada era más honroso que el caqui y a Joseph lo miraban con un respeto rayano en la deferencia.

Los veinte invitados se sentarían a una mesa larga para poder intercambiar informaciones e ideas con más comodidad. No se había intentado equilibrar el número. Había catorce hombres y seis mujeres. El anfitrión era Dermot Sandwell, alto y delgado, extremadamente elegante de blanco y negro, con el pelo rubio chispeante a la luz de los candelabros.

—Buenas noches, señorita Reavley, capitán Reavley —saludó calurosamente cuando entraron en el salón donde se celebraba la recepción—. Ha sido muy amable al venir —le dijo a Judith—. Hablará en nombre de un cuerpo de mujeres que nos merece una gran admiración. Su nobleza y coraje no tienen parangón.

—También hay hombres, señor Sandwell —le recordó Judith—. Muchos de ellos son jóvenes estadounidenses que se pagaron el pasaje de su bolsillo porque creen en nuestra lucha y les importa.

—Sí, lo sé. Y vamos a hacer más para darles los suministros y el apoyo que les corresponde —prometió Sandwell—. Por eso la necesitamos aquí, para que nos diga exactamente cuáles son sus prioridades. Ha llegado la hora de dejar de ir a ciegas duplicando unas acciones y omitiendo otras. La población civil pone toda su buena voluntad, la gente está dispuesta a hacer lo que sea para ayudar, pero ese esfuerzo requiere urgentemente una organización eficaz.

Se volvió hacia Joseph.

—Veo que es usted capellán. ¿Está en casa de permiso?

—Sí, señor, por poco tiempo —contestó Joseph—. Regreso dentro de dos días.

—¿Adónde?

—A Ypres.

No cometía ninguna indiscreción al decírselo. Los capellanes cambiaban a menudo de destino y un ministro del gabinete como Sandwell probablemente sabría con mucha más precisión que Joseph qué regimientos estaban destinados en qué lugares y cuáles eran sus números de referencia.

—¿En el frente? —preguntó Sandwell.

—Sí, señor. Pienso que es donde me corresponde.

—¿Estaba allí durante el ataque con gas?

El rostro de Sandwell se puso muy serio, casi transido de amargura. Joseph no pudo por menos de preguntarse si había perdido a alguien a quien quería.

—Sí, señor —contestó devolviendo la mirada a aquellos grandes ojos azules y viendo en ellos la imaginación del horror y quizá cierta culpabilidad, porque Sandwell sabía lo que ocurría y aun así no tenía más elección que seguir enviando hombres a enfrentarse con algo que él no había experimentado. Joseph deseó ser capaz de decir algo que al menos diera a entender que lo comprendía. Que los ministros y los generales arriesgaran su vida no ayudaría a nadie. Su carga era distinta pero igualmente real. De repente a Joseph lo atenazó un agudo sentimiento de pérdida por Owen Cullingford, no por Judith sino simplemente por su desaparición, y se dio cuenta de cuánto lo había apreciado—. Sí, estuve presente. Es una clase nueva de guerra.

—¡Daría cualquier cosa por no tener que enviar hombres a eso! —dijo Sandwell en voz baja y temblorosa—. Dios Todopoderoso, ¿adónde hemos ido a parar? —Suspiró profundamente—. Perdone, capitán. Usted sabe mejor que yo cómo es la realidad. Quizá después de la cena, cuando abordemos el asunto con más seriedad, ¿tendría la amabilidad de decirnos las cosas que piense que nos convienen para prestar mejor ayuda y más apoyo a nuestros hombres?

—Haré cuanto esté en mi mano —accedió Joseph.

Judith y Joseph se adentraron juntos en la estancia e intercambiaron saludos, fueron presentados e hicieron comentarios corteses. Al cabo de un rato se separaron, Judith para hablar

con las demás señoras, Joseph para responder a las preguntas de un obispo y miembro de la Cámara de los Lores sobre las provisiones y pertrechos que cabría conseguir mediante donativos de la población civil.

Cuando faltaba poco para que diera comienzo la cena propiamente dicha Joseph oyó una voz que reconoció con una punzada de recuerdo tan aguda que toda su piel transpiró y acto seguido sintió frío.

—Virtuoso y sin duda encomiable, pero ingenuo, señorita Reavley.

Joseph giró en redondo y vio a Richard Mason conversando con Judith. Estaban de pie un poco apartados del grueso de los invitados que desfilaban hacia el comedor. Mason aún se veía cansado, con la piel, igual que la de Joseph, agrietada por el viento, y los ojos hundidos como si la muerte de Andy lo acompañara todo el tiempo. Además había pasado en Gallípoli más tiempo que él y quizá le había impresionado más que a Joseph, quien estaba acostumbrado a los rigores de Ypres. El pelo negro estaba bien cortado y lo llevaba peinado hacia atrás de modo que la fuerza de su semblante y la cuidadosa inhibición de sus sentimientos devenían patentes para cualquier observador que alguna vez hubiese capeado tormentas o conocido sentimientos que desafiaban a la prudencia y al instinto de conservación.

—¡He visto tantos o más heridos que usted, señor Mason! —replicó Judith con mucha frialdad—. No me trate con condescendencia.

Mason abrió un poco los ojos que brillaron con renuente admiración. Quizá fuera por su espíritu o porque conducía una ambulancia. O simplemente porque era guapa. El enojo y la pena habían quitado a Judith el velo de la inocencia y refinado su fortaleza. Cullingford había despertado a la mujer que había en ella y le había partido el alma con su pérdida todo en un mismo acto. Mason tal vez veía algo de eso en ella porque otra clase de certidumbre había desaparecido de sus ojos y tanto si Judith era consciente de ello como si no, era ella quien lo había provocado.

Sin aguardar su respuesta, Judith se volvió y cruzó el umbral del comedor dejando que él la siguiera o no, según su deseo.

Joseph se sorprendió sonriendo aunque le sobrevino un abrumador instinto protector mezclado con la certeza de que nunca lo conseguiría; nadie podía proteger a Judith ni protegerse de ella.

La siguió admirado, orgulloso y un poco asustado.

Como siempre, Joseph olió el hedor agrio del frente antes de oír las armas y de ver las filas de hombres marchando, los árboles partidos, los ocasionales cráteres junto a las carreteras donde la artillería pesada había arrojado sus obuses. Había una terrible familiaridad en ello, como si uno reingresara en una vieja pesadilla, como si cada vez que el sueño se apoderaba de ti te vieras arrastrado a la misma realidad sofocante.

Igual que los demás, tuvo que recorrer los últimos kilómetros a pie. Se cruzó con Wil Sloan, que conducía una ambulancia vacía y se detuvo, pero no para ofrecerse a llevarle; estaba prohibido y Joseph lo sabía de sobras.

—¿Cómo está Judith? —preguntó Wil con inquietud sacando la cabeza por la ventanilla e intentando obligarse a sonreír—. Quiero decir... —Se interrumpió abrumado por un vivo recuerdo. Joseph sonrió.

—La última vez que la vi estaba haciendo picadillo a un corresponsal de guerra muy importante —contestó—. Iba guapísima, con un vestido largo azul, y se disponía a cenar en el Savoy.

Wil parecía no saber si creerle.

—En realidad —puntualizó Joseph—, ésa no fue la última vez. Luego la acompañé a su

alojamiento.

Wil se relajó.

—¿Se va a recuperar?

—Con el tiempo —le dijo Joseph—. Todos lo haremos, tarde o temprano.

Se apartó de la ambulancia y se despidió con la mano para evitar que Wil pasara por el bochorno de tener que explicarle que no podía llevarlo aunque fuese capellán.

Wil sonrió y le devolvió el saludo, puso la primera y arrancó. Joseph lo contempló alejarse por aquella larga recta de carretera con sus álamos desmochados y una acequia a cada lado. En los campos llanos había algún que otro cadáver y un par de casas quemadas. Una columna de humo se alzaba en el horizonte.

Anocheceía y la artillería pesada disparaba con insidiosa regularidad levantando terrones de color sepia oscuro cuando se presentó ante el coronel.

—Tiene mal aspecto, Reavley —observó Fyfe—. Está visto que los permisos no le convienen. ¿Se encuentra bien? —preguntó en tono informal aunque su rostro reflejaba una viva preocupación.

—Sí, señor.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. Tuve que hacer una gestión en Gallípoli. Surgieron contratiempos al regresar.

Fyfe enarcó las cejas.

—¿Contratiempos?

—Sí, señor. Un submarino alemán interceptó el barco en el que viajaba. Nos dejaron marchar antes de hundirlo, pero hubo que remar demasiado para mi gusto.

—¿Está en condiciones para estar aquí? ¡Le veo entumecido!

—Sí, señor, lo estoy, pero no demasiado. —Joseph empleó deliberadamente la frase que había oído pronunciar a muchos heridos—. Estoy bastante mejor que muchos de los que están luchando. Fyfe insinuó una sonrisa.

—Cierto. Me alegra tenerle de vuelta. Necesitamos que levante la moral de la tropa. Hemos perdido a más de un buen hombre durante su ausencia.

Joseph asintió con la cabeza. Todavía no quería saber quiénes eran.

—¿Sabe adónde han trasladado al comandante Wetherall, señor? Tengo que hablar con él.

El coronel mostró sorpresa y luego curiosidad. Estudió el semblante de Joseph y vio que no estaba dispuesto a soltar prenda.

—No sé adónde fue pero ya ha regresado. Lleva unos días aquí. Probablemente ocupará el mismo refugio subterráneo de antes. ¿Va a decirme de qué se trata?

—No, señor —negó Joseph.

—Ya. Supongo que su profesión se lo permite.

—Sí, señor.

—Adelante, entonces. Si va a la línea de frente tenga cuidado —advirtió el coronel—. Será una noche dura.

—¿Piensan efectuar una incursión?

Joseph tragó saliva. Era demasiado pronto. No obstante, ¿qué diferencia había? Fuera cuando fuese el momento llegaría y con él el final. Lo bueno y lo malo de la amistad le dolían en las entrañas. De nada serviría posponerlo.

—¿Seguro que se encuentra bien, Reavley? —repitió Fyfe.

—Sí, señor.

El coronel asintió con la cabeza e hizo un gesto con la mano.

—Me alegra que haya vuelto. Los hombres le necesitan. El joven Rattray resultó herido pero está fuera de peligro.

—Sí, señor. ¿Sigue aquí?

—En el hospital de Armentières.

—Gracias. Buenas noches, señor.

Una vez fuera anduvo por el barro en la oscuridad hasta la boca de la trinchera de abastecimiento y bajó los escalones. Sin duda había vuelto a llover porque había agua debajo de las rejillas de tabloneros y oía los correteos de las ratas y el sordo chapoteo que hacían cuando resbalaban.

Enfiló hacia el refugio subterráneo de Sam. Una parte de él esperaba que no estuviera allí para así retrasar lo que tenía que hacer. Recorrió Old Kent Road y giró por Paradise Alley. De vez en cuando una bengala iluminaba las trincheras de delante y acto seguido oía el tableteo de las ametralladoras.

Bajó la pendiente que tan bien conocía y llamó.

Sam abrió la puerta corriendo la cortina de arpillera y la ilusión de ver a Joseph le iluminó el rostro.

—¡Entra! ¡Tómame un coñac caliente con barro! Tengo galletas de chocolate.

Aguantó la cortina abierta y se hizo a un lado. Joseph estuvo a punto de rehusar. ¿Y si lo dejara para el día siguiente? Sabía la respuesta. Sólo conseguiría empeorar las cosas. Sería portarse como un cobarde y Sam no se lo merecía.

Bajó el escalón y entró en aquel espacio abarrotado que tan bien conocía. Las fotos eran las mismas, los libros, el gramófono, unos cuantos discos que había oído infinidad de veces y la manta roja encima de la cama de Sam. El farol estaba encendido y su luz amarilla ponía un halo dorado en todas las cosas.

—¡Estás hecho polvo! —dijo Sam alegremente—. Me enteré de lo de Cullingford. Qué vergüenza. Era un buen hombre. ¿Lo lleva bien tu hermana?

—Necesita tiempo.

Joseph se sentó en el montón de cajas que siempre había hecho las veces de sillón para las visitas.

Sam estaba calentando una perola de té. Añadió un chorro generoso de coñac y abrió la caja de galletas de chocolate. Quedaban cinco. Dio tres a Joseph y se quedó las otras dos.

—¿Y tu hermano? —preguntó.

—Bien. Fui a Gallípoli para hacer una gestión en su nombre. Sam levantó las cejas.

—¿Gallípoli? No me extraña que traigas esa pinta. Dicen que es peor que esto.

—No, no es peor ni mejor. —Joseph tenía que ser sincero—. Bueno, puede que el caos sea peor. Da la impresión de que no lo pensaron mucho antes de lanzar el ataque. ¡Los pobres diablos ni siquiera sabían que allí hay acantilados!

Sam soltó un taco en voz baja, no con rabia sino con pesar por lo que aquello suponía. Joseph ya no podía dar marcha atrás.

—Conocí a un corresponsal de guerra, allí. Un escritor de talento, no un novato como Prentice. Sam escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¿Y?

—Y tenía intención de escribir lo que veía al pie de la letra, sin contemplaciones —contestó Joseph.

Ahora Sam estaba inmóvil, con el cuerpo tenso y agarrando con ambas manos su tazón de té.

—Dices que tenía intención. ¿Es que cambió de parecer?

Joseph le miró con detenimiento. Vio temor en sus ojos pero supo sin lugar a dudas que no era por sí mismo sino por Joseph, por lo que éste hubiese podido hacer para luego arrepentirse. ¡Qué bien lo conocía Sam! Y lo aceptaba tal como era.

—En Gallípoli intenté convencerlo para que no lo hiciera pero fue en vano —contestó Joseph—.

Se marchó pero lo alcancé a bordo de un barco que tomé en Gibraltar. Los alemanes nos hundieron y acabamos en el mismo bote salvavidas.

Sam seguía mirándolo fijamente, expectante.

—Volví a intentar persuadirlo —prosiguió Joseph—. Había otros dos hombres con nosotros, un tripulante herido y otro que murió. Mason y yo remamos procurando mantener el bote de cara al viento tanto tiempo como pudimos. Y cuando ya no había manera de manejarlo dimos media vuelta y corrimos el temporal. —Suspiró profundamente. Tenía que decirlo ahora—. Cuando Mason dijo que publicaría su artículo dejé de remar. Me senté en la popa y lo observé mientras luchaba con ambos remos. Pensaba dejar que se ahogara, y nosotros con él, con tal de evitar que lo publicara.

—Pero cambió de opinión —dijo Sam en voz baja—. Tuvo que hacerlo o no estarías aquí. ¿Y confías en él?

—Sí. —Vio incredulidad en el semblante de Sam—. Pero no por lo que dijo. Cuando paró el viento el mar quedó en calma y nos envolvió la bruma. Pasó un barco, me parece que era un destructor. Mason se levantó para hacerle señas. Andy le gritó que no lo hiciera pero llegó demasiado tarde. Mason no le hizo caso. La estela del destructor nos alcanzó, Mason perdió el equilibrio y cayó al agua. Andy saltó tras él. —Le costaba trabajo contarle—. Yo estaba a los remos. Giré en redondo y retrocedí. Saqué a Mason del agua pero perdimos a Andy. —La garganta le dolía y su voz apenas era audible—. Eso...eso fue lo que hizo cambiar a Mason, no lo que yo le dije. Andy era el típico soldado raso que cuidaba de sus hermanos...

Sam asintió con la cabeza. No necesitó decir nada. De repente el refugio pareció muy pequeño y cerrado.

—Sam... Sé que mataste a Prentice —dijo Joseph rompiendo el silencio—. Y sé por qué. Mason me contó lo que estaba haciendo Prentice, porque no sabía que había muerto. Me dijo que Prentice redactaba sus notas con una clave que se inventó en el colegio. Pero tú sabías leer eso, ¿verdad? —No aguardó una respuesta, estaba en los ojos de Sam—. No sé si yo habría hecho lo mismo o no. Hace quince días hubiese dicho que no. Ahora no estoy tan seguro. Me vi incapaz de matar a Mason con mis propias manos, pero eso es un subterfugio. Estuve dispuesto a dejarlo morir y eso viene a ser lo mismo. Y me caía bien. Asistimos juntos a los heridos en la playa de Gallípoli. Era un hombre decente, no un mal nacido interesado y arrogante como Prentice.

—¿Pero...? —instó Sam con voz ronca y los ojos infinitamente tristes.

No merecía tener que oír a Joseph disculpándose ni hablando del asesinato de Prentice como si eso hiciera más llevadero lo que decía.

—Pero lo mataste —dijo Joseph—. Hay otros hombres aquí, muchachos que están dando sus vidas para salvar aquello en lo que creen, la dignidad que los sustenta, y saben que lo mató uno de los nuestros. Ojalá lo hubiese encubierto en su momento, pero no lo hice y ahora no puede quedar impune.

Sam se vino abajo.

—¿Piensas entregarme?

—No —dijo Joseph en voz baja—. No puedo hacerlo. Ni siquiera puedo decirte que hiciste mal, sólo que el ejército lo considerará así. Tiene que hacerlo. —Había intentado preparar su discurso desde que decidió lo que iba a hacer la noche que visitó a la señora Prentice, pero de poco le servía ahora—. La próxima vez que se efectúe una gran incursión como la que está prevista para esta noche puedes saltar el parapeto con los demás. —Se le quebró la voz pero no podía detenerse—. Busca un muerto que se parezca a ti o cuyo cadáver resulte irreconocible e intercambia las placas de identificación. —Estaba temblando—. Tú vivirás y Sam Wetherall habrá desaparecido en combate. —Quería decir que lo sentía, que hubiese hecho cualquier cosa con tal de evitarlo, pero nada de eso ayudaría. Quería cerrar los ojos, no mirar el rostro de Sam pero

tampoco podía hacer eso—. Si yo lo he podido descubrir también lo descubrirán otros. Antes de que eso suceda... vete... por favor...

Sam no dijo nada durante un rato. Miraba fijamente a Joseph estudiando su semblante.

Joseph quería contestar, pero no podía revocar su decisión ni cuanto significaba. Tampoco diría la verdad al hermano de Sam. Nadie más debía saberlo. No eran su supervivencia o su moralidad las que contaban ahora sino las de Sam. Deseaba con ardiente pasión que viviera. Deseaba que su amabilidad, su enojo ante el mal, su valentía y su compasión siguieran existiendo.

—¿Habrías muerto para silenciar a Mason? —dijo Sam finalmente—. ¿Y te habrías llevado al tripulante contigo?

—Sí —contestó Joseph sin ningún titubeo.

El ansia del rostro de Sam se borró. Era lo que necesitaba saber. Tendió la mano.

Joseph se la estrechó con tanta fuerza que le hizo daño. Luego se levantó y al salir de la trinchera con los ojos arrasados en lágrimas tropezó con el escalón.

Hubo un gran asalto. Treinta hombres saltaron el parapeto y atravesaron las alambradas hasta las trincheras alemanas. Joseph fue a primera línea y pasó la noche en la grada de tiro hasta que empezó a haber heridos a los que se puso a socorrer. Uno de ellos fue Plugger Arnold, pero sólo tenía un tajo en el muslo.

—Me alegra verlo de nuevo, capellán—dijo apretando los dientes mientras Joseph le ataba el vendaje. Luego Joseph cargó con Plugger a sus espaldas y le dolió toda la musculatura. Allí apenas había sitio para una camilla y era el único modo que tenía de llevarlo sin más ayuda.

Media hora después comenzó a llover. Entonces la artillería pasó a la acción. Joseph oyó renegar a varios hombres porque aquello significaba que los alemanes también fuego. Siempre lo hacían. Las iban a pasar canutas. Habría bajas y mucho que cavar y apuntalar por la mañana.

El pelotón de asalto regresó justo antes del alba con tres prisioneros alemanes, cinco soldados heridos y seis muertos. Uno de ellos era Sam. Se lo dijo el teniente al mando del pelotón.

—Lo siento —dijo cansinamente—. Había un verdadero infierno ahí fuera. Sé que ustedes eran amigos. El cuerpo está allí. Me temo que le dio directamente una granada. Sólo sé que es él por la placa de identificación. Al menos ha sido rápido. Mejor que quedar enganchado en la alambrada.

Y se marchó con sus hombres, los heridos, los traumatizados, los que habían visto a sus amigos volar en pedazos.

Joseph sabía que tenía que ocurrir y una parte de su ser quedó en paz por el deber cumplido. Sam había aceptado y hecho lo que era necesario. Pero no dejaría de ser una pérdida lacerante, un vacío que siempre le dolería como un miembro amputado. Pero antes tenía que ir a reconocer el cadáver para descartar la espantosa posibilidad de que, con repulsiva ironía, en realidad se tratara de Sam. ¡Sam habría sido el único en apreciar el humor negro de semejante suceso! ¡Por Dios! ¡Cuánto iba a echarlo en falta!

Joseph avanzó con dificultad entre las camillas y los cuerpos tendidos en lonas o rejillas de tablas. Le temblaban las piernas. Ya era casi de día. En el cielo flotaban a la deriva largas filas de nubes claras.

Todos los cuerpos estaban muy malheridos, pero uno estaba tan destrozado, sin piernas, con un brazo hecho papilla y la cabeza medio arrancada, que lo único que cabía afirmar con seguridad era que había pertenecido a un soldado de estatura mediana y con el pelo moreno. Podría ser Sam.

Temblando de miedo Joseph cogió la placa de identificación y leyó el nombre y el número de Sam. Se estremeció. Alcanzó la mano sana, que era la izquierda. ¿La reconocería? La miró con detenimiento procurando asegurarse. Entonces vio la pálida marca de una sortija en el dedo corazón, un anillo de boda. Sam jamás había llevado anillo. El alivio le hizo sudar todo el cuerpo.



Estaba mareado, todo daba vueltas a su alrededor.

Alguien lo agarró por detrás y lo sostuvo de pie.

—¿Se encuentra bien, capellán? Qué desgracia, pobre diablo. Joseph quiso decir algo pero se había quedado sin voz. Respiró a bocanadas para controlar las náuseas.

Alguien le pasó una taza de té caliente con ron. Era repugnante. Lo habían preparado en una perola que había contenido Maconachie, pero se lo bebió y recobró el temple.

—Gracias. Tengo... tengo que escribir cartas. Muchas cartas.

Ofició todos los funerales, breves discursos sobre cruces blancas en la arcilla de Flandes, un puñado de hombres en posición de firmes, el retumbar de la artillería a lo lejos, el cielo plomizo encima de ellos como si lo sostuvieran sus hombros.

El último fue el de Sam. Joseph se quedó solo cuando los demás se marcharon. No se dio cuenta de que había alguien más hasta que oyó la voz de Barshey Gee.

—Lo siento mucho, capitán Reavley. El comandante era un buen hombre.

—Sí—. A Joseph le costaba hablar—. Era amigo mío.

—¿Llegó a averiguar quién mató a aquel periodista?

—Sí. Ya se han encargado de él.

—Sabía que lo conseguiría —dijo Barshey en voz baja—. Deuda saldada, entonces.

Joseph se volvió para mirarlo. Había lágrimas en el rostro de Barshey Gee, pero estaba sonriendo. Se cuadró y saludó la cruz donde se leía: «Comandante Samuel Wetherall, caído en combate el 25 de mayo de 1915. »